



TAHAR BEN JELLOUN

Con los ojos bajos

Con los ojos bajos

Tahar Ben Jelloun

Tahar Ben Jelloun, escritor marroquí de expresión francesa, es autor de tre novelas de singular interés, publicadas en esta misma colección: 'El niño de arena' (1985), 'La noche sagrada' (premio Goncourt, 1987) y 'Día de silencio en Tánger' (1990). Su última novela, 'Con los ojos bajos' (1991), aparece ahora en castellano.

En este grande y vasto relato de la madurez, Ben Jelloun reúne los temas que definen su obra: el desarraigo y el exilio, la fatalidad de la desgracia, el desgarramiento entre dos culturas, la condición de las mujeres, que viven todavía 'Con los ojos bajos...'

'A la pastorcilla de M.Zuda'

PRÓLOGO

La historia del tesoro que el bisabuelo escondió en la montaña, hace más de cien años, es auténtica. Entre todas las chiquillas de la cábila, fue a ella a la que el dedo tendido del anciano señaló. Nadie supo por qué. Ella era como las demás niñas de su edad, ni demasiado buenecilla ni demasiado revoltosa, pero tenía unos ojos inmensos, animados por una luz cálida y tornasolada. "Con esos grandes ojos que tienes -le había dicho el abuelo-, verás cosas que te disgustarán, cosas que tu alma rechazará, pero tendrás la sensatez y voluntad de callar, de dejar que los hombres

cultiven la desgracia, la mentira y la traición; dejarás que la tierra se los trague y tú serás la única que sabrá por qué los hombres cavan, ellos mismos, sus tumbas. Verás también cosas maravillosas: praderas en las que cada árbol será un espejo orientado al sol, que dará luz, frutos y flores. Verás el día amanecer; primero en tus ojos y propagarse después, por montañas y ríos. Tus ojos serán el recinto donde cada noche que atraveses dejará un fragmento de tus sueños, donde un cuento se derramará en otro cuento, donde la luz de la mañana entregará el alfabeto del secreto. No es ningún privilegio, pero así son las cosas.

Mi conciencia y el destino te han elegido. Mi mano se dirigió hacia tu mirada y vislumbré a lo lejos un resplandor como de carcajada, como de rayo bienhechor que bajase del cielo y aprobase mi gesto. Vivirás mucho tiempo y tendrás la fortuna de ver llegar la muerte, no por la enfermedad y sus pesares, sino por las primeras palabras del secreto que acudirán a tu lengua; podrás pronunciarlas sin ningún temor, pues no son ellas el secreto sino su envoltorio, el que lo guarda en el fondo de tu alma.

Tiene, a semejanza de las binzas superpuestas de una cebolla, varias capas que caen lentamente. Cuando llegues a lo esencial, pronunciarás la frase que te engendró; caerán las palabras como brasas en un montón de cenizas, recogidas por dos manos tendidas; renacerán con el aliento de la mujer preñada y se transmitirá el secreto a la vez que entregues tu alma. Así son las cosas; de la terquedad del silencio dependerá tu vida.

"Y ahora, posa tus ojos en mis manos: posa tus manos en mi pecho; mira estas cenizas sembradas de ascuas encarnadas; ahí está el secreto; como ves, se trata de un tesoro que otras manos enterraron bajo el olivo, cuarenta árboles al este de la tumba del santo patrón de nuestra cábila; este tesoro le corresponde a la nieta de la nieta de nuestro abuelo.

"Todas estas piedras están colocadas sobre un montículo de tierra morena, la esencia misma de nuestra vida, la tierra de nuestra tierra, la negra arena de nuestras pasiones, el lecho profundo donde reposan nuestros antepasados; esta tierra está habitada por el espíritu de nuestros padres y de los padres de nuestros padres; son rescoldos; si una mano forastera los toca, sus ascuas reviven y abrasan los dedos intrusos. Tu mano es la única que tiene el poder de atravesar esta última barrera, antes de alcanzar la fina pantalla tejida por la araña de las profundidades, abrirla, sin quebrarla; posar la palma de la mano en el tejido blanco, bordado por las siete mujeres centenarias de nuestra cábila, y tirar del cordón de oro que desatará el saco que contiene algunas de las maravillas de este mundo".

Tras un momento de silencio, el anciano se quedó pensativo, tomó las manos de la niña entre las suyas, recostó la cabeza en la almohada y transmitió sus últimas palabras con la lentitud del que se aleja entre la calma del crepúsculo. "Hay tesoros escondidos en las islas. El nuestro está en la montaña. Nosotros somos gente de la tierra y damos la espalda al mar; yo no sé qué es una isla.

¡Qué más da! Aprendí la tierra como se aprende a leer o a escribir...; y no es que yo sepa demasiado. A partir de ahora, sabes que tenemos un tesoro y el lugar donde está enterrado. Te casarás al segundo año de tu pubertad.

Tendrás primero un hijo, luego, dos hijas. Tendrás muchos nietos; entre ellos estará la que con mano afortunada irá a desenterrar el tesoro. Sabrás reconocerla. La muerte te concederá tiempo suficiente para transmitirle el secreto. Al fin conocerás la serenidad de la noche eterna".

Poco después murió el abuelo, con las manecitas de su nieta de apenas diez años entre las suyas. Ella creía que la muerte era una interrupción de la luz; se quedó dormida, parte de la noche, en brazos del muerto, y

cuando descubrieron al anciano frío y lívido creyeron por un instante que a la chiquilla también la había prendido la muerte. Se levantó sobresaltada y se abalanzó sobre el abuelo, llorando, agarrándose a su almalafa y pidiéndole que despertara. Al mirar detenidamente su rostro apagado se dio cuenta de que ya no había nada que hacer; se echó hacia atrás, se limpió las lágrimas, cruzó las manos bajo el pecho, como si retuviese en ellas un objeto valioso. A partir de ese momento, se convirtió en la nueva depositaria del secreto, la guardiana de las palabras y de los caminos, la protectora de esa herencia jamás nombrada; palabra dada y guardada intacta, referida y transmitida, envuelta en el silencio de la confesión.

Hoy, la depositaria del secreto es una abuela. Espera el regreso de su nieta que es la única que posee la llave del tesoro. ¿Pero acaso ella misma lo sabe?

1

El horizonte no está lejos; se aproxima con las nubes, llega hasta nuestro aduar. Cuando hace buen tiempo se aleja, se va a otro lado. A veces tiendo los brazos, con la sensación de tocarlo. Es una línea quebrada, hecha de colinas yermas y zarzales ovillados. Como las cabras que cuido, yo también trepo a los árboles, me acurruco en una de las ramas mayores e intento ver si hay algo detrás de esa línea movediza: árboles y colinas sobre los que se cierne una capa ligera de bruma como velo o mosquitero.

En el árbol me olvido de todo, del rebaño, del perro y del tiempo. Puedo pasarme un día entero encaramada al árbol sin aburrirme. Tarareo una canción, me quedo adormilada; y el resto del tiempo, sueño. En realidad voy construyendo un mundo con las figuras que se me aparecen sobre el fondo de cielo o entre las ramas del árbol:

animales salvajes, amaestrados por mí; hombres, que coloco en fila, en lo alto de un talud; observo cómo el miedo los va aniquilando; los espío solamente; no los empujo; aves rapaces cuyos rasgos suavizo; nubes que simulan locura, árboles que se vuelcan, otros se elevan al cielo; desde ahí, convoco al rostro ingrato de Slima.

Es mi tía. No me quiere; yo la odio.

Mi padre me dejó en casa de la tía cuando se fue a trabajar al extranjero. Prometió que regresaría a buscarme. Yo lo estoy esperando. Por eso también trepo a los árboles; para divisar el horizonte y el camino, esperando verlo llegar un día. Mi madre está a menudo en casa de sus padres.

Ellos viven al otro lado de la colina. Ella está encinta y no puede ocuparse de mí. Cuando mi tía se ofreció a acogerme en su casa, yo no quería ir con ella. Sabía ya que me iba a maltratar. Así que, sentada cómodamente sobre la rama mayor del árbol, hago que llegue a mí, o, mejor dicho, a la pantalla del cielo que percibo entre las hojas, la cara horrorosa de Slima. Decido que es fea; es de arcilla maleable; le hago dos agujeros en vez de ojos y una raja grande, horizontal, en vez de boca. Le corto la nariz y le doy golpes con los pies para que se mezcle todo y deje de parecer una figura humana.

¿Por qué se escapará la fealdad del arca que llevamos dentro y se aposenta en los rostros? Yo no le temo a la fealdad física. La que me asusta es la otra, ¡es tan profunda, viene de adentro! Se imprime en la cara y provoca desgracias. Cava su lecho en el cuerpo y en el tiempo. Todo está en los ojos. Si se cubren de un agua amarilla es que están contaminados por la fealdad del alma. Mi tía llevaba el odio en los ojos. A veces se volvían amarillos, rojos cuando se enfurecía. Aunque los tenía pequeños, le invadían el rostro; eran pequeñitos y se le hundían como agujeros estrechos por donde se desliza el odio. Es un líquido que circula por el cuerpo. Somos nosotros los que debemos transformarlo, prestarle un poco de humanidad. A mí me cuesta no devolverle el odio a mi tía. En realidad, devuelvo el dolor al remitente.

Me niego a abrirle la puerta. Ella cree que puede engañarme; cree que una niña es incapaz de entender lo que pasa a su alrededor. Yo no sólo entendía todo, sino que, además, no me quedaba callada ni quieta. El primer enfrentamiento con mi tía ocurrió de noche. Yo no dormía; me había levantado para caminar por la finca. Había luna llena, o casi. Era una noche clara. Yo caminaba sin hacer ruido.

Al entrar en el establo, me di cuenta de que las vacas tenían un sueño muy ligero; se habían despertado todas, creyendo que era la hora de salir. De pronto sentí terror. Mi tía, alertada por el ruido de los animales, entró en el establo con un palo en la mano. Me tomó por un ladrón; me pegó. Me había reconocido, por supuesto, pero seguía pegándome, como si yo fuese un saco de paja. Yo iba contando los golpes. Diez, veinte, treinta quizá. Mi cuerpo ya no sentía nada. Cada golpe arrastraba su peso de rencor y odio.

Nunca se lo perdonaría; ni lo olvidaría. Todo lo contrario; me puse a pensar en el futuro. Ella, vieja, tullida; yo, llena de vida y joven, no le pegaría. Simplemente la miraría, la observaría, mediría su dolor, y reiría, sin moverme, sin hacer nada; no, ni tan siquiera reiría; una sonrisa apenas. Sólo sus ojos intentarían despedir algunas llamas cargadas del odio que la invadía. No pagar nunca el odio con el mal; sino pagarlo, pero sin añadirle nada, devolverlo a ese cuerpo fatigado, lleno y gastado. Ya podía estar ella muriéndose, que yo asistiría, impasible, al espectáculo.

Yo ya sabía que no debía seguir su mismo camino; ella decía que yo era hija del mismísimo demonio. Yo era terrible, pero no mala. Me gustaba la aldea, sus colinas, sus árboles, su fango y sus habitantes. Era mi pueblo. Lo llevaba dentro de mí, aunque no se pareciese al pueblo real. Cuando forjaba proyectos de futuro, mi tía nunca entraba en ellos. No la veía aparecer por las callejuelas de mi pueblo imaginario. A veces oía su voz, ronca, violenta; una voz hecha para gritar, dar alaridos, insultar y dominar. Hasta los animales tenían miedo de esa voz. Quizás era que no los dejaba rumiar en paz ni apoltronarse en el heno. La miraban de reojo, como si temiesen enfrentarse con ella. De vez en cuando ella esbozaba algunos gestos que pretendían ser caricias. Las vacas la rechazaban, las ovejas salían huyendo en cuanto las rozaba con la mano. Todos la rechazaban. Hasta las piedras resbalaban a su paso. Los árboles no se movían. Asistían, mudos, al mismo drama cada día. Los vecinos no se metían en nuestras vidas. A veces murmuraban alguna oración para evitar el contacto con nosotros; a nadie le interesaba, que digamos, demasiado. Yo hubiese deseado tener amigas, saber que no estaba sola y abandonada, sentirme protegida, saber que podía refugiarme en casa de unos o de otros.

Ni siquiera podía decir que estaba sin mi familia, que mis padres estaban lejos, al otro lado de los mares, que entre ellos y yo había como una montaña alta e infranqueable. Esperaba el verano con impaciencia para ver a mi padre. Mi madre venía a encontrarse con él. Venían a pasar dos o tres semanas al pueblo para descansar y yo no tenía ni tiempo ni oportunidad para hablar con ellos, aislarme con ellos y contrarles mi calvario. Al acercarse el verano, mi tía se volvía buena. Me compraba un vestido, unas sandalias, me daba de comer con más frecuencia, me obligaba a tragarme una semilla que engorda. Me decía: "¡Toma, toma helbba, esto te dará fuerza!" De hecho, me hinchaba. Cambiaba un poco de forma, pero, como era menuda, hasta el mínimo cambio se notaba. No quería estropearles la estancia a mis padres; evitaba crearles problemas.

Un verano, mi hermano pequeño enfermó. Se puso pálido y vomitaba todo lo que comía. Mis padres decidieron dejarlo en el pueblo. Mi tía estaba encantada. Le ofrecían otra víctima. Ellos no sospechaban la desgracia que la mujer preparaba. Yo sí lo sabía. Al mismo tiempo me decía que, entre los dos, conseguiríamos cambiar el curso de la tragedia.

Ocurrió de forma rápida y fulminante. Mi hermano perdió el habla, luego la voz. Nos miraba con sus grandes ojos, asustado. Era su forma de pedirnos que hiciéramos algo, que interviniésemos ante Dios o ante el santo del pueblo para que cesasen los dolores de barriga que lo

aquejaban, para que recuperase el habla. De su cara emanaba una asombrosa sensación de calma; era como una sonrisa natural y permanente. Sus ojos se agrandaban para acoger todas las lágrimas de la infancia. No lloraba, pero miraba fijamente al cielo como si preguntase a alguna estrella el porqué de su sufrimiento. Se le había hinchado el estómago y colocaba sobre él sus manitas. Le asustaba la gente que venía a visitarlo; probablemente le parecerían gigantes, fantasmas invasores. Giraba la cabeza para no verlos. Cuando ella se le acercó con el tazón de leche caliente, él la rechazó, y el tazón se derramó en las manos de mi tía. Ella gritó y murmuró una maldición. Por primera vez en mi vida vi una cara volverse verde. Durante algunos segundos entreví la muerte. Tenía los rasgos de mi tía, con la piel de color verde claro. Ese mismo color invadió las mejillas y, después, la frente de mi hermano. Seguía con los ojos abiertos. Ya no tenían nada dentro.

Ni una lágrima; ni una imagen. Sus manos crispadas detuvieron definitivamente el dolor. Mi hermano fue alzado sobre un tejado de hojarasca. Su cuerpecillo se hizo transparente y flotaba entre las nubes. Un pájaro, quizá una paloma, sobrevoló la casa.

Una borrasca de viento caliente barrió el patio. Se llevó el camastro de paja tras unos remolinos, como si buscase las cosas del niño. Era la risa amarilla del desierto. Cuando llega esta risa a nuestro aduar, a menudo es para lavar la casa por la que ha pasado, torpemente, la muerte; en nuestro caso, se alió con la injusticia y la demencia. Acudió a la llamada de una bruja. La muerte no tiene pudor; se pone del lado de los bandidos y del desorden. Es una mano de granito que busca y rebusca en las gavillas de heno. Allí nos refugiábamos a menudo, cuando nos enterábamos de la muerte de alguien del pueblo.

Nos escondíamos porque temíamos que, al pasar, nos arrastrase con su guadaña, porque sí, para no estar sola, para que la acompañase algún niño que le enseñase el camino del cielo y le abriese las puertas mágicas e invisibles. Porque un niño muerto es un ángel que va derecho al paraíso. Nos lo habían dicho y repetido tantas veces que habíamos acabado por creérnoslo. Aunque se hubiese convertido en ángel del paraíso, yo echaba muchísimo de menos a mi hermano. No podía aceptar que hubiese desaparecido tan bruscamente y seguía contándome cuentos a mí misma. Me obsesionaba el color verde. Cada vez que miraba a mi tía, ese color invadía su rostro. De hecho, veía a la gente de colores: el verde estaba reservado para mi tía; añadía una pizca de amarillo a los ojos, y azul a los labios, disponía a mi antojo su cara de bruja, consumida por la envidia y el odio. El empeño en vengar a mi hermano y hacer justicia a mi familia infundía una fuerza insospechada en mi imaginación. Me había hecho más poderosa y más inteligente que aquella mujer dotada para el mal.

Nuestro pueblo estaba lejos de la ciudad. La muerte sólo podía proceder de Dios. Un niño enfermo se moría porque no había ningún médico y porque los curanderos eran unos charlatanes.

La muerte es la última palabra del destino. ¿Quién se atrevería a ponerlo en duda? A mi hermano lo habían envenenado; yo estaba convencida de ello. Siempre lo estuve; no podía demostrarlo. Yo tenía la edad del luto. Y no podía mostrar públicamente los sollozos motivados por la ausencia. Los guardaba dentro de mí, los retenía durante mucho tiempo y estallaba, lejos de la casa, cuando me encontraba a solas con mis vacas y mis cabras, me pasaba las horas llorando, sentada a la sombra de un árbol, jugando con mi bastoncillo de pastora.

Así me consolaba. Me quedaba adormilada, sumida en una apacible quietud, vigilando a los animales con el rabillo del ojo. Antes mi hermano me acompañaba e imaginábamos proyectos de futuro que nos deleitaban.

Hablábamos en voz alta de nuestros sueños: irnos del pueblo, ver a toda la familia reunida alrededor de mi padre, comprar kilos y kilos de caramelos y repartirlos entre los demás niños, llevar ropa nueva, beber coca-cola, masticar chicle, pasear en coche, ir a la feria, llevar zapatos... Y así íbamos haciendo listas de sueños. Él era más tímido y no se atrevía a contármelo todo. Cuando me hablaba de lo que deseaba tener o hacer, se ponía serio como si presintiera la muerte. Se le cambiaba la voz. Dirigía su mirada a lo lejos, luego la inclinaba hacia abajo, como si no viese llegar nada.

Era un niño triste porque nunca entendió por qué su padre no estaba allí, con nosotros. Decía: "Para mí, mi sueño es padre. ¿Dónde está Afransia? ¿Está lejos? Si corro hasta aquella colina del fondo, ¿veré la Afransia de padre? De tanto pensar en él me olvidé de su cara. ¿Me puedes decir cómo es su cara? El otro día se lo dije a madre; se puso a llorar. Pero es verdad, a veces lo veo claro, cerquita de mí, basta con tender el brazo para alcanzarlo. Otras, todo borroso. Su cara parece una nube. Si no regresa iré a buscarlo.

Cogeré el autocar del viernes, y en la ciudad siempre habrá alguien que me indique cómo se llega a Afransia. Me acuerdo perfectamente de su olor. Olor a petróleo, a sudor y a una especia que madre pone en el taxin.

"¿Tú también sabes a qué huele padre?"

—Claro que lo sé, pero no es a petróleo...

—Bueno, yo quiero decir el olor del petróleo que suelta el autocar cuando entra en el pueblo. Él huele a viaje...

Se extraviaba su mirada un ratito entre ensueños, luego murmuraba: "Padre se fue por culpa de la tía. Se enfadaron. Él se avergüenza de ella.

Recuerdo que ella gritó; él se asustó y unos días después se fue y nos dejó".

—¡Qué va, él no nos dejó! Se ha ido al extranjero a trabajar, como el marido de la tía. Se marchó por nosotros. Para traernos regalos. ¿Te acuerdas de aquel coche de juguete que andaba solo y asustaba a la abuela?

—Sí, me acuerdo, pero él no volverá. Estoy seguro.

Un ave nocturna voló sobre nuestras cabezas en aquel mismo instante y supe que iba a ocurrir una tragedia. Era la hora de recoger el ganado. Mi hermano se quedó inmóvil mirando el horizonte mientras yo reunía las vacas por un lado y las ovejas por otro para llevarlas a la finca. Estaba nerviosa. Daba golpes al aire con mi bastón y sonaba como un silbido. Era una señal de desgracia.

Esa noche la hora de la cena fue penosa. Mi madre no comía; no tenía hambre. Su cara reflejaba una expresión de muda inquietud; supersticiosa, como todos los de la cábila, presentía algo trágico. Mi tía gastó una broma de mal gusto, y trató a mi madre de gándula. Le estaba buscando las cosquillas; mi madre no dijo nada, se levantó y murmuró al salir de la habitación una oración, algo así como "Que Dios nos preserve del mal y que el ausente goce de buena salud". Se refería a mi padre; era incluso una obsesión. Soportaba mal el hecho de estar separada de él y, como todas las mujeres de emigrantes, temía que le ocurriese algún accidente de trabajo o que le agredieran en la calle. ¡Qué ajena estaba de la desgracia que iba a adueñarse de su hijo! El veneno había sido amasado en una albondiguilla de carne picada. Llegó a casa con hambre. Mi madre aún estaba fuera, en el campo. Fue entonces cuando mi tía le hizo tragar la albondiguilla de la muerte.

Tras la cena macabra, mi hermano tuvo ganas de vomitar, tenía miedo de salir solo. Yo le acompañé afuera, pero no conseguía arrojar lo que le pesaba. Nos quedamos hasta muy tarde en el patio de la finca. Todos dormían. Estábamos contemplando el cielo cuando me pidió que le

describiese la cara de mi padre. Me sorprendió y creí que se trataba de un juego:

“Es alto, es guapo, es cariñoso y bueno; tiene los ojos llenos de ternura, y sus gruesas manos son como un lecho; me gusta recostar la cabeza en ellas y dejarla dormir y soñar; padre es el hombre más guapo de toda la cábila; es bondadoso e incapaz de hacer daño a nadie, nunca lo vi enfadado; nunca le oí gritar; cumple con todos los rezos y le pide a Dios que nos dé lo mejor de lo mejor...”

Me interrumpió, exigiéndome una descripción precisa de su cara:

“Tiene los ojos negros; las cejas se le juntan; la nariz es pequeña; la barbilla redonda y las mejillas rellenitas. Tiene una frente ancha y surcada de algunas arrugas. Tiene el pelo tupido, y el lóbulo de la oreja grueso. Dicen que eso es señal de bondad y riqueza...”

Dormía, con los ojos entreabiertos.

Le puse la mano en la frente. Tenía una fiebre altísima. Intenté despertarlo. No lo conseguí. Dormía con un sueño profundo; parecía como si se hubiese desmayado. Corrí en busca de mi madre. Lo llevamos dentro y nos quedamos a su lado hasta el amanecer.

Se despertó sobresaltado, vomitó un chorro de líquido verdusco mezclado con sangre. Al despuntar el día estaba muerto.

2

Pasé la noche entera mirándolo; mirando cómo perdía la vida, o, más bien, cómo la vida se escapaba lentamente de ese cuerpecillo que ni siquiera tuvo tiempo de enfermar. La vida se iba de él entre jadeos entrecortados; de forma extraña: era aire que olía a moho. Las últimas exhalaciones eran nauseabundas. Y yo aspiraba hondo ese aire fétido para retener la vida de un hermano cuyo candor, para mí, fue como una quemadura. La cabeza me daba vueltas: una mezcla de jaqueca y vértigo estuvo a punto de arrastrarme lejos de aquella habitación, en la que todos los objetos se volvían odiosos por ser testigos impasibles de una muerte injusta. También los miraba a ellos, fijamente, hasta que mis párpados temblaron. Estábamos en el cuarto principal de la casa donde comíamos y dormíamos. Mi tía era la única que tenía una habitación propia, no muy grande, pero bastante confortable. Debía de ser el lugar secreto donde aderezaba mezclas y mejunjes mortales. Allí se encerraba y no permitía que nadie pisara el umbral, ni siquiera (sobre todo ella)

mi madre. Era el único cuarto con puerta de madera provista de cerradura y llave. Por la noche, a la luz de una vela, debía de urdir sus trapicheos. Venía gente a verla. Se encerraba con ellos y no nos permitía que le hiciésemos preguntas. Sólo mucho más tarde supe que en los pueblos de los alrededores era conocida por sus sortilegios y por sus relaciones continuas con los demonios.

Dormíamos sobre jergones rellenos de paja y de heno. Eran muy delgados y adoptaban la forma del suelo. En medio de la habitación había una mesa bajita; en la entrada, una cafetera para hervir agua, una tetera grande y vasos en una bandeja. En la pared, una estampa descolorida de la Kaaba, un rosario colgado de un clavo. No teníamos reloj. ¿Para qué saber la hora? En la pared de color tierra, yo pasaba las noches proyectando imágenes de mis sueños. Encarnaba en figuras cualquier forma natural; jugaba con ellas. Mis sueños eran los de una pastora que quería enviar al matadero a todos los animales a su cargo; quitármelos de encima y abandonar este lugar, convertido en maldito, desde que mi padre se fue. Ir a cualquier sitio, dejar esta finca, escapar de la bruja, ir a la ciudad, asistir a la escuela.

Nuestro pueblo debió de ser un error. Lejos de todo; sólo se podía acceder a él a lomos de mula. Los hombres se habían ido a la ciudad o al extranjero. Sólo quedaban mujeres, niños y algunos ancianos. Era un pueblo apenas rozado por la vida. El tiempo se había detenido allí y la gente creyó que todo cambiaría, que la electricidad irrumpiría en ese montón de casas tambaleantes y vacías. No teníamos ni electricidad ni carretera; en cuanto al agua, dependía de las lluvias. El hospital, la escuela, el gas butano, el papel, los lápices de colores eran, pues, el fin del mundo, del otro lado de la noche; inasequibles.

Había una escuela coránica en la pequeña mezquita, la única del pueblo. Pero a las niñas no se les permitía entrar. Mi hermano asistía a ella; yo iba con él a veces y me quedaba merodeando por allí, como una loca, mientras llegaba a mí el eco de las aleyas que recitaba la clase. Yo las repetía torpemente, sin entender nada.

Me enfurecía y daba patadas al suelo, maldiciendo a la escuela y al viejo y ciego alfaquí. Un día me vestí con la chilaba de mi hermano, me cubrí la cabeza con la capucha y fui en su lugar. A él le encantó no ir ese día a la escuela. Él fue quien sacó el ganado y yo cogí su tablilla y me escurrí entre los demás muchachos, con la cabeza agachada. Los niños se echaron a reír. El alfaquí los mandó callar y con una larga vara, sin

moverse del sitio, buscó a la intrusa. Primero a tientas, luego el pico de la vara me rozó la cabeza cubierta; con gesto preciso deslizó la capucha. Me sentí como desnuda. Los niños gritaron. El alfaquí me dio un golpe seco en la cabeza. Di un chillido y salí corriendo. Oí al viejo decir:

"Ciego, por supuesto, pero no bobo...

A las hembras las descubro, huelen mal... Prosigamos..." Desde aquel día la escuela se convirtió en mi único sueño. No aquélla, que no quería saber nada con las niñas, sino la otra, la que forma a ingenieros, profesores, pilotos...

Así, llegué a los diez años y no sabía ni leer ni escribir. Cuando mi padre nos enviaba una carta, yo me empeñaba en ser la primera en abrirla y simulaba leerla. Me inventaba todo.

Mi madre se reía, algo intranquila.

Esperaba el regreso del cartero o la llegada del tendero ambulante que apenas sabía leer. A ella le encantaba la lectura que yo le hacía...

Creía que yo era una superdotada y que había aprendido a leer sola con las vacas o probablemente con mi hermano. A él le costaba descifrar la letra de mi padre. Después de intentarlo penosamente se rendía diciendo:

"Cuenta que todo va bien y que pronto llegará".

Luego, yo cogía la carta y decía, deletreando las palabras, como si descubriera por primera vez el alfabeto:

En el nombre de Dios, el Misericordioso (todas las cartas empiezan de este modo, así que estaba segura de no equivocarme),
'Flins, domingo, abril de 19..'
(el año que fuera...).

Queridos todos, mis muy queridos todos:

Pienso en vosotros todos los días.

Yo estoy bien de salud. Lo único que me falta es mi mirada en vuestros rostros. Hace frío. Me abrigo bien.

¿Cómo estás, esposa mía?, ¿y tú, Driss?, ¿Y tú, Fatma? Ya mandé el dinero. Le di a El Hach un regalo para cada uno de vosotros. Va pronto para allá. Que Al-lah os proteja del mal de ojo. Aquí, todo va bien.

Todos los primos os mandan saludos:

Omar, Brahim, Mohamed, Kaddur.

Saludad a toda la familia...

Mi madre se extrañaba de la brevedad de las cartas. La tía se enfurecía porque yo no la citaba a ella.

Era imposible que mi padre se olvidase de su hermana, pero la lectura me pertenecía y yo decía lo que quería escuchar; me arrancaba la carta de las manos y gritaba: "Yo haré que este papel hable; sabré la verdad; y en cuanto a ti, sobrina desalmada, sé que no sabes leer, eres una farsante, te burlas de las personas mayores, pero Dios sabrá devolverte al buen camino.

No respetas a nadie..."

Mi madre se callaba; evitaba enfrentarse con aquella arpía. Ella prefería mantenerse a distancia y callar, sin reaccionar, sabiendo de lo que era capaz su cuñada. Estéril, acusaba a su marido de ser incapaz de dejarla preñada. No le daba vergüenza alguna evocar sus problemas íntimos delante de la familia. Decía que su marido debió de haber comido algo podrido la víspera de la noche de bodas. Hablaba de ello con seguridad, negándose incluso a consultar a los curanderos. Una vez, cuando llegó la camioneta del dispensario -que pasaba cada quince días-, su madre le dijo que consultase al médico. Se negó, con el pretexto de que mi abuela la

inducía a mostrar su cuerpo a un hombre; se tiró al suelo y simuló una crisis de epilepsia. Desde aquel día, mi abuela dejó de dirigirle la palabra. El respeto a los padres es una de las recomendaciones de Al-lah. Aunque no lleven razón es un deber del musulmán obedecerles. Mi padre me lo había explicado cuando era pequeña; yo había cometido una tontería y había tratado a mi madre de mentirosa. Aquél fue para mí un día negro. Mi padre me encerró en el establo y me dejó sin comer un día entero. Recuerdo que bebí el agua sucia de un barreño reservado a los animales. Estuve enferma toda la noche, pero no fue por el agua. Me sentía herida – avergonzada – y, desde entonces, sé que no hay que faltarle al respeto a los padres.

Al día siguiente, para calmar mi rabia, desaparecí durante casi toda la tarde. Había encontrado en la montaña un escondrijo ideal, una especie de agujero en una roca que parecía una pequeña cueva. Para mí era mi segunda casa, mi refugio, mi tumba. Una vez en el interior cerraba la entrada con una gran piedra y unas cuantas ramas.

En verano se estaba muy bien. Allí me encontraba con los personajes de mis sueños. Cada uno lo representaba con una piedra más o menos grande. Uno era el rey y otro la reina; el mendigo y el loco, el jinete con la cara cubierta por un velo y toda mi familia. Mi padre era una piedra pulida, suave al tacto; lo colocaba a la derecha del rey, una bella roca incrustada de cristales. Representaba la Justicia; cuando tenía que formular alguna queja me dirigía a esta soberbia piedra dotada de todos los poderes. La reina nunca intervenía.

Era una bonita piedra, rodeada de un hilo dorado que había robado a mi tía.

Mi jinete no era una piedra sino un trozo de madera que había esculpido y coloreado con pétalos de flores. A él no lo hacía participar en mis cuentos.

Lo reservaba para más adelante, para el día en que tuviese que irme del pueblo. Al mendigo lo moldeaba con un poco de arena mojada. Cuando le soplab encima se caía y se convertía en el loco bufón del rey. La arena, al mojarse con saliva, se movía; era la Locura. Yo sabía que ante el rey nadie se atrevía a moverse.

Mi madre era la mitad de la piedra pulida que representaba a mi padre. Con un trozo de tiza tracé una línea que dividía la piedra y sabía que estos dos seres estaban unidos “hasta que la muerte los separase”. Mi hermano era un guijarro pequeño y frágil que se desmenuzaba en cuanto lo tocaba. Era mi guijarro preferido. En cuanto a la tía, no era una piedra sino un escorpión muerto que había recogido y colocado en el fondo de la cueva.

Ése era mi jardín secreto, mi escuela coránica, mi casa iluminada.

Allí iba dejando un montón de objetos que una vez que ingresaban en la cueva perdían su función y se convertían en personajes de un sueño, de cuyas vidas disponía hasta el mínimo detalle: el cuchillo no servía para cortar sino para sostener el tejado del palacio; el cuenco de barro cocido era el valle donde descansaban los soldados; la cucharilla de madera nos servía de barca a mi hermano y a mí...

Me pasaba horas y horas ordenando esta pradera de arena y guijarros. Cuando tenía tiempo inventaba mi alfabeto. Tenía una tablilla coránica, robada, por supuesto, en la que escribía unas letras que no eran ni bereberes ni árabes ni extranjeras.

Eran signos que me pertenecían; yo era la única que conocía sus claves, su sentido y su destino.

Yo sólo hablaba bereber y no sabía si se escribía. Las cartas que nos enviaba mi padre estaban redactadas en árabe por un amanuense público. Cuando el cartero nos leía la carta, yo no entendía gran cosa, pero

adivinaba su sentido.

Mi alfabeto estaba formado por dibujillos y colores, puntos, comas, trazos, estrellas... Un día mi hermano me siguió y me sorprendió mientras desplazaba la gran piedra que me servía de puerta. Di un respingo y no tuve más remedio que dejarle entrar y hacerle jurar que no hablaría de ello con nadie, fuese quien fuese.

Nuestros dos cuerpos se deslizaron en la cueva, y mientras cogía a mi hermano por el hombro le iba presentando a mis personajes y amigos. Maravillado ante el espectáculo le entró un ataque de risa. No podía sospechar que su hermana fuera capaz de semejante desvarío, de tal audacia; poseer otra casa y gobernar otro mundo. Me pidió si podía participar en este sueño, ya que él también tenía personajes que recortaba en trocitos de nube y que paseaba por su cabecilla.

Le hice un poco de sitio y se lo ofrecí:

—He aquí tu casa. Puedes invitar a quien quieras; pero, ¡ojo!, que no haya peleas entre los tuyos y los míos. Por el momento, cada uno se quedará en su sitio. Poco a poco abriremos las fronteras y haremos que se conozcan.

Estaba contento. Daba brincos de alegría. Los personajes los tenía dibujados en un cuaderno. Los había recortado y pegado con engrudo sobre unas tablas de madera; eran todos animales: un dromedario de dos cabezas, una serpiente con un sombrero de paja, un gallo con una sola pata, un caballo alado, un toro con cabeza de hombre, un borriquillo... Me dijo que él era el borriquillo, por su bondad. Los demás animales, probablemente, sólo se representaban a sí mismos. No sentía ninguna acritud hacia los miembros de la familia. Mi padre fue el único al que representó con un sol gigante.

Llevaba ese dibujo siempre con él y no se lo enseñaba a nadie.

Allí teníamos nuestros secretos, custodiados, encerrados, resguardados de cualquier indiscreción. A veces él iba solo a la cueva y organizaba batallas entre todos los animales. Un día regresó llorando: ¡la serpiente había mordido al borriquillo!

—Se ha muerto después de haber sufrido mucho —me dijo—. La serpiente era venenosa y yo no lo sabía. He enterrado al borriquillo fuera de la cueva. Me dolió mucho y he llorado.

Traté de consolarlo diciéndole que era un burrito de papel y que podría dibujar muchos más.

—No, éste no era de papel.

Por él me enteré, pues, que lo que ocurría en nuestro lugar secreto no era un juego. Iba en serie. Desde ese día, cada vez iba menos a la cueva y vigilaba el estado de ánimo de mi hermano. Mantuve el secreto hasta un día en que Halifa, una vecina con la que cazaba gorriones, me propuso mostrarme algo que para ella era valioso. Me pidió que intercambiásemos secretos. Le prometí y juré que no diría nada. Me vendó los ojos y me llevó a un bosque por un atajo. Íbamos cogidas de la mano. Se detuvo. Oí chirriar una puerta. Me quitó la venda; me encontré dentro de un tronco de árbol. Era mucho más grande que mi cueva y además había una luz hermosa que se filtraba por algunos de los desgarrones de la corteza. Ese antro apenas iluminado le servía de depósito y de alacena. Debía de pasar hambre; robaba comida y la almacenaba allí:

latas de sardinas, un paquete de galletas, un saquito lleno de frutos secos, un cordel, dos o tres platos rotos, un abrelatas oxidado, pinzas de tender la ropa, un paquete de cigarrillos Troupes medio vacío, una vela, una caja de cerillas...

En el interior se podía estar de pie; no éramos muy altas. Se incorporó y me dijo:

—Éste es mi tesoro, mi secreto y mi sueño.

Yo miraba los objetos bien ordenados, pero ella me estaba enseñando sus pezoncitos, su boca y su vientre.

Teníamos la misma edad, apenas diez años. Me pidió que le enseñase mis tetitas.

—Sí yo no tengo; todavía no me han salido.

—No importa, enséñamelas.

Me desabroché el vestido. Ella se acercó, puso el dedo índice sobre cada uno de mis pezones y se los llevó a los labios. Yo tenía que hacer lo mismo. A ella se le notaban más, eran más abultados que los míos. Los toqué y me parecieron suaves. Tuve ganas de acariciarlos, y me puse colorada de vergüenza.

Me fui corriendo, estremecida por ese contacto que había despertado en mí una sensación extraña, agradable y completamente nueva.

Por la noche soñé con ello. Los senos se habían hinchado y yo tenía mi cabeza reclinada entre ambos. Iba de un lado al otro y bebía, no leche, sino agua azucarada. Me apretaba las manos entre los muslos y no sentía vergüenza. Al despertarme noté el peso de una culpa enorme. Estaba incómoda y empecé a odiar a Halifa y a despreciarme a mí misma al descubrir que mi cuerpo podía sentir otras cosas distintas del hambre, el calor o el cansancio.

3

Me quedé dormida contando las vacas, recostada contra el árbol. Una brisa ligera me acariciaba el rostro y me dejé llevar por esa dulce sensación de abandono en el que se sumen algunos niños. Yo no era una niña dulce. Mis pies habían caminado sobre tantos guijarros afilados que mi cuerpo y hasta mi alma llegaron a odiar todo lo que fuese dulce y tierno. Pero confieso que el sueño de aquella tarde fue maravilloso y nunca se me volvió a presentar de esa manera. Quizá por ello aún lo recuerdo. Sentí que una mano se apoyaba en mi hombro. Me di la vuelta y vi a un hombre de gran estatura, delgado, con un imponente bigote pelirrojo. Era un joven extranjero, probablemente francés. Pero, ¿cómo habría llegado hasta la cábila? Nadie en el pueblo lo había invitado. Llevaba una mochila y parecía que se había extraviado. No hablaba una palabra de bereber y yo ni una palabra de francés. Por señales le indiqué que se sentara. Sonrió, dejó su mochila en el suelo y sacó una flauta de metal. Nunca había visto una como ésa. Me la tendió y me pidió que la tocara. La miré detenidamente y soplé dentro. Salió un ruido extraño. Él sonrió y me colocó los dedos en los agujeros de la flauta.

Entendí que, a medida que se echaba el aire había que levantar los dedos hasta que surgiesen sonidos convertidos en música. Al final del día yo tocaba con una facilidad sorprendente.

Al llegar el momento de recoger el ganado, él estaba profundamente dormido. Traté de despertarle, pero vi que era feliz en su sueño; no insistí.

Escondí la flauta en mi cueva y me volví a la alquería. Estuve pensando en ese hombre la tarde y la noche entera. Estaba inundada de su imagen, de su sonrisa.

Mi tía habló durante la cena de un forastero, ladrón de niños, que la gendarmería, supuestamente, andaba buscando; los atraía al bosque para venderlos después en Francia a familias sin hijos.

En lugar de pasarme la noche temblando de miedo, tuve la reacción contraria: ¡estaba nerviosa de felicidad! Me veía raptada por aquel apuesto jinete -yo, mientras tanto, le habría conseguido un magnífico caballo- y conducida lejos de este pueblo, asediado por la desgracia y la soledad. Me decía que yo sería la que induciría al forastero a introducirme en su equipaje. ¡Qué aventura! En Francia, incluso si me vendiese, conseguiría escapar e ir al encuentro de mi padre. Ése era mi sueño. ¿Y mi hermano? ¿Qué sería de él, a merced de la tía, carcomida de odio; con una abuela inválida y una madre desgraciada y desamparada? No lo dejaría solo... a menos que el forastero aceptase raptarnos a los dos. Mi madre perdería la razón... No podía ser.

Renuncié a todos los proyectos y me dormí, bajo el árbol, en los brazos del apuesto secuestrador... Dispuse de otro modo mi sueño: vestí al francés con una bonita almalafa azul y nos fuimos los dos, envueltos en la bruma de la mañana.

Al día siguiente esperé al forastero en el mismo sitio. Yo estaba en medio de las vacas y las cabras que me miraban con ojos húmedos, llenos de compasión. Hacia mediodía fui a buscar la flauta y la toqué con la esperanza de verlo aparecer. Me salía muy mal. Me había olvidado de todo y supe que fue su presencia la que guió mis dedos. En lugar del jinete de mis sueños apareció mi tía, con el pelo revuelto y un palo en la mano. Me dio un golpe seco en la espinilla. Me quitó la flauta y se fue, amenazándome con las mayores desgracias. Volví tarde a casa, cojeando, decidida a vengarme. Por la noche, urdí varias intrigas para librarme de

aquella mujer:

Incendiarle su casucha. Pero el fuego podría prenderse en toda la alquería.

Introducir, mientras durmiese, una anafre con carbón encendido. Moriría axfisiada. Dos inconvenientes:

siempre estaba la puerta cerrada y moriría en sueños, sin sufrir y sin saber que ésa era mi venganza.

Aprovechar su ausencia durante el día y deslizarle dentro de la cama tres o cuatro escorpiones (el pueblo estaba infestado de ellos). No. Ella es más fuerte que esos bichos. Fue ella la que nos enseñó, un día, cómo agarrar un escorpión para evitar la picadura.

Lanzarle a la cara una cafetera de agua hirviendo. Se quedaría desfigurada, pero ella era fea de por sí.

Atrapar unas cuantas ratas; encerrarlas en una jaula, un día o dos, hasta que se volviesen feroces por el hambre. Esperar a que ella entrase a hacer sus necesidades en la choza donde una fosa nos servía de retrete, y lanzarle las ratas. La morderían y le arrancarían sus gruesas nalgas.

Esta idea fue la que más me gustó.

Yo necesitaba tiempo, paciencia y valor. Siempre me inspiraron terror las ratas. A veces hasta me desmayaba al verlas. Tenía, pues, que atraparlas primero, cosa nada fácil. No podía pedir a mi hermano que me ayudase.

Cuanto más pasaba el tiempo, más se convertía en obsesión mi deseo de venganza. Me la imaginaba patas para arriba, con los zaragüelles caídos, entorpeciéndole los gestos y las ratas abalanzándosele sobre la barriga, sobre la vagina; arrancándole tiras de carne ensangrentadas. Esa escena, que reconstruía a menudo en mi mente, me estremecía. Me asustaba, pero al mismo tiempo había que ponerse en acción.

Con unos cuantos trapos confeccioné unos guantes y tuve la suerte de conseguir un cajón de madera que el tendero ambulante había dejado por allí.

Había que cerrarlo. Me las arreglé con unas cuantas tablas. Ya estaba, pues, todo listo. Debía pasar ahora a otra fase: vigilar sus idas y venidas, abrirle un canalillo a las ratas, encontrar una piedra para obstruirlo, impidiendo la salida a los asquerosos bichos, y, por último, observar en qué momento mi tía iba a la fosa. Me fijé que iba dos veces al día: por la mañana, justo después del desayuno, y por la noche, antes de irse a dormir.

Opté por la noche. Con la oscuridad y el silencio la fechoría sería tremenda. Mi objetivo era no solamente hacerle daño, sino asustarla, y perturbarla para el resto de sus días.

No me costó mucho encontrar las ratas. Utilicé un cedazo para arrinconarlas y encerrarlas en el cajón.

Soltaban grititos estridentes que me hacían daño en los oídos y me provocaban escalofríos de repugnancia. Ya estaban hambrientas y un tanto peligrosas. Las escondí en la cueva y esperé el día y la hora apropiados. La primera noche no fue a la fosa.

Me intranquilité un poco. Mi plan no estaba totalmente a punto. Era la época en que los higos ya estaban maduros; y, con largueza, cogí de los árboles más de un kilo y se los regalé al día siguiente. A ella le extrañó aquel gesto mío y creyó que se los regalaba para que me perdonase. Yo dejé que se lo creyese y añadí algunas frasecillas amables, diciéndole que, a partir de entonces, sería más obediente. Tal como había previsto se abalanzó sobre el plato de higos y no dejó más que uno o dos que no estaban maduros. Yo estaba segura de que por la noche iría a hacer sus necesidades varias veces a la fosa.

Yo estaba preparada, sentada cerca del lugar de las operaciones, encima del cajón donde las ratas se agitaban impacientes. En la casa todos

dormían. Me había vestido con una chilaba negra para confundirme con el paisaje. La noche no era muy clara. Las condiciones eran excelentes. Sólo podía salirme bien. No pensaba en lo que vendría después.

Ella salió de la casa con un cubo de agua en la mano. Yo me escondí detrás de un árbol, cerca del establo.

Entró en el retrete y dejó la puerta entreabierta. Ante todo: no perder tiempo. Corrí, cerré la puerta por fuera y solté las ratas, que se lanzaron a la fosa, entre gritos de hambre y de alegría (¡unas ratas alegres, qué espectáculo!). Oí un alarido y luego el ruido de un cuerpo cayéndose al suelo. No supe distinguir si los gritos eran de ella o de las ratas. Ella se puso a dar patadas a la puerta.

Armó tal escándalo que despertó a todo el mundo. Yo aproveché para salir corriendo hacia mi habitación. Mi madre se había levantado y estaba asustada. Creyó que era un ladrón.

Yo también pregunté qué ocurría.

Ella me dijo que me fuese a dormir.

Yo me negué. Quería enterarme. Fue mi madre la que se adelantó a socorrerla. Abrió la puerta. El espectáculo era espantoso. Tuve un momento de compasión; al rato, me sentí satisfecha de mí misma. La pobre mujer estaba tirada en el suelo, con las piernas llenas de sangre y excrementos. Lloraba, decía que los demonios habían vuelto. Amenazaba a toda la cábila con una venganza cruel. Todavía no acusaba a nadie, pero observó la ausencia de mi hermano pequeño. En su mente, él era el autor de la fechoría, en connivencia con los diablos o con el mal, tras su apariencia de niño inocente.

Tuve mucho miedo. Presentí que desquitaría sus deseos de venganza en mi hermano. Deseé acusarme a mí misma para protegerlo. Era demasiado tarde. La desgracia llegaría, con ella, a nuestra familia. Se incrementó su odio. Los ojos se le volvieron amarillos. Yo no sabía que el odio tuviese color. Y, sin embargo, me gustaba el amarillo. Pero cuando éste colmaba sus ojos, se ensuciaba. Se transformaba en el mal, inundando el fondo del ojo.

Las mordeduras de las ratas no eran graves. Fue sobre todo el susto. La fechoría había salido bien porque, por primera vez, ese monstruo yacía en el suelo, humillado, frente a una violencia ciega, caído en la oscuridad, oliendo a mierda y orina. Durante algunos minutos, el monstruo se volvió humano; justo para tomar conciencia de que no era el único ser capaz de aterrorizar a los demás. Ya fuese por obra de las ratas o de los demonios, había conseguido lastimarla y hacerle sentir miedo. Mi victoria era amarga y triste. Temía la revancha.

Durante algunos días no salió de su habitación. Se pasaba el día maldiciendo a los cielos, a la tierra, al pueblo y a la cábila. Debía de hacer sus necesidades en la cama, nos decíamos mi hermano y yo. De hecho, estaba tan traumatizada que ya no tenía necesidad alguna de ir al retrete.

De vez en cuando abría la puerta y soltaba maldiciones. Tenía un repertorio de insultos variado y terrorífico: "¡Hijos del día ennegrecido!", "¡Hijos de la vergüenza y del adulterio!", "¡Que el vacío sople sobre vuestra casa y sobre la familia entera!", "¡Que la nada os arrastre a un lecho de ascuas!", "¡Que Dios maldiga el árbol que os dio sombra y que os hincó en este pueblo, donde ni sepultura tendréis!", "¡Que las hienas os despedacen en pleno sueño!", "¡Que Dios maldiga vuestras raíces, la religión y el agujero por donde salisteis!", "¡Que se os vuelva verde la piel de una calentura y que la arena os tape todas las aberturas del cuerpo!".

Tras los insultos, amenazas: "Mi venganza os sorprenderá como un rayo, como un trueno... Acarrearé dolor, asfixia, lágrimas y muerte... Jamás se

cansará mi odio... Sé alimentarlo, afilarlo y hacer que persevere. El odio es mi mejor compañero. Lo bebí en la leche de mi madre. A falta de prole, ordeno y mando sobre mil y un personajes obedientes. Acudirán a enterrarlos vivos, y, una vez muertos, os desenterrarán para reír y bailar sobre vuestros cuerpos lívidos y amoratados..."

¡Días y noches escuchando a esta loca! Su voz, ora estridente, ora grave, nos envolvía como una sábana sucia, como una manta roída por la polilla. Mi madre rezaba y rogaba a Dios que nos protegiese de la rabia de aquella mujer, empeñada en cometer un crimen, a oscuras, y en ausencia de hombre. Mi madre tenía miedo. Lloraba y pedía el regreso de mi padre...

La abuela estaba, de hecho, sorda y no sabía qué pasaba en la alquería. Por la noche, atrancábamos las puertas de nuestra habitación. Mi madre, mi hermano y yo dormíamos en la misma cama. Nos pegábamos los unos a los otros. Cuando llevaba las vacas a pastar, deslizaba un cuchillo de cocina en mi zurrón. Por quien más sentía miedo era por mi madre, incapaz de defenderse; y por mi hermano, tan ingenuo e inocente.

Pasaron varias semanas sin que ocurriese nada. Era la calma que precede a las tragedias. Ella no se había olvidado; se concedía tiempo para llevar a término su proyecto. Sabía que yo era la autora de su humillación.

Cuando pasaba a mi lado, me lanzaba miradas en las que el júbilo se mezclaba con la cólera fría, digerida a fondo. Ella daría un golpe por sorpresa. Así fue como mi hermano pequeño se convirtió en su objetivo; por su inocencia; por su mera existencia. Había que castigar a todos: a mis padres y a mí, arrancándonos al niño; y a mí, en particular, haciéndome responsable de esta desgracia.

Toda mi vida habría de llevar la culpa, la inmensa culpabilidad en el alma: mi hermano muerto por haber provocado al monstruo. Yo viviría, pues, con este peso, esperando la justicia divina.

La maldad es un arte. No está al alcance de cualquiera. Hay que saber utilizarla y hacer de ella una norma de vida. Ni mi madre ni yo, menos aún mi padre, queríamos -ni podíamos- manipular el odio y la maldad. Pensé en ello durante mucho tiempo:

¿cómo puede apoderarse el mal de un alma; secarla, vaciarla de su sustancia y hacer de ella una navaja afilada que desgarrar los corazones, mientras se alegra por ello? ¿Cómo se aposenta el odio en un ser hasta convertirlo en instrumento voluntario de la desgracia? Mucho más tarde comprendí, o al menos creí comprender, que el odio preserva, curte y genera energía. Mi tía nunca estuvo enferma. No tenía corazón y su piel era más dura que una coraza. No podía sufrir. Era inaccesible. Que muriese en absoluta soledad era mi único consuelo. ¡Menudo consuelo! No podíamos hacer nada contra su ferocidad. La muerte, pues, nos llegó de su mano. El alfaquí ciego lavó el cuerpo de mi hermano; lo envolvieron en una sábana blanca y lo enterraron durante la llamada a la oración del mediodía. "Ha sido el destino", "Ha sido la voluntad de Dios", decía la gente. El alfaquí, creyendo que así nos consolaba, dijo:

"Dios necesitaba un ángel; eligió a este niño". Yo lloraba en un rincón.

Mis ojos ya no veían las cosas en su sitio. Los árboles estaban inclinados hasta rozar la tierra; los animales, con las patas para arriba; el cielo, meciéndose de derecha a izquierda; la gente, de tamaño diminuto. Sólo mi tía, que se había vestido de blanco para mostrar que iba de luto, me parecía inmensa. La cabeza, mucho mayor que el cuerpo, se contoneaba. Los brazos se le iban alargando hasta arañar la tierra al caminar. Con los pies dejaba tras de sí inmensos agujeros humeantes, y, por último, despedía un olor a excrementos queapestaba todo el pueblo. Aparecía tal como era: un monstruo en la cima de la gloria.

Nos sentíamos incapaces de enfrentarnos a ella. Mi madre sospechaba que había envenenado a mi hermano, pero no podía proclamarlo a voces.

Era tal su dolor que no iba a servir de nada; su hijo, de todas maneras, no iba a resucitar. Mi abuela lloraba en silencio y con el dedo señalaba una y otra vez la habitación de mi tía.

Así es como, pues, a una o dos horas de camino de la ciudad, se podría matar, enterrar y llorar a un niño en un pueblecillo de montaña. El destino golpeó; se manifestó el hado. Mi tía respondió a la llamada del cielo.

Dios hizo el resto.

Mi madre creía en esas historias al igual que su madre, su abuela y su bisabuela... Yo me negaba a creer tal infamia. Quería ser la primera en iniciar la ruptura. No por estar aislados en esta cábila debíamos permitir a una asesina permanecer impune. Esperaba el regreso de mi padre para provocar el escándalo. Pero yo no conocía bien a mi padre. Durante mis diez años de vida, debí de haberle visto un mes al año... En total, pues, seis, siete meses. Él se fue a mitad de la noche, quizá tenía yo entonces cuatro años. Me acuerdo de esa mañana en la que sentí un vacío inmenso a mi alrededor. Yo lloraba.

Él ya no estaba allí. Y yo me quedé jugando con las piedras. Por eso a veces se me extraviaba el rostro de mi padre en mis recuerdos.

¿Cómo reaccionaría él? ¿Entregar a su hermana a la justicia? ¿Callarse?

¿O estrellarle la cabeza contra un pedrusco?

Mi madre montó en la mula y se fue a la ciudad. Se llevó una de las cartas que enviaba mi padre, en la que había un número de teléfono donde se le podía dejar un recado. Durante el trayecto se preguntaba cómo debía anunciarle la noticia: "Driss está enfermo, ven pronto"; "Driss ha tenido un accidente, tienes que venir"; "Ven, todos estamos bien, menos Driss". No podía dejarle el siguiente recado: "¡Tu hijo se ha muerto, vuelve a casa!" No, eso no. Si al menos pudiese hablar con él directamente, pero era imposible. El número de teléfono era el de un marroquí que tenía una tienda de comestibles en la calle por donde pasaba mi padre para ir a la pensión.

Cuando se lo imaginaba, volviendo del trabajo, para comer y dormir, cansado, por la noche, y que el tendero o alguien enviado por él le anunciase:

"Hay un recado para ti, tu familia llamó... ¡tu hijo Driss se marchó con Dios!...", lloraba con lágrimas calientes...

En esos momentos el exilio era, en verdad, una injusticia. Si él no hubiera emigrado, quizá la tía nunca se hubiese atrevido a dar una albondiguilla mezclada con veneno a un niño inocente, elegido como blanco de su venganza; porque él no había hecho nada, porque era un varón, la luz de los ojos de mis padres. Ella intentaba hacer daño; no sólo lo consiguió sino que sobrepasó todas sus expectativas.

Mi madre anunció brutalmente la noticia al tendero que, por la noche, habría de comunicársela a mi padre.

4

¿Por qué arte de magia se disipa la pena? ¿Cómo se llena un enorme vacío en el corazón, en las entrañas y en la cabeza? ¿Cómo imaginar un día sin que el rostro de Driss invada con su sonrisa y su candor cualquier lugar? Al contrario de las estampas de los cuentos, la muerte no es un esqueleto horrible, provisto de una guadaña, que recorre los campos, amenazando aquí, segando allá, a unos seres débiles, indefensos. Para mí, la muerte tiene un rostro: el de mi tía; un rostro entumecido por la frustración, las carencias, la envidia y la inmensa desgracia que la invade y que ella va repartiendo, con todas sus fuerzas, para consolarle.

La muerte, ahora, tiene un olor, el de los ropajes sucios con que se viste mi tía: un olor de sudor acumulado durante semanas, mezclado con aroma de condimento de clavo, un perfume rancio sazonado de pimienta y canela. Todo ello mezclado con el incienso funerario le da a la muerte un olor terrible, que va dejando efluvios que el polvo y el sol estampan sobre los objetos, sobre los árboles y las plantas. Aunque venga desnuda o transparente, yo he aprendido a reconocerla, a sentir su presencia y a medir cada uno de sus gestos, a barruntar el sentido de sus movimientos. Vivo sobre aviso, porque supe todo sobre la muerte y el luto a los diez años.

Vi morir animales y eso era natural. Morían al igual que habían nacido, lentamente, sin llantos, sin gritos. Partían, abandonándonos sus cuerpos, sin que supiésemos qué hacer con ellos. Quizá sufrían, quizá no querían irse de los pastos y los establos; pero la muerte, en apariencia, no era ningún problema para ellos.

No había dejado de pensar en mi padre; llorando solo en un dormitorio común, compartido con otros emigrantes que jugaban a las cartas esperando el sueño. Llorar sin decir nada. Porque allí no había probablemente ningún amigo con quien hablar, para decirle cómo se sentía, abandonado de Dios que le había arrebatado a su hijo; decirle cómo el exilio, incluso voluntario, había abierto en él un surco doloroso, donde ya nada sería como antes, donde el cielo iba a tener menos estrellas y el mar menos misterio.

El día, el trabajo, el sol, el recuerdo, todo eso ya no tenía importancia. Él, que vivía con un atillo de recuerdos, atados los unos con los otros con un mismo cordel -el de la mirada y la ternura infinita-, iba a abandonar todo aquello, dejarlo todo, con la esperanza, loca, de ver aunque sólo fuese una vez a su hijo.

En el hatillo de recuerdos había, sobre todo, la imagen de sus dos hijos, de su mujer y, por último, de su madre. Cuando quería descansar y distraerse, se metía en la cama, boca arriba, fijaba la mirada en el techo mugriento de la pensión y pasaba revista a todos los rostros. No lo hacía a menudo por temor a gastar esas imágenes frágiles. Aquella noche, todo se le había mezclado en la mente:

no veía claro, no distinguía las caras unas de otras. Con los ojos llenos de lágrimas, no podía ver nada; una pantalla, borrosa como la bruma, lo separaba de sus recuerdos. Tartamudeaba, pronunciaba sin cesar el nombre de su hijo como en un delirio. El marido de mi tía, que no ocupaba el mismo dormitorio, acudió para ver qué le ocurría.

Era un buen hombre. El casamiento con mi tía no le había salido bien.

Era débil y sin mucha imaginación.

Frente a la brutalidad de mi tía, él contraponía una bondad empalagosa que lo hacía digno de compasión. Fue el primero que emigró. Enviaba dinero, pero no volvía a casa en verano. Al cabo de tres años, mi tía

decidió que ya no tenía por qué cumplir con los deberes de esposa hacia un marido ausente, un marido que no era un hombre porque nunca consiguió darle un hijo.

Durante los primeros tiempos de su matrimonio, mi tía le pegaba, ridiculizándolo delante de la familia. Él consiguió, dando dinero a diestro y siniestro, obtener un pasaporte. Se fue una mañana con la camioneta del tendero y sólo se tuvieron noticias de él algunos meses más tarde, mediante un giro enviado desde una agencia de correos de Muraux, en Francia.

El drama le iba a permitir saldar una cuenta antigua con su mujer. Decidió acompañar a mi padre, se encargó de avisar a la fábrica, comprar los billetes de avión e intentó dar ánimos a su cuñado. En su fuero interno no podía sospechar que su mujer hubiese envenenado a la pobre criatura; pero durante el viaje no hacía más que pensar en una discusión que tuvo con ella el día en que nació Driss. En su arretrato, ella juró acabar con aquel niño si ella no conseguía tener uno.

Él no la creía capaz de llegar al asesinato. Alejaba de su mente esta idea, y al instante reaparecía. Hacia la mitad del viaje, ya se había convertido en una obsesión. Al llegar al pueblo se hizo certidumbre. Un taxi los dejó ante la alquería a medianoche. Mi padre se quedó un rato sentado sobre una piedra. Lloraba, con la cabeza entre las manos. Mi tío hizo lo mismo. Al amanecer se fueron al cementerio y buscaron la tumba más pequeña y con la tierra recién cavada.

La encontraron sin dificultad. Mi padre extendió un tapiz en el suelo y rezó. El aire estaba fresco y en el cementerio reinaba una atmósfera de ternura. El rocío apenas mojaba la tierra. A mi padre le entró frío, se subió el cuello de la chaqueta, se arrodilló y besó la tumba. Al levantarse, tenía tierra en la frente y en la barbilla. Sacó un pañuelo del bolsillo y lo llenó de tierra. Fue entonces, o más tarde, cuando apareció un jinete a lomos de un caballo blanco, moteado de gris, con una paloma en cada hombro, irradiando luz; dirigió estas palabras a mi padre: "¡Hombre tan cercano, venido de tan lejos, no estés triste! Confía en el destino y en la palabra de Dios. Tu hijo se fue. Está en el paraíso. Es un ángel. Aquí, en la tierra, en este pueblo, no tenía nada que hacer. Sólo podía ser víctima del veneno de la envidia. Ahora, ya no sufre. La muerte se lo llevó el día en que terminó de aprender el Corán. Se fue con la última sura y el último versículo. Se fue volando con las últimas sílabas de la palabra de Dios. Ten fe, hombre ignorante y bueno. No busques venganza; no trastoces la fatalidad. Deja a Dios Todopoderoso que haga justicia, aunque afecte de nuevo a tu familia. No hagas nada. Reza como buen musulmán. Pídele a Dios alafía. Abandona este pueblo, llévate a tu mujer y a tu hija lejos, muy lejos, de la mirada torva, que de tanto posarse sobre vosotros acabará por perpetuar la desgracia. Sé paciente.

De ahí extraerás tu valor, tu fuerza, tu fe. Vete de aquí, cambia de horizonte, cambia de tierra. Estarás fuera del alcance de un mal que habita en una mujer próxima a ti. Vete, haz más niños y no vuelvas nunca a este pueblo maldito. Deja a los ancianos; ellos se irán apagando lentamente. No te lleves nada de aquí, ni siquiera el puñado de tierra que acabas de coger.

Es un lugar condenado. Todos los hombres se han ido de aquí. Sólo quedan los ancianos y una loca que será estrangulada por la víbora de la que extrae el veneno. No escupas al marcharte; no digas nada, abandona tus enseres, vende los animales, si puedes, y emprende el camino del exilio. Ya está saliendo el sol, debo volver a otros cementerios, donde me esperan más tareas. ¡Adiós, buen hombre!"

El jinete dio media vuelta y desapareció envuelto en la nube de polvo,

precedido por las palomas que le indicaban el camino. Cuando mi padre me contó esta historia, yo no me atreví a contrariarlo. Dejé que creyese en sus visiones. De todos modos, debió de ser la voz de la razón la que él escuchó. ¿Qué hacer aún en esta tierra yerma? Irse, llevarse a la familia, alejarla de sus raíces para así, quizá, poder amarlas y soportarlas mejor; poner a buen recaudo sus bienes, su capital máspreciado, estar con su gente querida. Si por desgracia había de ocurrir de nuevo un drama, él quería estar presente. Pensé un instante que la tía había elegido a Driss como víctima para hacerme aún más daño y dejarme con la culpa sobre mi conciencia. Años más tarde me enteré de que yo era su objetivo; que deseaba mi muerte, y no por vengarse de la mala jugada que le gasté, sino porque, según las palabras del bisabuelo pronunciadas en su lecho de muerte, yo era la niña que poseía el don en la mano que permitía descubrir el tesoro escondido en la montaña. Lo de la envidia y los celos era secundario. Yo era más peligrosa y molesta que mi hermano; él no llevaba dentro ni enigma ni secreto, sino meramente infancia. Mientras no se hubiera descubierto el tesoro, ella seguía esperando tener una hija.

Ya tenía planeada una estratagema:

simular un embarazo, dar a luz a solas, sin la presencia de nadie, quizá en la montaña, y regresar con un bebé que alguna mujer le habría conseguido en la ciudad mediante alguna suma de dinero. Nos habría venido con el cuento del "niño dormido"; su marido no podría decir nada y "su" hija competiría conmigo en la historia del tesoro. El bisabuelo había dicho que "la niña estaría señalada por el destino; nacería durante el décimo decenio después de su muerte...". Probablemente ella se consideraba a sí misma como un destino: tirando de los hilos, arruinando las esperanzas, reinando sobre mi familia en la que había hombres, pero ausentes.

Al volver del cementerio, mi padre se había serenado. Se acercó a mi madre, le puso la mano derecha en la cabeza y la besó. Luego vino a sentarse cerca de mí; yo ya estaba despierta. Me tomó en sus brazos, me apretó muy fuerte y lloró durante mucho rato. Decía algo, pero sus sollozos me impedían entenderlo. Lloraba por su vida y nos contaba los avatares de su vida: un hombre sencillo, procedente de la rama pobre de la cábila, un buen hombre que tuvo que emigrar a Francia a la edad de veinte años, sin saber ni leer ni escribir, conociendo sólo del islam algunos versículos del Corán y las cinco oraciones del día, un hombre sin pretensiones, sin grandes ambiciones, cuyo único capital es su fuerza física y sus bienes máspreciados sus dos hijos y su mujer. De Francia, sólo conoce las paredes de la fábrica y del dormitorio común que comparte con otros nueve emigrantes. De la noche a la mañana se ve trasladado de un pueblo, que el cielo maldijo, a otro pueblo donde no reconoce ni las gentes ni las cosas. Vivía pensando en nosotros.

Trabajaba para que no nos faltase nada. Nos ofrecía su vida; su vida éramos nosotros. Ahora, ésta se ha quedado inválida, le falta Driss. La decisión estaba tomada: no nos quedaríamos en el pueblo; nosotros emigraríamos también a Francia, a rehacer nuestra vida, allí, con él, bajo su protección. Él iba a hacer los trámites necesarios, procurarse los papeles, la vivienda, vender el ganado y la tierra, confiar a mi abuela el cuidado de mis primos y dejar a su hermana reventar de soledad y de abandono.

Mi padre había cambiado, yo ya no lo reconocía. Se había convertido en un hombre dinámico y decidido. Había perdido la sonrisa, pero no la fuerza para seguir viviendo a pesar del drama. La muerte de Driss lo había trastornado tanto que había adquirido una energía nueva. Ya no era un hombre resignado, abatido, que creía en la fatalidad y ejecutaba los

trabajos sin reflexionar. Parecía como si la vida hubiese llamado a su puerta, dándole una nueva oportunidad. Seguía siendo, por supuesto, un analfabeto, como yo, y sin embargo se desenvolvía bien por los pasillos de la Administración. Distinguía los impresos por el color y por los signos que le servían de punto de referencia. Había contratado los servicios de un estudiante que conoció en el autocar, que le rellenaba los papeles y lo guiaba.

En una semana, el papeleo de nuestros pasaportes estuvo listo. Sólo faltaba la autorización de Francia, que él no tardó en enviarnos. Mi madre no podía oponerse a esta ida tan precipitada.

Lloraba a escondidas, porque tenía miedo a lo desconocido. Preguntó a mi padre que si allí había familias bereberes con quien hablar. Él le dijo que sí, sin muchos detalles. Mi madre tenía que arrancarse a esa tierra que nunca había abandonado. Ni siquiera conocía el poblado vecino. Era un salto en el vacío, aunque mi padre la tranquilizara. Para mí también era un salto hacia lo desconocido, pero el mejor regalo que hubieran podido hacerme. Era una aventura. Tenía curiosidad por conocer otros lugares y, sobre todo, me sentía feliz de dejar el pueblo, los animales, los árboles, las fincas, la tía... Estaba contenta, pero triste; como mi padre.

Nuestro luto era mudo. Llevábamos bastante pena dentro como para dejarnos enterrar bajo tierra. Y, sin embargo, la misma pena nos proporcionaba fuerzas renovadas para vivir.

En el verano, mi padre volvió por nosotros. No llevaba equipaje. Estaba en un coche largo que llamaban "furgoneta familiar". Descansó durante un día, luego llenó el maletero con algunas cosas. Mi madre nos hacía reír: quería llevarse el anafre y el carbón. Mi padre le dijo:

—Todo esto se ha acabado. Allí tendrás cocina de gas, tendrás una nevera, electricidad, agua en los grifos, tendrás hasta una televisión mejor que la del tendero... ¡Allí, aunque haga frío y el trabajo sea duro, está la civilización!...

¡La civilización! Esta palabra me suena aún hoy en la mente como una palabra mágica, que abre puertas, empuja el horizonte remoto; que transforma la vida y la mejora...

Pero, ¿qué hacer para entrar por esa puerta si uno no sabe ni leer ni escribir? Le hice la pregunta a mi padre.

—En cuanto lleguemos, irás a la escuela. Todavía estás a tiempo. Con diez años y medio te admitirán en una escuela especial, y, como eres inteligente, adelantarás muy rápido.

En el momento de la despedida, mi tía salió llorando, desgredada y se echó a los pies de mi padre, le besó los zapatos, rogándole que se apiadase de ella:

—Perdón, soy inocente, no he hecho nada, no soy más que una pobre mujer, sola y abandonada por un falso marido; nadie me quiere; a ti, hermano mío, mi semejante, mis entrañas, te pido perdón, llévame contigo, no me dejes aquí, ten piedad, me moriré, no tienes derecho a abandonar a un miembro de tu familia, de tu clan. Dios te castigará si me dejas... Has creído a tu mujer y no quieres oír a tu hermana...

Driss enfermó porque bajó al pozo durante la noche... Lo poseyeron los demonios... Era luna llena, ya sabes que nunca hay que bajar al pozo la noche de luna llena... Es verdad, lo demás no es más que calumnia; te ocurrirán otras desgracias... No te fíes... Acuérdate de las palabras y los designios de nuestros antepasados:

"El que abandona su tierra es un hombre perdido... El que arranca las raíces de sus orígenes atrae sobre sí la maldición..."

Mi padre no se movió. Permanecía ajeno a aquellas maldiciones. Sentada en el coche, en el asiento de atrás, yo lo admiraba. Él dirigía la mirada a

lo lejos y esperaba el final de la escena. Al darse cuenta de que no lo podía conmover, entró precipitadamente en la casa, salió con una lata de petróleo y se roció con él:

—¡Voy a morir y llevarás mi muerte sobre tu conciencia toda tu vida!

Él, durante un instante, se asustó.

Ella, gritando y tirándose de los pelos, vigilaba con el rabillo del ojo la reacción de mi padre. Intentó encender una cerilla; la caja estaba húmeda. No conseguía prender fuego al vestido. Entonces mi padre tuvo un gesto valeroso y arriesgado. Sacó del bolsillo un mechero y se lo tendió. Ella se negó a cogerlo. Mi padre subió al coche, dio marcha atrás y nos fuimos.

Con el vestido rasgado, despeinada, y la cara llena de polvo, se daba golpes con la cabeza en el suelo, maldiciendo a toda la humanidad. Mientras nos alejábamos, vimos cómo su figura se encogía hasta parecer un montoncito de piedras.

En el coche íbamos callados. Mi padre iba conduciendo; sudando. Aunque su hermana fuese un monstruo, le dolía haberla abandonado. No tenía más remedio que hacerlo. Había comprendido que era un ser temible y que estaba perdiendo la cabeza.

5

Más tarde nos enteramos de que se había vuelto loca. Algún tiempo después de marcharnos se fue del pueblo a pie, bajó a la ciudad y se refugió primero en una mezquita y después en un cementerio. Se ganaba la vida con sus artes de brujería; aseguraba que disponía de seso de hiena en polvo, que vendía a un precio muy caro; eficaces para echar sortilegios difíciles de deshacer.

Una mujer la recogió cuando pedía limosna a la puerta de una mezquita, y le propuso que fuese a trabajar a su casa. Era una gran familia de Agadir. El marido era un conocido comerciante; todos sus hijos iban a la escuela y la mujer se aburría; no tenía nada que hacer. Una criada le limpiaba la casa y otra le hacía la comida. La llegada de Jadux –pues así se hacía llamar– provocó la ira del marido. Dijo que “su presencia era incómoda”, que la expresión de su cara no le inspiraba confianza. Durante la discusión, ella, modosita, recogió su hatillo de ropa y pidió excusas por aquella intrusión involuntaria. Les habló en un tono dulce:

—Lamento mucho lo ocurrido, me avergüenzo de haber causado este disturbio en una casa de gente de bien.

Yo vengo de lejos. Sabed que soy una mujer abandonada por su marido que se fue a Francia y rehízo allí su vida.

Me ha plantado con cinco hijos y no nos envía ni un céntimo. He tenido que dejar a mis hijos con mi madre, la pobre, y yo intento ganar un poco de dinero, sólo para darles de comer.

Así es la vida. A algunos les da todo, a otros les quita hasta a sus propios hijos. Os propongo que me toméis a prueba durante una semana y después decidáis con toda libertad.

Que Dios os guarde y colme vuestra riqueza...

Con la voz zalamera y la cabeza gacha, consiguió convencerlos para que se quedasen con ella.

Al cabo de una semana ya estaba conspirando con la mujer en contra del marido. Este último, astuto y avisado, confiando en su primera corazonada, la despidió sin contemplaciones; la dueña de la casa no tuvo tiempo de protestar ni de defenderla. Jadux se encontró de nuevo en la calle, con el rostro descompuesto y el andar vacilante. Su empeño en vivir a costa del mal comenzaba a desgastarse, a quebrantarse. Al estar sola, no tenía a quien maltratar. Erraba por las calles, hablando sola, gesticulando, increpando a los transeúntes:

“Tú, que corres por esa callejuela sin salida, detente y escúchame. Soy la última descendiente de una familia de santos. Uno de mis antepasados escondió en la montaña un tesoro...”

Se detuvo violentamente, se quedó cavilando y echó a correr hasta la estación de autobuses, situada a la salida de la ciudad. Allí había gente esperando el autocar, otros esperaban a los viajeros y otros no esperaban nada ni a nadie; se pasaban allí las horas muertas, como testigos del tiempo, reclamos del sol, ganapanes de cualquier faena... Iban y venían, después se sentaban en el suelo, con la espalda recostada en la pared, la mano en la frente para protegerse del sol o sostenerse la cabeza. Gentes sin ataduras, sin profesión precisa; llenaban la plaza y le daban un aspecto vivo, humano. Estaban dispuestos a todo, ofrecían sus brazos para cargar con lo que se prestase. Algunos llevaban muertos, otros transportaban tullidos a sus espaldas, dándoles un paseo por la ciudad porque se aburrían y no tenían silla de ruedas. Otros vendían viento. Sentados tras unas mesitas bajas, inventaban recuerdos para los que no los tenían o se les habían olvidado. Uno de ellos llegó a escribir en una

pequeña pizarra colgada de una pared: "Vendedor de recuerdos vivos, frescos, auténticos, confirmables". A ellos no acudían muchos clientes; los recuerdos no eran artículos que escaseasen en esta tierra; hay que reconocer, sin embargo, que en Agadir el mercadillo de la memoria había prosperado; después del terremoto, algunos supervivientes la perdieron, otros se esforzaron en comprobar sus recuerdos, y luego hubo los que, no habiendo vivido aquella noche terrible, al visitar Agadir acudían a los vendedores de viento, supuestos "iluminados que las paredes salvaron en su caída" -que así se hacían llamar-, para que les narrasen, con pelos y señales, aquel suceso trágico.

Mi tía irrumpió en aquella plaza pública, no para devolver la vida a los recuerdos, extintos o enterrados, sino para contar su aventura. Dominaba el arte de la simulación y de la puesta en escena. Sabía cómo colocarse y cómo retener la atención del público. En cuanto inició el relato de la historia fabulosa del tesoro escondido en la montaña, se formó un corro con un numeroso público, generoso y atento. Narrar cuentos es cosa de hombres. La gente acudía a escuchar a aquella mujer, surgida de la nada, para provocar sueños entre los que estuvieran dispuestos a jugar.

"Ésta es la historia del tesoro escondido en la montaña. Ninguna llave metálica lleva en la punta la clave del escondrijo y su acceso. Mis tatarabuelos dictaminaron que una niña llegaría, y, en su mano derecha, portaría el don que conduciría a ese lugar; y, altocar la tierra, las piedras se abrirían hasta que apareciera un cofre con cerradura de oro. La niña elegida será inocente... Durante mucho tiempo creí ser esa niña...

(Carcajadas de corro). Os reís porque no soy joven; mas no os fiéis de las mujeres que la vida engañó. Mi mano no porta el don que conducirá al tesoro, pero sí el de leer en otros ojos; pues leo el pasado y, a veces, el porvenir... Para ello, habéis de venir a verme a mi cubil. Mira, tú, por ejemplo, que tienes pinta de distraído, tu mujer está poseída..., se le va la sangre, y, a ti, la sesera. Ven a verme, te daré lo que necesitas; me pagarás después... La historia del tesoro escondido es una chifladura; y a mí me obsesiona; aunque ya, hoy día, nadie cree en los cuentos de los viejos que no saben qué inventar para acallar la radio.

"Soy una mujer hecha de piedra y de arcilla: mi vida ha sido una obra larga que ha costado mucho terminar; me gusta aplastar con los pies a los polluelos o las uvas en agraz; no soy dulce porque así es la vida; cada una de mis arrugas es un surco por donde ha pasado la sangre de otros. No soy un monstruo, soy un espejo, soy vuestro espejo, donde no querréis miraros. Soy el reflejo de vuestros miedos y de vuestras incertidumbres. Soy custodia de vuestros dolores; me los confió la muerte. Si soy hermosa, os lo debo a vosotros; si soy fea, es quizá por haberme acercado demasiado a vuestros pensamientos... Porque son dañinos vuestros pensamientos. Os creéis que estáis a salvo de la luna llena y del viento de las dunas, pero os equivocáis. Mira, tú, por ejemplo, el de allá; eres joven, eres apuesto, y sueñas con dormir recostando la cabeza entre los pechos de tu madre...

Es cierto, no lo puedes negar... Yo ya no tengo pechos, se han secado; la espera los ha secado; tengo el vientre liso, está hueco, ahí dentro jamás respiró ninguna vida. Me costó mucho tiempo admitirlo; así que tomé partido por ese brazo largo que recorre los campos y siega a los niños que no alcanzan siquiera la altura de la espiga de trigo. Odio la miel y el azúcar. Sólo me gusta la pimienta y la guindilla de África... Sólo me gusta la mordedura de la serpiente y el canto estridente del caballo enloquecido.

"¡Hombres de la Nada! ¡Habéis creído durante mucho tiempo en la leyenda del Bien que os será devuelto en el paraíso! ¡Os han tomado el pelo!

Haced el bien si se os antoja, pero sabed que es chato, almibarado, pegajoso como la miel, que se adhiere a los dedos y os impide aplastar a la avispa que os pica en la lengua y provoca la muerte instantánea.

“¡Hombres inútiles! ¿Qué habéis hecho de vuestras vidas? Habéis amontonado piedras en un jardín que creíais secreto; habéis colocado cirios en las ramas de los árboles que se burlan de vuestras ofrendas; habéis dejado que os den de comer vuestras mujeres sin sospechar nunca de su malicia.

“¡Miraos, mirad a vuestro alrededor! Sois blandos y a las mujeres no les gustan los cuerpos fofos. ¡Cuántas injusticias se comenten cada día ante vuestros ojos y no hacéis nada!

Vuestros hijos andan descalzos y merodean alrededor de los hoteles como mendigos y ni siquiera lo sabéis.

“No me pidáis que os ayude. Yo no creo en el Bien. Mi energía, mi fuerza y mi convicción son todo lo que poseo; y es lo que vosotros llamáis el Mal, sabed que me ayuda a vivir y a soportaros... No os contaré la historia maravillosa y absurda del tesoro.

No estoy aquí para que os durmáis.

La vida no perdona. Estoy agotada de llevar en mi rostro toda vuestra fealdad. La cabeza me pesa cada día más.

Id a trabajar, id a mover de sitio los pedruscos, si no encontráis nada mejor que hacer, robad, arrancad a los demás lo que necesitáis... Pero no mendiguéis, no dejéis que vuestros hijos tiendan la mano al extranjero...”

La densa muchedumbre que la escuchaba no sabía cómo reaccionar. Para algunos, era una provocadora; para otros, una loca escapada de un manicomio. Para la policía, que no tardó en irrumpir en ese corro inhabitual, era una agitadora profesional que había que interrogar a fondo.

Entre la muchedumbre, por supuesto, estaban los soplones de la policía. Refirieron sus palabras de modo no muy fiel y deshilvanadas. Ella los trató de “chivatos incompetentes” y expuso a los que la interrogaban su filosofía del Bien y del Mal. Era bastante simplista. Nadie la tomó en serio, y esto la sacó de sus casillas.

Se levantó y gritó:

—Ya que sois tan incompetentes como vuestros soplones, exijo hablar con el jefe; tengo cosas más serias que confesarle.

Llegó el comisario esbozando una leve sonrisa irónica. Era un hombre de unos treinta años, no muy alto; vestido con traje y chaleco marrón oscuro, que le quedaba algo ceñido.

Ella rompió a hablar, haciendo comentarios sobre su indumentaria:

—Con esa corbata negra que llevas pareces aún más siniestro..., tu mujer no te atiende bien.

Él le pegó un guantazo que provocó en ella una carcajada.

—Por supuesto te crees que has abofeteado a una mujer... ¡Desgraciado!...

Acabas de atentar contra la portadora de todas las desgracias. No sabías que la muerte me consulta a veces y que consigo dirigirla... No siempre con éxito, pero a veces funciona. Soy una mal nacida, soy un error, nunca tendría que haber venido al mundo; tendría que haberme quedado donde estaba, en un barranco, víbora entre víboras, rapiña entre rapiñas.

No soy fea; sólo es la cara de mi oficio.

—Bueno, ¿qué es lo que tienes que confesar?

—Ya te he dicho que entre la muerte y yo la noche hizo un trato.

Soy..., ¿como lo diría?, no una asesina, sino una ejecutadora al servicio de la muerte.

—¿Ha habido ya alguna persona que tus manos hayan matado?

—Sí. Le di la muerte a un niño inocente. No me había hecho nada.

Pero yo debía sembrar la desgracia en los que lo amaban. Es incluso reciente. Puedes comprobarlo tú mismo. Está enterrado en el cementerio de mi pueblo. Bastó con una albondiguilla de carne picada envenenada. Confieso que, en este caso, se trataba de una venganza personal. Tenía una cuenta pendiente con mi hermano. La muerte no me consultó... Lo armé todo yo solita. Pero es normal, estoy hecha para eso, del mismo modo que tú estás hecho para llevar trajes demasiado ceñidos y para creer que tu vida tiene sentido.

—Suponiendo que fuese verdad lo que dices, ¿por qué un niño, una criatura indefensa?

—Por muy jefe que seas, no entiendes nada del Mal. Óyeme bien: si alguien atenta contra algo que a ti te importa o impide, por su intervención o su presencia, que llesves a cabo un proyecto, hay dos formas de vengarse. La primera, fácil, corriente, y sin mucho interés: lo liquidas. La segunda es más sutil: le haces daño, pero daño de verdad, atacando a alguien que le es muy querido. En una familia no hay nada más querido que el primer hijo varón. Así de sencillo. De modo que disfruto de mi venganza, veo cómo surte efecto. ¡No sólo soy destructora, soy también contempladora! Y tú, ¿tú qué eres?

—Yo soy una autoridad, un hombre pagado por el Estado para detener, reducir a las personas nocivas, a las gentes poseídas por el vicio y por el mal. Mi función consiste en entregarlos a la justicia, que hará su trabajo. Pero, antes de ello, haré que te examine un médico... Iba a decir del alma, ¿pero acaso tienes una?

—Mi alma tiene el mismo tono que el de tu traje afligido. Por supuesto tengo un alma, pero más vale no acercarse demasiado a ella... No es hermosa... Mi entorno la ha malogrado... Está de luto, necesita consuelo, pero tú, tú no tienes nada que ofrecer. Cuando era niña cazaba gorriones y les retorció el cuello. Me procuraba placer. Al caminar pisaba flores, plantas, insectos. Creo incluso que debí nacer con dos dientes; ya sabes, trae mala suerte. Mi madre me contó un día que, una vez, me olvidó al borde de un pozo con la esperanza amarga de verme caer en él. No, no me caí en él. Mi pobre madre nunca tuvo valor para desprenderse de mí. La hice sufrir. En cuanto a mi padre, nunca me consideró como hija suya. Me ignoraba. Yo no me sentía desgraciada; su rechazo redoblaba mis fuerzas, me liberaba. Mi hermano mayor hacía como mi padre: yo no existía. Ahora, él ya sabe no sólo que existo sino que actúo.

—Y eso es todo, señor, mi alma es un manantial de tinieblas. Ustedes, la policía, la justicia, la religión, van a detener a un alma que nunca conoció más que las paredes negras y húmedas de una prisión eterna. No me asusta. Sé lo que es el aislamiento, la soledad y el desprecio. A menos que me propongan algo más intenso...

—No sé cuál es la suerte que te reserva la justicia de los hombres. Pero yo te puedo contar lo que es una prisión en este país, sobre todo para una asesina como tú; si tu nacimiento es un error, como has dicho, lo vas a sentir de verdad. Nuestras celdas están invadidas por la humedad y la mugre. Están construidas encima de alcantarillas. Las ratas y los topos hacen incursiones en ellas por la noche. Por mucho que grites, las paredes son gruesas, nadie te oirá... e incluso si te oyeran, ¡no estamos aquí para socorrerte!

El hombre se levantó, profundamente asqueado, se lavó las manos y llamó a dos agentes.

Ella perdió la razón incluso antes del proceso. Tras ingresar en el manicomio, murió algunos meses después, encadenada, con la cabeza fracturada a golpes. Al menos eso es lo que nos contaron. De hecho, la que murió encadenada fue otra loca que estaba a su lado. Ella consiguió

TAHAR BEN JELLOUN



CON LOS OJOS BAJOS

escapar con la complicidad de una celadora y regresó al pueblo. Durante años nadie oyó hablar de ella. Vivía en una vieja cabaña rodeada de perros y vendía furtivamente sustancias para brujerías.

6

Llegamos a París al alba. El cielo estaba gris, las calles debían de estar pintadas también de gris; la gente caminaba con paso decidido, mirando al suelo; llevaban ropas oscuras. Las paredes eran, a veces, negras, y otras veces, grises. Hacía frío. Me restregaba los ojos para ver bien y grabar todo en mi memoria. Si mi hermano hubiera estado allí habría preguntado con su acentillo: "¿Es esto la Afransia?" Pensaba en él, mientras descubría ese país extranjero que iba a convertirse en mi nueva patria. Miraba las paredes y los rostros confundidos en una misma tristeza. Contaba las ventanas de las casas altas; perdía el hilo de la cuenta. Había demasiadas ventanas, demasiadas casas, unas sobre otras. Eran tan altas que mis ojos se extraviaban entre las nubes; me daba vértigo. Miles de preguntas se atropellaban en mi cabeza. Iban y venían, cargadas de misterio y de impaciencia. ¿Pero a quién dirigírselas? ¿A mi padre, que estaba cansado y que no podía responder a la curiosidad de una cría, en cuyo rostro se amontonaba un mundo entero, del que no comprendía nada; nada en absoluto? Durante el trayecto mi padre no dijo palabra. Hicimos dos paradas al borde de la carretera, para comer. Mi madre tampoco hablaba. Yo sentía que este viaje era una huida. Nos alejábamos cuanto podíamos del pueblo. Mi padre, de costumbre prudente, conducía muy rápido. Se hubiera dicho que alguien nos perseguía o que un ejército invisible, dirigido por mi tía, nos iba acosando. A mí me gustaba esa velocidad. En cuanto cerraba los ojos aparecía la cara de Driss, sonriendo o llorando, como si nos reprochase haberle abandonado en el pueblo. Yo lloraba en silencio y sabía que mis padres debían tener las mismas visiones. Mi madre no dormía. No le quitaba ojo a mi padre, que se tragaba las lágrimas. Yo corría hacia mi hermano y él corría también hacia mí, pero nunca conseguíamos cruzar la distancia que nos separaba. Por mucho que aceleráramos nuestro paso, no avanzábamos. Yo gritaba; nadie me oía. Estábamos en un campo yermo. Había un sol espléndido, una luz perfecta; pero nuestros pies permanecían clavados en el suelo y los gritos, apenas proferidos, los mitigaba el sol; se los tragaba. Estaba guapísimo en el sueño, rebosante de salud, con un flequillo negro que le caía por encima de los ojos. Corría, corría y luego se caía, extenuado. Yo grité y todo se detuvo. Mi padre frenó, me cogió entre sus brazos y lloró conmigo. Durante muchos meses, cada vez que me subía al coche, tenía el mismo sueño. Nos pudimos instalar muy rápidamente; otras familias marroquíes nos ayudaron; y Madame Simone, que era la encargada por el ayuntamiento de facilitarnos las gestiones administrativas. Alta, bastante corpulenta, siempre sonriente, Madame Simone era nuestra hada y nuestra amiga. Cumpliendo su tarea de asistente social intentó al principio explicarnos su cometido y funciones, pero para nosotros ella era un ángel enviado por Dios para acogernos en esta ciudad, donde todo parecía difícil. Ella hablaba algunas palabras de árabe y nos dijo que había vivido y trabajado en Beni Melal. Yo era rebelde; sólo hablaba con mis padres. Mi idioma era el bereber y no comprendía que la gente utilizase otro dialecto distinto para comunicarse. Al igual que los demás niños consideraba que mi lengua materna era universal. Era rebelde, e incluso agresiva, porque la gente no me respondía cuando les hablaba. Madame Simone me decía palabras árabes, que eran extrañas para mí, tan extrañas como las que pronunciaba

en su propia lengua. Yo me decía: si no me habla en bereber significa que no debe de quererme; así que escupía, gritaba, tiraba cosas al suelo. Yo no estaba mimada ni malcriada; me sentía acosada por tantas cosas nuevas y quería comprender. Tenía la sensación de haberme convertido de un día para otro en sordomuda; abandonada, olvidada por mis padres en una ciudad en la que todo el mundo me daba la espalda, en la que nadie me miraba o me dirigía la palabra. ¡Quizás era transparente, invisible, y el color oscuro de mi piel hacía que me confundiesen con los árboles! Pasaba horas y horas al lado de un árbol; nadie se detenía. Yo era un árbol, digamos un arbusto, por mi pequeña estatura y mi delgadez. Sólo servía como espantapájaros. Pero ni siquiera había campos de trigo y, menos aún, gorriones.

Había muchas palomas, ¡pero tan blancas y estúpidas que menudo bochorno para la cábila de la que provenían!

Me gustaba mucho ver pasar los coches. Aspiraba profundamente los gases que emanaban e intentaba impregnarme del perfume de las ciudades, tan nuevo y embriagador para una pastora crecida al aire puro. Me pasaba el día contando los coches y me quedaba dormida de cansancio en un banco. Ya no cuidaba vacas, pero seguía haciendo los mismos gestos; llegué incluso a suponer que los coches eran vacas apresuradas que escapaban en todas direcciones. Por mucho que esperase, no aparecía el jinete que había de tocar música a mi lado. La ciudad pasaba en cortejo ante mis ojos y yo perdía la noción de las cosas; ante todo, del tiempo: confundía el día y la noche. Dormía a cualquier hora y me despertaba cuando los demás estaban en pleno sueño. ¡Había perdido la mañana! Nunca conseguía recuperarla.

Cada vez que abría un ojo era o de noche o el final del día. Mi padre me explicó que en este país el día se dividía en horas, mientras que en el pueblo sólo teníamos en cuenta los momentos en que sale el sol y en los que se pone. Me enseñó lo que era la hora en su reloj:

—¿Ves? Ésta de aquí es cuando tu madre amasa las tortas: son las seis; y ésta es cuando sacas el ganado: las siete; aquí, el sol está por encima de tu cabeza: es mediodía, es la hora del segundo rezo; aquí, la hora de la comida: es la una; aquí, la oración de la tarde: son las cuatro; ésta es la hora de recoger el ganado y es cuando se pone el sol; y ésta es la hora de la cena; el resto es la noche...

Me dejó su reloj, y yo me pasaba el día aprendiendo el tiempo. Había encontrado mis propios puntos de referencia con la salida de mi padre al trabajo y su vuelta. Pero a veces se complicaba, porque había una semana en la que se iba cuando el sol estaba por encima de mi cabeza y volvía muy tarde, durante la noche. La semana siguiente era lo contrario: se iba tarde, durante la noche, y regresaba cuando el sol estaba por encima de mi cabeza; pero el sol era un mal compañero; aparecía pocas veces. A mí me gustaban las nubes. Las de acá eran espesas y negras. Tenían el espesor de mi corazón y el color de mis sueños. Allá en el pueblo, cuando llegaban las nubes, siempre lo hacían con prisa. Estallaban o se dispersaban enseguida. Allí la lluvia no caía así, por las buenas. Aquí llegaba a menudo para lavar las paredes y las calles. Nuna avisaba, y nadie se ponía contento al verla caer.

Al cabo de unos días, el tiempo ya no tenía secretos para mí. Me decía la hora a mí misma y a los demás; incluso decía a algún transeúnte en bereber: "¡Es la hora de recoger el ganado!" Yo me consideraba un reloj, estaba obsesionada por la precisión.

Llevaba puesto el reloj grande de mi padre y, cada vez que pasaba una hora, gritaba: "Pasamos de las tres a las cuatro".

Después de cierto tiempo hubo que ordenar los ruidos que me asaltaban de todas partes y que no cesaban nunca.

Sabía que era imposible encontrar el silencio, la calma y la serenidad de la naturaleza. Pero no insistía en saber de dónde venían los ruidos. Tenía que reconocerlos y apropiarme de ellos, si no, sentía que mi cabeza iba a estallar. Me asomaba a la ventana y tendía bien el oído: distinguía el ruido de los coches del de los autobuses y camiones. Me gustaba la sirena de las ambulancias. Sin embargo, el ruido de las máquinas que agujereaban el suelo, ése si era insoportable. No conseguía apropiarme de él; era salvaje, entrecortado e interminable.

Echaba de menos, por supuesto, el gorjeo de los pájaros, los gritos de los niños al salir de la escuela coránica, el ritmo de la segadora, la llamada de las campesinas y sus cantos nostálgicos...

Mi madre, carcomida por la pena, se había sumido en un estado de tristeza infinita; callada y gris. No hacía nada por adaptarse y seguiría con sus faenas de la casa, sin salir ni enfrentarse a la calle. Ni siquiera se asomaba a la ventana. Cocinar, lavar, ordenar, fregar, comer poco, sin plantear preguntas; dejaba que las cosas se hiciesen y que la nueva vida transcurriese, con sus días y sus noches en la misma indiferencia. El resto del tiempo rezaba, pedía a Dios que preservase a su marido y a su hija del mal de ojo, de la gente mala, de los envidiosos y de los hipócritas.

Sus vestidos blancos, en señal de luto, la favorecían; estaba muy guapa. No llevaba joyas, y ya no se maquillaba la cara. La muerte de Driss le había infundido más serenidad y valentía que antes. ¿Qué derecho tiene uno a sublevarse contra la voluntad de Dios?; si acaso, el deber de aceptar y llorar.

A veces, como antes, cuando era niña, recostaba mi cabeza en su regazo. Ella me acariciaba el pelo como si me espulgase y cantaba dulcemente un poema de amor:

Se ha abierto mi corazón Es una herida de tu mirada
Se ha cerrado mi mano Y guarda dentro la llave del destino
Tú eres mi vida Que Dios me lleve a tu vida
Él te ha arrancado a mi vida Y hoy, mi sangre se mezcla a la tierra
Y hoy, tú eres mi mirada, que se apagó en el pozo
Tú eres mi corazón abierto Que tu manecita ha cerrado
Entraña mía Niña de mis ojos Se alimenta de ti la tierra
Y yo lloro sobre una piedra Entre las dunas y el sol...

Mi madre había dejado su alma en el pueblo. No cesaba de adelgazar y mantenía la mirada fija en un punto lejano, que conducía a la tumba de Driss.

Se había convertido en algo así como un fantasma habitado por el olvido imposible. Yo veía llegar el momento en que habría de caer y hundirse en un sueño pesado y peligroso. Intentaba hacerla reaccionar, le hablaba. Se habían invertido los papeles: la hija consolando a la madre, contándole cuentos para que se durmiese, para que aprendiese a olvidar y a vivir sin Driss. Yo me ofrecía como esperanza y triunfo, como fuego y risa:

"¡Escucha, madre! Ya he aprendido el tiempo y me he apropiado de los ruidos. Sólo me queda aprender francés y ya verás, seré médica o arquitecta; seré tu felicidad, tu alegría y tu orgullo. Quiero saberlo todo. Yo también iré a la escuela. Aprenderé cálculo y escritura, aprenderé las ciudades y las máquinas. En el pueblo no me dejaban ir a la escuela coránica para aprender a leer y a escribir; porque a las niñas se las deja en los campos y en la granja. Aquí ya no hay ganado, ni campos, ni granja, ni escuela coránica. Aquí, madre, las casas están unas sobre otras, y la gente corre. Yo también me voy a poner a correr. Tengo que aprender.

Tengo que empezar la escuela... Se acabó el alfaquí ciego con el palo

puntiagudo para hacer daño; yo le tiraba piedras, pero aquí no hay ni guijarros ni polvo. Si voy a la escuela, me portaré bien, les enseñaré cómo bailan las flores cuando el viento sopla suavemente..."

Me gustaba ver mecerse a las flores; salvajes y tiernas. Allá nunca las cortábamos.

7

Tenía once años o me faltaba poco para cumplirlos. Yo quería ser mayor para enfrentarme a la escuela, para adelantar a la mayoría de los niños; todos compartíamos una misma característica: recuperar el retraso escolar.

Yo, ni siquiera tenía retraso; yo era nada, venía de lejos, de una montaña alta donde jamás se pronunció una sola palabra en francés; de haber sido pronunciadas allí, las piedras las habrían captado y yo las habría aprendido.

El primer día me acompañó mi padre.

Madame Simone, con su amabilidad de siempre, nos esperaba a la entrada; llevaba un expediente en la mano. Nos presentó a la directora, que nos acogió con una gran sonrisa y me tomó de la mano. En sólo unos minutos pasé de un mundo a otro. Me encontraba sola y me sentía orgullosa. La clase estaba en la planta baja. No había mesas, sino pequeños taburetes alrededor de un montón de cubos de madera o de plástico.

Yo era la mayor de todos los niños, pero no me avergonzaba por ello. Al contrario de la escuela coránica, los niños estaban mezclados con las niñas y el maestro no tenía una vara en la mano. Yo me preguntaba: "¿Con qué nos pegará?" En mi mente no había escuela sin palos. El maestro era divertido. Gateaba por la clase mientras nos enseñaba cómo colocar los cubos y contarlos. Primero aprendíamos los números, y luego las letras. Para mí era fácil. Contaba en bereber, e iba y se lo decía. Se mondaba de risa y continuaba hablándome en francés.

Por la tarde mi padre vino a recogerme. Yo estaba sobreexcitada y se lo contaba todo. Al llegar a casa saqué de mi cartera tres cubos de colores diferentes y se los ofrecí a mi madre:

—Es para que pongas dentro las especias. Así distinguirás el gengibre del comino...

Mi primer día de escuela terminó, pues, con un hurto. Al día siguiente me sentí avergonzada al devolver los cubos.

Al segundo día le di un mordisco en el brazo a una niña española que me había quitado mi pizarrilla.

Al tercer día estaba triste. Observaba a los demás y ni me movía.

El cuarto día aprendí a nombrar los colores en francés. Por la tarde dejé caer, en la conversación con mis padres, algunas nuevas palabras en francés.

Al cabo de un mes me sabía el alfabeto y escribía mi nombre. Sentía gula por la lectura. Por la calle ya no miraba a la gente; intentaba leer los carteles y los anuncios. Se había convertido para mí en un ejercicio automático. El domingo le pedí a mi padre que me llevase a la calle para leerle los nombres de los cafés, hoteles y tiendas. "Café de la Mairie", "H4tel de la Terrasse", "Tati", "Monoprix", "Carnicería Halal", "Moulin Rouge" (en éste la letra se complicaba bastante). Y así iba leyéndolo todo a mi padre, que se divertía con mis descubrimientos.

Madame Simone estaba satisfecha; yo iba avanzando. A mitad de curso pasé a la clase superior, donde ya se construían frases. Me compraron otra cartera. Componía frases loquísimas.

Empezaba por copiar las de la pizarra, luego yo añadía las palabras que se me ocurrían o las que me sonaban bien. Seguía teniendo la impresión de estar al mismo tiempo atrasada y adelantada. Estaba decidida a ir de prisa, "a marchas forzadas", como se suele decir; aunque todo se me mezclase en la cabeza, en un desorden inquietante. Las palabras, a las que atribuía colores, las cifras que clasificaba de cualquier modo,

chocaban entre sí permanentemente, y a menudo me sentía desbordada, como una cocinera que dispusiera varios taxins al mismo tiempo. Yo no quería que mi retraso fuese en aumento; tenía sed de aprender y ser útil en mi familia.

Esperaba con impaciencia el momento en que mi padre me entregase una carta para lérsele.

Él me había comprado un diccionario para niños. Fue mi primer regalo. Un libro ilustrado, donde las palabras estaban escritas en caracteres grandes, con explicaciones y dibujos. Yo me aprendía las palabras de memoria; a menudo, sin comprenderlas. Cuando iba a la panadería, ya no señalaba con el dedo la barra de pan y ya no ofrecía, con la mano abierta, las monedas; yo decía, como todo el mundo: "dos barras que estén bien cocidas"; abría el monedero y pagaba el importe exacto.

Dormía a menudo con el diccionario debajo de la almohada. Estaba convencida de que las palabras, durante la noche, la atravesarían y se dispondrían en casillas ordenadas. Las palabras, pues, abandonarían las páginas y se imprimirían en mi cabeza.

El día en que sólo quedasen en el libro páginas en blanco yo me habría hecho sabia. Todas las mañanas comprobaba el estado de las cosas. La primera página, cuyas palabras me había tragado, era la de la piedra. Sabía todo sobre las piedras. Todo se me había grabado en la cabeza. Estaba encantada. Era formidable.

Había conseguido la primera victoria sobre mi retraso. Recitaba de memoria la página a mis padres, a Madame Simone; traducía algunos fragmentos al bereber. Me obsesionaba la piedra, y las palabras que la describían me encantaban.

Una noche me quité la almohada y apoyé la cabeza directamente sobre el libro mágico. Me costó dormirme; no era cómodo. Quizá fuese la falta de respeto hacia el libro lo que me provocó la pesadilla.

Estaba de nuevo en el pueblo, sentada bajo un árbol, cuidando las vacas. De pronto vi acercarse a mí unas palabras gigantes, armadas con palas. Caminaban balanceándose. Las que tenían en el pie una "L" avanzaban sin problema, pero a las que terminaban en "'s'" o en "'y'" les costaba seguir el ritmo de la invasión. Dos líneas, trazadas probablemente por una "'i'" inclinada, me ataron al árbol.

Me rodearon con una cuerda e hicieron un nudo con varias "'üe'". Una "'y'"

mayúscula me mantenía la boca abierta; con una "'I'" mayúscula en cada ojo.

Las palabras entraron de golpe con el material de limpieza y me barrieron la cabeza, despojándome de todo lo que había acumulado durante un año.

Mis ojos, inmensamente abiertos, asistían impotentes a la mudanza colectiva. El verbo "poseer" se apoderaba de todo lo que había aprendido sobre la "piedra"; la "'s'" se convertía en "'i'" y la "'r'" en "'d'"; quedaban la "'o'" y la "'e'"; a éstas se les encomendó agarrar el saco donde iban cayendo todas las demás palabras de la página dichosa. Hubo un conato de guerrilla, breve pero eficaz, entre las palabras francesas y las bereberes; me defendieron con firmeza y valentía. Las palabras bereberes no se dejaban amilanar. Habían formado una línea de defensa contra los invasores. La batalla fue dura. ¡Que me lo digan a mí! ¡Menuda jaqueca me dio después!

Hubo algunos heridos, sobre todo entre las palabras compuestas:

"pasamanos" estaba destrozada, y "contrafuerte" se había roto por los cuatro costados; la "frente" había extraviado el artículo, y daba vueltas porque, de repente, se había convertido en masculino; "portal-cáliz-rubí" se colocaban el plural a sí mismas con una "'s'" al final en lugar de "'es'". Las pocas palabras árabes que conocía se unieron al combate.

Reforzaron la línea de defensa.

El despertar fue duro. Yo lloraba como una loca. Me dolían la cabeza y los ojos. Al bostezar se me agarrotó la mandíbula; me asusté. Mi madre, atraída por el llanto, vino a consolarme. No me atrevía a contarle el sueño. Lo que más urgía era comprobar si había habido realmente estragos. Abrí el diccionario. Todo estaba en orden. Las palabras seguían allí, formalitas; no se habían movido. Recité de memoria la página "piedra". Todo lo aprendido seguía ahí. Sonreí. Sólo fue un mal sueño, una trastada de la almohada por haberla despreciado. La noche siguiente dormí con el diccionario entre mis brazos.

Pude hacer dos clases en una. Durante el verano nos quedamos en París. Era la primera vez que mi padre no regresaba al pueblo. Ya no había nada que hacer allí y, además, mi madre estaba embarazada. Mis vacaciones fueron largas y me cundieron.

Ayudaba a mi madre en casa y por las tardes iba a la de los vecinos marroquíes, a ver la televisión. Esa caja por la que pasaban en cortejo imágenes, en blanco y negro, no me impresionaba demasiado. Pero me gustaba cambiar de casa y jugar con los hijos de Hach Brahim, a los que enseñaba bereber.

Hach Brahim era un comerciante, que, supuestamente, decía ser amigo de mi padre. Un día propuso llevarnos al Jardín Botánico. Él lo llamaba "Jardín Público". Al subirnos al coche me colocó a mí cerca de él, y a sus hijos en el asiento de detrás.

Observé que, al hablarme, me ponía la mano en la rodilla. Era grueso y transpiraba a chorros. Cuando se me acercaba, el olor de sudor que desprendía me asfixiaba. Yo no rechistaba. Era el amigo de mi padre, no el mío.

Al llegar al Jardín, mandó a sus hijos a que se compraran azúcar de algodón y me cogió la mano para mostrarme algo. Estábamos solos en un rincón en sombra. Me ofreció dos paquetes de caramelos y me apretó contra él como para decirme algo al oído o para besarme. Se levantó y me apretó aún más. Yo sentía mi cabeza a la altura de su bragueta. Noté algo duro. Me aparté de él y le di una patada en la espinilla. Soltó un grito. Yo me escapé corriendo, colorada de vergüenza. Temblaba de rabia porque me había dejado engañar por aquel cerdo asqueroso. No podía, de ninguna manera, volver a casa con él. Me fui del parque sin darme la vuelta y me encontré, solita, en medio de la ciudad. Entonces no sentí miedo; al cruzar el puente veía pasar el Sena, que tenía un extraño color. En nuestra tierra el agua está clara, aquí es espesa y gris. No conseguía darme cuenta del sentido en que corría el agua. No había visto un río tan sucio en toda mi vida... y, sin embargo, no había ninguna mujer lavando ropa. El Sena era gris como las paredes y los rostros de la gente, como el cielo, como las manos de mi padre. ¿Acaso el río guardaba algún secreto? Yo deseaba que así fuese; si no, ¿para qué servía? Para enseñar París a los turistas.

Aquel día, el cielo tenía una luz y unos colores espléndidos. Yo caminaba con la cabeza alta, maravillada por el cambio suave de tonos y las nubecillas transparentes con trazos de colores: azul, malva, rojo y amarillo.

El paseo me hizo olvidar el incidente con Hach Brahim. Yo seguía el itinerario de los colores, sin preguntarme por dónde se iría a casa, sin preocuparme de mi miedo ni de la intranquilidad de mis padres. En cuanto la luz empezó a desaparecer del cielo, decidí resolver el apuro de la vuelta a casa. Me detuve ante un edificio inmenso donde había muchos turistas. Lo mejor era informarse primero. Me acerqué a un policía con aspecto de estar absorto en lejanos pensamientos. Lo llamé; no me oía. Le tiré, pues, de la manga de la chaqueta:

—Monsieur, monsieur, ¿esa casa, qué es?

—No es una casa, es la catedral.

Es Notre-Dame de París. ¿Qué quieres?

—Quiero saber cómo se vuelve a mi casa...

—¿Y dónde está tu casa?

—Por allá... No, por allá, del otro lado... Cerca de nuestra casa está la "Carnicería Halal".

—¿De dónde eres?

—¡De Imiltanut!

—¿Eso es un barrio?

—No, es nuestro pueblo... No hay nada en nuestro pueblo... Está en Marruecos... Yo sé leer y escribir... Cerca de casa está "Tati".

Ésa fue la palabra mágica. Siempre le estaré agradecida a Tati por haberme salvado... El policía dedujo que yo vivía en el barrio árabe, al norte de la ciudad. Me dijo:

—¿Vives en Barbés, en la Goutte-d'Or?

—No, vivo en el barrio 18.

—Efectivamente. Ahí es. Si te llevo allí, ¿sabrás reconocer la calle?

—Por supuesto, ¿no le estoy diciendo que sé leer y escribir?... Yo ya me adelanté al retraso.

Me cogió de la mano y me preguntó si quería una coca-cola. Me asusté. Primero caramelos y ahora coca-cola.

Era demasiado en un solo día. No me fiaba nada de él; pero el policía estaba limpio, no olía a sudor y parecía amable. Me llevó a su oficina, llamó por teléfono, firmó unos papeles y nos fuimos en un coche, con otro agente al volante.

La ciudad encendía sus luces. Yo pensaba, sin creérmelo demasiado, que era en mi honor. París festejaba mi vuelta a casa. Mis ojos acumulaban imágenes a toda velocidad. Todo pasaba rápido ante mí: los bulevares, los monumentos, el cielo, las estrellas, los peatones... Me sentía feliz. Este paseo era lo más bonito que me había ocurrido desde que habíamos llegado a Francia. Cuando vi, de lejos, la "T" de Tati iluminada, se me encogió el corazón. Se había acabado el paseo. Reconocí las calles sin dificultad. Al paso del coche de la policía por el barrio de emigrantes, los vecinos reaccionaron de modo diferente al de los demás barrios.

Algunos salían corriendo, otros se escondían. La gente tenía miedo. Yo me preguntaba por qué habrían de asustarse. Al llegar vi a mi madre asomada a la ventana. Estaba llorando. Se tranquilizó al verme bajar del coche. Mi padre había ido a casa de Hach Brahim que debía de sentirse bastante violento; ¿qué le habría contado?

Seguro que me iba a echar la culpa a mí.

Invité a los dos policías a que tomaran un té mientras llegaba mi padre. Se negaron; yo insistí. Mi madre se secó las lágrimas y nos preparó un té con pastas. Ellos estaban cohibidos; yo, contenta. Mi padre llegó; parecía abrumado. Sentía vergüenza. Se había alborotado todo el barrio. Dio las gracias a los agentes y los acompañó a la puerta. Fue entonces cuando me di cuenta del daño que había hecho a mis padres. Pero la culpa había sido de Hach Brahim... y yo no podía decir nada. Me quedé dormida enseguida y pasé la noche viendo pasar ante mí el Sena, París y sus luces, hasta que las imágenes se superpusieron y entrelazaron. El Sena atravesaba nuestro pueblo, la escuela coránica se había mudado a la catedral de Notre-Dame de París, los dos policías recorrían la aldea en la camioneta de la policía convertida en la del tendero. Yo iba pasando de un país a otro en una fracción de segundo. Veía a mi tía en el agua turbia del Sena. Los agentes dictaminaron que había sido un accidente; mi hermano recorría en bici los grandes bulevares. Todo el pueblo estaba equipado con electricidad, se habían instalado farolas espléndidas a la

entrada y a la salida; a Hach Brahim lo encerraron en un hammam como medida de higiene y sólo se le permitía comer caramelos, que habían perdido el sabor...

Al día siguiente conté mi aventura a toda la escuela. Estaba orgullosa. Sentí que me había enriquecido, que estaba aún más adelantada que los demás. No cesaba de descubrir cosas y de aprender. En mis oraciones en silencio daba gracias a Dios, a mis padres y a Francia. La aldea se alejaba poco a poco de mis pensamientos.

La cara de Driss era lo único que aparecía, de vez en cuando, y, entonces, se me encogía el corazón. A mi madre le quedaba poco para darme un hermanito. Nació en el hospital donde todo era blanco y limpio.

Mientras ella estuvo fuera yo me ocupé de la casa; la limpiaba y arreglaba. En cuanto a la comida, me salía mal todo lo que guisaba. Alarmado por mis estropicios, mi padre decidió llevarme todas las noches al restaurante; y yo descubría otra maravilla: los Mac Donald. Fue un encuentro histórico:

a la pastorcilla se le salían los ojos ante las rodajas de carne, pan y queso. Me volvían loca. Mi padre me observaba mientras comía vorazmente. A él no le gustaba nada ese tipo de comida. Una noche nos invitó a cenar Hach Brahim. Yo me negué, alegando que iba a ser la última noche que cenábamos mi padre y yo solos antes de la vuelta a casa de mi madre. Después de haberme atracado en el restaurante del señor Donald nos volvimos a casa y le di permiso a mi padre para que se fuese a cenar a casa de su amigo.

8

La primera regla me vino el día en que mi madre volvió a casa. Yo estaba durmiendo y de pronto sentí un líquido caliente que me resbalaba por los muslos. En realidad, nadie me había hablado de ello, pero yo sabía que así es como nos hacíamos mujeres. Decidí que no necesitaba esta señal para serlo: yo ya era una mujer por todo lo que había aprendido, conocido y amado.

Aprobé un examen en la escuela y me enviaron a un colegio con niños de mi edad. Me costaba seguir el ritmo de la clase; era demasiado rápido.

Entendía la mitad de las frases. ¿Cómo rellenar los espacios vacíos, qué palabras había que introducir para que tuviesen sentido? Por mucho que buscaba dentro de la reserva que tenía tropezaba en el mismo sitio. Me sentía desgraciada; yo, que creía que había adelantado, seguía arrinconada en el triste almacén del retraso. Hay que reconocer que no era la única que me veía obligada a esperar; hacía cola como los demás; pero, de vez en cuando, veía a un portugués o a un senegalés subirse a un tren y marcharse, dejándonos a nosotros allí, jugando con los cubos o dibujando en la pizarra.

La idea de estar retrasada respecto de los demás niños y de las demás cosas me obsesionaba. Así pues, al llegarme la regla, ya había adelantado a Hafida, la hija mayor de Hach Brahim, pero estaba retrasada respecto de María, una niña española muy guapa que también asistía a la clase especial. Yo congeniaba con ella porque las dos teníamos casi los mismos defectos: ella no conseguía pronunciar la "u" y yo no sabía deslizarse la "r". Al oírnos hablar a las dos provocábamos en el profesor tan pronto un ataque de risa como un acceso de ira.

Una mañana, a la hora del recreo, María se me acercó y me dijo al oído:

—Ven, tengo que enseñarte algo.

La acompañé hasta los lavabos, se levantó la falda, se bajó la braga manchada de sangre. Por un momento me asusté; luego me dijo:

—Me vino esta mañana; ¿tú no tienes nada que enseñarme?

Le dije que sí con la cabeza.

Tenía un año menos que yo; yo estaba más desarrollada que ella: tenía ya pecho y ella no. Abrí mi camiseta y le enseñé mis tetitas nacientes.

—¿Las puedo tocar? —me preguntó.

—Tocar, sí; pero no amasar, porque son duras, pero delicadas.

Con la punta del dedo recorrió mis pequeñas redondeces. Nos volvimos a vestir y soltando una carcajada me confió que tenía un novio:

—Ahora ya estamos empatadas...

Pasábamos los mismos apuros en el colegio y nuestros cuerpos avanzaban de distinto modo, pero al mismo ritmo.

Yo también tenía un novio. Se llamaba David y era de Portugal. Sus ojos eran tan bonitos como los de un bereber, salvo que no eran negros, sino azules. Era la primera vez que veía unos ojos azules de cerca.

David era un soñador. Se pasaba las horas muertas mirando los árboles, dibujándolos y poniéndoles nombres.

Los del colegio eran árboles tristes y enclenques.

—De todos los que hay aquí —me dijo un día—, ningún árbol merece llevar tu nombre.

Esta observación me sorprendió, pero el tono con el que habló me gustó mucho. Me llamó "Flor de almendro".

Eso me tranquilizó. Yo no era un árbol, sino una flor.

—Ven conmigo, hoy no vamos a ir a la clase de la tarde; te llevaré al Luxemburgo para presentarte a mis amigos...

No sabía que se refería a un parque y que sus amigos eran unos árboles inmensos.

Nos subimos al autobús. Hacía buen tiempo. La gente sonreía. París tenía colores, sol y buen humor.

Él se paseaba por el inmenso parque como si le hubiese pertenecido. Me lo mostró mientras paseábamos de la mano:

—Este árbol es un chopo. Debe de tener medio siglo. Yo lo llamo “Lisboa” porque lo veo cada vez que sueño con mi tierra. Este de aquí es una haya. La sombra que da es una bendición. Yo lo llamo “Jacinto”, por mi abuelo. Cada vez que me acerco a él se inclina hacia mí y me acaricia el cabello. Este de acá es un abeto.

Para mí es el “General”; está tieso y disciplinado, y a veces es muy duro.

Tengo algunas dudas sobre el origen de este otro. Lo llamo “Toni”, como un guardián de coches que se hacía pasar por italiano cuando era gitano en realidad. Este de aquí es el árbol de la paciencia. Cuando no me encuentro bien, cuando mis padres se pelean y necesito tranquilizarme, vengo a sentarme bajo este árbol, que me procura la paciencia necesaria. “También está el árbol de la esperanza. Es pequeño, casi insignificante, pero sé que tiene dotes para transmitirme esperanza cada vez que la necesito para seguir la escuela y para pensar en mi porvenir. Por nada del mundo desearía ser un obrero de la construcción como mi padre. Por eso voy a la escuela todos los días.

“Y ahora vas a seguirme donde vaya, sin hacer preguntas. Te voy a llevar debajo de la sombra del Amor. Cuando uno se sienta allí, en ese banco, bajo la sombra delicada del árbol más viejo del mundo, el Amor nos invade, aproxima nuestros corazones y nos provoca escalofríos en el cuerpo.

Seguí a David, dejándome llevar; con la mano apretadita en la suya, cerré los ojos y esperé los escalofríos. No pasó nada. De vez en cuando abría los ojos. La gente se paseaba, los perros corrían tras una pelota y yo no sentía nada especial.

Cuando David se dio cuenta de que estaba distraída, se levantó, algo contrariado, y me dijo:

—¡No crees en mis árboles!

—Claro que sí, me encanta estar contigo en este parque, pero pensé que me ibas a mostrar un argan, aunque sé que ese árbol sólo crece en mi pueblo... Pensé que eras un mago...

—¿Un argan?

—Sí, eso es; un arbolillo que da un fruto del tamaño de una aceituna; las cabras se lo comen, luego lo arrojan por detrás; los huesos que tiran se machacan en un molino y dan un aceite exquisito.

—O sea, que es un olivo.

—No, ¡Los olivos no necesitan pasar por las cabras para dar aceite!

David estaba impresionado con mis explicaciones. Le dije que para nosotros, los bereberes, ése es el árbol de nuestros antepasados. No crece en ninguna otra parte. No es bello. Ése es su secreto.

—Tú eres una flor sabia... ¡Cuántas cosas sabes!

Yo estaba encantada.

Volvimos a tomar el autobús. Llegamos tarde a la escuela. Mi padre estaba allí; iba y venía delante de la puerta de la escuela. Cuando me vio bajar del autobús, rozándole la mano a David, no dijo nada, dejó que me acercase a él. Cuando estuve cerca, tendiéndole la mejilla para que me besase, me dio una bofetada que me atontó durante unos instantes. Todo daba vueltas a mi alrededor. No distinguía ni a la gente ni las cosas. No sabía si lo que me atontaba era la violencia de la bofetada, la sorpresa o la vergüenza.

La vergüenza; extraño sentimiento.

Tiene el efecto de una caída, un auténtico batacazo; te caes al suelo y te sientes ridículo, porque te ves humillado, disminuido, devuelto a otra edad. También es desencanto, como el que provoca una ruptura.

Ese día supe lo que era la vergüenza. Mi padre nunca me había puesto la mano encima. También hay que reconocer que sólo lo veía una vez al año. No le daba tiempo a enfadarse; y, aunque yo cometiese tonterías, él no me castigaba. Al estar fuera consideraba que mi educación era cosa de mi madre y de mi abuela.

Con aquel golpe, que me hizo ver las estrellas, me puse enferma. Ya no quería volver a la escuela. Iba a ser el hazmerreír de todos, aunque casi ninguno de los alumnos había asistido a la escena. La bofetada me hizo volver a la época en que mi tía se ensañaba conmigo y me pegaba. Mi padre ya no sabía qué hacer para consolarme. Por la noche habló con mi madre y yo escuché casi todo:

—Lo siento, pero no pude contenerme. Nunca le pegué a nadie; y ha tenido que ser mi hija la que reciba mi primer golpe. Pero, ¿por qué ha faltado a la escuela y, sobre todo, por qué se fue con un extranjero? Nosotros somos musulmanes. Aquí las jóvenes no tienen moral. Nosotros no somos cristianos. Si mi hija empieza a andar con chicos, eso será nuestra ruina, nuestro fracaso. Tienes que hablar con ella. Ésta no es nuestra tierra. Francia no es nuestro país.

Estamos aquí para ganarnos la vida, no para perder a nuestras hijas. Me los imaginaba a los dos, con los ojos bajos, abrumados porque su hijita estaba creciendo más rápido de lo previsto.

Si mi padre hubiera sabido escribir me habría dirigido una carta muy larga, y se habría desahogado. Yo esperaba, imaginaba, escuchaba esa carta.

Mi niña:

Si te escribo, esta noche, es porque tengo mucha pena. Me hubiera gustado hablarte, teniéndote delante, pero desde que he observado que ya no bajas los ojos al dirigirte a mí o a tu madre, prefiero evitar que nos enfrentemos; pues a eso, ni tú ni yo estamos acostumbrados.

Lo que esta noche te digo es mi amor; aunque las circunstancias hayan querido que no nos conociéramos mucho.

Lamento no haberte visto crecer.

Dejé a una chiquilla y me encontré, once años más tarde, a otra que jugaba a no reconocermela y a enfurruñarse los primeros días de mi llegada; había que conquistarte de nuevo. Tirabas los regalos que te traía y te quedabas en un rincón. Cómo explicarte, entonces, que mi ausencia nunca fue voluntaria, ni un placer para mí. Razón llevabas de enfadarte conmigo, pues un niño tiene exigencias y tú tenías muchas.

El tiempo pasaba deprisa. Treinta días corren como una hermosa noche, llena de sueños, de colores y risas.

Yo debía regresar justo cuando empezábamos a ser amigos, inseparables, apasionados. Te llevaba a lomos del caballo a la feria de la ciudad.

Jugabas, te peleabas, cantabas y yo estaba dichoso, feliz de veros a ti y a tu hermano vivir ante mis ojos.

Esos mismos ojos lloraban en silencio cuando cogía la carretera, en medio de la noche; no había que despertaros y yo no podía soportar veros llorar.

Partía hacia el norte, hacia el frío, el trabajo y la soledad. Tu madre me preparaba cecina, miel, aceite de argán, una manta de lana y gruesos calcetines. Disponía todo eso en el maletero del coche sin decirme nada. Era su forma de pensar en mí y de protegerme del mal de ojo, del frío y de la añoranza. Tenía prisa por llegar a Francia, para olvidarme,

envolviéndome en el trabajo y en la rutina.

La carretera era larga; casi no me detenía. Parecía como si huyese de alguien, vuestros rostros me perseguían y me obsesionaba con ellos, noches y días enteros. Llegaba justo el último día de permiso, me caía en la cama, como en una tumba. Dormía y me encontraba con vosotros.

Curiosamente, cuando pensaba en ti, te veía siempre sonriente. No me preocupaba por ti. Sabía que el niño era delicado, que su llegada a este mundo había sido una desgracia para Slima, mi hermana, carcomida por un mal más fuerte y violento que todas las enfermedades del cuerpo. Sabía que su maldición un día u otro caería sobre nosotros. Debo confesarte, hoy, que Slima no es mi hermana. Es una niña que unos viajeros habían abandonado en el umbral de nuestra puerta. Mi madre la había adoptado, quiero decir, integrado, en nuestra familia. En el Islam no existe la adopción; se puede recoger a un niño, pero no se le puede dar el apellido. Slima había sufrido de pequeña. Decían que había nacido de una mala lluvia, que era fruto de una tormenta. Los niños son malos. Ella, desde muy pronto, aprendió a pelearse. La violencia era su forma de hablar y de vivir. Yo nunca la consideré como a una hermana. Por eso estaba resentida contra mí. Al morir mi padre –era la época de la epidemia de tifus– cada uno se fue por su lado.

Yo, a Francia; mis otros dos hermanos, a Agadir; mis dos hermanas, con sus maridos. A Slima la abandonaron.

Su marido se fue mucho antes que yo a trabajar a Francia. Se quedaba sola; tenía todo el tiempo del mundo para preparar su venganza. Pero ¿vengarse de qué? De la vida, de nosotros, de todo. Niña mía, hoy todo eso pertenece al pasado. Ya no vivimos en el pueblo. Aquí no tenemos recuerdos.

No podemos vivir como si siguiésemos allí. Te matriculé en la escuela; el día que lo hice me sentí orgulloso.

Pero debo confesarte también que pasé la noche en blanco. Para mí eso era una revolución. Tenía miedo, y, al mismo tiempo, no tenía derecho a privarte de ir a la escuela. No querría pasar más noches en blanco pensando en ti, dándonos quebraderos de cabeza, yendo más rápido de lo que estamos dispuestos a aceptar. Vas demasiado rápido. Sé que París es una ciudad en la que hasta los mayores se pierden.

Has de saber que nuestra moral, nuestra religión son distintas de las de tus compañeros de clase. No vamos a vivir nuestra vida entera en este país en el que somos unos extranjeros.

Bueno, así es como te digo que tú eres la niña de mis ojos.

Yo me pasé toda la noche oyendo esta carta, leyéndola y releeyéndola.

Todo estaba escrito en los ojos profundos de mi padre, en su ancha frente, en la palma de su mano. Yo lo observaba y leía su pena y su desasosiego en cada uno de sus gestos.

Con esta carta, yo me sentía cerca de su desvelo, pero comprendí, también, que las dificultades no hacían más que empezar. Yo odiaba el pasado y todo lo que tenía que ver con el pueblo, principal motivo de todos nuestros atrasos.

Si nuestra tierra no ha sabido retenernos, será quizá porque, un día, una mano aciaga sembró en ella el germen de la discordia y el atraso.

9

El mar. Dibujado con lápiz negro, que un trazo rojo quiebra, que borra la goma "Sp\cia", olvidado, reencontrado en un libro de estampas inundadas de azul. El mar. Extraño personaje de mis sueños. Tan pronto sábana inmensa, tendida entre cielo y tierra, hinchada por los vientos; como ruido de olas imaginadas, que dan escalofríos. El mar. Promesa que ahoga, en su furor, a la aldea, las bestias y sus caras inmutables y devastadas. Estampa de un cielo que baja a la tierra, entre nubes, y pinta de azul las palabras "llanuras" y "carreteras".

Agua; en olas sucesivas traídas por el viento. Cambia de color según los movimientos. Oscuro, al final del día. Negro, por la noche, con ciertos reflejos cenicientos. Transparente de día, horadado por el sol, se alza y cae, golpeándose contra las rocas encarnadas.

El mar. Una obsesión desde mi llegada a Francia. Nunca hablaba de ello. Sabía que algún día iba a descubrirlo. Esperaba, con paciencia.

Tenía miedo de que, al encontrarme con él, ya no pudiera soñarlo.

Me arrastró un remolino de luz y de agua, envuelta en vértigo, entre estrépito y murmullo, y me encontré, de pronto, sola, en una barca de pescadores, iluminada por la luna llena.

El mar; más que pensamiento, imagen; trocito de cielo despejado, espejo que retiene mi rostro mientras me deslizo por un pozo para medir su profundidad y limpiar las paredes. Un campo con altas puertas cerradas sobre mis párpados. Un escalofrío; llegado no del viento, sino del deseo de deslizarme sobre las olas y encallar en una isla, posarme, como una dádiva, entre las manos de un hombre muy viejo, quizá mi tatarabuelo, el que enterró el tesoro en la montaña. El mar no podía ser más que ese rostro, sereno y bello, varias veces centenario, fiel a la palabra dada, orgulloso de sus raíces y de su tierra. Como hombre visionario sabía que su prole y las generaciones que le siguieran serían dignas de su secreto y de su bondad. Y el mar estaba ahí, dibujado en la palma de mi mano derecha, movedizo, conduciendo por caminos hondos y desviados hacia el lugar del tesoro. Desde que mi abuela, en su lecho de muerte, me había confiado el secreto, murmurándome una palabra confusa al oído, yo sabía que un día u otro me sería indicado el camino, entre silencio y recato. Me cegaría entonces la luz, haciéndome su cautiva. Momentos antes del trance interior, antes de la gran alegría, que se hace lágrimas y convulsiones, me bastaría con tender la mano derecha, abrir la palma de esa mano predestinada y ver el mar en el rostro bendito y bondadoso de aquel antepasado, más fuerte que el tiempo.

Sus dulces ojos, colmados de recuerdos, se dirigirían hacia este lugar, isla o cueva submarina, y yo caminaría con la ligereza del titiritero por los caminos, que su mirada trazó, hasta que mis pies se detuvieran en una roca ardiente, quizá centro de un volcán apagado o cuerpo de un marino, olvidado por su tripulación, con la piel tostada por la luz y el sol. El tesoro debía de estar ahí, en mi mano. Esperaré el día, la hora, la estación y la luna para abrir esta mano en un agua transparente, con mi respiración y mi pulso como única cadencia.

He aquí el motivo por el que el día en que mi padre decidió llevarme a ver el mar yo estaba pálida e inquieta, incómoda y un tanto adormecida. Tomamos la carretera, él y yo solos. Era un día de febrero. Las calles estaban desiertas, el cielo sombrío. Era yo la que no veía ya a nadie en las calles y ponía un velo de tristeza sobre el cielo. En el fondo tenía miedo de cometer lo irreparable, turbar la belleza que rodeaba a mi secreto, exponiéndome a traicionarlo o perderlo, verlo quebrarse, como

una ola violenta que se rompe sobre una roca.

El mar estaba en mí, profundo, custodiado, cómplice. No me hubiera atrevido, un domingo, a hacerle una visita trivial, sin previa preparación y recogimiento. Me acongojaba el poder perderlo todo. No era ni azul ni negro ceniciento, sino gris. No estaba allí; ausente; se había retirado lejos de nuestra mirada. Había, por supuesto, arena, pero no mar. El cielo tenía un azul extraño. El cielo se había bebido el mar y nadie se había dado cuenta. Eso me alivió. Mi padre estaba decepcionado. Balbuceaba algunas palabras de excusa. Supe que él tampoco había estado nunca en una playa. Desde ese día decidí hacer todo lo posible para enseñarle el mar, asociarlo a mi sueño. Ante todo, no había que precipitar las cosas. Debería dejar que el tiempo hiciera el resto. A falta de paseo por la orilla, me llevó al cine. Había pocas salas en nuestro barrio, pero siempre ponían las mismas películas a lo largo del año: películas violentas, de matanzas, de carnicerías y de horror. Quizás aquel barrio no merecía películas de amor. Yo miraba los carteles y no comprendía por qué nos ofrecían tanta brutalidad.

La película que eligió mi padre era una película de karate. Estábamos lejos del mar. Veía agitarse en la oscuridad unos cuerpos menudos en los que cada golpe dado provocaba un silbido. De un lado, los buenos; del otro, los malos. Había una mujer serpiente que, al saltar, estrangulaba al adversario con sus piernecillas. Para mí no eran imágenes. Seguramente, todo ocurría detrás de la sábana blanca tendida al fondo de la sala. Sólo mucho más tarde conocería la magia del cine.

Por la noche me sentía cansada y maltrecha, pero feliz, puesto que había conseguido preservar mi secreto.

El mar me pertenecía. No me atrevía a abrir la mano derecha. Me lo guardaba todo, profundamente enterrado en mí. El mar era ese jardín donde, un día, podría aislarme lejos del barullo. Y, sin embargo, yo alimentaba mi pasión por la ciudad. A veces me pasaba las horas muertas sentada a la ventana, mirando el gran bullicio del bulevar. Los franceses, poco a poco, se iban yendo de nuestro barrio. Los comercios los regentaban árabes; las aceras se transformaban, de la noche a la mañana, en zocos africanos. Los senegaleses cantaban y bailaban para vender sus artículos. Observándolos vivir y reír me preguntaba si también ellos tendrían en el fondo del corazón escondido un secreto, una palabra ancestral, un rostro iluminado por el tiempo, un árbol inmenso que los protegiera y les procurara la energía para vivir y soportar el exilio. Un día, por la mañana temprano, mientras todos aún dormían, como en aquella película, cerraron el barrio y los coches de la policía invadieron las calles. En unos cuantos minutos nos rodeó un ejército de policías, metralleta en mano. Irrumpieron en los pisos, lo registraron todo, volcaron las mesas y arrojaron los objetos por las ventanas. A nuestro edificio lo dispensaron de tal desorden y pánico. Las mujeres gritaban. Los policías proferían insultos. Los críos corrían en todas direcciones. Sobre las aceras había sillas rotas, sofás, maletas, bolsas llenas de ropa, cartones, cuadros, cacerolas, platos...

Volcaban todo con tal ferocidad que uno parecía estar en plena guerra. Eso era quizá la guerra. Nos hallábamos a la merced de la locura de ese ejército de policías, ensañándose con los objetos de nuestra vida cotidiana.

Habían llegado para destrozarlo todo.

Se nos tenía que castigar y no sabíamos el motivo. Pero, ¡qué habríamos hecho nosotros para convertirnos, de buena mañana, en blanco de tanta violencia! De pronto, un hombre en pijama salió del edificio de enfrente gritando su ira. Los policías acababan de tirar por la ventana, tras haberlo pisoteado, el Corán. El hombre se había vuelto loco. Su furia le

hizo entrar en un estado de arretrato. Se quitó el bonete de la cabeza y lo destrozó con los dientes y las manos. Giraba sobre sí mismo y repetía las mismas palabras. "¡Sacrilegio!

¡Sacrilegio!" Luego se dirigió hacia la multitud:

"¡Musulmanes! Habéis asistido a un sacrilegio. Vosotros sois testigos. Se han atrevido a poner la mano en el libro sagrado. Hijos de infieles, cristianos, enemigos del Islam; nos desprecian y se mofan de nuestra religión. Se han vuelto locos. Dios nos hará justicia. Nos despiertan con fusiles, tiran abajo nuestras puertas, ven a nuestras mujeres e hijas y pisotean la palabra divina. ¡Dios mío qué infamia! Creen que están todavía en Argelia, en los tiempos de la colonización. Pero, Dios mío, ¿qué hacemos aquí en este país, en esta tierra enemiga? ¿Para qué nos hemos exiliado?

Dios nos ha castigado; no hemos sabido amarlo ni adorarlo. Ahora, los cristianos, armados de fusiles y de odio, irrumpen en nuestros hogares, tiran nuestras cosas y ensucian nuestra religión. ¡Justicia! ¡Justicia!" Reconocí en aquel hombre a El Hach, un argelino que vino a ver a mi padre para pedirle que contribuyese, con otros musulmanes, a construir en el barrio una mezquita de la cual quería ser el imán. Como buen creyente que era, mi padre participó en la operación. Pero no les dieron la autorización. Este asunto tuvo a la gente ocupada todo el invierno. Siguió acudiendo a los rezos a un almacén que en otro tiempo había sido un bar o un cabaret. En la pared, encima de la puerta de entrada, había grabado un letrero, "Los amigos del buen vino". Por mucho que El Hach rascase la pared y volviese a pintar encima, no había forma de borrar "Los amigos del buen vino". Allí se organizaban veladas religiosas. Se cubrió totalmente el interior con esterillas y alfombras. Colgaron en las paredes fotos de La Meca, caligrafías con el nombre de Al-lah y del profeta Mohamed. Todos los viernes por la tarde se quemaba incienso del paraíso. Pero, pese a todo esto, el almacén seguía oliendo a vino. Las paredes y la piedra no perdían la memoria del "buen vino". La situación era grotesca. Algunos musulmanes, como mi padre, se negaban a rezar en semejante "lugar de vicio".

El almacén, según unos, estaba habitado por el espíritu de los infieles; según otros, era el lugar de los mayores tráficos. El Hach no conseguía otro local. La operación de la policía le brindó la ocasión para quejarse de la injusticia cometida con su comunidad. Lo de la mezquita a mí me daba igual. En cambio, sentí por primera vez aquella mañana que no estábamos en nuestra tierra, que París no era mi ciudad y que Francia nunca sería, por completo, mi país.

Los policías se volvieron a marchar como habían venido, dejando los enseres de la gente desparramados por la calle. Iban en busca de droga, sólo se encontraron a un pobre hombre desvariando. El Hach recogió el libro, lo besó varias veces, se puso en cuclillas en una esquina, entre una tienda de comestibles y un café, a leer el Corán en voz alta como si estuviera en un cementerio. No quería saber nada con nadie. Se mecía, con la mirada despavorida, mientras recitaba los versículos. Ya no estaba ahí, sino lejos de la Goutte d'Or, allá en las montañas del Aurés o en Tozi-Ouzou, su ciudad natal. Cual un místico que hubiese perdido todo, ya nada le afectaba, salvo el libro sagrado.

El entusiasmo por los descubrimientos se me había pasado; yo había crecido, y mis emociones aprendían la moderación. En clase iba haciendo, como le decía el profesor a Madame Simone, progresos. Mi retraso no era tan grande. Seguía cometiendo faltas al escribir, pero leía correctamente.

Mi mayor desventaja era el uso de los tiempos. No me llevaba bien con la concordancia. Confundía las distintas etapas del pasado. No conseguía

localizar ni manejar todos los matices propios de una lengua a la que quería, pero que no me quería a mí. Tropezaba con el imperfecto. Me daba cabezazos con el pretérito perfecto simple -lo de simple era mera ilusión- y el compuesto me echaba para atrás. En una palabra, reducía el conjunto de tiempos al presente, cosa completamente absurda.

Entonces pensaba en el pueblo, en aquellos días en los que no ocurría nada. Esos días chatos, vacíos, estirándose como una cuerda entre dos árboles. El tiempo era esa línea recta tensa, marcada en el extremo inicial, en la mitad y al final por tres nudos, tres momentos en los que algo pasaba:

los estados del sol. La vida era esos tres momentos en los que había que pensar en sacar el ganado, comer cuando el sol estaba sobre nuestras cabezas, guardar el ganado cuando el sol se ponía.

Mi pasado era verdaderamente simple, límpido, hecho de repeticiones, sin sorpresas, sin proezas. Yo me sumergía en ese tiempo sin agitarme demasiado. Al llegar a Francia supe que la famosa cuerda era una serie de nudos apretados, unos detrás de otros, y que poca gente tenía tiempo libre para detenerse bajo el árbol.

Mi padre nunca abandonó el pueblo.

Su espíritu se había quedado anclado allí, para siempre. El tiempo era para él un artilugio para contar las horas de trabajo en la fábrica.

Pero, en su fuero interno, era el tiempo del pueblo el que seguía transcurriendo tranquilamente, sin demasiada agitación, sin plantearle las preguntas embarazosas que a mí se me ocurrían a menudo.

Me sabía de memoria las conjugaciones de los verbos "ser" y "haber", pero me confundía en cuanto trataba de utilizarlas en una frase larga. Al final, comprendí que había que desprenderse completamente de la tierra natal. ¿Cómo conseguirlo sin incomodar a mis padres, sin renegar de ellos? No podía trazar una línea y encontrarme de pronto en los meandros de un tiempo distinto. Había algo que me retenía; aunque yo me opusiera con terca voluntad. Estaba decidida a no extraviarme más entre las conjugaciones. Pero el pueblo seguía allí; me envolvía, merodeaba a mi alrededor, me provocaba. Los olores de la hierba y de las bestias llegaban a mí. Yo me resistía. Negaba esa presencia. Un día penetré en una iglesia, para dejar de sentir los olores del pueblo. Me escondí en ella; y, sin embargo, no podía evitarlo: una mano mágica me devolvía al pueblo y veía la cuerda, con los tres nudos, que una brisa ligera mecía. Los árboles, siempre presentes, fieles al paisaje; las piedras siempre en el mismo estado. Y yo, de nuevo sentada bajo el árbol, esperaba fijando la mirada en algún árbol, ansiando verlo desplazarse, alejarse... Si llegase a ocurrir, me agarraría a una de sus ramas y me dejaría llevar; pero el árbol no se movía. Su inmovilidad me provocaba con insolencia. Tenía unas raíces profundas y muy antiguas. Podría pasarme la vida entera frente a ese árbol, y no se movería. Era lo propio de un árbol; ésa era su función: retener la tierra.

Si los hombres fuesen árboles, el pueblo no se hubiera vaciado en tan poco tiempo. Los hombres creían que la tierra los iba a retener, impedirles que se fuesen al extranjero; pero la tierra no retiene a nadie. Desde el fondo de esa iglesia sombría, escuchaba la letanía de los niños en la escuela coránica, y, por momentos, percibía la cabeza del alfaquí que simulaba atender a la recitación de la sura. De hecho, dormía. Incluso un ciego necesita cerrar los ojos para dormir. El sueño le invadía el rostro; por la boca entreabierta le corría un hilillo de saliva transparente.

Esta imagen llegada de tan lejos me dio un escalofrío: era el tirón que necesitaba para dejar de perpetuar la presencia molesta del pueblo. Me parecía ridículo esconderme en una iglesia desierta donde ardían algunas

velas.

Fuera sentía aún más la agitación de la ciudad, el olor a gasolina, el ruido del metro y todo aquello que anulaba en mí el recuerdo del pueblo. A partir de entonces me apliqué con rigor para llegar a dominar la concordancia de los tiempos. Hice ejercicios y dejé de utilizar el presente.

Me divertía porque sabía que el día en que dejase de mezclar los tiempos habría abandonado, de verdad, el pueblo.

10

A pesar de su buena voluntad, a Madame Simone le costó convencer a mi padre de que me dejase ir a "clase de esquí". Él no entendía aquello de una escuela fuera de la escuela; creyó que era una artimaña para que yo abandonase la familia. Mi madre fue a preguntarles a los vecinos, que tenían hijos que iban también a clase de esquí. Mis padres no se quedaron del todo convencidos y cedieron de mala gana.

Yo me había convertido en una niña un tanto tozuda, nerviosa e impaciente. Quería saberlo todo, probarlo todo y sin perder tiempo. Para mí, la nieve era una estampa de un libro de lectura. Tenía que verla y tocarla.

Nunca llegó a nuestro pueblo. Se la podía ver cubriendo la cima de las montañas, pero nunca bajó hasta nuestros pies.

Mi padre llamó a Madame Simone y le preguntó si los chicos iban también.

—Las chicas estarán en un chalet, los chicos en otro, y yo estoy aquí para impedir que se mezclen.

Había mentido un poco. No dormíamos con los chicos, pero estábamos la mayor parte del tiempo juntos.

Lo ocurrido reforzó en mí el sentimiento de estar dividida en dos.

Tenía la mitad prendida aún del árbol del pueblo y la otra mitad balbuciendo la lengua francesa, en perpetuo movimiento, en una ciudad de la que nunca veía ni los límites ni el fin. Yo justificaba mi nerviosismo por los combates que libraban mis dos mitades.

No me encontraba en medio, sino en cada uno de los campos. Era agotador. Me exasperaba cuando la situación duraba demasiado. Durante las clases de esquí pensé de nuevo en mi hermano y en nuestros juegos en el pueblo. De vuelta a casa ya sentía nostalgia de aquella estancia en la montaña: el fuego de la chimenea, las canciones, las bromas, los juegos con los profesores...

Aquel momento coincidió con el inicio del mes de ramadán. Por primera vez debía ayunar, ya no era una niña pequeña. Mi madre me llamó aparte y me dijo:

—Ya no eres una niña. Debes ayunar como nosotros. El día de la sangre puedes comer. También tienes que cumplir con los rezos, como antes; si no, no te servirá de nada el ayuno.

La escuchaba, pensando en el trastorno que se avecinaba. Mis convicciones religiosas se habían desvanecido. Yo creía en Dios, pero no del mismo modo que mis padres. Le hablaba, de noche, un poco en bereber, otro poco en francés. Le quería y le pedía constantemente que impidiese que mis mitades luchasen entre sí. Necesitaba sosiego. Acepté complacer a mis padres. Dejaba que me despertasen en mitad de la noche para comer antes del amanecer. Me lavaba los dientes y no conseguía volverme a dormir. Me molestaban los ardores de estómago; me sentía pesada y llegaba al colegio medio dormida. Al tercer día dejé de ayunar y comía a escondidas. Mi padre no sabía nada. Había que evitar escandalizarlo y darle un disgusto. Trabajaba duro, con el estómago vacío y volvía a casa agotado. Tenía fe, de un modo inquebrantable. Una resistencia como la suya inspiraba admiración.

Lo que más me gustaba, durante ese mes, eran las veladas, en las que la Goutte d'Or se transformaba en una almedina.

La gente necesitaba encontrar un rinconcito que les recordase a su tierra lejana. Mientras que yo me empeñaba en olvidar el pueblo, los demás hacían lo imposible por reconstruirlo. Algunos seguían viviendo como si nunca se hubiesen ido de su terruño. Por desgracia, allí donde iban, Francia les

recordaba que no estaban en su país.

Para mí, Francia era la escuela, el diccionario, la electricidad, las luces de la ciudad, el color gris de las paredes y, a veces, algunos rostros, el futuro, la libertad, la nieve, Madame Simone, el primer libro que leí; imágenes apretándose unas contra otras...

Un día, mientras enumeraba, acostada en mi cama, todas esas cosas, me detuve de pronto al oír el ruido de una detonación, seguido de un grito de mujer, prolongado y doloroso. Era el grito de una madre; le acababan de matar al hijo. ¡Djelali: quince años y algunos meses, guapísimo, con aquellos ojos verdes y el pelo negro rizado!

Eran las nueve y diez de un domingo, 27 de octubre de 1971, cuando la bala atravesó el corazón de un niño que jugaba a las máquinas en un café de la Goutte d'Or.

Yo no lo conocía mucho; lo veía en nuestra calle, sonriente, gastando bromas a las chicas, cantando los últimos éxitos de moda, hablando francés con un ligero acento meridional (había nacido en Marignane). Era alegre, expresivo, optimista. Su cuerpo yacía sobre la acera, con una sonrisa incrédula en el rostro, y con la mano derecha cerrada, con unas monedas dentro; sereno, en paz y mirando el cielo como si una fuerza viva dentro de él interrogase a las grandes nubes que pasaban, indiferentes y altivas.

Su cuerpo, corpulento para su edad, perdía sangre que se mezclaba con el agua de la cuneta. Aquella sangre, de un rojo vivo, era inagotable. Corría con fuerza como si Djelali se hubiese convertido en manantial, transformando la desgracia de su muerte en milagro de los dioses, convirtiendo esa tragedia en la gracia de un día olvidado por el sol, con la risa dichosa interrumpida en un corazón desgarrado. La muerte de Djelali provocó muchas preguntas, como si fuese una membrana apenas visible, un velo en el que la inquietud se reducía a un silencio denso, demasiado pesado para reaccionar, demasiado violento de entender. La sangre seguía corriendo; unas mariposas volaban sobre su cuerpo; un gorrión gris que volaba por allí se detuvo y bebió una gota de esa sangre, y se fue cantando. Niños llegados de distintos puntos de la ciudad hicieron un corro alrededor del cuerpo y dieron varias vueltas, pidiendo a Djelali que se levantara y que se marchase con ellos a su tierra, donde no se asesina a los niños. Eran, sin duda, ángeles que acudían para transportar el alma hacia el paraíso. Allí continuaría la partida interrumpida, luego iría a bañarse en el río de agua pura; unas jóvenes lo rodearían con sus brazos y sus risas. Él sería, para ellas, su príncipe, su pasión y tendría todo el tiempo del mundo para jugar, amar y vivir.

Cuando llegase la ambulancia, la policía y los bomberos, Djelali ya no estaría ahí; sólo se encontrarían con un charco de sangre, unas moscas y unos metros más lejos el casquillo de la bala que había atravesado el cuerpo del muchacho.

El luto que guardó todo el barrio no podía devolver al niño a su familia ni hacer que la justicia fuese más equitativa, ni impedir que se escapasen otros tiros de escopeta. El luto era nuestro modo de hablar a un país en donde algunos habían tomado por costumbre matar al extranjero. El entierro fue una inmensa manifestación silenciosa, en la que brazos franceses llevaban, en alto, el retrato de Djelali y pancartas que denunciaban el racismo.

Ese día alcancé, como por arte de magia, otra edad; había envejecido unos cuantos años. Ya no era la chiquilla maravillada por todo lo que descubría; era una muchacha golpeada en su corazón por la muerte de un niño que podía haber sido su hermano. Me salté algunos años y me desprendí de las estampas que me hacían soñar.

Pensaba, por supuesto, en mi hermano Driss. Pero a partir de aquella mañana de domingo la vida tuvo un gusto amargo. Aprendí el significado de la palabra "racismo". En el colegio, cuando alguien no me quería, atribuía el motivo a mi retraso; no al color de mis ojos ni de mi piel. Nadie me había reprochado nunca el hablar bereber y tener el pelo negro y rizado. No lo hubiese comprendido. La muerte de Djelali me introdujo en un mundo más complicado y más duro.

Algunos decían: "Lo han matado porque era musulmán"; otros: "Lo han matado porque es argelino y la guerra de Argelia no ha acabado todavía para algunos".

A Driss lo envenenó una mujer que quería hacernos daño. Eso fue en el pueblo. Aquí, ¿de quién se vengaban al matar a Djelali? ¿A quién iba destinada la desgracia? ¿A su familia? ¿A Sophie, su amiga? ¿A la comunidad?

Mi padre no se planteó todas esas preguntas; decidió mudarse de allí lo antes posible. Sabía que a Djelali lo habían matado sin motivo. Era árabe y joven, guapo e insolente, expresivo y seductor. Y, de todas formas, los asesinos no buscan motivos.

El miedo reinaba en el barrio. La Goutte d'Or era un coto de caza ideal para los que no querían saber nada con nosotros en este país.

Madame Simone, muy afectada por la tragedia, vino a vernos. Decía que estaba avergonzada porque en este país algunos habían tomado por costumbre despreciar a la gente que no era como ellos, que no tenía la misma religión.

Lloró y nos contó sus sufrimientos:

"Yo tenía veinte años durante la guerra; mi padre era médico, fue denunciado por un compañero: él era judío.

Le detuvo la policía que trabajaba para los alemanes y nunca lo volvimos a ver. Fue deportado a los campos de la muerte con decenas de miles de judíos".

Me explicó la demencia de los hombres, el odio, el desgarrón de los corazones, el ensañamiento del mal.

Cuando hubo acabado, yo le dije:

—¡Ahora comprendo! ¡Mi tía es una racista!

—No es eso. Ella está loca.

—¡Desde luego, para ser racista hay que estar loco!

Unos días más tarde vino a buscarnos para que viese una película.

—¡Espero que no sea de karate!

—¡En absoluto! Lamentablemente es una película real. Lo que viste la primera vez era un juego. Los actores interpretaban un papel; simulaban. Lo que vamos a ver hoy es un documento terrible que muestra lo que el racismo hizo durante la segunda guerra mundial.

Entramos en una sala que no era de cine. Había muchos alumnos entre trece y quince años. Madame Simone nos dirigió un pequeño discurso para avisarnos de la violencia de la película y queuviésemos valor para aguantar hasta el final. Si no lo soportábamos, podíamos salirnos. Se apagaron las luces en la sala; reinaba un silencio inquieto y de plomo.

Pasan, unas detrás de otras, alambradas negras, sobre una tierra de color blanco, por la nieve o por la luz. El cielo es de plomo como los vagones que arrojan cuerpos humanos con los ojos desorbitados, ojos llenos de cristalillos de lágrimas contenidas, habitados por el horror absoluto. Mujeres desnudas, sin carne alguna, intentan proteger una parcela de sus cuerpos. Hombres sosteniéndose apenas sobre los pies, avanzan hacia un agujero del que no saldrán jamás. Niños a los que sólo les quedan ojos caminan con los brazos levantados. Hombres y mujeres, de los que sólo subsisten huesos, se amontonan en hangares en los que el único punto

iluminado es el de un horno. De nuevo, las alambradas. Una montaña de cabellos grises, negros y blancos. Otros vagones esperan para entregar su carga. Militares, como títeres mecánicos, gritan órdenes. Una bandera ondea por encima del campo. Está sucia; se llena de hollín del humo. En el trozo de tela, cenizas; las de un ser humano quemado por ser de una raza. La bandera ondea torpemente, sobrecargada por el alma quemada de un hombre o de una mujer.

Alambradas en la noche y sigue iluminando una única luz, la de las llamas.

Una fosa común está llena de vivos y de yacentes. El cielo no se inmuta. Las nubes se han dispersado. Brillan, a pesar de todo, una o dos estrellas. La luna está en sus primeras noches. Calla como los hombres. Caen unos ojos. Unas manos descarnadas se agarran a un hierbajo o a una piedra. Los soldados se agitan. Demasiadas llegadas. Otros se detienen para dar de comer a la muerte que tiene una cara enorme; se lo traga todo. Unos hombres, vestidos con pijamas rayados, hacen cola por un cucharón de sopa negra. ¿Saben acaso que van a morir quemados vivos en un horno o en una cámara de gas?

Incluso el sol irrumpe. Un niño levanta la cabeza hacia el cielo y no comprende qué pinta el sol en ese infierno, en esos días funestos donde las brasas del odio son un volcán furioso que ningún cielo apaga. Los huesos, con infinita paciencia, se acoplan, se ensamblan y caen como ceniza ligera en una tierra ennegrecida por la maldición, celadora del campo y de la demencia. Desarmados el alba, la aurora y el crepúsculo; sólo la noche extiende sus brazos, como palas, que arrastran los cuerpos olvidados, para asfixiarlos en el hueco de la muerte, carcomida por la hambruna y algunas palabras celestiales; una noche con víctimas inútiles, horadando las miradas despavoridas. Un crío extraviado alza las manos como en un juego infantil y la muerte, veloz, ya lo ha domesticado. Nos mira. Me mira. Bajo los ojos. Mis lágrimas brillan. El rostro de ese niño está ahí, en mis lágrimas. Se detiene la imagen. En la sala, sólo silencio y oscuridad. Nadie habla. Noche y niebla.

Aquel día, yo ya no tenía trece sino mil años.

11

Nos fuimos de París, o, para ser exactos, de la Goutte d'Or -París no era la Goutte d'Or-, para establecernos en Yvelines. Para mí eso era ya el fin del mundo, más remoto que nuestro pueblo, más ajeno que la montaña. Mi padre había conseguido una vivienda social en una región que se consideraba ya como parte de la campiña. Había árboles y prados verdes. Sólo faltaban los escorpiones y la escuela coránica. Era una zona tranquila, demasiado tranquila para mí. La angustia de lo ocurrido con el balazo extraviado en la noche se había calmado un poco. Ya no pensábamos en ello como antes, pero nos enterábamos de que habían matado a otros árabes.

Fue un verano sombrío, con un calor funesto; un cielo cargado de humo negro. Era el verano del 73. Aprendí las expresiones "caza al hombre", "caza al árabe", "caza al moro", "morango"... Yo las iba anotando en una libreta, copiaba artículos de periódico:

Abdeluahab Hemaham, de 21 años, perdió la vida a manos de un joven francés en la zona vieja del puerto de Marsella.
Saïd Aounallah, de 37 años, ocho balazos en la cabeza y en el abdomen.
Hammu Mebarki, cráneo roto.
Elyunes Ladj, tres balazos en la espalda.
Saïd Ghilas, cráneo roto.
Bensaha Mekernef, cráneo roto.
Muerto el 2 de septiembre.
Muzali Rabah, de 30 años, muerto a balazos.
Ahmed Rezki, de 28 años, un balazo en el pecho. Muerto en la madrugada del 29 de agosto.
Mohand Ben Burek, atado a una piedra de siete kilos, con las costillas hundidas y el hígado perforado.

Así fue cómo inicié mi primer diario íntimo; nombres de personas, que yo no conocía, se iban incorporando, como en un cementerio. Los pronunciaba en voz baja, e imaginaba sus vidas. Una vida corta, interrumpida como una hierba que se arranca con violencia y a la que nadie importa. Yo les atribuía rostros sonrientes, con un lunar en el pómulos y un hoyuelo en la barbilla. Los ojos eran unas veces negros, otras, azules. Se levantaban de la tierra húmeda y avanzaban hacia una fuente de agua pura.

Unos árboles iban detrás de ellos, con las ramas repletas de objetos.

Mariposas les indicaban el camino.

Los hijos, ajenos a lo ocurrido, los esperaban en la puerta de la escuela.

Una mano enfundada en un guante blanco los recogía, en un solo gesto, que se extendía a lo largo y ancho. Muertes gratuitas, aguaceros de verano. Muertes baldías, convirtiendo a esta tierra en una obscenidad. Muertes sin motivo, o si acaso, por el placer de suministrar a una parte de la sociedad la fealdad que necesita.

Yo intentaba comprender. Abría el diccionario, pero no me enseñaba nada.

Los nombres apuntados en mi libreta resonaban en mi cabeza con machaconería. Por la noche, esos rostros, que yo dibujaba, se extraviaban a la entrada de la noche y de la niebla.

Pasaban unos tras otros, como las alambradas; planeaban sobre otros cadáveres. Un rastrillo los atrapaba de una dentellada, arrojándolos a una fosa común. Ellos no se resistían, sino que se dejaban deshacer entre

otros cuerpos desmenuzados. Yo oía la voz de Madame Simone que me pedía que los salvase. ¿Cómo era posible que estos cuerpos, derribados en verano, lejos de la guerra, se hubieran mezclado a aquellos otros cuerpos? Se habían encontrado con otras víctimas de rostro próximo, memorias lastimadas. En mi mente, el tiempo entre presente y pasado iba rápido, abolía barreras, fechas y cualquier lógica.

Para el Mal, yo había escogido, desde el principio, a mi tía como punto de referencia. Ahora tenía que incluir a los que habían quemado a los judíos y a los gitanos, y, además, a los asesinos de Djelali, Bensaha, Rezki, Mohand, Said, Ahmed, Munes, Hammu, Salah, Mohamed, Dhebar, Dehili, Kabali, Chuach, Ali, Omar, Abdellah, Nurdin...

A mis trece años y medio, entre las páginas del diccionario y las fugas y rebeldías, me preguntaba si no sería, también yo, origen y referencia del Mal. Mis padres no estaban satisfechos de mi comportamiento. Para ellos, yo era la esperanza y la clave de un mundo exterior. Les leía las cartas, les rellenaba los formularios, les explicaba el periódico, les servía de intérprete; me había hecho indispensable, ya no dependía de ellos, sino que ellos dependían de mí. Mi abuela hubiera dicho: "Es el mundo al revés". Estaba en lo cierto. Mis sentimientos hacia ellos cambiaban.

Yo llevaba en mí demasiada fuerza, demasiada rebeldía, como para no reprochar a mi padre que padeciese la vida, que trabajase como un animal, sacrificando su juventud. Por la noche me remordía la conciencia por alimentar tales sentimientos. Yo intentaba comprenderlo, pero, al día siguiente, le hablaba en francés, y esto lo contrariaba mucho. Era mi modo de mostrarle mi desaprobación.

Él se daba cuenta de que sus resquemores se cumplían: me estaba perdiendo. Yo me alejaba de mis padres, me replegaba en mí; dejaba de hablar y cuando abría la boca lo hacía en un idioma extranjero; una madre hostil les secuestraba a su hija.

El rapto estaba siendo un éxito.

Yo no dejaba de progresar en la escuela. Seguía asistiendo a las clases especiales y progresaba a marchas forzadas, más rápido que los demás, librando batalla contra mi pasado, enfrentando mi país -el que yo elaboraba en mí, día tras día- con mi tierra natal.

Mi madre se había traído de la aldea una especia de aroma tan fuerte que me arrastraba, con las manos y pies atados, a mi vida anterior. Yo lo había vencido todo, o casi todo, salvo el condimento de clavo, que era más fuerte que mi voluntad, más violento que mi energía. Despide un perfume ambarino, agudo y persistente.

Mi madre lo empleaba como especia en el taxin y como perfume; solía deslizar entre su ropa unos cuantos clavos.

La casa apestaba. Por mucho que me tapase la nariz el olor me invadía, me provocaba mareos, náuseas y, a veces, un fenómeno extraño: mi habitación de Yvelines se desplazaba y se volvía a colocar en medio de la aldea. Yo me quedaba encerrada en ella; no se podía abrir ni puerta ni ventana. Y a mi alrededor quemaban incienso mezclado con clavo. No es el perfume de la muerte, no es el olor fétido de un cuerpo enfermo; el clavo incluso da un gusto refinado a ciertas comidas; no, mi aversión se justifica por unas razones profundas, en donde esta especia, por su olor, cumple un papel determinante.

Ese olor me transporta, incluso hoy, muy lejos, a los primeros años de mi niñez. He tenido que ahondar mucho en mi pasado para encontrar el origen de este rechazo.

Hubo una época en que mi tía no podía dormir sola. Era cuando su marido la había abandonado para ir a trabajar a Francia. Por turno, mi hermano y yo dormíamos con ella. Sólo había una cama y teníamos que estar pegaditos a ella. Me tomaba entre sus brazos y me ponía la cabeza entre sus senos.

Llevaba alrededor del cuello un collar de clavos de olor. La especia se me metía en la nariz. Yo tardaba en conciliar el sueño; y cuando éste llegaba me desvanecía entre aquellos efluvios, y me enfrentaba con los monstruos del bosque; estaba en los brazos de la mujer del ogro, que todavía no había mostrado sus dientes para despedazarnos y comerse nuestro hígado. Para ella, eso era un amuleto, un escudo contra el mal de ojo y los sortilegios del enemigo. Pero, de hecho, ¿cuánto poder habría de tener un ojo para alcanzar a una roca y causarle desgracias?

Mis rechazos se me hacían cada vez más evidentes. Además de la especia, los dientes de oro. En el pueblo se decía que se llevaba la fortuna en la boca. ¡Cuántas mujeres destrozaron su encanto al sonreír! Esos dientes de oro, brillando al sol, rompían cualquier pudor y belleza.

Mis padres no tenían medios para permitirse unos dientes de oro. Las mujeres iban a la ciudad a un "mecánico-dentista", un sacamuelas, un chapucero, que les hacía daño pero que debía de seducirlas con sus ojos de príncipe del desierto. Era más conocido por su belleza que por los estragos que hacía. Un día desapareció con la hija mayor del bajá y no los encontraron jamás. El sacamuelas era, en el fondo, un artista, un poeta aventurero, un seductor que abandonó trabajo y familia para irse a vivir en la clandestinidad un amor prohibido.

Esto lo redimía a mis ojos; supe que muchas mujeres soñaron con que algún día las raptase aquel hombre de ojos de carbón encendido.

La tatuadora, que era comadrona también, se murió repentinamente el día en que debía venir a casa a dibujarme en la frente una fíbula con un ojo abierto en el centro y un pez en la barbilla. Mi madre se quedó muy contrariada; a mí me daba igual. Sólo más tarde decidí que esos dibujos en la cara no me gustaban. Mientras estuviésemos entre nosotros, en nuestra tierra, yo no tenía nada que decir sobre esas costumbres. A las mujeres se las marcaba de ese modo.

Así se reconocía la cábila, el aduar, e incluso la familia a la que pertenecían. Puesto que yo había podido librarme de ser marcada, y mi rostro pasaba desapercibido en cualquier lugar, no fomenté hacia ello una aversión tan acusada como hacia el clavo de olor y los dientes de oro. Todos mis odios se concentraban en mi tía; por eso yo la llamaba "Cara estropeada". No sé si es que no le supieron hacer los tatuajes o si eran sus muecas, sus tics y el asco que sentía por los demás los que habían deformado los dibujos. Se le cruzaban en la cara líneas sin sentido; los puntos cambiaban a menudo de lugar.

Su cara era movediza y el daño que causaba la hacía más movediza todavía. Incluso mientras dormía se le movía la frente y la barbilla. Bajo la piel se libraba una batalla y sólo ella lo sabía. Nosotros evitábamos mirarla fijamente; no había que dejar que sus maldiciones y sus dardos nos alcanzasen. Yo la miraba, con los ojos bajos, más por miedo que por pudor y respeto.

Un día me pidió amablemente que le enseñase mi mano derecha para leerme las líneas. Le tendí la izquierda, y la otra me la escondí detrás. Supe, gracias a una aguda intuición, que intentaba mezclarme las líneas de la mano derecha, para que no fuese yo la que encontrase el tesoro. En cuanto me tiró de la mano, acercándosela a sí, en la palma sentí una quemadura. Sus ojos petrificados irradiaban fuego. Intentaba, de este modo, quemarme la palma de la mano derecha y borrar para siempre los caminos que conducen al tesoro enterrado por el tatarabuelo en la montaña, mucho antes de que llegasen los franceses a Marruecos.

Yo me solté de ella y salí corriendo. Era la época en que ella y yo no nos habíamos declarado aún la guerra.

Pretendía que estaba prisionera de un destino turbulento y nos hablaba de un tal Jalil, un hermano de leche cuya visita esperaba desde hacía muchos

años. Mi padre no estaba al tanto de su existencia; pero era probable; en nuestra tierra una madre no sólo da de mamar a sus hijos. Jalil tenía que llegar. Era el hombre esperado pero del que nadie conocía el rostro. Un día, en pleno invierno, un hombre cubierto por un velo, fatigado por la marcha, el hambre y el frío, pidió hospitalidad. Sólo había mujeres y dos niños en la alquería. Ni mi madre ni mi abuela se atrevieron a acoger a ese desconocido. "Cara estropeada"

salió de su tugurio y nos dijo en tono conciliante:

—¡Faltaría más! No vamos a dejar en la calle a una persona de la familia. Es Jalil, mi hermano de leche.

Le ofreció su habitación y se quedó a dormir con nosotros. Tenía ojos claros y hablaba poco. Por su acento debía de ser del norte. Estaba cohibido, se excusó varias veces por las molestias. "Cara estropeada" estaba satisfecha. Su sonrisa tenía algo de victoriosa. Aquella noche me propuse no dormir. Simulé y esperé el menor gesto para abrir los ojos y asistir al espectáculo. Yo nunca fui tonta, así que estaba convencida de que mi tía iba a realizar alguna fechoría aquella noche.

Aquel hombre no tenía por qué dormir en casa. El hecho de que no hubiese desmentido la historia del hermano de leche confirmaba mis sospechas. En medio de la noche fui presa del pánico. ¿Y si ese hombre era un ladrón armado de un puñal? ¿Y si no fuese más que un aventurero en busca de mujeres indefensas? ¿Y si era uno de esos individuos que roban niños para venderlos?

Maldecía a mi tía por haberlo introducido en nuestra noche y estaba resentida contra mi madre por no haber reaccionado con energía. Todos dormían. Mi tía roncaba. La noche estaba tranquila, demasiado tranquila. Ni un solo ruido. Hasta las bestias callaban. Yo iba sintiendo en mí un miedo que crecía, me rodeaba, me envolvía, me aplastaba con su peso. Sentía que algo iba a ocurrir. No ocurrió nada. Por la mañana tenía los ojos rojos e hinchados. Caminaba tambaleándome. El desconocido se había marchado al salir el sol. Dejó sobre el camastro un talismán atado a un cordel. No sabíamos cómo interpretar esa señal. Según mi tía, él volvería.

Mi abuela dijo: "La próxima vez, dormiré en otro lado". Mi madre, por miedo a provocar los sarcasmos de "Cara estropeada", no dijo nada. Yo, medio dormida, dije:

—Ha pasado un hombre. Un hombre cubierto por un velo. Es un desconocido. Debe de ser portador de un secreto. Hay que desconfiar de la gente silenciosa. Propongo que tiremos el talismán al arroyo. Si se queda en la superficie del agua es que es benigno; si se hunde es que está cargado de desgracias.

Mi tía, por una vez, me hizo caso.

Se apoderó del talismán y se fue. Yo la seguí. Al llegar al manatíal se escondió detrás de unos matorrales.

Yo me subí a un árbol. Ella no me vio; esperaba. Yo también. El hombre, que apareció de pronto, no iba cubierto por un velo. Le dio una bofetada muy fuerte a "Cara estropeada", que se echó a sus pies y los besó. Él seguía golpeándola, insultándola:

—No eres digna ni de ser una víbora; no eres nada. El niño sigue ahí, sano, y me sonreía como si se burlase de mí. Así que, ¿qué vas a hacer? Ella estaba de rodillas, con la cara pegada a los muslos del hombre. Hacía movimientos extraños alrededor del bajo vientre. Eran besos y caricias. El hombre no decía nada. La dejaba hacer. El matorral era tupido y yo no llegaba a verlo todo. El hombre lanzó un grito de alivio y se fue, dejando a "Cara estropeada" tirada en el suelo, con el cuerpo sacudido por convulsiones.

Sentí placer al sorprenderla, tirada en el suelo, abandonada sin ningún

poder, desgredada, con los ojos húmedos. Estaba avergonzada. Al verme se dio la vuelta y se incorporó con esfuerzo.

Me insultó:

—¿Qué haces ahí, escorpión negro?

—Nada. Vine para buscar el talismán y tirarlo al agua.

—¿Qué has visto?

—Nada. No he visto nada. Te he seguido; me he perdido; eso es todo.

—Lo has visto, ¿verdad?

—¿A quien?

—A mi hermano, mi príncipe, mi hombre, mi esperanza.

—No, no he visto a nadie.

—Mi padre, mientras vivió, me prohibió ver a Jalil. Es un sabio, un gran conocedor de las plantas. Cura a los enfermos. Da esperanza a los desahuciados. Por eso yo lo veía a escondidas. A él no le gusta verme. Vive en el sur en un morabito. La gente acude a consultarlo de todo el país. Tiene un don. Ya verás, será un santo.

¿Por qué me contaba todo aquello?

Ella sabía que yo los había visto.

Me dio el talismán y buscamos un arroyo. Allí tiré el talismán. Se mantuvo unos minutos en la superficie, soltando un color negro, mezclado a unos trazos rojos y se hundió en el fondo del agua.

—Esto es una mala señal —dije.

Ella asintió con la cabeza:

—Tienes razón. Mala, seguro, pero ¿para quién?

—Para aquel o aquella a quien esté destinado.

—Y, según tú, esa negrura que soltaba, ¿no será la de tu alma? ¿No sientes que estás perdiendo un poco de tu aliento? ¿No te estás vaciando? Respóndeme.

Me estaba provocando. Yo decidí ser tan fuerte como ella y adopté su mismo tono:

—Y ese hilillo rojo que rasga la negrura, ¿no será un poco de tu sangre? ¿No crees que estás perdiendo en estos momentos tu sangre? Mírate bien las manos, las piernas, la nariz.

Mírate en el agua. Verás lo pálida que estás. El agua se mueve. Y tu cara se estropea, y estropea esta agua pura. Si te quedas mucho tiempo inclinada contemplándote, el agua se va a ensuciar con tu imagen. ¿Para qué hablar de tu alma? Habita y envuelve tu cara, en donde nada está en su sitio.

Ella se sentía ultrajada, estupefacta. Y yo lo estaba más todavía.

Yo sólo era una chiquilla, pero sentía que una voz hablaba dentro de mi cuerpo. Esa voz venía de lejos. Era la de un anciano, un sabio, un personaje que había vivido hacía mucho tiempo y que, desde el fondo de su tumba, seguía hablando. Yo captaba su palabra y la transmitía sin saberlo; yo me estaba enfrentando a esa mujer temible. Era la única en mi familia que podía hacerlo. Era un don que se encarnaba en mí de vez en cuando; todo cambiaba en mí. “Cara estropeada” se descomponía bajo mi mirada. En el fondo de ella, a pesar de su rabia y de su ira, tenía cierta consideración hacia mí. Yo era una adversaria a su misma altura. Esa noche temblé de miedo al pensar en todo lo que le había dicho. Por supuesto que no pensaba explicarle que era sólo una mensajera, una voz dentro de otra voz, un siglo comprimido en diez añitos. Me recorrían escalofríos por el cuerpo y buscaba una pradera para dormir y soñar. Sobrevolaba un campo de amapolas y otro de girasoles abiertos, luego, un campo de trigo verde; me posaba como un gorrión sobre las ramas de un árbol cargado de fruta. Se alejaba el miedo; se colocaba en la línea del horizonte justo para darle tiempo a cantar al árbol y a las plantas. Esos paisajes no me traían el sueño, al contrario, me sobreexcitaban y

sentía vértigo. Abría luego los ojos en esa noche negra, donde no brillaba ninguna estrella. Las tinieblas me devolvían la negrura del talismán tirado al agua. La noche era cómplice de "Cara estropeada". Me maltrataba, me daba tirones, me empujaba hacia la oscuridad hasta penetrar en una pesadilla, pues mi pradera perdía sus colores, sus flores, su color verde; se convertía en una ilusión, una roca gris con algas muertas y moho. Al poner los pies sobre lo que creía era una alfombra de amapolas, resbalé, arrastrada por un soplo violento, perdí el equilibrio y me encontré en el punto de partida; empujada por una mano metálica y reiniciaba la maniobra al infinito.

A causa quizá de esas imágenes que poblaban mis noches en la aldea, me convertí en alérgica al sueño durante algún tiempo. En cuanto cerraba los ojos, todo ese mundo lúgubre se ponía en marcha para hacerme revivir los espantos que mi tía dirigía desde el fondo de su camastro, rodeada de escorpiones caídos en cuencos de agua, y de serpientes que ella amaestraba, amontonadas, por el momento, en un viejo acuario adquirido en el mercadillo de la ciudad, justo después del terremoto; lo que explicaría los vidrios quebrados y pegados con una especie de engrudo gris. Eso es el miedo: la presencia de una cosa tentacular, no visible y que golpea a ciegas sin motivo ni descanso. Esa cosa me mantenía despierta, a la vez que me prometía un sueño profundo. Ella me arrojaba, luego me rescataba hasta atontarme y confundir el día con la noche. La cosa, que yo llamaba perro de mar, lobo estepario, zorro de los terrenos yermos, corría por las tinieblas, seguida por un soplo frío que me provocaba temblores.

No volvimos a ver al hombre cubierto por el velo. Un mes más tarde moría Driss.

12

Tenía quince años y muchos recelos al volver al pueblo. Nos esperaban la abuela, los primos y los vecinos. Algunos se creían obligados a decir una frase o dos, impregnadas de fatalismo y de perdón, por lo de mi tía desaparecida para unos, muerta ahogada en un pozo, para otros, rescatada por Satán que la había enviado a este pueblo para sembrar el desorden y hacer el mal. Mi padre no decía nada, saludaba a la gente y bebía té mirando el horizonte, una tapia baja que rodeaba el cementerio. Mi madre lloraba en los brazos de las mujeres. Yo miraba todo como una forastera. No soltaba ni una lágrima; observaba a los muchachos, intentando encontrar alguna mirada que me hiciese soñar. Aquel día descubrí la indiferencia. Yo no estaba allí y a mí no llegaba ninguna voz. Estaba en el aire o quizá sentada sobre una alfombra que planeaba sobre las cabezas tan huecas y yermas como el valle.

Pero esas mentes no tenían ni siquiera recuerdos, lujo al alcance de cualquiera en aquellas noches de invierno.

Supe que la indiferencia era una variedad del entendimiento para dominar lo invisible; una lucecita interior que me mantenía alejada de los cotilleos y de los gestos inútiles, dictados más por hipocresía que por un deseo real de decir algo auténtico y sincero.

Veía a mis padres caer en la trampa de esos encuentros, en los que cada cual se situaba de modo que fuesen vistos mejor por los que venían del extranjero, los que se habían ido a hacer fortuna y volvían cargados de maletas, de paquetes y de objetos de todas clases.

Me daban lástima; luego la lástima se desvanecía y se reducía a nada; ni siquiera el deseo de decirles mi rebeldía, de hacerles partícipes de mi asco y de mi extrañamiento. Cuando la gente se dirigía a mí simulaba que no comprendía y me enfrentaba a ellos con mi mutismo y, a veces, una sonrisa propia del que se burla de todo y cuyo corazón está lejos del polvo gris, lejos de aquellas caras tristes y vacías. Si insistían les decía cualquier cosa en francés; me sentía lejos y los quería situar aún más lejos de mí.

La primera noche me negué a dormir en aquella yacija dura, apestando a orina, a sudor y a clavo. Salí afuera, envuelta en una manta traída de Francia y dormí a cielo abierto como si acampase con los compañeros, cuando íbamos a clase de esquí.

Todo habría de quedarse suspendido entre ellos y yo. Ellos estaban siempre en el mismo lugar, sentados sobre una piedra o un taburete, mirando el horizonte de las colinas azules, rezando sus oraciones, a horas precisas, tragando el tiempo a pequeñas bocanadas, con sabor neutro, ni azucarado ni amargo. Pero el tiempo también los abatía, enterrándolos cada día un poco más en esa tierra que se desmoronaba y descendía hacia abismos insospechados. Y allí estaban, fieles al día, fieles a la espera. Pero, ¿qué esperaban de esas montañas de piedras donde ya nada tenía vida?

Aquellas rocas de la espera y del olvido debían de fascinarlos, seguramente. De ellas brotarán otras vidas, otros destinos armados con piedras, matas de hierba seca, rabia y locura.

Las montañas los vigilaban; los veían día y noche, sin impaciencia, sin perder ni un ápice de su muda violencia.

Ellas también esperaban.

Los últimos pájaros hambrientos abandonaron aquellas cimas, llevándose en sus patas un trocito de roca blanca, desamparada por la vida. Se iban a otro lugar donde los hombres no esperan sentados sobre los sacos de

cebada, escrutando el cielo; donde las mujeres trabajan, cantan y ríen. Aquí, el menor ruido era portador de vida: un crujido de hoja, el ruido de un cencerro, el maullido de un gato rabioso que se confundía con el de un recién nacido, el trueno, el crepitar de las brasas, el resplandor del fuego...

Nada había cambiado y, sin embargo, todo me pareció muy viejo y muy nuevo.

Mis ojos ya no eran los mismos, habían visto otras cosas, otras imágenes se habían estampado en ellos, otros rostros se habían infiltrado. Llevaba en mí tantas cosas nuevas que mi mirada no podía ser más que despiadada. Esta vuelta a casa fue una prueba dolorosa. Conocí el hastío y el aislamiento. Yo me había parapetado tras un mundo al que nadie tenía acceso y yo también me puse a esperar. Esperar el final de las vacaciones para retomar la carretera y marcharme sin darme la vuelta ni regresar jamás.

Ella tenía unos ojos negros en forma de almendra, una piel tersa y mate, vivía aislada desde el día en que, tras unas fiebres muy altas, se quedó muda. Ya no podía hablar. Los ojos eran los únicos que la mantenían viva. Miraba el mundo y no le gustaba.

Teníamos aproximadamente la misma edad, pero no nos conocíamos mucho. Al llegar, yo la había percibido; estaba en un rincón, sola, envuelta en sus ensueños. Me dirigió una mirada cómplice. No le presté atención. No tuve la paciencia suficiente para leer en sus ojos lo que quería decirme. Y, sin embargo, pensé en ella; no la incluía en mi indignación contra los que se quedaban sentados contemplando el horizonte. No me sorprendió que viniera a sentarse a mi lado y deslizase sus piernas bajo mi manta. Me miró; yo le sonreí; ella se rió. Se apretó contra mí como si buscara mi protección. Sentí su cuerpo frágil temblar de frío. Nos quedamos un rato apretadas la una contra la otra como dos hermanas, dos huérfanas desamparadas. Yo no dije nada. Vi que se le cerraban los ojos. Dormía. Una inmensa tristeza cubría su rostro. La sostuve en mis brazos como a una niña perdida, pero confiada. Al rato, se despertó. Ya no estaba tan triste.

Me miró detenidamente durante un momento: el rostro se le volvía colorado y crispado por el esfuerzo. Quería hablarme e intentaba soltar una palabra. Después de unos minutos, brotó la primera frase:

—No soy muda. Me llamo Safia.

Lo repitió varias veces y se puso a llorar.

Yo la consolé:

—Es maravilloso; estás curada; has recuperado el habla...

—¡Qué va! ¡Nunca la perdí!

Tartamudeaba, confundía las palabras, se ponía nerviosa:

—¿Yo, enferma? Sí, enferma, sí.

Lo de la fiebre es verdad. Pero después de la fiebre decidí no hablar más.

—¿Y por qué?

—No tenía nada que decir. Me hablaba a mí misma en el campo, a solas, creo, para no olvidar las palabras. Tú eres la primera persona con quien he deseado hablar.

Me tomó la mano y admiró el reloj que llevaba en la muñeca.

—¡Qué bonito! Aquí nadie tiene un reloj como el tuyo. No hay necesidad. Háblame, cuéntame de Francia...

Desde que os fuisteis, todos los días pienso en vosotros. ¡Qué suerte! Has aprendido a leer y a escribir. Sabes muchas cosas.

Le conté nuestro viaje, la llegada y nuestra estancia allí. Ella me escuchaba, maravillada. Le conté también el racismo y la muerte de

Djelali. Ella no entendía. Luego, tras un momento de silencio, se apretó contra mí y me dijo:

—¿Me lleváis con vosotros? Sueño con marcharme de aquí, separarme de toda esta gente.

—¿Esta gente o este país?

—Sólo la gente.

—Sabes que no es posible. Necesitas un pasaporte, una autorización de tus padres...

—No. Me voy con vosotros, pero escondida.

—Es imposible.

En cuanto percibió que alguien se acercaba de lejos, se calló. El dejar de hablar es lo mejor que había encontrado para escapar a la familia.

¡Y menuda familia! Hasta en la ciudad se sabía la reputación que tenían. ¡Como para convertir a una niña, no sólo en muda, sino también en sorda y loca! El padre era un campesino al que le habían correspondido, una tras otra, varias herencias. Tenía tres mujeres y veintisiete hijos (una decena de ellos muertos a muy corta edad).

Todos vivían en la misma granja. El padre había ido tres años seguidos a La Meca y distinguía mejor a sus vacas que a sus hijos. A pesar de cumplir con los preceptos, se había casado con dos mujeres que eran hermanas; el caos se complicaba, pues los hijos eran hermanos y primos a la vez.

La alquería era un patio inmenso —un patio de los milagros— rodeado de viviendas. Durante el día, la granja se convertía en un teatro donde lo único que faltaba era público. Había, sin embargo, una espectadora, la pequeña Safia, que asistía, muda e impotente, al desarrollo de aquel desorden violento y loco. Chiquillos sucios y mal vestidos arrancaban de un manotazo el bonete al primer visitante que aparecía y jugaban con él como si fuese una pelota. Las niñas, igualmente sucias, se lanzaban entre sí unos gatitos, como si fuesen muñecas, mientras la gata maullaba hasta ponerse rabiosa. Las mujeres se peleaban salvajemente por una cacerola o un cubo de agua hasta que llegaba el señor de la casa, que se sacaba el cinturón y se ponía a zurrar a diestro y siniestro. Unos adolescentes perseguían a sus hermanastras al granero y las obligaban a enseñarles los pechos.

Las madres pegaban a sus vástagos con furia. Cuando los niños no se peleaban, estaban cometiendo alguna trastada con una de las abuelas; en particular, una anciana que ya no veía y que empujaban a una zanja llena de barro; a veces corría la sangre. Nunca había paz en esa casa de todas las locuras.

Ése era el motivo por el que Safia había optado por el silencio absoluto, mientras esperaba la primera ocasión para escapar de ese infierno. Al padre se le iba la situación de las manos; los dejaba a su aire y sólo intervenía cuando le atañía algo directamente.

Mi tía tenía amistad con una de las esposas, a la que prodigaba consejos e incluso algunas hierbas para mitigar la vigilancia de las otras dos mujeres. Mi madre sabía todo aquello y nos prohibía que fuésemos a la “granja de la locura”, como ella la llamaba.

Afortunadamente, estaba del otro lado de la colina.

Safia, pegadita a mí, me suplicaba que la ayudase. No tenía con quien hablar, en quien confiar. La única que la quería era su abuela ciega, pero empezaba a perder la memoria y la confundía con otra. Ella le susurraba al oído que había perdido la voz, pero no para ella.

Durante mi estancia, Safia vivió en casa. Nadie se preocupó por su ausencia. El tiempo transcurría aún más lentamente que antes. Le regalé mi reloj a Safia. Lloró de alegría.

Me pasé toda la tarde enseñándole la hora. Al final del día me decía la

hora cada quince minutos. Por la noche fui a ver a mi abuela; estaba sola, comiendo. Tenía la memoria intacta todavía y muchas cosas que contarme.

—Después de que te fuiste, la vaca que nos daba leche en abundancia, ¿te acuerdas, verdad?, la que te reconocía y sólo dejaba que la ordeñases tú, esa vaca adelgazó y ya no ha dado más leche. En cuanto nos acercábamos nos daba patadas. Era tu amiga y tú eras su protectora. No pudo soportar tu abandono. Tuvimos que desprendernos de ella. ¡Ah, y otra cosa más!: lo de tu tía nos ha perjudicado mucho. Creo que, de hecho, tú eras su objetivo; ella no pensaba que aquella noche Driss cenaría. Dios la ha castigado, a ella en la tierra; y a nosotros, allá, nos hará justicia. “Has crecido y has cambiado, mi niña. Donde vayas serás la hija de tus padres y de esta aldea. Aprenderás idiomas y países, pero tu lugar de nacimiento, la tierra que te ha acogido, el techo que te amparó, la gente que te ha querido, las manos que te tomaron para darte de mamar, el viento que te dio frescor en verano, el árbol que te procuró sombra, todos ellos, nunca te olvidarán. Éste es tu país, éste es su semblante. No creas que por estudiar te desprenderás de él.

Tus raíces estarán siempre aquí, ellas te esperan, ellas ofrecerán su testimonio, en tu nombre, el día del juicio final.

“No confíes en las apariencias, en las imágenes y los reflejos del agua. Todo eso pasa. Sólo te quedará, en un rincón del corazón, la tierra en la que viste el día. De Dios somos y a Dios volveremos. Y además, Dios es también la tierra, estamos en esta tierra, en sus colinas, en sus montañas, y a ellas regresaremos. Ve, mi niña, vive y estudia, lee, aprende las cuentas y los mares, aprende el movimiento de las estrellas, ve a buscar el saber, aunque se encuentre del otro lado del continente, pero nunca olvides de dónde vienes y no hables nunca mal del lugar de tu nacimiento.

Quiérela y respétala como a tus padres. Por mucho que hagas, que vayas al fin del mundo, nunca llegarás a cambiar de sitio este lugar ni lo harás más hermoso, más clemente de lo que es. Como ya sabes, yo no sé leer ni escribir y tu madre tampoco. Eres la primera niña de la cábila que ha ido a una escuela, y no a cualquiera, sino a la de los cristianos. Pero ni tu madre ni yo estamos vacías. Sabemos otras cosas que no te enseñarán allí. Nuestras manos, por ejemplo, son más cultas que nuestras cabezas; nuestros pies conocen unos lugares que ningún libro describe; nuestra piel guarda la memoria de mucho sol y lluvia; nos bastan los sentidos para reconocer lo nuevo de lo antiguo.

Nuestra escuela es la naturaleza, lo que nuestros antepasados nos han transmitido durante su larga estancia aquí, en esta aldea encajada entre dos montañas. Y éste es mi último consejo: desconfía de las mujeres que quieran leerte las líneas de la mano.

¡Ven en calma, sin darte la vuelta!

¡Te doy mi bendición!

Yo mantenía los ojos bajos mientras la escuchaba. Le besé las manos y, sin decir nada, me quedé dormida en sus brazos. Por la noche volví a pensar en Safia, sin saber cómo darle ánimos para que permaneciese allí sin hundirse en la enfermedad y la muerte lenta.

Algunos días más tarde la busqué para decirle que me iba sin ella.

Había desaparecido. Nadie había notado su ausencia. Quince niños, entre hermanos y hermanastros, se pusieron a buscarla. Unos se dirigieron hacia la montaña, otros hacia el valle; yo me dejé guiar por la intuición.

Tenía el corazón encogido; sabía que esta fuga no era un simple paseo durante el cual ella se hubiera extraviado. Me dolía todo el cuerpo. Por la noche había soñado que ella viajaba feliz en un barco que avanzaba hacia tierra firme como una carreta y se reía con una risa irritante. Me

dirigí hacia el pozo y la llamé por su nombre. Solo recibí el eco de mi voz. Fui a ver del lado del cementerio. Allí estaba sentada sobre la tumba de Driss. Sin asombrarse al verme, miraba el horizonte y no decía nada. Me acerqué a ella, cogí su cara entre mis manos e intenté leer en sus ojos. Estaban vacíos como una casa abandonada. Tenía las manos frías. Le hablé; se quedó impasible. No sólo se había vuelto muda otra vez, sino que ya no oía. Le dije todo lo que me había dicho mi abuela la víspera. Su rostro no se movía. Nada llegaba a ella. La vida la abandonaba lentamente y ella esperaba el desenlace sobre la tumba de un niño que habría podido ser su amigo, comprenderla y llevarla lejos, muy lejos de este pueblo.

13

Un caballo tuerto, con alas de papel, da vueltas en un patio de un palacio de arena. Un niño, a veces, cabalga sobre él; otras, un gavilán gigante. De vez en cuando, el caballo se yergue para saludar a un príncipe anónimo que ha encontrado refugio en un caserón donde no pasa nada, donde unos soldados españoles esperan, desde hace ciento dos años, que alguien les explique por qué están encerrados entre esas murallas, izando la bandera cada mañana y montando la guardia, por turno, frente a la arena, frente al mar, frente a montañas yermas donde ningún hierbajo crece, donde sólo las piedras se amontonan hasta formar una roca que se disgregará en las próximas lluvias, siempre que sean diluvianas, ocasión única para que estos soldados se sientan útiles, saquen sus palas y despejen el caserón convertido, durante un día, en lugar donde el tiempo se detiene, donde los informes se redactan y envían, en diez copias, al estado mayor de Andalucía, que recuerda que tiene un batallón en la otra orilla del Mediterráneo, que vela por su presencia ilusoria. Pero ningún oficial había previsto que un día esos hombres fabricarían unas alas y las pegarían a un pobre caballo tuerto y medio loco. Los soldados, de tanto vigilar el mar, uno tras otro, están perdiendo la razón.

El extremo aburrimiento y la belleza se han unido en esta península ocupada por España. Badés está al nordeste de Marruecos. Mi aldea al sudoeste. Y, sin embargo, hoy los confundo en una misma imagen, un recuerdo remendado con hilos de colores diferentes, pero que ofrecen el mismo aspecto, el de sentirse inútiles, sin más ataderos que los que penetran en la tierra y se adentran en ella hasta extraviarse.

Yo era el caballo loco y el niño que cabalgaba sobre él; la isla y la muralla, el tedio y el vacío, la belleza de la tarde y la eternidad de las piedras. Yo daba vueltas como una loca en la aldea durante la última noche, víspera de nuestra partida. Ya no me quedaban certidumbres. Iba y venía; custodiaba la aldea, vigilaba los caminos, contaba los muertos del cementerio, marcaba los árboles, recorría las casas, una por una, interrogaba al cielo e intentaba localizar no tanto a mi estrella como a la del hombre que acudiría a salvarme.

Estaba prisionera de mi propio cuerpo en el que el deseo, ese extraño calor que estremece, nacía en mí, me turbaba y luego se iba. Me quedaba horas y horas esperándolo. Había que soñar, despegarse de este lugar estéril donde ni un solo hombre era capaz de calmar este calor en el vientre y en la cabeza. Soñaba y volvía a ver al extranjero que me había dado la flauta. Lo miraba con descaro, pasándole la mano por la barba, pero al verlo de cerca se le cambiaba la cara.

No era la de aquel joven, sino un rostro cualquiera de un vecino, de la edad de un abuelo.

Comprendí que ese calor no lo provocaba la presencia de un hombre, sino la naturaleza que se volvía cálida y aún más misteriosa por la noche. Era la noche la que provocaba en mí ese sentimiento confuso, esa emoción inacabada. La noche y el viento, el ruido de los árboles y el silencio de las colinas.

Ningún hombre vendría a tomarme en sus brazos y acariciarme la cara bajo el árbol en esa larga noche cálida.

Ninguna mano sabría calmar ese deseo de encontrar un ser para olvidar y dormirme en él, confiada y feliz en sus brazos.

La imagen del caballo tuerto me obsesionaba. Alguien le ha hincado la bandera española en la nuca y lo ha soltado en el patio. Se cae, se levanta y continúa su carrera. De nuevo se cae y no se levanta más. El

caballo está cansado y yo no sé qué hacer con la imagen del pobre animal tendido de costado, babeando, llorando por un solo ojo. Aparece la pequeña Safia.

No sé cómo ha conseguido correr el velo y penetrar en el interior del castillo de arena. Se acerca al caballo, le acaricia la frente. Con mano enérgica le arranca la flecha hincada en la nuca. Intenta ponerse en pie, sufre. Lo acaricia de nuevo y le murmura algo en la oreja. De golpe se yergue sobre las patas. Safia se sube a un montón de piedras y se monta en él. Da una vuelta, se detiene y desaparece en la bruma de la madrugada.

Me quedé aliviada. Safia había encontrado un compañero, un país y un sueño. El caballo ya no era un juguete de una cuadrilla de estúpidos, aislados en un caserón donde no ocurre nada.

Yo podía, pues, marcharme, dejar la aldea y pensar sólo en la casa donde nací, donde se ahondan mis raíces y un día darán una flor o una planta que curará la melancolía.

Volví a pensar en lo que me dijo mi abuela, pero no sabía cómo retener un puñado de tierra de este pueblo, guardarlo en mí, como refugio o como deber ante mi cábila. ¿Cómo hacen los demás para preferir su país a cualquier otro lugar? ¿Por qué mis padres siguen, aún hoy, anclados a esta tierra? Yo estaba como Safia, moría en deseos de irme a donde fuera. Ahora mis ilusiones han cambiado.

Regresaba a Francia; no tanto para aprender a vivir como para aprender a amar.

Mis padres tenían grandes esperanzas de verme cambiada después de este regreso al pueblo. Temían, con muda inquietud, el momento en que me llegasen las conmociones propias de la vida de un adolescente. Tantas muchachas de mi edad se habían perdido entre fugas y suicidios porque un buen día el padre había decidido que regresasen al pueblo para casarlas. La crónica de nuestra comunidad estaba llena de este tipo de violencia. Yo lo sabía, y también estaba convencida de que mis padres nunca me harían padecer semejante brutalidad.

Yo ya no intentaba provocarlos, sino que me abandonaba al azar del destino.

Me atraían las situaciones difíciles, pero no las buscaba.

A los quince años no se piensa en la vida; a uno le gusta soñar, construir monumentos con seda o muselina, y luego quemar todo para volver a empezar al día siguiente.

El rostro del amor habría de asomarse al mío y llevarme lejos de esta ciudad, que se parecía cada vez más a un gran almacén cerrado por quiebra, con los cristales rotos por donde se colaban los gatos para copular sin ser estorbados. Unos grandes almacenes abandonados o un solar plantado de bidones y cisternas; de ahí, con certeza, nunca procedería el amor. Ni siquiera pasaría por esos caminos de polvo, donde las luces se apagaban como en una prisión para dejar dormir a las cosas.

El amor habría de tener un rostro como el tiempo, la melancolía o el miedo. Yo vivía con ese rostro aún intacto. Alimentaba en mí una certidumbre: el día en que me enamorase sería con tal pasión que ese amor rondaría la muerte y sembraría desorden y locura. Yo estaba poseída por esa obsesión y no me sorprendía la intensidad de este designio.

El rostro virgen e inmaculado esperaba en el fondo de alguna de mis artimañas; sabría esperar. La idea de enamorarme un día me bastaba, me colmaba y me acompañaba por donde iba.

Eso ya era amor.

Entonces me sorprendía a mí misma, mientras me entretenía en adjudicar facciones a aquel rostro, preguntándome, mientras veía vivir a mis

padres:

¿habrían estado enamorados? ¿Lo seguirían estando? ¿Hubo alguna vez pasión entre ellos? ¿Se amaron a escondidas antes del matrimonio?

¿Comentan entre sí el cariño que se tienen?

Al plantearme estas preguntas me sentía ridícula, molesta por semejante impudor, por semejante curiosidad, improcedente en nosotros. Esas preguntas no se hacen, ni siquiera a uno mismo, en silencio. Esta relación es clarísima: un hombre y una mujer que proceden de la misma cábila, que hablan el mismo idioma, observan las mismas costumbres, se aman profundamente. El amor que sienten el uno por el otro es natural, tan claro como la luz del día que despierta al niño dormido; tan sencillo como el pan que mi madre amasaba en la aldea, tan suave como la brisa de la mañana que roza mis brazos desnudos, tan necesario, tan importante e impensado como la respiración. Este amor es único. No se habla. No se describe. Existe y queda fuera de las palabras. Vive envuelto en su eternidad, en su inmortalidad. Cualquier mirada que se detenga en él e intente hacerlo hablar será una intrusa, una mirada inoportuna, pues va cubierta de impudor y de vergüenza.

Mi padre y mi madre podrían haber sido primos, pero se conocieron porque eran del mismo aduar. Sus familias pertenecían al mismo clan. Allí la palabra "amor" no se propagaba. Estaba reservada para los que habían escogido el mal camino, ya fuese mujer u hombre. "Fulana ha caído con un hombre". Se trata de caída y de degradación. El amor no es un espectáculo. No hay que ir cogidos de la mano en público. El hombre saluda a su mujer estrechándole la mano. El beso en la frente o en la mejilla jamás se da ante el otro, ni siquiera ante los propios hijos. No recuerdo haber visto a mi padre darle un beso jamás en la cara a mi madre. Y, sin embargo, su amor es sólido; su fuerza reside en esa belleza interior, discreta y jamás nombrada; todo él está contenido en un gesto: los ojos bajos.

El amor que yo habría de conocer sería, por supuesto, diferente. Ni estable, ni eterno, sino fulminante.

Su rostro enseguida se dibujó, me invadió intensamente, ocupó mis días y mis noches, pero jamás lo vi. ¿Cómo había podido acomodarse en mí esa imagen, hasta el punto de convencerme de que, tras ella, había un cuerpo, un nombre, una hermosa historia? ¿Qué había hecho yo para que me alcanzase de esa manera el rayo de una luz violenta, guiándome por los caminos del amor? Buscaba a mi alrededor e intentaba localizar esa cara y sus facciones, a veces se me olvidaban. Ya no sabía si tenía los ojos azules o verdes, si su frente era ancha o estrecha, si en cada mejilla tenía un hoyuelo, o sólo en la barbilla. Si tenía el pelo rubio o castaño... Imagen cambiante, rostro turbador, pero la misma mirada, serena, apacible; y, en el fondo, a lo lejos, una llama viva.

Aquel hombre, aquel apuesto desconocido, no existía. Mis ilusiones, mi imaginación me ayudaban a abandonar las paredes de cemento del edificio donde vivíamos. Yo era, al fin y al cabo, una víctima complaciente, feliz con esos instantes abrasadores, y triste por tener que volver a mi cuartucho, donde nacían y se esfumaban las figuras de mis pasiones efímeras.

El juego me gustó hasta que descubrí que el rostro del amor es una máscara de cera, que, olvidada, por descuido, en una de las incursiones al pueblo, se derritió lamentablemente con el sol de mi tierra. Ese rostro desdichado no estaba hecho para vivir en mi país natal. Habría perdido, poco a poco, sus facciones hasta achatare y hacerse imperceptibles. Sólo los ojos, quizá, mantendrían su luz.

No tengo, pues, más remedio que renunciar a este juego y aprender de

nuevo a mirar a los seres vivos sin intentar saber si corresponden a la imagen que forjé en el fondo del corazón.

Tenía la mente agotada. Sentía mareos. Decidí, pues, dedicarme por entero a los estudios, tanto más cuanto que seguía estando en el ciclo especial, retrasada, con la sensación de no poder salir jamás de ahí.

Y así, mientras jugaba en la calle al piso me decía: "El amor es un pasatiempo, unos cristales incrustados en la palma de la mano, un alfiler de vidrio que recorre el cuerpo, una ventana abierta que da a los helechos, a un piano; un sol, un ojo en la frente, un mar reluciente, una noche zarandeada por un mar de estrellas, la desesperanza envuelta en viejo papel de diario..." El amor seguía interponiéndose entre los estudios y yo, entre mis padres y yo.

Constantemente tenía la sensación de que me encontraba con algo que había extraviado; que a mí me tocaba recoger los objetos de la última temporada, de regresar hacia un país situado detrás de todos los países, donde la desgracia se trueca por oro, donde hasta la muerte se negocia y donde, por último, el rostro del amor se colma, se afirma y se hace auténtico, hermoso y cruel, manantial de agua y de vida. Rostro de arena que una brizna de viento desfigura, que una pizca de agua reaviva; y mis noches se recogen, envueltas en esta soledad para abrazar este cuerpo hueco que me conduce a esa niña que fui, reflejada en un trozo de espejo quebrado, allí, donde cualquier imagen se estremece, sorprendida por la vida, y canto las palabras que me engendraron y que me han alimentado. Me cercan las palabras y merodean a mi alrededor como círculo trazado por la pluma de un poeta que, en el siglo pasado, en esta tierra se detuvo y dejó sobre la piedra la huella de sus labios y desapareció para siempre entre las páginas de un libro grande que poca gente ha leído.

Esta vez, un pájaro ha colocado una bomba en el diccionario; se han dispersado las hojas por los cuatro rincones de la isla; las sílabas tropiezan con las letras y vuelan; caen luego en el montoncillo de ascuas.

Todo desaparece en medio del humo; luego las cenizas vuelven a caer en mis manos que se han puesto a escribir, de manera frenética, para desembarazarse de ese hollín gris. Yo llevaba en la piel todo lo necesario para componer un diván de poemas, pero el desorden y el viento me han dado vértigo. Con todas esas sílabas, al pájaro le salen bien sus sarcasmos. Podría haber hecho con ellas una carta de amor, una larga misiva escrita en el siglo pasado, transmitida por el ave migratoria con el ala lastimada, pero también me podía permitir esperar y recibir esa larga carta de amor, inacabada, de un desconocido, un hombre de los horizontes, un hombre de los confines de mi sueño, el que me toma de la mano y me susurra en la boca:

Luz de luz sueño de mi sueño manantial de sílabas y agua silencio que despierta al día empuja la puerta en los goznes del árbol éste es nuestro hogar éste es el lugar donde caen las arrugas del cielo y tú haces la luz

14

“¡Kniza, Kniza, Kniza! Voy y vengo por la casa grande frente al mar, miro al cielo cargado de azul y repito ese nombre. Lo pronuncio de distintas maneras y espero ver surgir tu rostro de esa luz que invade las paredes, gira alrededor de nuestra historia, a ras de las arenas.

“¡Kniza! Así te llamaré, no tanto por evocar el tesoro escondido en la montaña por el tatarabuelo, como por ser parecido -ese nombre que dibujo o escucho en la oscuridad- a tu mirada, cuando no entiendes una palabra o un gesto y tus ojos guiñan dulcemente con esa ironía en busca de cómplice. Me gusta ese nombre como el pasador que recoge tus cabellos como una prenda de la infancia, en el día de tus veinte años, en el que intentas simular en tus facciones una gravedad que pretende ser desesperación. Allí, sentada en un viejo sillón, con las piernas recogidas, retenidas con tus brazos, iluminadas por un rayo de sol; te observo envuelta en la dulzura de las cosas y del lugar, sin acercarme demasiado por temor a distraer tus pensamientos, que tropiezan hasta convertirse en estampas de un sueño, apenas inventado, sin inclinarme para oír las voces del que te hace sonreír. Te observo para aprenderte, y renuncio, por el momento, a pintar ese cuerpo ovillado; intento sorprender el alma sosegada de ese cuerpo alborotado en un remolino de nutridos recuerdos recientes; que tú rocías, a salpicones y manos llenas de agua clara, a la orilla del arroyo donde las mujeres lavan sus vestidos mientras cantan, enconvardas sobre la piedra enjabonada; los zaragüelles mojados, pegados a los muslos, provocan deseos locos, insospechados, no en el hombre que las mira -ningún hombre pasa por ahí- sino en el que las imagina, al oír fragmentos de sus cantos, alegres y nostálgicos a la vez.

“Te observo hasta que tu rostro borroso se pierde; y yo me quedo solo en este día en que el descuido o el azar te han traído a mi estudio. Empujaste la puerta -siempre está abierta- y entraste de puntillas, mirando a derecha e izquierda en busca de algo indefinido, quizá de nada, quizá de todo, y luego te encontraste frente a mí, apenas sorprendida. Al verte, uno creería que, para ti, este lugar te era familiar y que en él hubieras sembrado algunos recuerdos y emplazado un encuentro, largo tiempo soñado, esperado con paciencia y jamás nombrado.

“Una luz tenue te acompaña; es señal de que es un día excepcional para ti, quizá sea solemne y emocionante. Y, ajena a ello, por tus ojos no dejan de pasar preguntas, con la presencia imperceptible del duende, el mismo que inspira, a menudo, obras importantes o hechos decisivos.

“Hace más de seis meses que ya no pinto o, para ser exactos, que no consigo pintar. Todas las mañanas me siento en la mesa como viene sucediendo desde hace veinte años e intento hacer un dibujo, algún boceto. Me quedo horas y horas contemplando la hoja en blanco, hasta ver aparecer imágenes temblorosas e inasibles. Intento detenerlas, fijarlas, no tanto para pintarlas como para saber su contorno y configuración, por curiosidad, y también con la esperanza de calmar mi angustia.

“Seis horas de insomnio, de garabatos y de espera. Hoy no puedo decirte que te esperaba. Me arrojarías a la cara un bote de pintura fresca o el vaso de agua sucia donde están en remojo los pinceles. Y, sin embargo, es verdad. Cuando llegaste, empujada por la luz de un sol templado, no me sorprendí. Tú no me crees y no podías adivinarlo.

“De niño observaba a veces las estrellas del cielo. Estaba convencido de que a cada ser le estaba predestinada una estrella. Yo localizaba la mía y la seguía durante la noche hasta el amanecer. Algunos años más tarde,

esta misma creencia me persigue; por eso, el duende y la luz que te rodean, los atribuyo a la estrella que llevas en ti.

“Ya has conseguido saberlo con el tiempo. No dices nada. Al hablarme bajas los ojos, como si escondieses un sentimiento. Intento captar y retener esa mirada el mayor tiempo posible...”

¡Eso se cree él, que va a captar algo de mí! Este hombre se cree que soy una cosita buenecilla que él puede acurrucar en sus brazos y quedarse con ella el tiempo que quiera. No sólo se equivoca, sino que es un mal pintor.

Esto me ocurre por mi culpa, tendría que haberme detenido en otro lugar. Creía que un artista sería el más adecuado para comprenderme. Pero los artistas son unos egoístas, no ven a los demás, o si los ven, siempre es en función de sus necesidades.

Lo borro de la lista. No por eso ha dejado de escribirme y de creer que yo para él soy una estrella de su cielo.

La fealdad y la tristeza de nuestra ciudad no podían inspirarme un destino y concederme una ambición. Yo ya no pensaba. ¿Para qué? Por el contrario, mi capacidad de soñar se hacía cada vez mayor.

Mi ciudad parecía una fábrica donde no hubiese colores. Sin cafés ni cines; había un quiosco de periódicos que hacía las funciones de estanco y de despacho de bebidas. Fui allí a buscar algún libro, el que fuese. La dueña me dijo que tenía que encargarlo y esperar a la próxima entrega.

—¿Qué libro quieres? —me preguntó.

—No sé, no es ninguno preciso.

¡Qué más da el título! Lo que quiero es un libro, un paquete de páginas con personajes alborotadores, intrigas, sentimientos y un poco de sol...

—Sigues sin decirme el título.

—‘La mirada del sordo’... Ése es el título... Es una historia maravillosa.

—Ya lo has leído.

—Casi...

La dueña anotó el título, me pidió que le entregase una señal y repitió, sorprendida e incrédula... “¡‘La mirada del sordo!’ ¿A quién se le habrá ocurrido?...” Me fui, contenta y divertida. Ese título me obsesionaba.

Se inscribía en las paredes grises, en los rostros herméticos, en las vallas publicitarias donde las marcas grotescas de desodorantes se esfumaban para dar paso al sordo y a su mirada.

Veía a unos personajes tropezando entre sí, hablando y gesticulando.

Por fin la ciudad iba a servir de escenario a una intriga llegada de lejos. Mis personajes no podrían abandonar el perímetro trazado por mí.

“¡Haber vivido como el que duerme!”

El verso del poeta se imponía ante ese muro ancho y alto que era la parte trasera de un edificio donde vivían unas doscientas familias.

Mi historia arrancaría de este lugar. Yo sería la única en saberla y contarla. Ese muro era mi horizonte, mi pradera y la piedra sobre la que irían a chocar mis imágenes. Hoy, aún, si el edificio no hubiera sido derribado, habría podido rascar la piedra y verlas pasar.

No hay nada en esta historia que sea tal como lo imaginamos; es obvio, puesto que el muro de enfrente de mi ventana sólo produce historias increíbles.

Victor es rechoncho. Cuando nos aprieta la mano nos la machaca. Dicen que es muy viejo, pero su piel no debería tener arrugas; parece que es una enfermedad. Está sentado en una silla plegable y espera. Lleva tiempo esperando. Mantiene los ojos abiertos con un sistema de hilos transparentes.

Los tiene muy rojos. No dice nada, fuma cigarrillos baratos y escupe, de

vez en cuando, en el suelo. Acuden moscas y cubren el escupitajo amarillento. Algunas moscas se mueren en el acto, otras se quedan chapoteando en esa espuma microbiana. Victor no deja colillas. Se fuma el pitillo hasta el último milímetro. Tiene el labio inferior quemado. Ya no es de color rojo, sino pálido, con manchas negras.

No sé de dónde viene. Un día, mientras estaba pensando en mi historia, llegó con su silla de tijera y se sentó allí, sin que nadie lo invitara. Se impuso; ni tan siquiera excusarse o decir algo. Desde entonces no puedo evitar toparme con él. Lo he llamado Victor por su estatura y su tristeza.

Pero hay otros personajes que tienen la suerte de no verlo. Él no solamente los ve y los conoce, sino que puede impedirles que huyan o se escapen de mi historia. Él pone en orden mis ideas. Y así, el otro día, impidió a Rebeca que se fugase, bloqueándole la salida. Ella dice llamarse Rebeca, pero su verdadero nombre es Rabea.

Es una chica insolente. Sólo tiene trece años, bebe cerveza, fuma cigarrillos americanos y se cita con los muchachos en un garaje abandonado.

Querría ser actriz, hacer de mujer fatal y morir en plena gloria, como Marilyn. Es capaz de realizar este sueño. Por el momento va tropezando, con impaciencia y rabia. Dice que no quiere saber nada, que ella no está para papelillos en un guión barato.

Para calmarla un poco le he prestado mi bici. Da vueltas con ella y así gasta energía. Lo que ella quiere es raptar a Rachid, un guapo muchacho de veinte años que dice llamarse Richard; y marcharse con él a América. Pero Victor no quiere. A mí me da igual. Esa niña me fastidia. No sé cómo sacármela de encima. Me la encontré en el barrio. Al principio ella me provocaba con su insolencia, rompía lo que hallaba a su paso.

Luego la olvidé en una esquina. Victor es el que se ocupa de ella.

Al otro extremo del muro, Yassin, que se hace llamar Yac, vive de sus sueños. Parece que va pegado a sí mismo y sigue, por donde va, a su sombra de la pared. Sus sueños no llegan muy lejos: ser rico, pasear en limusina con chófer, ser dueño de discotecas a las que él entraría por la puerta de servicio, para huir de las hermosas mujeres que acudieran a proponerle sus encantos a cambio de algún trabajillo en su local; salir sólo de noche, vestido de negro, dar órdenes con una simple mirada o, si acaso, con un chasquido de dedos. Haría unos viajes extraordinarios y se compraría una calle en Miami y le cambiaría el nombre: se llamaría Yac Street...

Siente odio por su raza, su cábila, su clan. "¡Que se mueran todos! - repite para sí, una y otra vez-. ¿Por qué habré nacido entre dos losas de cemento, a la sombra de un muro interminable que se alza como una montaña para impedirte vivir, hacerte millonario y poderoso? ¿Por qué ese moro que tengo como padre no habría elegido América? Vino a enterrarse en esta fosa común, donde nunca eres nadie, donde cada día te vas hundiendo más. A mí, en todo caso, no me agarran ésos. Me cago en sus escuelas, sus fábricas y sus perros. Tengo un plan.

Perfecto. De todas formas, conmigo se han equivocado. Yo no tengo por qué estar aquí. Que me devuelvan a mi sitio, donde no tengo por qué soñar y esperar". Lanza un chasquido de dedos en dirección a una silueta dibujada con carboncillo en la pared y espera que una mano se precipite a encenderle el cigarrillo.

Victor lo observa, sonríe, y vuelve a lanzar un escupitajo al suelo.

Moh no tienen ni sueños ni pensamientos. Ya hace tiempo que puso su vida y su destino en manos de Dios.

Se ha dejado crecer la barba, se ha comprado un pequeño tapiz y se pasa

el tiempo rezando. Es lo único que sabe hacer. Lamenta que en el día sólo haya cinco rezos. No solamente no se pierde ni uno, sino que los hace y repite a lo largo del día.

Le da miedo entrar en mi historia.

Teme que el lugar esté mancillado para sus rezos. Se obsesiona con las abluciones y la orientación de sus rezos hacia La Meca.

Curiosamente, a Victor le resulta simpático. Él cree que no molesta.

Incluso puede ser cómodo: un paquete, fácil de desplazar o devolver al remitente.

Precisamente el remitente ya no habla. No se sabe si ha perdido el uso de la palabra o si ha decidido callarse para siempre. Se ha sumido en el alcohol y el silencio. Nadie habla con él. A veces duerme en el pasillo cuando llega tarde a su casa, borracho. No protesta: da dos o tres golpes en la puerta, y luego se deja caer en el suelo y se queda dormido.

Por la mañana, alguna de sus hijas –a menudo Malika– lo arrastra hasta el cuarto y lo coloca en la cama. Por el camino se le cae el peluquín, de color sospechosamente gris. Se le cae con frecuencia. No ha conseguido acostumbrarse a llevarlo. En cuanto bebe de más se lo quita, como si fuese una boina. Fue una prostituta de París la que le convenció para que disimulase de ese modo su calvicie. La verdad es que no le favorecen esos mechoncillos de pelo desparramados. Parecería como si le hubieran quemado el cráneo.

Antes, la caída en desorden del cabello no le preocupaba demasiado; formaba parte del desgaste general. Trabajaba en una compañía de mudanzas. Le encantaba entrar en los pisos y ver qué aspecto tenía la intimidad de los demás. A menudo tenía que trasladar pianos. Este instrumento lo fascina.

Se dice a sí mismo continuamente que “los franceses son gente civilizada”; él, que tuvo una niñez y toda una vida sin música. No consigue imaginarse a un niño limpio y bien vestido, sentado en el taburete, aprendiendo a tocar el piano.

“Para eso –dice– no hay que haber pasado hambre..., para eso a uno lo tienen que haber sembrado hace más de un siglo, ¡por lo menos...!; pero nosotros no somos más que arbustos, que se trasplantan como si tal cosa...

¿Tú has visto alguna vez un arbusto que sepa tocar un instrumento? Saldrá ruido, alboroto, pero nunca música; vive al compás del viento que lo hace gritar, que lo inclina..., incluso puede desenraizarlo y empujarlo con una tempestad de tierra amarilla hacia un desierto frío. Si nuestros padres nos hubiesen enseñado a tocar el piano desde los seis años, os juro que ninguno de nosotros hubiera emigrado.

Es verdad; si estamos aquí, en estas condiciones, es por un piano que nunca entró en nuestras casas. Quizá yo nunca hubiese llegado a músico, pero, al menos, habría aprendido a oír música y a apreciarla; no se me habría caído el pelo en vano, ni habría malogrado mi vida y la de mis hijos.

“Malika llegará lejos, tan lejos como pueda, hasta que yo me haga diminuto, invisible o transparente para no entorpecerla. Malika podría haber sido artista, ella tiene sensibilidad.

Ella es quien me hace pensar en la música... Su cara, su mirada, sus silencios, su cariño hacia este miserable hombre perdido, este arbusto quebrado, roto por la mitad, que no sirve ya para nada, incapaz de mostrar la cara o esa calva, donde sólo ha podido germinar la tiña. ¡Hay que ver todo lo que me digo a mí mismo desde que decidí no hablar más! No bebo mucho; dos vasos de cerveza me bastan para emborracharme. No me emborracho, me retiro a un desorden donde encuentro paz. Si me caigo es por el cansancio, no por el alcohol. No hago nada y, sin embargo, estoy

cansado.

Hace más de un año que no trabajo.

Ellos creen que estoy loco. Yo sé que he perdido todo, menos la cabeza. Mi razón está en su sitio. Está apartada y observa lo que pasa. Ella es la que me ha desaconsejado que me arroje al vacío o me ahorque en la cocina. Con el paro, ya no tengo derecho a la prima de repatriación del cuerpo. Entonces, para qué cargar a mi familia con un cadáver que no hubiese soportado la tierra húmeda de este país. Hasta a los muertos les gusta el sol. Lo de la prima del seguro para los clientes se le ocurrió a aquel banco marroquí. Te hacen pagar un seguro en caso de defunción. ¡Al menos este cuerpecito mío no se lo comerán los bichos de los infieles! Mi mente, de pronto, ha vislumbrado una salida afortunada cuando ya me veía, y sigo viéndome, como un viejo calcetín con boquetes, tirado en un cajón. Por eso ya no me lavo. Estoy pensándome lo del banco que dice ser popular; sé que se ha hecho rico a costa nuestra. A la mía no tanto, pero sí a la de los demás, a costa de todos los que no saben leer ni escribir y que ponen todo en manos de un funcionario cascarrabias que los trata como ganado desde el mostrador...

Desde el día en que me convertí en un calcetín tirado en un cajón, he visto y comprendido todo lo que hay que ver y comprender. Ya no tengo nada que perder. Sin trabajo, sin responsabilidades, sin habla. A través de los boquetes del calcetín, escudriño el mundo. ¿Feúcho, eh? ¡Miserable y sucio! Mi mente no deja de repetirme que sea paciente, que espere en silencio el final de algo que no sé de dónde viene y a dónde va. Así que espero, dentro de mí, en esta vieja chatarra gastada y pisoteada por los demás.

Cuando voy hacia la placita, donde paso la mayor parte del día, cuando no llueve, me encuentro a menudo con una mujer ni guapa ni fea, de unos cincuenta años, vestida con un abrigo azul. Camina sin mirar ni a derecha ni a izquierda, con los ojos fijos en un punto lejano. Lleva comida a los gatos y a las palomas de la placita.

No habla con nadie. Tiene la espalda ligeramente encorvada por el peso de la soledad; la misma forma que mi espalda. Los animales son seguramente sus únicos amigos. Cuando termina de darles de comer, cierra el bolso y se va sin mirar a nadie. Entonces yo me pongo a hablar con los gatos y con las palomas. Les digo que ella se llama Violeta, que vive sola y trabaja en un almacén de venta de ropa usada. Yo sé que nunca la ha acariciado un hombre. Nunca conoció a aquel novio con el que se escribía. Era un anciano que acababa sus días en un asilo y, para combatir el aburrimiento, se dedicó a poner anuncios en la prensa. El anuncio, muy bien redactado, era tentador. Así fue como se procuró una docena de novias, hasta el día que las cartas quedaron sin respuesta, amontonadas en un apartado postal que nadie volvió a abrir jamás.

El anciano murió y con él murieron las pocas esperanzas de una vida dichosa. Las mujeres nunca se enteraron de la verdad. Algunas vivieron mucho tiempo soñando con ser raptadas, algún día, por un "hombre en la flor de la vida, culto, aficionado a la música clásica, los viajes y los placeres sencillos...". Ésa es la historia de Violeta. ¿Adivinará ella la mía? No hay que esforzarse mucho para ello. Mi historia se lee en mi cara, en mi espalda encorvada, en mis manos toscas..."

Victor me llama al orden: "Lo que estás contando es una historia, no una vida".

Vuelvo a colocar a cada uno en su sitio. El muro es lo bastante grande para acoger a todos. Ahora un pintor -llamémosle Mario- está tratando de colarse en esta historia. Es un hombre apuesto, algo sentimental para mi gusto. Tienen esa amabilidad propia de los débiles; es la peor de todas.

Están dispuestos a ceder cualquier cosa por complacer a los demás. Me exaspera. Pinta pájaros y mujeres sin cabeza. El día que me rozó con la mano el pecho por poco me desmayo. Yo estaba sentada en el sofá, soñando en algo. Hacía calor. Tenía la blusa entreabierta. Se podían percibir mis pequeños pezones. Se acercó a mí, de rodillas, y me miraba con ojos muy brillantes. Le temblaba la mano. Ese contacto me estremeció. Mario se asustó. Me pedía disculpas, como un niño. Lo rechacé de un puntapié. Se cayó encima de un bote de pintura. Salí del estudio tirando todo lo que encontraba al alcance de la mano. Me quedé mucho tiempo sin noticias del pintor. ¡Un día recibí una carta en la que me pedía permiso para escribirme! (los hombres buenos son así; se pasan el tiempo pidiéndote disculpas y consultando tu opinión...). Por curiosidad le contesté con una sola palabra, un "sí" pequeñito, en mitad de un folio. De aquello surgió una correspondencia extraña y desigual. Él me hablaba de su madre, y yo le contaba el jardín de mi nacimiento. Me negué a verlo otra vez; me gustaba que me enviase dibujos; aunque yo no los entendiese, todos aquellos colorines me hacían sentirme, de repente, dichosa. La historia acabaría de manera natural y violenta. Aquel juego, que a veces me divertía, tenía que acabar. Apenas lo lamenté. Estaba harta de aquel hombre para el que a veces era su hija y otras la mujer con la que le hubiese gustado casarse. Me fascinaba, pero me incomodaba su existencia, porque a menudo venía a enturbiar mis sueños; él se entrometía en las historias que yo bosquejaba.

Ya estaba decidido; mi padre se lo había pensado bien. Una noche nos reunió a todos y nos dijo:

—Mañana nos volvemos.

Esas tres palabras cayeron como tres gotas de agua en el cráneo afeitado de un hombre que estuvieran torturando. Se desparramaron por nuestros rostros crispados por el estupor.

—¿Adónde nos volvemos? —le pregunté.

—A nuestra tierra.

—Será tu tierra, no la nuestra.

—Cuando te dirijas a mí, baja los ojos.

Cuando mi padre me ordena que baje los ojos, no tengo más remedio que hacerlo, no me puedo negar. Ellos mismos se bajan solos. No sé cómo explicarlo. Sólo sé que es la expresión de un pacto entre ambos. El amor es ante todo el respeto que se expresa con esos gestos. No hay por qué darle más vueltas.

Cuando era niña decían que era descarada; miraba a la gente de frente, manteniendo la mirada hasta que ellos se cansaban y renunciaban a intimidarme con sus ojos redondos y malvados.

Sólo aceptaba bajar los ojos y agachar la cabeza frente a mi padre.

Ejercía en mí esa autoridad de forma natural, sin tener que recurrir a la amenaza o a la intimidad. Me desarmaba, y me volvía chiquitita, dispuesta a obedecerle. Él no abusaba de la situación; tenía confianza en mí y eso me halagaba.

Él me estaba, pues, recordando nuestro pacto. Demasiado tarde para corregir la torpeza cometida. Yo había herido a un hombre. Volver a nuestra tierra era la única respuesta que se le ocurría ante una situación que se había hecho intolerable.

Yo miraba a mi alrededor los objetos que debíamos llevarnos, no tanto porque fuesen útiles, sino porque resumían una vida, una vida en suspenso, entre dos viajes, una-vida-para-ir-saliendo-del-paso, como si

nosotros estuviésemos condenados a conocer de la vida sólo los momentos en los que se trabaja; para vivir después; pero cuando dejas de trabajar, ya estás gastado, cansado y ya no tienes gusto por nada; entonces hacemos como que vivimos, nos movemos de aquí para allá, cambiamos de lugar y de clima, hacemos un largo viaje en un coche viejo en donde se amontona todo lo plegable, todo lo recogible, empezamos por llenar las maletas, metemos en ellas camisas, pantalones, sábanas varias veces remendadas, toallas muy gastadas, mantas, adornillos de plástico o de porcelana, envolvemos los objetos preciosos entre trapos, acomodamos el reloj de pared, volvemos a colocar el televisor en el cartón donde se compró, que se ha guardado en el trastero para este momento; clasificamos las fotos en un cuaderno grande, contamos los cuchillos y tenedores, faltan algunos, extraviados entre las mondas de naranja de la basura, nos llevamos todos los vasos, incluso los que están cascados, metemos en un cajón los zapatos de invierno, las ollas y las cacerolas, deslizamos entre los objetos papel de periódico para que no suenen, los niños recogen los cuadernos y los libros, descuelgan de la pared las fotos de sus ídolos, a menudo cantantes o futbolistas, nunca sabios o poetas; se pliegan las fotos y, cuidadosamente, se guardan dentro de una revista de rock; lo que ocupa menos sitio son las sillas, son plegables, los emigrantes sólo compran sillas plegables y muebles que se puedan desmontar, es normal, está previsto para varias mudanzas, varios viajes, cuando compramos un coche escogemos un modelo 'break' o una camioneta, comprobamos la carga máxima, es muy importante la carga máxima; la nuestra es de 4.261 kg, es un número que terminé aprendiendo de memoria, cada año pesamos los bártulos y contamos 20 kg por cada niño, una media de 60 kg para los mayores, nos equivocamos un poco, pero nunca sobrepasamos la carga máxima, aunque este año nos pasaremos seguramente, tendremos cuidado en la carretera, ojalá que no haya viento ni control de la gendarmería, todas las facturas para la aduana están en un sobre amarillo, seguimos recogiendo bártulos, oye, esta cama habría que dejarla, se la podríamos dar a los vecinos pero no la querrán, es vergonzoso regalar trastos, y el armario que compramos en el mercadillo está viejo y demasiado pesado, podríamos depositarlo en el trastero y encargarle a algún amigo que lo venda, es difícil vender eso, un armario antiguo con la pata coja y con la madera carcomida por los bichos, no, más vale olvidarnos, lo mejor es dejarlo en la acera, ya dará con su dueño, siempre nos ha sorprendido lo que tiran los franceses a la calle, nosotros no tiramos nada, cuestión de principios, incluso la cocina entra en la expedición, es de buena marca, todavía funciona, la nevera también, son los dos objetos que se instalan primero en la camioneta, lo demás se va disponiendo en función de éstos, hay que dejar a mano la bombona de "camping" para calentar la comida en la carretera, con esta carga ni pensar en pararnos en un hotel, no podemos pagarnos el lujo de una noche de hotel para todos, y, además, ¿quién se iba a quedar cuidando de la camioneta con una vida entera amontonada, plegada, guardada, envuelta allí? Estaría bueno, haremos el viaje de un tirón, ya estamos acostumbrados. Los niños se quedarán dormidos de cansancio, la madre mantendrá los ojos bien abiertos; el piso se ha quedado vacío, con el suelo cubierto de periódicos viejos y de cristales rotos, trozos de platos cascados, bombillas fundidas. Un rollo de papel higiénico anda rodando por ahí, nos hemos olvidado de descolgar de la pared el calendario del parque de bomberos del año pasado, en la cocina los aparatos han dejado marcas en la pared, parecen cuadros pintados por un polvo grasiento, cuando se pasa el dedo por encima parece pegamento sucio, nos hemos llevado todo, hasta los bornes del teléfono; el armario, vacío y viejo se yergue en medio del cuarto, con la luna apagada; un gato, que se coló por la ventana, va de

un lado a otro, está despistado, probablemente, entristecido por esta marcha súbita, se encarama a lo alto del armario y se queda dormido, el gato cuidará del armario, va a esperar que volvamos, confía en nosotros, sabe que es una falsa despedida, de todos modos no hemos entregado las llaves, no hemos dado de baja el contrato, el trastero está lleno de cacharros, volveremos, quizá, para llevárnoslos y solucionar las cosas pendientes, cerramos la puerta con llave, las persianas están echadas, hemos cerrado el gas, la llave de paso, los vecinos nos desean "buenas vacaciones y hasta la vuelta, como de costumbre, os mandaremos el correo, no olvidéis traernos unas babuchas y un taxin, quizá podríais traer también una alfombrilla del Alto Atlas, son estupendas y baratas, si queréis os adelantamos el dinero, no, no hace falta, adiós y hasta pronto...".

Llueve, como de costumbre. Dirijo una mirada conmovida a la parte trasera de nuestro edificio. Con la lluvia, el muro se ha vuelto casi negro. Distingo a Víctor, que se levanta, pliega la silla, escupe por última vez y desaparece en la niebla. Vuelvo a pensar en mi historia inacabada. Pronuncio varias veces "la mirada del sordo". Surgen entonces mis personajes, uno a uno, vestidos con disfraces de teatro. Se agrupan en una esquina del escenario y esperan. Yac, cubierto con una bandera americana, está sentado, con la mano alzada, haciendo la "V" de la victoria; Rebeca va y viene mientras repite: "¡Me aburro, qué aburrimiento de mierda! ¡Qué penitencia, qué penitencia! ¡Qué lejos está la salida!" Richard está al borde de la carretera. Parecería que hace auto-stop. Moh, en esos momentos está rezando orientándose al revés. En cuanto a su padre, sigue viviendo en un país interior, más bien dichoso, oyendo latir su propio corazón.

Mi padre lleva conduciendo día y noche. Al alba del tercer día, se vislumbró el pueblo, envuelto en bruma. Nuestra tierra es una ficción. El pueblo no se ha movido; eterno bajo un sol de plomo. Los mismos ancianos sentados en los mismos bancos de piedra; escudriñan el horizonte, repitiendo machaconamente las mismas palabras:

—Así son los tiempos...

—Sí, así es la época...

—Sólo el sol...

—Pero gracias a Dios, la lluvia...

—Gracias a nuestras oraciones...

—Cae encima de las piedras...

—Cae encima de nuestras manos, nuestras cabezas...

—E incluso nos hace agujeros en la cabeza. Mira cómo tengo el cráneo, ¿ves esas grietecillas?, son de la lluvia, la lluvia de Al-lah, es milagrosa, nos recuerda la justicia del cielo.

—Pues yo no veo que las piedras tengan agujeros.

—Pues porque nuestras cabezas son menos duras que la piedra.

—No, hombre, es porque en este país hay unos que sólo tienen piedras en la cabeza.

—Como nosotros.

—Nosotros y muchos más.

—A ver, enseñame las manos... Las tienes como las mías, de tanto mover piedras se han vuelto pesadas y toscas.

—Ya no se atreve uno ni a estrechar la mano de los que vienen de la ciudad...

—Y aquí estamos...

—Siempre estaremos aquí...

—Inmutables...

—Hasta que llegue el gran día...

—En que nuestro cuerpo, convertido en algo tan hueco como el tronco de un viejo árbol enfermo, se hunda en la tierra y se convierta en piedra entre las piedras.

—Ese día ya no veremos el horizonte.

—Y nuestros recuerdos se irán con el humo de la mañana.

—Subirán al cielo.

—¿De verdad?

—¡Claro! Ya no queda nadie aquí para recogerlos, guardarlos y contárselos a alguien.

—Llevas razón... Ya no queda nadie..., en este pueblo ya sólo quedan arbustos, piedras y ancianos.

—Aún queda el cielo y el horizonte.

—¿Les podríamos mandar un poco de nuestros recuerdos?

—Por supuesto, podríamos intentarlo...

—¿Cuál de los recuerdos podríamos escoger?

—Cualquiera, pero que cada cual envíe un recuerdo al cielo.

—Yo esperaré una nube para confiárselo.

—Ya sabes que si todo va bien, cuando estemos con Dios, nos encontraremos con nuestro recuerdo y se nos propondrá revivirlo. Así que hay que elegirlo bien.

—En realidad, el cielo no da nada.

Recibe lo que nosotros le mandamos.

Su dádiva consiste en permitirnos recuperar nuestro bien.

—Suponiendo que así sea, ¿tú cuál has elegido?

—Yo propongo confiarte el mío y tú lo mandas y luego tú me cuentas el tuyo y yo me encargo de enviarlo.

—Sobre todo, no se te ocurra decirme “como una carta por correo”, porque entonces no llegará nunca.

—El mío es un recuerdo muy querido y muy antiguo. Está envuelto en colores, música y ternura. No me atrevo a contarle por miedo a que se me pierda.

—No seas desconfiado. Yo te escucho con mucha atención. Ya no miro al horizonte. ¡Vamos, compadre, no tengas reparo!

—Pero es que es el recuerdo de un pecado. ¿Crees que el cielo me permitirá revivirlo?

—Lo que es pecado en la tierra, ya no lo es en el cielo. Aquí somos esclavos de Dios. Allá seremos hombres libres. No hay lugar allí para el Mal. De todas formas, no tenemos nada que perder. ¡Venga!

—Era un día de lluvia, espléndido.

Yo trabajaba de aparcero allá, del otro lado del horizonte, en el pequeño valle, verde y fértil. Trabajaba con unos cristianos. Buena gente. Yo era joven y vigoroso. Tendría quince o dieciséis años. Sería mi cuarto ramadán; así que era un hombre. Casi todas las noches soñaba con mujeres. Por la mañana tenía el pantalón manchado. Me lavaba en el arroyo. Me gustaba mucho dormir, por todas aquellas mujeres que me daban placer. Eran mujeres sin rostro; o para ser exacto, con rostros que ovidaba. Parecía como si alguien me las entregase y luego las hiciese desaparecer en cuanto amanecía. Madame Gloria era joven. Era una cristiana, alta —no como las mujeres de nuestra tierra, que son bajitas—, con un pelo rubio como el trigo maduro. Tenía unos senos firmes. Su marido era igual de joven que ella. Era un hombre apuesto, muy autoritario, no mala gente, pero daba órdenes y nunca sonreía. Yo no me atrevía a mirar a Madame Gloria. Ella también me daba órdenes, pero sonreía. Un día me ofreció un vaso de vino. Le dije que mi religión me lo prohibía. Ella se rió y me

puso la mano sobre el hombro. Yo lo tenía al descubierto. El contacto de su mano en mi hombro me causó alegría y emoción. La llamó el marido. Se marchó deslizándose la mano sobre mi piel. Entonces perdí la cabeza. Se me inundó el pantalón con un líquido caliente. Ya sabes, nosotros tenemos la sangre caliente. No siempre podemos controlarnos. ¡Ella se alejó, dejándome en un estado en el que todo mi cuerpo temblaba! A partir de ese día, cuando me quedaba dormido, las mujeres dejaron de venir a jugar conmigo. Madame Gloria era la única que llenaba mis sueños. Me acostaba sin pantalón, sólo me ponía la almalafa.

“Aquella noche llovía. Me costó quedarme dormido. Temía que la lluvia impidiese a Madame Gloria entrar en mi sueño. Todos mis sueños se desarrollaban en el granero, sobre el establo. Aquella noche el sueño empezó en la cabaña, en mi jergón. Era curioso. Yo no conseguía distinguir el rostro de la mujer que se acercaba a mí. No sé cómo ocurrió todo, pero al abrir los ojos –porque tenía sensaciones reales– allí estaba Madame Gloria, de carne y hueso, sentada a horcajadas, con mi “Salem” empujado, hundido en ella. Ella me dominaba, con las manos retenía mis hombros, y se movía con un arte y una técnica que sólo poseen las cristianas.

Gemía. Su cabello rozaba mi cara; y sus labios y su lengua, mi boca. No sé cuántas veces eché ese líquido caliente en su sexo; y cada vez, ella gemía. Yo tenía miedo de que el marido nos sorprendiese. Le ponía la mano en la boca. Me la quitaba y me decía:

“¡Ven, ven, amor mío!”, y gritaba como si acabase de conseguir una victoria. Después del gemido dejó de abrazarme y se quedó dormida encima de mí como una masa pesada. Yo tenía las manos sobre sus nalgas. Todavía tenía deseos de echarle líquido caliente.

Me atraían mucho sus nalgas. Con cuidado me fui escurriendo de su abrazo y cabalgué sobre ella con todas mis fuerzas. Ella se despertó, pero yo la mantenía debajo de mí. Le eché líquido en gran cantidad, luego me dejé caer a su lado sin fuerzas ni miedo.

Me quedé dormido. Al despertar, ella ya no estaba ahí. Hoy aún me pregunto, a veces, si sólo fue un sueño más, sólo que con más vigor que los otros, o si ocurrió de verdad. Nunca más volvió a visitarme de noche. Yo dejaba la puerta abierta, pero sólo entraban en mi chabola mosquitos y gatos.

Cuando me encontraba con ella en la granja, yo bajaba los ojos, pero ella seguía dándome órdenes, sonriente.

“Para qué decirte que nunca viví una noche tan hermosa, ni conocí a una mujer tan experta y dulce. Espero que Madame Gloria envíe, ella también, el mismo recuerdo al cielo, y que nos encontremos allí, igual de jóvenes y guapos. ¿Dónde estará ahora? ¿En su país, donde nieva? Quizá ya se fue de este mundo, nos ha adelantado y me espera en un rinconcito de cielo, en mi vieja cabaña...

—Ese recuerdo no es un pecado; es un don de la naturaleza, un regalo de la juventud, un lecho mullido para nuestros viejos días. Ya no tendrás que contemplar el horizonte y las piedras. Y aunque lo hicieses, sería para escapar mejor a la época y a sus miserias. Lo malo es que no sé si allá arriba te permitirán rehacer esa proeza. Es atrevido. Tomar, así por las buenas, a la mujer de otro. Está prohibido. Pero como es una cristiana, ya te encontrarán circunstancias atenuantes, como dicen. Deberías haber intentado, al menos, convertirla al Islam; seguro que habrías salido ganando en todos los sentidos. Habrías obrado por una buena causa.

Pero no la volviste a ver. Tu “Salem” se contentó con labrar sin pensar en el porvenir. Aunque, bien visto, no fue culpa tuya. Ella fue la que se metió en tu casa y tomó la iniciativa de confeccionar ese maravilloso

recuerdo.

“Dicho esto, como prometido, lo haré llegar al cielo, si por desgracia tú eres el que se va primero.

“Ahora, te voy a confiar mi secreto. Al igual que el tuyo es un secreto que se remonta a mi primera juventud. Mi memoria lo ha guardado intacto y cada vez que me acuerdo de aquel día, todo me vuelve a la mente: los colores del cielo y de la pradera, los aromas de la tierra y de las flores, el gusto de la fruta mordida, el calor seco y benigno; aparecen ante mí con una precisión asombrosa.

“El recuerdo más sublime es una sencilla historia de agua y de dignidad. Como ya sabes, en este país, por muchas hectáreas que poseas, si no tienes agua para regarlas, tus tierras no valen nada, ¡están condenadas a morir y tú con ellas! El que domine el camino del agua tiene con qué dominar a todo el pueblo. En aquella época la repartición del agua la hacía el caíd. Pero Abbas –él era nuestro caíd–, un hombrecillo seco y astuto, trabajaba para los colonos. Colaboraba con los invasores. Cuentan que esa familia lleva la traición en la sangre. Nosotros teníamos tierra buena y fértil. El agua la atravesaba por el medio. No se podía esperar un paso de agua mejor. Vivíamos tranquilamente. Nuestros olivos daban un aceite de una calidad excepcional.

Nuestro ganado comía hasta saciarse.

En cuanto a nosotros, no nos faltaba ni salud ni serenidad, teníamos la bendición de Dios y de la naturaleza.

Hasta un buen día en que Abbas, para complacer y servir a sus amos extranjeros, envió en medio de la noche a una cuadrilla de granujas a desviar el curso del agua y dirigirla hacia las tierras de los colonos. Ya no nos llegaba ni una sola gota. Teníamos, por supuesto, un pozo, pero apenas bastaba para los hombres y las mujeres del aduar. Abbas acababa, pues, de degollarnos en pleno sueño. ¿Qué hacer? Se reunieron los hombres y fueron a quejarse al caíd, que los recibió después de hacerles esperar un día entero. No solamente había desviado el agua, sino que también había ordenado apostar hombres armados en el manantial y a lo largo del arroyo.

¡Aviados estábamos! Mi madre lloraba. Mi padre rezaba, pidiendo a Dios que interviniese para quitarnos de en medio a aquel traidor. Cuando vi a Abbas de cerca, enseguida comprendí que aquel hombre no se iría ni con las oraciones ni con las palabras de los hombres y mujeres condenados a la sequía y al éxodo. Le brillaban los ojos. La mirada tenía algo de cortante, parecía una navaja; era un hombre al que la justicia o la compasión le eran ajenas. Había aprendido el ejercicio del poder por la fuerza y el desprecio; el desprecio de su raza y de su gente, por supuesto.

“Cuando apareció en el umbral de su despacho, entre dos desgraciados soldados armados, se negó a escuchar a mi padre –el más anciano del pueblo– y le hizo callar con un gesto de la mano lleno de tanta amenaza como de humillación. Yo estaba agarrado de la mano de mi padre que temblaba de rabia. Se la apreté, como para decirle que nosotros íbamos a defendernos y que, ante todo, no debíamos perder la sangre fría. Abbas soltó un discurso hablando desde un chisme que parece un embudo grande: “_”Pandilla de gandules, pandilla de estúpidos, siempre habéis vivido en la miseria, y si hoy estáis sin agua es por vuestra culpa. No habéis sabido conservarla, sois unos atrasados, atrasadísimos, y no merecéis esta tierra que ni siquiera sabéis labrar.

Con vuestros viejos métodos perdéis rendimiento, malgastáis el agua. Así que, con nuestros amigos y protectores, que han venido a enseñarnos la civilización y el progreso, he decidido modernizar el sistema de riego; para ello tenemos máquinas, pero como sois unos atrasados nosotros nos

ocuparemos de vuestras tierras. Os las vamos a confiscar con vuestro consentimiento. Trabajaréis a mis órdenes porque yo soy leído y vosotros no; se os dará una parte de la cosecha al final de la temporada. Y, ahora, dispersaos y preparaos a trabajar duramente. ¡Yo he sido nombrado aquí por el bajá de Marrakech, nuestro señor El Glaui, y el capitán Mansuri, del ejército de Francia!_"

"Ninguno de los hombres pudo decir ni una palabra. Las familias se vieron, pues, desposeídas por una bestia y lo único que se les ocurrió fue reunirse en la mezquita y rezar.

"Yo soy un hombre creyente y no tengo nada en contra de los rezos; pero, como bien sabes, no fue con los rezos con lo que expulsamos a los colonos. Así que decidí intervenir.

Solo, por supuesto. Con los quince años que tenía entonces, creo que mi única calidad era el coraje. No podía aceptar ese robo a conciencia. No podía soportar tanta humillación.

"Por la noche, armado con una pequeña navaja bien afilada, ya sabes, esos cuchillos con los que se despellejan los corderos, me dirigí hacia la casa del caído. Dos centinelas montaban guardia. Detrás de la casa había un árbol bastante alto. Trepé por él y me introduje en la casa por el tejado. Iba descalzo, vestido de negro, con la navaja apretada en la mano.

"A Abbas no le gustaban las mujeres. Yo sabía que recibía a muchachos por la noche. Siempre dejaba la puerta de la terraza abierta. Llamé a su puerta. Dijo: _"¿Es Nordin o Kamal?_" Yo le contesté, farfullando:

"Nordin." _"Empuja la puerta..."

Te estaba esperando, hijo de puta, has tardado mucho. ¡Hala! ¡Ven!_"

Me acerqué a su cama, en la oscuridad. Estaba desnudo, boca abajo. Me subí a la cama y me tiré con todas mis fuerzas encima de él, plantándole la navaja bien hondo en el cogote. En la almohada se asfixió el breve grito.

Yacía empapado en sangre. Cogí el mismo camino para volver a casa y enterré la navaja. Los franceses intentaron llevar a cabo una investigación, pero pronto desistieron. El pueblo se vio libre del tirano. El agua recuperó su camino natural.

Nadie supo quién mató a Abbas. Mucho más tarde, oí al marido de mi tía contar cómo se había enfrentado con el arma blanca al caído, y cómo le venció.

Algunos se lo creían, por la cicatriz que tenía en el cuello. Yo sabía de dónde procedía aquella cicatriz: mi tía le había hecho un tajo con un cuchillo de cocina para castigarlo por haber estado con las putas del valle.

Siempre guardé silencio. Hace de esto, ya, medio siglo. Eres el primero en saber mi secreto. Si muero antes que tú, no mandes el recuerdo entero al cielo. Yo sólo quiero revivir el día en que se liberó el manantial y el arroyo se volvió a encontrar con nuestras tierras. Los niños se rociaban con el agua, las mujeres, vestidas con ropas brillantes, bailaban en las orillas del río; los hombres degollaron un buey y cantaron con las mujeres. Fue un día de fiesta inolvidable; no se parecía en nada a las fiestas tradicionales. Era la fiesta de la honra y de la dignidad recuperadas. Yo me emocioné; lloraba de alegría. Ése es el momento que me gustaría revivir. Por la noche bajé al valle y, por primera vez, me encontré entre las piernas de una hermosa puta. Me enseñó qué es lo que había que hacer y no me cobró nada.

"La primera vez, no", me dijo.

Recuerdo que llevaba un ojo tatuado en la frente y una estrellita en la barbilla. Comí almendras tostadas y bebí un té con un sabor que jamás he vuelto a encontrar.

“Ahora te voy a dar un regalo: he aquí la famosa navaja de la liberación. Llévala. Te servirá para cruzar las nubes.

—¡Qué vergüenza tengo! Tu recuerdo es noble. El mío no tiene ninguna importancia. Tú eres valiente y salvaste a la cábila. Yo lo único que hice fue satisfacer un deseo animal.

Sería para mí un gran honor si me encargases llevar tu secreto hacia el cielo. Llegaría allá feliz y orgulloso.

—No tienes por qué avergonzarte.

Yo también conocí mujeres extranjeras que traicionaban a sus maridos por mi sangre caliente y mis ojos negros.

Los recuerdos que a uno le gusta revivir se cuentan con los dedos de la mano. El que escoges puede no ser el más importante. ¡A saber por qué uno se encariña con ése precisamente! Así es el tiempo: indiferente señor que no transige. Él siempre está ahí. Nosotros no hacemos más que pasar.

Cruzamos la época y sus nubes, azules y blancas. No tenemos más que ese banco de piedra para contemplar la vida y sus injusticias. Ves al hombre que pasa por ahí, a lomos del borriquillo, perdió la razón desde que a su hijo, que se fue a la ciudad a buscar trabajo, lo pillaron en medio de una manifestación contra lo cara que está la vida, y lo detuvieron y condenaron a doce años de cárcel. El hijo también está perdiendo la razón. No sabe lo que le pasa. Lo acusan de pertenecer al sindicato y él les repite, una y otra vez, que no conoce ni estacábila ni este pueblo. Dice su nombre, el nombre de su pueblo y el de la cábila.

La policía cree que sabe muchas cosas y sigue sacudiéndolo para que cante.

Cuanto más niega ser un “sadika” y repite que él es de la cábila de Ait Sadik, más le zurren. Lo consideran un peligroso cabecilla que les esconde algo y que no confiesa aunque lo torturen. La policía no se fía de esa clase de jóvenes que se le resisten.

¡Pobre desgraciado! Él, que nunca fue a la escuela —aunque se sabe el Corán de memoria— se está volviendo loco y su padre lo sigue en su desgracia... Mira, por ahí va Radhia la comadrona que, a falta de nuevos nacimientos, se ha especializado en lavar a los muertos...

—De vez en cuando hace de vidente... Explica por qué ya no nace nadie en el pueblo. Ella sabe lo que ocurrió y lo que ha hecho estériles a todas las mujeres. Le podríamos pedir que nos confiase su secreto...

—Soy Radhia, la que ya no sabe qué hacer con sus manos. Las escondo detrás de la espalda, me las meto en los bolsillos, les hago llevar piedras, nunca están quietas. Se mueven, buscan un vientre para descargarlo o se ponen a robar fruta en el mercado.

Mirad lo anchas y ágiles que son.

Saben hacer de todo, recoger a un recién nacido y enterrar en una sábana blanca un cuerpo que nos abandona.

Ellas ven, hablan y bailan. Son testigo de todos mis recuerdos. Pero hoy se aburren. No pueden más de aburrimiento. Al país le han echado una maldición, desde el día que habló la víbora azul.

—Fue el día en que la muerte de Brahim provocó la de Kasem, y la de Kasem arrastró con ella la de Fatoma...

—No sólo trajo la muerte, también sembró la desgracia en el pueblo y está dispersando a una familia entera que vuelve del país de la suerte y de la fortuna... Una camioneta se dirige hacia acá... La veo... Apenas me queda tiempo para contaros cómo la víbora golpeó tres veces, equivocándose en dos de ellas.

15

“Todo empezó por culpa de Fatoma que dice creer en Dios, pero cree más en la brujería y en los sacamuelas.

Su verdadero nombre es Slima; pero por motivos oscuros se hace llamar Fatoma. Desde que su hermano se fue del pueblo, llevándose a la familia a Francia, ya no sabe dónde ejercer su poder maléfico. Siente un odio terrorífico hacia mí porque todos los niños han nacido en mis manos y ella nunca pudo tener ninguno. Pero no puede hacer nada en contra de mí. Yo la conozco demasiado y no me puede jugar malas pasadas, salvo si decide eliminarme mientras duermo; entonces sí que estoy sin defensa y sé que ella es capaz de cualquier cosa. Pero, ahora, como sabéis, no está en condiciones de hacer daño a nadie. Está en la cárcel de la ciudad.

“¿Os acordáis de la historia de aquella pobre mujer que quería impedir, a toda costa, que su marido anduviese con otras mujeres? Fue a consultar a Fatoma -su reputación sobrepasa las fronteras del pueblo-, que puso en marcha una estratagema para que el marido descarriado volviese con su mujer, enamorado y fiel. Le vendió una bola de masa que había estado durante toda la noche metida en la boca de un muerto. Dicen que es muy eficiente. Si el marido se come esa masa, se fijará en su mujer y nunca más la engañará. Por eso esta poción es tan cara. La infeliz regresó a la ciudad con la masa cuidadosamente envuelta, y esperó la llegada del marido. Con esa masa preparó unas tortas. El marido, cuando volvió a casa de noche, muy tarde, hambriento y cansado, se tragó la torta con miel y se quedó dormido. Fue su última noche.

No se despertó nunca más. La masa había surtido efecto más allá de cualquier esperanza. El marido había vuelto con ella definitivamente... pero a la tumba. La mujer se echó a llorar y a pedir auxilio. Estaba muerto y bien muerto, envenenado. La policía la detuvo y ella contó la historia tal y como la había planeado.

Los médicos creyeron que al hombre le había picado una víbora, pero no había ninguna huella de mordedura. Fueron a buscar a Fatoma, que empezó por negarlo todo; luego confesó, a la vez que juraba y perjuraba, que ella iba de buena fe y que no era la primera vez que utilizaba esa poción para meter en cintura a los hombres que traicionaban a sus mujeres. Lo que ella no sabía es que el muerto que mordió la masa era el pobre Brahim, que acababa de ser fulminado por la famosa víbora azul, reencarnación de una joven raptada por los monos del Atlas, que la habían encerrado en una jaula entre serpientes -eso cuentan-.

Brahim se había comprado esa víbora para ganarse la vida como encantador de serpientes en la plaza grande, donde acudían los turistas. Cada vez que Fatoma se enteraba de la muerte de alguien, se precipitaba a la casa del finado, arreglándoselas para colocarle al muerto una masa de harina en la boca. Después de transcurrida la noche, a la mañana siguiente la recogía, cavando en la tumba fresca. De esta forma tenía una reserva de pociones. ¿Sabría que Brahim tenía aún veneno entre los dientes? Lo más probable fuera que no. Pero de todas formas no tenía ese tipo de escrúpulos; Fatoma era la única persona del pueblo que se alegraba de la muerte ajena. ¡Evidentemente, pues cada muerte le procuraba unas perras!

“Brahim murió. Kasem, el marido infiel murió. Fatoma está en la cárcel. En cuanto a Jadiya, se volvió loca, porque lo perdió todo.

“El hombre que llega hoy al pueblo, en esa camioneta cargada de enseres y de niños, tiene una cuenta pendiente con Fatoma, su hermana, su enemiga, su fiebre y su desgracia. No sabe que el azar la pondrá en su camino. Por el momento viene conduciendo por la carretera sin decir palabra. Quizá

esté pensando en su pueblo como se piensa en un jardín donde todo florece. No se imagina, no puede imaginarse a lo que hemos llegado. Esto es una chatarra hueca, una alcazaba abandonada, una almacabra para ancianos, como nosotros; un insulto para los jóvenes, un nido de escorpiones desenfrenados, tierra de Jauja para los sacamuelas y las brujas. Ya no crece nada aquí. Los borricos son los únicos que siguen simulando que están pastando en un prado. El peluquero ya no tiene cabezas que peinar. Al igual que yo, se ha convertido en lavador de muertos. El almuédano, imperturbable, sube cinco veces al día a llamar a la oración; las piedras se mueven, no así los hombres. El único teléfono del pueblo está averiado; ni siquiera es un teléfono sino un aparato para llamar a la central de la ciudad; el único tendero está intranquilo: ya no hay críos a quien venderles caramelos.

Somos cuarenta y tres personas, olvidadas de todos, abandonadas; cuarenta y tres casos de sufrimiento, que viven de recuerdos amañados, inventados. Ni siquiera los perros vagabundean por las calles. Pero ahí están las piedras, fieles a la tierra y al cielo.

Bajo los pedruscos, unas serpientes esperan la muerte del último habitante de la aldea, para salir y bailar alrededor del fuego. Hoy, en el año 1409 de la égira, treinta y tres años después de la independencia, el pueblo no tiene electricidad; hace diez años que llevamos pagando a escote para que nos traigan los postes y los calbes que dan luz y, cada vez, los agentes de la ciudad se van con el dinero y no vuelven más. ¡Ah, la electricidad, sueño imposible! Desde que estalló la bombona de gas, ya sólo utilizamos velas; dicen que tiene su encanto. ¡Es lo que más nos falta: encanto!; desnudan a los hombres y les ofrecen sortijas para vestirlos; pintan las paredes de fuera de la mezquita y dejan la carroña de los gatos pudrirse dentro.

El cielo se queda indiferente; y acechamos la llegada del cartero que, una vez al mes, viene a repartir algunos giros enviados de Holanda y de Francia. Estampamos nuestro pulgar como firma, y nos llevamos el dinero, que ya ni queremos contar. En verano, los hombres vuelven trayendo regalos que no funcionan sin electricidad; se amontonan los aparatos; las ratas se comen los cables y las arañas tejen en ellos sus telas; los aparatos se amontonan sobre otros aparatos y las piedras, cada vez más pesadas, salen de la tierra, empujan, resquebrajando el suelo; lápidas sepulcrales, lápidas de vida petrificadas, recubiertas de una pelusa amarillenta, rodeadas de hierba inútil. Nos sentamos sobre ellas para observar la línea del horizonte, para ver si un remolino de polvo la atraviesa y para creer que la vida va a cambiar. Nos sentamos sobre las piedras que ni siquiera dan sombra, nos creemos que son bancos cuando, de hecho, son nuestras tumbas que se yerguen en sentido vertical, como para dar testimonio de nuestra indignidad, de esa paciencia convertida en enfermedad que ahuyenta a los hijos y a los hijos de nuestros hijos, hasta que los vientres de las mujeres se vuelven tan estériles como las piedras. Nuestros ojos, carcomidos por el tracoma, ya no saben ver, los abrimos de par en par y dan a un desierto. El desierto está en nosotros y nosotros lo restituimos a las piedras erguidas, a los árboles muertos hace ya tiempo, a los hombres de la lejanía que, en cuanto llegan aquí, rehacen lo andado, llevándose en la mirada una pizca de nuestra muerte. Se van sin saber por qué. El instinto los guía y los obliga a ir a acampar a otro lado. Se van y olvidan este lugar que no se atreven ni a nombrar. Además, este pueblo no tiene nombre; sí, lo llaman Ait Sadik (¿es un santo o un malhechor?). Ese famoso Sadik, nuestro antepasado, fue un error y este pueblo no es el suyo; vino a morir aquí, expulsado por su familia por injuriar a Dios y desobedecer al padre. El pueblo acoge a los que la ciudad expulsa; tierra de exilio para aquellos que dominan el arte

del trueque de odio y fiebre, aquellos que el Mal hace vivir, que hacen del Mal su religión y su patria. Es el pueblo de Fatoma, que desapareció y volvió, escapando de la justicia y del asilo para enfermos de la cabeza y del alma. Fatoma sigue aquí, aunque yo sepa que está en la cárcel, ella sigue merodeando a nuestro alrededor, fiel a su vocación, incansable, eterna; pues ella ha de ser la última criatura que habite este lugar de infortunio.

“Somos cuarenta y tres, más dos mujeres que se esconden. Al parecer salen de noche, cuando la luna está cubierta por nubes negras. Se reúnen en el cementerio y vuelven a trazar los planes de reparto del agua. Se dice incluso que conspiran; que están tramando una estrategia para liquidarnos, algo así como una intoxicación general o un envenenamiento de los pozos. Dicen que Fatoma es su ídolo, su alma y su dueña. Una de las mujeres nunca encontró marido y a la otra la abandonaron la misma noche de bodas. La venganza y el espíritu del Mal es lo único que las hace vivir.

Están de luto siempre, el luto de su propia vida, de su mirada que tropieza con las piedras y la hierba seca. Yo soy la única que las conoce y que las puede identificar. Pero nunca iré a denunciarlas. No tienen nombre, ni edad ni familia. Ninguna es auténticamente originaria de Ait Sadik.

Vienen de lejos, quizá incluso de otro país, de una tierra ajena al Bien y a la Misericordia de Dios.

Dicen que deambulan con máscaras, envueltas en sábanas inmensas, disimulando sus cuerpos, con las manos cubiertas por guantes y alrededor de los tobillos llevan unos brazaletes de plata, o quizá de hierro, como si fueran la huella de una cadena que les impidiese escapar. Lo de la cadena es, por supuesto, falso. Nunca estuvieron encadenadas, ni siquiera enclaustradas por un amo, marido o príncipe de las tinieblas. Al parecer, trajeron algunos escorpiones y víboras al pueblo y los crían y venden a los brujos y a los malhechores del país. Habían liberado una vez a Fatoma cuando la encerraron en el manicomio, tras la muerte sospechosa de un niño, un sobrino del que estaba celosa.

“Así es el pueblo: cuando no lo maldice el cielo, lo aniquilan esas mujeres con el alma habitada por una araña de dos cabezas. El emigrante y su familia, que se dirigen hacia aquí en la camioneta, van a encontrar en este estado al país de su nacimiento, abandonado por él, como hicieron cientos de hombres, hace más de diez años”.

Una voz de mujer, tranquila y sosegada, llega de lo alto del minarete. Aprovechando la ausencia del almuédano, se dirige a las piedras y a los cuarenta y tres supervivientes de este desastre:

“Nuestra máscara es nuestro rostro, nuestra desnudez extrema. No somos ni enviados de la desgracia ni exterminadoras con cara de ángel. Nosotras venimos de lejos y carecemos de sentimientos. No es ninguna invalidez o carencia, sino una pureza. Somos incapaces de amar u odiar. Es nuestra única cualidad, nuestro vigor y nuestra fortuna. No tenemos nada que disimular, nada que proteger; no poseemos nada. La sábana que nos cubre nos sirve de ropa y de mortaja. Los aros del tobillo son nuestro único asidero a tierra; nos guían y nos mantienen en pie. No tenemos edad, puesto que carecemos de sentimientos o emociones. Desde que cumplimos la orden de abandonar nuestros morabitos e ir impartiendo justicia por el país, ya no dormimos. Verdad es que evitamos salir de día; simple medida de precaución; nos lo desaconsejaron.

Por la noche, intentamos poner orden.

Cada cien años debemos dar prueba de nuestra santidad; merecerla de nuevo; de lo contrario, no volvemos al morabito sino a un cementerio cualquiera; muertas entre los muertos, cuerpos destinados a los gusanos,

entre otros cuerpos anónimos que se deshacen hasta convertirse en polvo. En este querido país, la justicia de los hombres está manchada de corrupción; es indigna de su historia y de su destino. No podemos enmendar todos los entuertos; necesitaríamos tiempo y, entonces, habría que vaciar todos los morabitos de sus santos y enviarlos por ciudades y pueblos a hacer justicia. Muley Idris, fundador de esta tierra, que nos trajo el Islam y la paz, no reconoce ya lo que él edificó. Vosotros no sois más que un puñado de hombres y mujeres desamparados, que sobrevivís a la pobreza, a la sequía y a la desgracia; ellas han vaciado vuestra aldea y desterraron a vuestros hijos hacia países donde hace frío y pierden el alma y la razón. Hemos atravesado ciudades donde los hombres son cada vez más viles, ganapanes, acróbatas, bufones para turistas; las niñas trabajan en telares y las despiden al cabo de un año, el tiempo justo para enfermar de tuberculosis. Ellas, en cuanto pueden, vuelven a trabajar, esta vez en una fábrica de alfombras, y les pagan dos dirhams por hora; dos dirhams dan para un pan y una cucharada de manteca. "No vamos a hacer el inventario de lo que os han desposeído en este pueblo, donde ya no se puede decir ni una sola oración. Os conocemos a todos:

Xixa, el zapatero, que anda descalzo; Rahu, el hombre estéril que copula con las cabras; Wali, el maestro, que perdió la memoria; Rafik, el carnicero, que vende carne de burro por vaca; Bziz, astuto como un mono, ya no crece más y vive en los árboles; Baz, su hermano, que cada vez que oye al almuédano, suelta una exclamación; Riha, la mujer que duerme con las ratas; Burass, el desenterrador de cadáveres, que vende cráneos a los extranjeros; Ghul, el hombre que asusta a los niños y que, ahora, ya no asusta más que a sí mismo; Lal-la, el hombre que se considera mujer, ya no sabe quién es; Zerzai, el hombre que vendía cuerdas y que vive en el extremo de una de ellas en el fondo del pozo, dice que la vida allá dentro tiene sentido y la gente sigue llevándole pan y aceitunas; Barasit, la mujer que cree ser una radio extranjera y distorsiona las ondas de la emisora nacional silbando entre dientes; Ahmed y Mohamed, que esperan la muerte en un banco de piedra, intercambiando recuerdos; Rquia, cuyo hijo desapareció; era un soldado valiente, muerto sin haber combatido; Salah, que no se baja de su borriquillo desde que detuvieron al hijo en una manifestación en la ciudad, duerme sobre el lomo del burro y da vueltas de un lado para otro; Friha, que ya no tiene dientes, se ha sentado en un banco y espera; Rahma, que sigue amasando pan como si toda la familia siguiese allí; Mulay, que dice descender del profeta, cuando todo el mundo sabe que se despeñó por las piedras y un buen día cayó en el pueblo; Chrika, la segunda mujer de Mulay, que sólo come hierba; Asser, el leñador, que ha quemado la mayoría de los árboles... Los demás son buena gente que no entiende lo que les pasa. Viven y se contentan con poco, esperando el verano para volver a ver a sus familias que están en el extranjero.

"Radhia, tú eres el día y la luz de esta aldea. Serás la última en abandonarla. Eres su testigo, su pasado y su honra. Nos vas a ayudar a traer a Fatoma. Su hermano es el único que puede hacer justicia y extirpar de ella el mal y dejar a esa víbora desvitalizada entre otras víboras con todo su veneno.

"Creíste que éramos enemigas, cómplices de Fatoma, que llegamos aquí para hacer el mal. Nos hemos apoderado del minarete. Nos quedaremos aquí, inmóviles, invisibles de día, velando por vosotros. Asistiremos, como todos, al careo entre Fatoma y su hermano. Mientras no se haga justicia en este pueblo, la maldición de Dios, de sus profetas y de sus santos, caerá sobre él.

"No durmáis esta noche. Salid de vuestras casas. Sentaos en los bancos de

TAHAR BEN JELLOUN



CON LOS OJOS BAJOS

piedra y esperad".

16

Ahmed y Mohamed, los dos ancianos de los recuerdos mezclados, fueron los primeros en acomodarse en el banco.

—¿A qué estamos esperando?

—Radhia lo sabrá.

—Sí, bueno, pero, ¿saber el qué?

—Que por fin va a ocurrir algo en este lugar maldito.

—¿Algo bueno?

—¡Bueno o malo, qué más da!

—¿Te has fijado en el color del cielo?

—Es la aurora. El cielo tiene el color de nuestra paciencia...

—Un color tenue y resignado.

—No; es el color de cuando se enciende una hoguera.

—Nada de eso; yo diría de cuando se apaga una hoguera. Hace tiempo que renunciamos a lo que se mueve y vibra.

Sólo llevamos en nosotros el color de lo que se extingue y petrifica.

—El que estemos sentados no significa que estemos petrificados.

—Quizá lleves razón. Pero, entonces ¿por qué los recuerdos crecen dentro de nosotros, nacen y renacen en nosotros, como las hierbas salvajes entre las lápidas?

—Los recuerdos son nuestra verdad; son testigos de la pobreza de nuestro presente.

—¡Así son los tiempos!

—¡Así es la época, una vieja araña que teje su tela con nuestras palabras cansadas e inútiles!

—¡Qué solos estamos!

—Solos y abandonados; pero la culpa es sólo nuestra...

—¿Aunque no seamos más que sombras?

—¡Sí! Unas sombras deshechas por el tiempo, sentadas hoy en un banco de piedra, a la espera de que los árboles se inclinen, se abran las tumbas y los antepasados salgan al final de la noche, recordándonos nuestra indignidad...

Apareció entonces un hombre disfrazado de corsario, con un espléndido sombrero de fieltro en la cabeza, con una campanilla colgada del lado derecho, y un monóculo en el ojo izquierdo, esgrimiendo una espada de madera.

Desprendía, a medida que avanzaba, un humo rojo, amarillo, verde, azul y blanco. Hizo sonar la campanilla para convocar a los ausentes a este lugar, desde hace tiempo abandonado. Llevaba, en cada hombro, un halcón ciego.

El hombre, surgido de la aurora, llegado de lejos, conocía perfectamente el pueblo y a sus habitantes de los tiempos en que aún la maldición no reinaba en el corazón de los hombres, los tiempos en que nadie estaba obligado a irse al extranjero, los tiempos en los que las mujeres eran hermosas, felices y parían; en que la vida transcurría a un ritmo afortunado; el año todavía tenía cuatro estaciones; al pueblo lo regaba el agua del manantial; había muchas fiestas alegres; hasta los animales vivían en apacible serenidad.

El hombre no era ni corsario ni payaso; era la primavera. La primavera en pleno verano. Quizás era un espejismo de los dos ancianos medio dormidos; un golpe de gracia a una nostalgia maltrecha, a una espera cada vez más enajenada. Fuese espejismo o no, aquella primavera hablaba. La primavera era una voz que bajaba de la montaña, tan pura como un manantial; la voz

de un antepasado, un compañero del jeque Ma El Ainin, el rebelde del sur que había vencido a generales franceses y españoles.

La voz era clara e incluso conocida. ¿Serían ellos los únicos en escucharla? Mientras hablaba la primavera, los demás habitantes salieron de sus casas y se sentaron a los lados de la carretera, formando una hilera mientras pasaban las palabras:

“Yo soy Hammu Ben Mohamed Ben Omar Essadik, el que cayó en el campo de honor de Tiznit, al lado de nuestro gran jeque. Vuelvo hoy, alertado por un niño. Sé que el pueblo ha sido abandonado por los hombres. Se fueron para trabajar en otro lado.

Algunos volvieron para llevarse a sus familias y se han ido para siempre. Otros se han olvidado de todo y deambulan por las ciudades, como mendigos y cobardes. El pueblo se ha convertido en un antro de traficantes y de brujas. En él venden sesos de hiena para hacer sortilegios y provocar desgracias; preparan pócimas mortales y se amasa pan, no pan de vida, sino de muerte. Desde que murió un niño envenenado por una mujer feroz, que se sirvió de una criatura inocente para saciar su envidia y su venganza, Dios maldijo este lugar. Ya no ha habido ningún nacimiento; todas las mujeres se quedaron estériles; en cuanto a los hombres, fueron apartados de sus esposas. Por eso aquí sólo quedan viudas y viejos, tendiendo la mano a la muerte.

“He vuelto porque se acerca el día señalado para descubrir el tesoro escondido en la montaña. La mano digna de indicarnos su lugar exacto no está entre nosotros. Lamentablemente, vuestras manos son inútiles. Ya no sirven para nada; están muertas y vosotros no lo sabéis. Son manos que no dan nada y nada reciben. Son toscas y temblorosas. La única que tiene aún las manos limpias es Radhia. Ella salva la honra y la virtud de este lugar. Esperemos para dar la bienvenida a la que liberará al pueblo de la maldición; es una doncella, nacida cerca de un manantial de agua pura, y tiene dos pasiones: la justicia y la sabiduría”.

17

Era, pues, la madrugada del tercer día. Me gusta la atmósfera irreal, casi soñada, en la que aparecía sumido el pueblo, desde lejos. Diríase un cementerio blanco con algunos morabitos. Mi padre tenía los ojos colorados por el cansancio; pero estaba contento de haber cruzado tres países en un tiempo récord. Tenía prisa por llegar, consultaba a menudo el reloj como si tuviese una cita importante.

¡Así que era eso! Una cita con el destino, el desenlace de un viejo asunto familiar. Mi madre y los niños dormían. Los despertó el eco de un grito prolongado y doloroso; eran las albórbolas entonadas por las gargantas de las mujeres, que nos esperaban a lo largo de la pista que conducía a la plaza central del pueblo. Los hombres estaban enfrente de la plaza, alineados como un pelotón.

Había motivos para sorprenderse, pero este recibimiento excepcional debió de haber sido preparado por alguien que no veíamos. Los hombres y las mujeres, envejecidos y cansados, parecían estar bajo el influjo de una autoridad poderosa y probablemente invisible.

El pueblo estaba en tal estado de deterioro y despojo que costaba trabajo reconocer los lugares. Quizá nos habíamos equivocado de pueblo; mi padre estaba desorientado por el cansancio del viaje. No entendía nada de aquel recibimiento. Mi madre, demasiado ocupada con los niños, tampoco sabía dónde estábamos y qué sucedía.

Las pocas casas que quedaban en pie estaban en ruinas; el suelo cubierto de maleza y de botellas de plástico.

Yo buscaba con la mirada nuestra casa. En lugar de ésta, sólo quedaba un montón de piedras. La tienda de comestibles estaba abierta; sólo había unas cuantas latas de conserva en las estanterías. Era una guarida de perros y gatos.

Los hombres y mujeres nos miraban sin hablar. Algunos tenían hatillos de ropa a su lado. Se hubiera dicho que aquellos habitantes sólo esperaban nuestra llegada para mudarse a otro lado, cambiar de vida y, quizá, abrazar, por fin, la muerte. Nuestra llegada les liberaba de algo: el peso de una culpa, un pecado o una desgracia.

Mi padre, al principio, atontado al ver semejantes fantasmas salir de una pesadilla, soltó una carcajada. Mi madre, rodeada de sus hijos, no se movía; esperaba dentro del coche. Yo seguí a mi padre. Avanzaba con paso vacilante. Saludaba a unos y otros; nadie respondía. ¿Era acaso una trampa? ¿Estaríamos quizá en un asilo de locos o en un cementerio? Un olor a moho se desprendía por todos lados.

Eso era quizá el olor de la muerte, la muerte lenta que se acomoda, sin fiebre ni violencia. Mi padre ya no reía. No había ni casa, ni finca, ni pueblo. Reconocía algunos rostros, pero no se atrevía a decir nada. Al llegar a la altura de los dos ancianos de los recuerdos mezclados, uno de ellos se le acercó y le preguntó:

—¿Tienes algún recuerdo para intercambiar conmigo, un recuerdo que enviar al cielo? No me queda ya mucho para irme... O, si quieres, puedes confiarme un recado para tu padre o tu abuelo; se lo transmitiré en cuanto llegue.

El otro anciano intervino:

—¿Sabes? Hace tiempo que esperamos este día y esta hora. Al fin has vuelto para liberar al pueblo de la maldición.

—No —replicó Radhia, que se hallaba frente a mi padre—. No es él el que nos va a liberar. Es ella.

Me señaló con el dedo.

En ese preciso momento apareció un anciano, vestido de blanco a lomos de un caballo gris. Detrás de él, una mujer, con las manos encadenadas, caminaba penosamente, con la cabeza gacha.

El viejo jinete se detuvo. Con un gesto ordenó que todo el mundo se sentase. La mujer encadenada fue la única en permanecer de pie. Nosotros nos sentamos también, en el suelo, a escuchar:

“¡Bienvenidos! Bienvenidos seáis a esta tierra donde ya no crece nada, ya no vive nada. Como podéis comprobar, sólo hay ancianos sin alma y algunas piedras. Todo se ha transformado en piedra y en polvo desde que la desgracia se apoderó de los corazones.

Desde que te fuiste, hijo mío, desde que te llevaste a tu familia, después de enterrar a tu hijo, víctima de una horrible intriga; desde que la inocencia ha sido golpeada, desfigurada por las manos del odio, todo lo que permitía al pueblo vivir ha cesado. Todo se ha deteriorado, todo se ha hundido en la decadencia.

“Todos nos iremos de este lugar.

Se lo dejamos a las hienas, a los chacales, a los perros salvajes y al viento. Pero antes de ello, dime si estás dispuesto a perdonar a la causante de tanta desgracia”.

—¿Quién soy yo para conceder el perdón? No soy ni santo ni profeta. No soy más que un pobre hombre que trabaja para ganar la vida de sus hijos. No soy más que un campesino que no sabe ni leer ni escribir, pero que cree en el Bien, en Dios y en su Profeta; un campesino convertido en obrero, en tierra de cristianos. He vuelto porque allá la vida es difícil.

Temo que la tierra de los cristianos me robe a mis hijos. Así pues, recogí todo y he regresado para trabajar la tierra y dar a mi familia una vida mejor. Pero el pueblo ha sido destruido. ¿Tembló la tierra acaso? ¿Acaso descendió un rayo del cielo?

¿Hubo una guerra? Ya no reconozco a nadie. ¡Qué derrota! ¡Qué miseria! La mujer encadenada se precipitó a los pies de mi padre y se los besó, exaltada, llorando:

—Libérame, perdóname, estoy habitada por el diablo, soy la encarnación del Mal. ¡Ya no reconocerás en mí a tu hermana, la que jugaba contigo cuando éramos niños. He sido poseída, he causado la desgracia. Ahora voy a morir, pero quisiera irme con el alma sosegada. ¿El alma? Sí. Ya sé; no tengo alma; en lugar de ello tengo un trapo lleno de alquitrán y de grasa, pero no me dejes morir envuelta en odio. Desde que he dejado de ser maléfica, sufro, porque el veneno vuelve a verterse en mi sangre. Me enveneno yo misma, me destruyo por mí misma y vivo en un infierno. Hasta la tierra me ha rechazado. Me quise enterrar para morir asfixiada, pero las piedras me rechazaron. Me empujan hacia arriba como si fuese una mala hierba, un parásito invasor. He intentado ahorcarme, pero la soga se rompió. Estoy condenada a vivir con este sufrimiento. ¡Libérame, perdóname! Tú eres el único que puede darme la muerte que necesito. Para ello, basta con que poses tu mano derecha sobre mi cabeza y que digas la fórmula:

Yo, hermano de Slima, más conocida por el nombre de Fatoma, al posar la mano sobre su cabeza, aparto la maldición que lleva en ella y la abandono en manos de Dios todopoderoso; él es el único que sabrá hacerle padecer el castigo que merece.

“Repíteme conmigo. Tu palabra será recibida en lo alto, pero no la mía. No soy más que una asesina y nunca comprenderé por qué soy tan mala. Mi padre puso la mano sobre la cabeza de Fatoma y recitó la fórmula. Hubo un momento de silencio; luego el cuerpo de la mujer se irguió lentamente; se puso de pie, frente a su hermano. Lo miró fijamente,

retrocedió un paso y le lanzó un escupitajo en la cara, gritando: —No eres más que un perro, un cobarde, un desgraciado que va cargando con su familia de un país a otro; te has creído que poniéndome cándidamente la mano sobre la cabeza todo se iba a borrar entre nosotros. Entérate, hombre, que el Mal tiene un poder indestructible. Yo te sobreviviré y seguiré quemando las tierras de los que se van. Acomodaré el sufrimiento en los corazones. ¡Hermano ruín!

Masa maleable hecha de bondad y de manteca rancia; ya estás aquí de vuelta, frente a una comisión de acogida compuesta por carcamales y fantasmas que ya no saben en qué cuerpo habitan, seres con los ojos reventados por los halcones de nuestro antepasado. El país te ha olvidado; te ha tachado de la lista, tanto a ti como a los demás. Devuelve a tu prole al país del Poniente, allí donde los vas a perder seguramente. Ya no hablarán tu lengua, no escucharán tus palabras, no harán los mismos rezos que tú; y es probable que no recen en absoluto. Se irán de ti, te irás de ellos; regresarás a tu tierra, esperarás la muerte sobre las cenizas de las tierras quemadas. Eso es lo que está escrito. Adiós. Era mi deber estar aquí y avisarte. Ahora ya no siento odio por ti, sólo lástima... Ya pronto va a amanecer; me voy...

Con los primeros resplandores del amanecer, su cuerpo se diluyó en el aire; se lo tragó la luz. Los viejos se fueron a dormir; y nos quedamos solos, petrificados ante el recibimiento, una pesadilla provocada por un cansancio enorme, tras un viaje tan largo.

De hecho, el pueblo seguía existiendo; veníamos de otro mundo; nuestros ojos se habían acostumbrado a otros espacios. En realidad, el pueblo no había cambiado demasiado. Se había deteriorado, la vida se fue yendo poco a poco de él, se había vaciado. Los que seguían viviendo en él permanecían allí porque no podían hacer otra cosa. Los muchos años y la invalidez los mantenían en el mismo sitio, donde nada se movía. No había por qué buscar un sentido ni una lógica a lo que nos estaba pasando. Por otro lado, la mujer que se había prosternado ante mi padre no era su hermana. No era Fatoma, la que mató a mi hermano Driss. La mujer que había estado allí, hablaba como ella, pero tenía una cara distinta. Nuestros ojos creyeron verla y nuestros oídos escucharla. Estábamos cansados, cercados por nuestras alucinaciones, engañados por nuestros sentidos.

Nuestra casa seguía estando en su sitio; las cosas estaban cubiertas de una capa espesa de polvo. Por todos lados las arañas habían tejido su tela. Olía a ausencia y abandono. Madre sacó una sábana grande y la extendió en el patio. Nos quedamos dormidos, sin más demora, los unos junto a los otros. Había que refugiarse en el sueño, después de tres noches de cansancio, pasadas en vela. Mi padre no descargó el coche. Ya no existía el deseo de desembalar; él no decía nada.

Se había dado cuenta de que se había equivocado. Ese día las maletas y los paquetes no saldrían de la camioneta.

Todo estaba bien atado. Si se hubiera sacado cualquier objeto, lo demás se habría venido abajo. Ésa era nuestra vida y nuestro bien.

Después de pasar un día entero durmiendo, mi padre me despertó suavemente y me pidió que le acompañara al cementerio para rezar sobre la tumba de Driss. Me había escogido a mí porque yo era la mayor, la que sabía cómo habían matado al niño. Por el camino, ya iba rezando. Tenía la cara seria y hermosa; una barba de tres días. Yo le pasé las manos por las mejillas surcadas por una arruga vertical. Mi padre era un hombre que había trabajado siempre. Ningún descanso; ningunas vacaciones.

A la entrada del cementerio nos acogió Radhia.

—Os esperaba —dijo.

—¿Y por qué? —preguntó mi padre.

—¡Porque lo que buscáis ya no está aquí!

—¿Cómo es posible? ¿La tumba de Driss ya no está aquí?

—Ese niño es un ángel. En cuanto lo abandonó el alma se fue derecho al paraíso. En fin, no te estoy diciendo nada nuevo. Tú sabes que los niños se transforman en ángeles en cuanto los alcanza la muerte.

—Sí, pero su cuerpo debe de estar aquí...

—Debería estar. Pero ya se sabe; lo importante es el alma y no el cuerpo; cuarenta días después de la muerte se desocupa la tumba...

—Pero, ¿cómo? Eso es ilegal. Está prohibido por la ley...

—¿Qué ley? Aquí no hay más ley que la de los hombres; y, los hombres, sobre todo aquí, están corrompidos.

Todo se compra, todo se vende, ¡hasta el cuerpo de un niño! Ya has visto el estado en que está el pueblo; has visto que el aduar ya casi no existe.

Estamos en este lugar retirado, lejos de la ciudad, lejos de todo, en la cima del Mal. Desde hace algunos años sobrevivimos sin moral, sin ley, sin religión. Y es por vuestra culpa.

Os habéis marchado todos, los unos tras los otros.

—Pero, ¿dónde está la tumba de mi hijo?

—Debería estar allí, donde enterraron a Hach Mimuni, el que hizo tres veces la peregrinación a La Meca y que estaba decidido a convertirse en el santo patrón de Ait Sadik. No debería habertedicho todo esto. Di tus oraciones; allí donde esté, él te oirá; en todo caso, llegarán a Dios.

18

Desde aquel día todos mis sueños ocurren en cementerios. En general, sólo me suceden cosas buenas en esos lugares, a menudo llenos de sol y de flores; episodios que empiezan bien, con una carcajada, y luego quedan pendientes, inacabados. No me vuelvo a encontrar con ellos jamás. Quizá el sueño más bonito que tuve en un cementerio musulmán fue uno sobre música.

Como la mayoría de los niños de este país, tuve una infancia sin música. En casa no teníamos ni piano ni violonchelo ni tambor, ni siquiera una armónica. La música me llegaba por fragmentos, a través de los demás. ¿Y acaso eso era música? Unas letanías lánguidas y llorosas, unas canciones llegadas de Egipto, poemas de amor cantados por bellas voces, salpicados de refranes capaces de hacer llorar a una ciudad entera. Eso es lo que escuchaba sin prestarle atención. Era un día primaveral. Pasaba por encima de las tumbas, corriendo de puntillas, empujada por una brisa suave. Con una celeridad extraordinaria, iba calculando la edad de las personas enterradas allí, simplemente echando una rápida mirada a las lápidas. En unos cuantos minutos sumaba las edades, luego las dividía por el número de muertos, y así obtenía la cifra de cuarenta y nueve años, tres meses y cinco días; la media de edad de este pequeño cementerio. La orquesta que se me apareció estaba compuesta de cuarenta y ocho músicos, más el director, joven y guapo, con una batuta en la mano. Todos llevaban esmoquin. El director pidió un poco de silencio a unos pájaros que estaban gorjeando, se dirigió a mí, y luego dio la señal a los músicos, que tocaron una música alegre, feliz y que correspondía probablemente a la primavera. Más tarde supe que no podía ser más que 'Las cuatro estaciones' de Vivaldi. De lo que me acuerdo perfectamente es del momento en que el cielo se volvió oscuro y la música triste. Me di la vuelta y vi las tumbas abiertas.

Cuarenta y nueve tumbas abiertas, de las que brotaban un humo blanco. Tenía frío y no oía la música que estaban tocando. Me había vuelto sorda y los pies se me hundían lentamente en la tierra húmeda. Me agarraba a la lápida, pero una mano, con fuerza, me atraía hacia el fondo de la tumba. Yo gritaba, pero no me salía ningún sonido de la garganta. Al mirar el fondo de la tumba veía pasar imágenes mágicas: los colores vivos de los vestidos de las mujeres del campo se mezclaban con banderas, agitadas por manifestantes. Seguía sin oír nada. Todo se me removía por dentro; estaba presa de lo que mi madre calificó, al día siguiente, cuando le conté mi pesadilla, de "borrico de la noche".

Tras nuestro regreso a Francia, tan precipitado como nuestra ida, mi tierra natal invadía mis noches en unos sueños que se transformaban en pesadillas. Todo me obsesionaba: los paisajes, las caras, los colores del cielo, los olores de la naturaleza, las especias y los ruidos. Y allí estaba, además, la imagen del tesoro escondido en la montaña y cuyo plano estaba dibujado, decían, en las líneas de mi mano.

Tenía un profesor de literatura, un hombre muy culto, descendiente de una familia de aristócratas venidos a menos, que nos decía: "Mi padre era rico y famoso; yo estoy arruinado y no soy famoso aún". El profesor había vivido y trabajado en Italia; su estancia allí había acentuado su elegancia y su generosidad. Se interesaba mucho por los alumnos y se mostraba, en especial, atento a los que venían del Magreb.

Aquel hombre tenía un don: sabía leer las palmas de las manos.

Yo tenía un deseo escondido: que algún extranjero me leyese la mano.

Quería saber y sobre todo comprobar lo que mis padres y abuelos creían. ¿Era yo verdaderamente la clave de aquel tesoro escondido en la montaña? ¿Era yo u otra niña, quizá alguna prima, la de la mano afortunada, la mano cuyas líneas conducían al lugar secreto? Yo me decía que si Monsieur Philippe De... -lo llamábamos así por la partícula que precedía a un apellido impronunciabile- confirmaba aquella vieja historia, dejaría de llevar sobre mí una leyenda que se había convertido en una enorme carga. Monsieur Philippe De era un personaje original; se distinguía de los demás profesores por su sentido de la pedagogía, basada en el juego, la incitación a la curiosidad y la lucha contra el aburrimiento. Algunos decían de él: "¡Es un anticonformista!"

Nosotros no entendíamos lo que significaba esa frase, pero suponíamos que debía de ser una crítica. Nos enseñaba literatura y poesía. Nos contaba historias que le habían ocurrido. Así fue cómo nos dio una bella lección de pintura, con el pretexto del robo de un cuadro que sus padres habían heredado. No sabíamos que un cuadro podía costar tantos millones.

Desde entonces, sé todo sobre Matisse, su vida, sus colores, sus pasiones, sus dramas y su estancia en Marruecos.

Monsieur Philippe De nos llevaba al museo, invitaba al liceo a escritores, proyectaba películas y nos hacía escribir cuentos. Yo conté mi historia, o, para ser exactos, la historia de una pequeña pastora del Alto Atlas, que había sido designada por sus antepasados para encontrar un tesoro escondido en la montaña. Yo evocaba las líneas de la mano, reproduciendo en parte el plano del lugar codiciado. Describía, sobre todo, los apuros y miedos de una joven que había abandonado su país y que estaba haciendo perder, a su familia y a su cábila, un arcón lleno de monedas de oro...

Monsieur Philippe De me llamó, al final de la clase, y me dijo:

-¿Tu cuento es auténtico o te lo has inventado?

-Me lo he imaginado, monsieur...

Él se dio cuenta de que mentía. Me tomó la mano izquierda, la observó; luego la mano derecha, las comparó y, luego, sintiéndose algo turbado, dijo:

-No es el lugar apropiado para leerte las manos. Necesito concentrarme. Veo cosas, pero prefiero mirarlas en otro momento, con más calma. Ya te diré cuándo.

Se había puesto lívido y le temblaban las manos. Estaba impresionado por lo que había visto o presentado.

Me quedé desasosegada. Una semana más tarde llamó a mis padres, que le invitaron a casa a tomar el té. No era la primera vez que venía. Le gustaba hablar con los padres de sus alumnos. En casa lo encontraban simpático. Siempre traía libros a mis hermanos y hermanas, discos o entradas de teatro para la tarde de los domingos. Aquel día leyó las manos de toda la familia. Se reía y bromeaba con los niños que le rodeaban y le ofrecían las manos abiertas. A cada uno le decía una palabra amable: a Malika, le predijo un porvenir lleno de jardines floridos; a Lotfi, le habló de amor y mujeres hermosas pero difíciles; a Nadia, le adjudicó un carrito lleno de chocolate y caramelos; en cuanto a mí, habló en un tono grave y serio.

-La línea de vida y la línea de la suerte se cruzan en un punto en el que en la línea de la salud hay un leve motivo de preocupación. Debo confesar que pocas veces habré visto una mano tan rica, tan compleja como la tuya. Veo venir muchos acontecimientos.

Hay que decir, también, que te ha ocurrido una desgracia hace algunos años. Veo la pérdida de un ser querido y veo un ojo inmenso que se lo tragó. No leo el porvenir. Nadie puede hacerlo; pero, partiendo del pasado, puedo prever o presentir por dónde van a proseguir su camino los

acontecimientos. En esta mano hay huellas de tu historia del tesoro. Veo un secreto; tiene la forma de una estrella; la estrella se mueve; el secreto es difícil de guardar, difícil de llevar. De hecho, tiene el aspecto de un destino; tu vida está bajo el signo de este secreto. Pero, ¿por qué es tan pesado de llevar? Su presencia te impide estar alegre y despreocupada. No hay que dejar que esta historia te hunda. Tienes que conseguir desprenderte de ella. Hace un rato le vi, rápidamente, la mano a tu madre. Ella también tenía huellas de esta presencia. No sé cómo ha hecho para liberarse de ella. Ni siquiera debe saberlo ella misma.

—Pero, ¿qué es lo que ve usted que sea preocupante?

—No es preocupante, es turbador, es maravilloso; es la diferencia entre la gente de la montaña y la gente del llano, entre los que vienen del norte y los que llegan del sur. Tú eres una niña del sur, donde la razón es secundaria, donde el silencio, lo invisible, la sombra y la noche, el agua y la luz son la esencia misma de la vida.

—¿Así que estoy extraviada?

—No. El ser portador del secreto no debe extraviarse. Tú eres joven y, sin embargo, según tu mano, has corrido más rápido que el tiempo; parecería que un viento, llegado del desierto, te hubiera empujado y de haberte enfrentado con él, te habría maltratado. Tú has seguido tu camino; es lo que había que hacer. Ahora, has adquirido una madurez que te resguarda de las tempestades.

—Y ese tesoro, ¿qué es?

—¿Acaso soy yo el que tiene que saberlo? Nadie puede ayudarte a responder a esta pregunta. Yo he visto cosas, he percibido sombras, he encontrado huellas; son elementos desparramados de un enigma. Es un bello enigma. Hay misterio y duda, disturbio y fascinación. Tú eres la que debe desenmarañar los hilos de esta historia maravillosa.

Parecía agotado. Se levantó y me pidió que lo disculpase ante mi madre. Monsieur Philippe De se fue, dejándome totalmente desamparada. “¡Una historia maravillosa!” ¿Qué historia?

¿Dónde empieza? ¿Quién es su protagonista?

19

Mi historia –mi supuesta historia no era trivial; procedía de un libro grande, lleno de cuentos.

Fue Victor, el personaje de los ojos desorbitados, el que me la contó. Él, sentado en su silla plegable, y yo en el suelo, con las piernas cruzadas, tuvimos toda la noche para encontrar las calles, las casas y los palacios donde esta historia, supuestamente, se desarrolla en un siglo remoto:

“Tú te llamabas Kenza y tenías una hermana gemela que llevaba el nombre de tu abuela Zineb. Vuestro padre era un jeque, un gran señor, arruinado por varios años seguidos de sequía.

Era un hombre santo, querido y respetado por la familia y la cábila.

Tenía diez hijos, vosotras erais las preferidas. Para complaceros, estaba dispuesto a todo. No sólo erais inseparables, sino que era impensable imaginaros la una sin la otra, hasta el extremo que formabais una única y misma persona. Sin embargo no os parecíais tanto. Zineb tenía los ojos claros; los tuyos eran negros. Tú tenías el pelo corto y rizado; Zineb, liso y largo. Tú eras morena; Zineb tenía la piel clara. Teníais casi la misma estatura, pero no el mismo andar. Esto, en cuanto al cuerpo; en lo que respecta al carácter, os complementabais de un modo sorprendente.

Cuando una se enfadaba, la otra se mostraba tranquila; cuando una enfermaba, la otra gozaba de buena salud; nunca estabais disgustadas al mismo tiempo; lo hacíais por turno.

Entre las dos os habíais convertido en la mujer ideal, dotada de una inteligencia excepcional. La frase que una iniciaba podía, con soltura, terminarla la otra. ¡Las veíais venir!

Teníais secretos y nadie se aventuraba a indagar en ellos, pues no admitíais intrusos ni curiosos; erais, incluso, capaces de castigar con las mayores desventuras a los que se acercaban a vosotras más de lo debido.

Un día, un hombre rico y poderoso, a cuyos oídos había llegado la fama de vuestra belleza, se presentó ante vuestro padre, seguido de una caravana de obsequios. Era, pues, una petición de mano. Acababais de cumplir dieciocho años. Erais unas flores entre las flores, teníais una belleza que embelesaba; erais taimadas y crueles, dispuestas a la aventura, sin escrúpulos.

El hombre era mayor, calvo y bastante grueso. Su petición os había parecido descabellada. Para castigarlo decidisteis aceptarla. Cuentan que dijisteis a vuestro padre:

“–Padre, este hombre ha venido a comprarnos, ¿no es cierto?

“–No digáis tonterías. Vosotras no tenéis precio. El hombre está enamorado de vuestra belleza; lo he recibido y atendido; pero no estoy tan loco como para ofrecerle una de mis perlas, por muy excepcional que sea la dote.

“–Padre, ¿sabes que nos enternecen los hombres a los que les gusta la belleza? No rechaces su petición. Mi hermana y yo pensamos honrarlo a nuestra manera. Dile que somos inseparables y que si desea a Zineb, habrá de casarse también con Kenza...

Puesto que es un hombre al que le gusta la belleza, se sentirá satisfecho. Aceptamos sus regalos y su dote a condición de que se case con las dos a la vez.

“–Pero, ¿acaso no sabéis que eso está prohibido por nuestra religión y que ya está casado y que tiene hijos de vuestra edad?

“Eso no nos molesta. Estamos dispuestas a este sacrificio para salvarte de la situación en que te ha dejado la sequía.

“Vuestra actitud me preocupa.

Vosotras, jóvenes y hermosas, ¿por qué habríais de enterraros en la casa de un anciano? Me preocupan también vuestras sonrisas.

“¡No pienses así, padre! Este hombre necesita de la juventud para vivir. Estamos dispuestas a instilarle parte de nuestra vitalidad y de nuestra juventud. Pero has de saber una cosa, padre: este hombre lamentará un día u otro el haber venido a pedir a la belleza en matrimonio.

“El padre mandó llamar a su futuro yerno y le dijo:

“Tengo el honor de anunciaros que vuestra petición de mano ha sido aceptada, no solamente por mí y mi esposa, sino por Zineb y Kenza. El único impedimento es que mis hijas gemelas tienen establecido entre ellas un pacto: el ser absolutamente inseparables.

No puedo, por consiguiente, daros la mano de una sin obligaros a que toméis a la otra también. ¿Aceptaríais esta cláusula particular?

“Me hacéis un gran honor con ello. Pero, ¿están ellas conformes? Habéis de saber que por nada del mundo privaría a una joven de su libertad...

“No solamente están conformes con ello, sino que lo exigen. Siempre han sido inseparables... La otra condición es que no desean festejos; se habrá de proceder discretamente.

“El matrimonio tuvo lugar unos días después. Os mudasteis a la casa del anciano que os abandonó a vuestros juegos y sólo se preocupaba de vuestra comodidad. Era rico y feo, pero no tonto. Nunca entró en vuestra habitación. Nunca se consumó el matrimonio.

De vez en cuando os dirigía una carta de amor en la que se lamentaba de la falta de tiempo y de energía para ocuparse de vosotras. De esposas animadas por un sentimiento de venganza, os convertisteis en prisioneras en un castillo de oro del que no teníais posibilidad de escapar.

“El anciano cayó enfermo. Os mandó llamar y os entregó una llave de oro:

“Hermosas mías, perlas mías, las perlas más hermosas, lamento haberos abandonado. Os agradezco que hayáis traído a esta casa la vida que le faltaba. Desde vuestra llegada, mis bienes se han duplicado; mis negocios han florecido y mi pasión por la vida es un bello desquite frente al tiempo.

Vuestra presencia ha iluminado mis largas noches, aunque no las compartiésemos. Sólo pensar que erais dichosas en esta casa me procura alegría. Si os he reunido esta noche es para proponeros que recobréis vuestra libertad. Yo os necesitaba; ahora me toca a mí serviros. Vais a regresar a casa de vuestros padres. Aceptad esta llave de oro; abre un pequeño cofre donde se encuentra parte de un tesoro que vosotras me habéis ayudado a encontrar. Ya lo sé; no estáis al corriente de nada. Sería demasiado largo de explicar. Habéis de saber, no obstante, que gracias a vuestra presencia en estos lugares he conseguido llenar varias arcas de monedas de oro. Es, pues, natural que seáis recompensadas. El cofre ha sido enterrado, durante la noche, en alguna parte de la montaña. El plano del escondrijo no me es conocido, yo tenía los ojos vendados. Nadie sabe dónde se encuentra el tesoro. Dentro de cien años nacerá una niña con el plano dibujado en las líneas de la mano.

Vosotras, probablemente, ya no estaréis aquí para abrir el cofrecillo con esta llave. Pero habréis de darla, de madre a hija, hasta el día que aparezca la que, sin dificultad, conduzca hacia el lugar secreto donde está enterrado el tesoro. Tras mi muerte, deberéis casaros. Tened hijos, que a su vez crezcan y tengan otros hijos, hasta el día en que nazca el último ser que lleve dentro el secreto y libere a la cábila, convertida en prisionera de sus leyendas, abandonada de Dios y de su Profeta.

Desconfiad de la maldad de los hombres. En esta historia, una mujer será portadora de la desgracia de la familia.

"Ése es el enigma; una historia que tiene cien años y que te persigue hoy.

¿Sabes, al menos, lo que ocurrió con Zineb? Se casó con uno de los hijos del anciano, la maldijo su cábila y se quedó con la llave del tesoro.

Aquel casamiento, prohibido por la ley de los hombres y no por el Islam, fue el origen de todas vuestras desgracias.

Poco a poco, los hombres desertaron del pueblo y marcharon a buscar trabajo al extranjero; luego se le despojó de sus niños; los manantiales de agua se agotaron y sólo las piedras permanecieron en su sitio. Creo saber que la tatarabuela de Fatoma fue una tal Zubeida, que no es otra que Zineb, tu hermana gemela en la historia. La llave se perdió o la robaron. El tesoro no existe más que en el cuento.

Tú debes probablemente llevar las huellas de esta historia en las líneas de la mano.

"Ahora eres la única que puede enterrar esta historia. Para ello deberás regresar al pueblo y liberarlo de este maleficio, hecho de sometimiento y superstición".

20

¡Hacer, yo, otra vez, el viaje de vuelta al pueblo! ¡Ni pensarlo! Eso no era de mi incumbencia, y, además, ya no tenía edad como para creer en esas historias del tesoro escondido por un viejo jeque, en un rincón de la montaña que domina y aplasta con su sombra a nuestro pueblo infeliz. A menudo me digo a mí misma que la miseria debe de volver estúpida a la gente. ¡Hay que ver lo que son capaces de inventar para disfrazar la pobreza, adornarla y negarla!

Una noche, la víspera de cumplir veinte años, decidí ordenar un poco todo aquello; primero en mi mente, después en el resto. De un tirón, digamos de un gesto brusco de la mano, eché a Victor y me apoderé de su silla plegable. El personaje dejó de existir y ya no se entrometería en mi vida. Al principio lo había adoptado porque me intrigaba, porque reunía todas las características de un personaje de teatro o de novela. Me había servido, de hecho, pero se tomó algunas libertades con la historia que supuestamente él tenía que controlar.

En lugar de mantenerse a distancia, como atento observador, se había aliado con Malika e intentaba distraerla del camino recto para hacer de ella una "penitente", como dice él.

No le podía perdonar que me hubiese introducido en un cuento de noches y días lejanos.

Despedir a Victor no fue tan fácil. Uno no se quita de encima un personaje como si fuese un trasto viejo. Él regresaba a menudo, sobre todo de noche; se acomodaba en mis sueños y los volvía pesadilla. Me hizo repetir el sueño del cementerio.

Los músicos tenían, cada uno, una sierra y troceaban los cuerpos recién enterrados. Yo estaba pegadita contra un árbol y veía a Victor en el papel de director de orquesta. Dirigía al conjunto con nerviosismo. De vez en cuando se volvía hacia mí con un gesto de la mano, tranquilizador. Él, de hecho, me aterrorizaba. Temía la noche y el sueño, por ser lugar de citas con él. Al final de cada pesadilla, él se inclinaba hacia mí y me decía con voz ronca: "Hasta mañana, hermosa; me gusta la sombra de tus noches; nunca te abandonaré, porque nunca podrás desprenderme de mí. Tenemos toda la vida para querernos y odiarnos. ¡Que acabes bien la noche, hasta mañana!"

Victor seguía siendo un malvado.

Cuando lo incluí en mi historia, no pensé que se incrustaría en ella de ese modo y que se vengaría.

Una noche se me apareció vestido de blanco, con un ramo grande de rosas en la mano. Detrás de él, una anciana vestida con una chilaba blanca traía una bandeja repleta de cortes de tela de seda. Los seguía una joven que mecía un incensario. Por primera vez nuestros encuentros no tenían lugar en un cementerio. Estábamos en una casa grande de estilo andaluz. Victor venía acompañado de su madre a pedirme en matrimonio. Había crecido unos cuantos centímetros y tenía el semblante sereno. Mi padre rechazó su petición de mano porque él no hablaba ni bereber ni árabe. Yo no dije ni una palabra. De todos modos lo hubiera rechazado también. Él decía que estaba enamorado de mí y que no se imaginaba la vida sin mi presencia; amenazaba, incluso, con llevarme a la fuerza; hablaba de raptarme y secuestrarme; yo sabía que era capaz de hacerlo.

"¿Por qué me rechazas, tras haberme inventado? Juegas con los seres como si fueran objetos. Yo no era un hombre corriente. Tú me encontrabas extraño; yo era extraño. Tú querías que fuese perturbador, también lo era.

Me habías dispuesto entre las cosas raras y creías que no tenía existencia, ni sentimientos, ni deseo, ni nada; creías que no era más que una imagen, una quimera que tú colocabas en una esquina, para vigilar a los demás. Yo me he aficionado a este trabajo y a obedecerte, a cumplir tus órdenes, a menudo murmuradas; si no leía en tus labios, lo hacía en tus pensamientos y en tu rostro. Me he aficionado a tu cara, con esa frente alta y esos ojos negros. Me gustan tus ojos y tu sonrisa; me gustan tus labios gruesos y suaves; me gustan tus manos pequeñas y finas; me gusta tu cuello; me gusta tu vientre; me gustan tus pezones; me gusta tu voz, es lo que mejor conozco. No me gustas cuando te enfadas y gritas. No es propio de ti, y sin embargo también eres colérica, quiero decir, nerviosa. Me gusta tu vida, me gusta tu historia.

Eres una heroína. ¿Te das cuenta?

Hace poco eras una pastora que sólo hablaba con las cabras y los árboles. Lo has aprendido todo muy deprisa.

Tienes mucho mérito. Por eso me enamoré de ti. Haría lo imposible para quedarme a tu lado, para que vuelvas a ser mi amiga, mi amada, mi amor. Crees que no soy más que un ser de papel, una sombra que atormenta tu historia. No, yo existo y me quemo por ti. Si sigues rechazándome, te seguiré por todos lados. No tengo nada que hacer más que amarte. Te pertenezco. Y me pertenecerás allí donde te encuentres, allí donde vayas. Te seguiré por todos lados. Hasta el momento he sido discreto. Sólo irrumpo de noche, en tu sueño. No quiero molestar a nadie. Pero pronto invadiré tus días con descaro.

“Creí que entenderías lo que ni yo mismo entiendo; lo que me está ocurriendo me atormenta y hiere. Yo estaba amoldado al silencio y a la oscuridad. En cuanto a mi existencia, te la debo a ti, tengo derecho a reclamar la vida. No puedes decirte a ti misma que sólo era un juego y que, ahora, has de pasar a otra cosa.

Vivía gracias a tu mirada y a la atención que me prestabas. El suelo por el que caminaba te pertenecía, como mis frases, mis gestos, mis escupitajos, tics o insomnios. Al desviar tu mirada de mí has estado a punto de darme un golpe mortal. Me he salvado de la aniquilación porque tuve la suerte de mantener viva tu voz, ahí, en mi caja torácica. Cuando tú hablas, vibran mis bronquios. Tengo un poco de ti en este cuerpo incierto.

Mis pies, de hecho, nunca han abandonado el suelo al que me has destinado.

Me he vuelto lúcido y tengo exigencias. Por el momento, te quiero para mí sólo; pero si lo nuestro se malograra, alertaría a todas las criaturas que creaste y abandonaste después.

“No soy un monstruo, aunque esté hecho de humores, papel, palabras ásperas y notas de música sin armonía.

Tengo, ahora, un corazón lleno de ti y no sé adónde ir; querría evitar caer en lo que llamáis “el dominio público”, donde cualquiera puede conocerme, violar nuestra intimidad o incluso romper la página en donde aparezco, porque no soy ni seré jamás un hombre simpático, un hombre cualquiera que puede fundirse entre la muchedumbre y vivir, tranquilamente, su vida.

“Estoy en el umbral de tus noches y espero. Sigo fiel a ti y a mí mismo”.

Sus irrupciones nocturnas eran cada vez más patéticas. Él insistía, se ponía nervioso y me amenazaba con los peores castigos. Yo empecé a asustarme. ¿Acaso me estaría volviendo loca?

¿O ya lo estaba? Me miraba en el espejo y no veía más que un rostro cansado por el insomnio o por un sueño agitado. ¿Y si los demás personajes hicieran lo mismo? ¿Y si irrumpían todos en nuestra pequeña

casa y se mezclaban con nuestra vida? ¡Menos mal que no introduje en mi historia un ejército de soldados fogosos!

Decidí reaccionar. Había que detener este engranaje y recuperar mis noches apacibles. ¿Con quién podría consultar mi problema? ¿Con la bendita de Madame Simone? Ella era asistente social, ¡pero no psiquiatra! ¿Con mi madre! Sería hasta capaz de llamar a los curanderos a casa. Mis compañeros de la facultad no entenderían nada; se reirían en mi cara y aprovecharían para tratarme de loca.

Yo dudaba de mí; a veces, en pleno día, oía la voz de Victor diciéndome: "Querida, no soy una quimera, un fantasma exiliado en la noche. Es a ti a quien amo y no tengo perdón al ejercer sobre ti esa tiranía; no existo más que por ti y aquí me quedaré mientras respires. Tu desesperación -no digo tu sufrimiento- me aflige; me gustaría tanto ayudarte y poseerte de manera distinta al miedo y la amenaza. Sufro por este amor contrariado y no puedo dejar que la desgracia se apodere de nuestras almas. Tú crees que me has hecho sin alma, sólo cuerpo, una imagen, hinchada como un globo, para simular la vida. Pero he de confesarte que he servido, al mismo tiempo, a otros, a una persona valiosa, que no me ha abandonado. Es un artista, un escultor al que servía de modelo.

Debería decir de él que fue un hombre extraordinario, porque el infeliz murió, con la cabeza hecha añicos, por la obra de hierro que le cayó encima mientras le bruñía los pies. No lo maté yo, fue mi doble esculpido en hierro. A pesar de estar hecho con un material ingrato, el artista me había dado un alma. La guardo cuidadosamente en mí; además, desde el día del accidente, decidí volver contigo. No corres el riesgo de que me caiga sobre tu cuerpo débil. De todas maneras, ya no soy de hierro. Me has hecho de papel; tengo apenas el poder de perturbar tus noches. Con un poco de suerte invadiría tus días. Para ello aún hay tiempo. ¡Querida mía, has de saber que no soy una quimera!"

La historia del escultor muerto a manos de su modelo era auténtica. La prensa lo había comentado. Fue un accidente. El zócalo no resistió. Dos gatos se estaban peleando; uno se agarró al brazo tendido de la escultura, el otro, al precipitarse sobre él, tiró la masa de hierro encima del viejo artista, cayéndole todo el peso en la cabeza.

Así fue cómo se me ocurrió consultar a un escritor sobre el modo de desembarazarse de un personaje inoportuno. Los autores que leía en esa época pertenecían al pasado y estaban muertos desde hacía tiempo. Me decía que si Julio Verne viviese, me habría ayudado sin duda. Había leído también a Victor Hugo y a Benjamin Constant. Mi profesor, Monsieur Philippe De, me los había aconsejado. En aquel momento ya no era su alumna, puesto que empezaba entonces el ciclo superior en una universidad en la que aceptaban estudiantes sin bachillerato. Volví al liceo y pedí una cita con Monsieur Philippe De.

Fue él quien vino a visitarme a casa.

Le conté mi historia; le hizo reír mucho.

—¡Pero, querida, estás fabulando!

¡Es pura fantasía! Eso pasa sólo en tu mente. ¡No vas a convencernos de que Victor existe! Y si así fuese, ¿qué puede hacerte?

—Ya lo sé, pero está al corriente del asunto del tesoro y pretende que, si lo vuelvo a contratar, él me enseñará dónde está escondido... Si no me molestará siempre...

—Pero tú sabes que es una parábola... El tesoro no ha sido enterrado en la montaña; el tesoro es la vida, es el destino, es el amor que vas a vivir... ¡No tiene nada que ver con las monedas de oro! Pero, ¡bueno!, tú ya no eres una niña, no eres la pastora del Alto Atlas. Tu historia merece ser escrita; deberías dejar de soñar con ella. Curiosamente, si la

escribes, los personajes no podrán molestarte más. Y, una vez dicho esto, deberías hablar de ello con alguien que tenga la costumbre de tratar con ese tipo de personajes. ¿Por qué no consultas con un escritor?

—Sí, ya pensé en ello. ¡Pero todos están muertos! ¿Usted me podría poner en contacto con Julio Verne?

—¡Pero yo no soy un médium!

—Pues entonces, póngame en contacto con un escritor vivo.

Monsieur Philippe De se tomó en serio esta petición. Creía que yo quería escribir una historia y que necesitaba los consejos de un novelista. Me escribió una carta de recomendación para un autor famoso que conocía.

Guardé la carta durante unos cuantos días en mi cartera. No me atrevía a hacer la gestión. Tenía miedo.

Miedo de parecer ridícula. Miedo de molestar a un hombre tan ocupado. Leí primero algunos de sus libros. Me fascinaban sus imágenes, pero me extraviaba en sus historias. Encontré en una revista una entrevista en la que decía que cuando él empezaba una historia no tenía ninguna idea de la manera en que evolucionaría ni cómo acabaría, y que los personajes eran quienes le guiaban y provocaban los acontecimientos de su propio drama. Decía también que los personajes son como amigos, gente con quienes vive y de los que le cuesta separarse.

Yo encontraba más interesante lo que decía que lo que escribía. Le dirigí una carta:

Muy señor mío:

Es la primera vez que escribo a un hombre famoso. Le ruego disculpe que me dirija a usted, cosa que le puede parecer extraña, pero necesito sus consejos y si no me hubiese animado mi antiguo profesor, el señor Philippe De, no me habría permitido molestarle con una historia apenas creíble. Sin embargo, lo que me ha decidido a escribirle es lo que usted ha declarado en el 'Magazine des lettres' del año pasado.

Soy marroquí; tengo veinte años; he pasado mi infancia en el Alto Atlas, ocupándome de las vacas, y, a los once años llegué a Francia, a causa de una desgracia ocurrida en mi familia.

Si usted tiene la extrema amabilidad de dedicarme un poco de su precioso tiempo, me gustaría entrevistarme con usted para tratar de un problema particular. El señor Philippe De me ha dicho que usted es un hombre valioso. Y, por último: he leído dos novelas tuyas; me perdí por una de sus callejuelas. Cuento con usted para ayudarme a salir de esta almedina. Si ha tendido la paciencia de llegar hasta el final de la carta, tendré probablemente la suerte de conocerle... Etc.

21

El escritor vivía en una pequeña casa, en donde todo estaba ordenado, ningún niño debía de haber jugado por ahí. Los objetos estaban en su sitio.

Algunos libros y periódicos, sobre una mesa baja, al lado de un sofá de cuero de dos plazas, daban la impresión de desorden. El sofá se veía gastado sólo por un lado. El escritor debía de tener sus hábitos; colocarse en el mismo sitio siempre para leer o mirar la televisión. Yo, que venía de un piso condenado al desorden, con tantos niños, creí entrar en una pequeña iglesia o en una sala de biblioteca. Era una casa llena de silencio; este hombre necesitaba soledad para escribir. Yo me decía: "Pero ¿de dónde sacará todos esos personajes locos, poetas, bohemios, vagabundos y, a menudo, extravagantes?" Observé que cerca de la cocina había una trampilla. Por ahí se bajaba a la bodega. Así que los personajes sólo podían salir de ahí. Debía de ser su territorio, su universo, y también su cementerio. Él se quedaba tranquilo depositándolos en ese lugar oscuro; se quedaba en paz. Quizá era sólo una paz relativa, pero daba la impresión de dominar a sus fantasmas.

Me pareció un hombre maniático -volvía, por segunda vez, a sacar brillo a los vasos con una servilleta limpia-, estaba preocupado. Yo no me atrevía a pensarlo, pero debía de sentirse intimidado por mi presencia; o, para ser exactos, por mi mirada que se iba posando en todo y fisgaba, con descaro, su mundo. Preparó té y me dijo, en un tono de hastío:

-¡Así que usted escribe!

-No señor, yo no escribo; yo sueño e imagino.

-Yo también sueño e imagino, pero no me quedo para mí sólo con todo eso. Me libero de ello para vivir. ¿Usted se da cuenta, si tuviese que quedarme con todas esas imágenes, todas esas historias para mí solo? Hace tiempo que me hubiese vuelto loco.

-¿Es cierto que sus personajes son los que le dictan sus libros?

-No es totalmente cierto. Pero un personaje es, ante todo, libertad. No se puede disponer de él como de una cosa maleable. Digamos que la escritura es un trato establecido entre el autor y sus personajes. A mí me gusta contar historias. Cuando empiezo una, soy incapaz de saber qué va a pasar.

Eso es lo que me apasiona. Si supiese todo de antemano, ¿dónde estaría el placer? El placer de escribir reside, justamente, en las sorpresas que me deparan los personajes. Algunos me juegan malas pasadas, otros me decepcionan, otros, por último, me seducen y me enamoro de ellos; me cuesta separarme de ellos; me ocurre a veces que rompo algún capítulo por el placer de encontrármelos de nuevo, y volver a vivir con ellos, durante algunas páginas. Otras veces, los vuelvo a acomodar, con otros nombres o con una nueva función, en otro libro. Son, en general, mis amigos. Se les da vida y consistencia. No se les puede dejar solos en la carretera que conduce al infinito. Son seres que respeto, porque les debo mis libros, aunque yo sea el que se los imagine. ¿Amigos? En efecto; pero hay que desconfiar de ellos...

Aquel hombre silencioso y reservado, al acabar el té, era otra persona. Afable; yo lo escuchaba con los ojos abiertos como platos. Me sentía dominada por su palabra. Movía las manos; ya no tenía aquella expresión sombría e inquieta. Se respiraba un ambiente de confianza. Yo miraba de otra forma la casa y los objetos ordenados. Me sentía a gusto. Le conté lo que me había pasado con Víctor. Me escuchó atentamente, esbozando, de

vez en cuando, una leve sonrisa.

—Es la primera vez que me vienen a ver por un problema así. Confieso que me siento halagado. Así que, para que usted se sosiegue, debo contarle un sueño. Después comprenderá que sólo hay una solución para conseguir salir de ese apuro.

“Hace algunos años estaba escribiendo una novela sobre el tema de la humillación. Usted sabe que, en nuestro país, se humilla con facilidad a la gente. Cada vez se va perdiendo más la dignidad. La gente se resigna; ellos aceptan y acumulan el desprecio, hasta el día en que salen a las calles y lo destrozan todo. Esto ha ocurrido varias veces en los últimos años. La policía y luego el ejército cargan y tiran sobre la multitud. Bueno; yo partía de la idea de un niño que acaba de nacer y que es abandonado. Lo encontrará una mujer vieja y dos vagabundos que viven en un cementerio.

Había que llevar al niño a la tumba de un hombre, un combatiente que se había hecho famoso por tres virtudes:

la resistencia ante el ocupante, la voluntad de vivir en libertad y con dignidad, la valentía llevada con rigor. Para el recién nacido esa tumba —yo así lo interpretaba— era el símbolo de una búsqueda de sus raíces. Los tres personajes debían atravesar el país de norte a sur. Era para mí una manera de hacer un retrato de un país y de sus problemas. Pasaron por varias ciudades y pueblos. Llegados a Marrakech se instalaron en la gran plaza. Era verano, hacía mucho calor.

Yo había tomado algunos días de vacaciones, así que dejé de escribir. Fui a Esauira, donde hacía más fresco; el mar allí es muy bello. Una noche tuve un sueño: un sol de plomo caía sobre la gran plaza de Marrakech. No había nadie. De hecho, no todos se habían ido; en medio de la plaza había tres vagabundos con un cesto donde dormía un niño. Me acerqué y reconocí a mis personajes: la mujer vieja que cuidaba del niño y los dos hombres; uno era un marginal y el otro un pobre de espíritu. Este último me tiró de la manga y me dijo:

“—Pero, ¡tú debes ser un malvado o un inconsciente! ¿Cómo has podido dejarnos aquí, bajo este sol de justicia, en esta plaza donde no hay ni un árbol ni un lugar en sombra? Nos estamos derritiendo. Te aviso: si nos dejas algunos días más bajo este calor, desapareceremos, evaporados, disueltos por el sol. Tienes que sacarnos de aquí. Si no sabes adónde ir, no te queda inspiración, o te falta algo, estamos dispuestos a ayudarte...”

Conozco un sitio muy bonito con un manantial de agua y mucho verde. Sólo podremos ir allí si nos liberas. Tú tienes ese poder. ¡De haberlo sabido, nunca habría aceptado ser un personaje de un escritor que no es famoso; un escritor al que se le agota la inspiración, sin fantasía y que, en lugar de intentar romperse los sesos, se va a la playa! ¡Qué desgracia! ¡Para colmo estamos pegados al suelo con una cola importada del Japón! Has de compadecerte de los que rellenan tus libros. Sin nosotros no eres nada.

“En ese momento la mujer lo hizo callar, y se dirigió a mí, en tono conciliador:

“—Tú y yo ya nos conocemos. Me parece que estoy en todos tus libros. A veces hago de comparsa, pero aquí soy la que guía al grupo. El calor no me asusta. He conocido cosas peores. Lo que me preocupa es el crío. Lo debemos llevar a la tumba del jeque Ma El Ainin, ¿no es cierto? Así que coge un mapa y dime dónde hay que ir. Si estás cansado te esperaremos, pero no aquí. Esta plaza es exclusivamente de los narradores de cuentos, los sacamuelas y los encantadores de serpientes. Nosotros no tenemos nada que hacer aquí. La gente que nos hace corro espera que les contemos cuentos.

Si tú no nos liberas acabaremos por desvelar tus secretos, lo que escribes de nosotros. La vida de esta gente no nos gusta. Nosotros tenemos una misión que cumplir. O vamos hasta el final, o dejaremos de vivir, al menos para ti.

“Mientras hablaba yo le miraba detenidamente la cara. ¡No tenía edad! Sus facciones eran armoniosas y se desprendía de ella una serenidad de gran belleza. Quise acercarme a ella para tocarle la mano, pero todo quedó envuelto de repente en una luz cegadora. Era el sol que penetraba en el cuarto del hotel. Me quedé deslumbrado y maravillado por esta visión. Era más que un sueño; era una revelación.

Sin tan siquiera tomar café me puse a trabajar y retomé la novela por donde la había dejado. Hice que se fueran de Marraquech a toda prisa. Sin saber de antemano dónde llevarlos les inventé un pueblo. Les di un nombre y una función y mis tres personajes prosiguieron el viaje, a su antojo, por un país imaginario.

Yo lo escuchaba algo incrédula. Me preguntaba si no se había inventado esa historia sólo para mí, para responder a mi pregunta y tranquilizarme un poco.

Después de un silencio, me dijo:

—Ahora ya sabe lo que tiene que hacer.

—¿El qué?

—Escribir. Además, si usted se ha inventado personajes para pasar el tiempo, quiere decir que existe un deseo de escribir, pero no se atreve.

—Pero, aunque tenga deseos de escribir, no quiero... Cometo errores, conjugo mal los verbos, confundo los tiempos, y además... soy muy impaciente.

—Sí, pero precisamente si la escritura se impone con urgencia es cuando hay que escribir; y escribir cosas urgentes.

—Usted ya tiene costumbre. Leí en un periódico que esperaba la noche para escribir, y que el día lo pasaba sin hacer nada. Por la noche usted se pone ante la máquina y adelante...

—No es tan sencillo. Durante el día, como no escribo, trabajo; observo a la gente y a las cosas, leo, me informo, ando por las calles, miro a la gente vivir. A veces, me paso todo el día espigando archivos en la Biblioteca Nacional. La escritura es un placer que se prepara mediante el trabajo. El hecho de vivir aquí, lejos de mi país, fomenta en mí una gran curiosidad por todo lo relacionado con la historia, el pasado y el presente de mi tierra natal.

—Usted no es un exiliado...

—No; no lo soy; yo guardo distancia, físicamente, con nuestra tierra. No; el exilio es una desgracia, una invalidez, una larga e interminable noche de soledad. Guardo en mí una imagen muy triste de un viaje a un bello país, Suecia. Es un país que respeta los derechos del hombre y los defiende por todo el mundo; ha optado por una política de emigración adecuada y cuando acoge a exiliados políticos les garantiza seguridad y trabajo. Encontré allí un día a dos árabes que habían huido de la dictadura de su país, ya no sé si era Irak o Siria.

Me abordaron en la calle para hablar conmigo. Sus caras reflejaban cansancio y tristeza. Me dijeron que no podían quejarse de la acogida que les habían dado, pero que echaban mucho de menos su país. Uno de ellos me explicó que la tierra natal es no sólo las llanuras, las montañas y los árboles, es también el viento, el calor, el polvo de otoño, los olores de la ciudad vieja, los aromas de la cocina, la lengua hablada con un deje particular, etc. Los dos hombres, para colmar las brechas abiertas del exilio, se dedicaron a escribir. La escritura se impuso a ellos como algo urgente.

Cada uno llevaba un manuscrito bajo el brazo. Se paseaban por las calles

de G9teborg con la suma acumulada de su melancolía, sus angustias y sus esperanzas, consignada en un grueso cuaderno, en una lengua que casi nadie en Suecia entiende. Esta imagen me ha acompañado siempre. Hay en ella una mezcla de desesperación y de esperanza. ¡Escribir! Escribir para no volverse loco, para agarrarse a sus raíces, para verter los silencios, prolongados y dolorosos que se cruzan en nuestras vidas.

—¿Y usted?

—A mí me gusta decir: “¡Escribo para dejar de tener un rostro!”

Escribo para alcanzar un anonimato total, donde sólo el libro habla. Ya lo sé; es pretencioso. Aspiro a cierta humildad... Pero creo que nos hemos alejado bastante del objeto de su visita.

Yo no había sentido pasar el tiempo. Al hablar, de vez en cuando, se fijaba en mis manos y se le escapaba una frase del tipo “Sus manos son delicadas”, o bien “Sus pestañas son largas; para proteger su mirada”. Se había hecho de noche. Era la hora, para él, de sentarse a la mesa a escribir, y para mí de tomar el tren y regresar a mi barrio gris. Me agradeció la visita:

—Vuelva a verme, aunque Victor no la persiga más; tenemos muchas cosas que contarnos. La próxima vez será usted la que hable...

En efecto, pasé la noche con la imagen del escritor, no con Victor que, como por arte de magia, había desaparecido. Las imágenes de nuestra entrevista pasaron, una detrás de otras, ante mí durante toda la noche. Ya no sabía si soñaba o estaba despierta... Volvía a escuchar la voz de aquel hombre que me intimidaba. Su cara y sus palabras se mezclaban; y yo me extraviaba entre callejuelas sinuosas.

A la mañana siguiente, en la facultad, me quedé dormida durante la clase de derecho administrativo. Dormí sin sueños, sin nubes, sin palabras.

Cuando me desperté, no quedaba nadie en el anfiteatro.

Aquel encuentro me hizo pensar en Mario. Era un artista más impulsivo y menos sutil que el escritor; entonces yo me sentía más atraída por la pintura que por los hombres; ellos me asustaban.

Daría mucho por borrar por siempre uno de mis peores recuerdos: Rahu, el hijo mayor de nuestros vecinos del pueblo, aprisionando entre sus piernas a una pobre cabra, intentando introducir su miembro en el ano del animal. Al entrar en el establo a buscar heno, me sentí horrorizada por aquella escena. La cabra tenía los ojos desorbitados y gemía. Él le había tapado el hocico con un trapo e intentaba mantenerse en equilibrio; la operación era violenta. Quise gritar, pero no podía. Estaba sofocada y me entró miedo. Al verme, Rahu soltó al animal y corrió a esconderse en el establo. Pasé todo el día sollozando.

Esa escena adquirió enormes proporciones en mi mente; se inmovilizaba, volviéndose cada vez más espantosa.

Yo tenía entonces apenas diez años; nunca perdonaré a ese bruto el haberme ofrecido la imagen más terrible de mi infancia.

¡Qué pena no poder poner en limpio los recuerdos! Sólo nos quedaríamos con los que preferimos y nos ayudan a vivir. Me gustaba el estudio de Mario, su desorden, las paletas llenas de colores, la luz del final de la tarde; pero su impaciencia, su fogosidad me molestaban. A veces pienso en él; era demasiado joven para comprender todas sus emociones.

22

Yo también escogía la noche para escribir. ¡No tenía más remedio! En casa, el silencio y la tranquilidad sólo se conseguían después de cenar, cuando mis hermanos y hermanas se habían ido a la cama. Retiraba la mesa de la cena y abría el cuaderno grande en el que iba anotando cosas. No era exactamente un diario. Contaba mis historias, fantaseaba, me divertía, seguía los consejos del escritor; a Victor le inventé una vida más apacible, con menos aventuras; y así dejó de importunarme. Victor se alejaba, poco a poco, de mis noches. Ya no me perturbaba. Le encomendé como tarea que encontrase a Rahu; se fue en su busca; tenía que detenerle y expulsarlo del país de mi niñez; allí es donde fui introduciendo el rostro del escritor o quizá fue el país de mi niñez, anterior a la maldición, el que se mezcló, con el perfume y la sombra, a mi encuentro con él.

Inmóvil en la noche, fijaba esa imagen hasta que se enturbiaba. Sentada; con firmeza; en la oscuridad; la imagen se había ensombrecido y convertido en una parte de la noche, mi noche. La pared que se alzaba entre ella y yo se llenaba de sombras, a medida que mis ojos se iban cansando. Los tenía húmedos; petrificados ante la espera; fiel al recuerdo que en mí brotaba. La pared, una piedra erguida, meciéndose en el silencio.

Su cara sólo surgía en la oscuridad de mis ojos cerrados. Yo apretaba los párpados hasta que se encendían estrellitas. Era normal; necesitaba esa oscuridad para dibujar el retrato de aquel hombre cuya voz me llegaba aún cálida y maliciosa, serena, con fingida dulzura; la voz me traía sus facciones y yo fijaba su mirada y luego su sonrisa. Supe, en ese instante, que no necesitaba ya inventar personajes para soñar y resistir la noche.

De pronto, mis ojos, que intentaban capturar una estrella sobre un fondo negro, se llenaron de lágrimas. Las sentí correr por dentro; sentí dolor. Las estrellas húmedas se desmenuzaron, en señal de pena o alegría, difíciles de nombrar. El color negro se volvió gris, luego blanco. Ya no veía nada; necesitaba la presencia de él.

Ya no toleraba ninguna quimera.

¿Dónde estaría ahora? Su casa se alejaba en el tiempo. ¿Estaría sólo? Quien escribe de noche no soporta que nadie esté durmiendo a su lado. Lo supe después. Él le temía a la noche.

Se quedaba despierto aunque no escribiese. Decía: "¡O ella o yo!" A menudo era ella la que ganaba y el sueño, sin su consentimiento, se apoderaba de él. ¡Cuántas veces se quedó dormido, sentado en la silla, con la cabeza reclinada sobre la mesa de trabajo, y una mano encima de la hoja de papel! A veces salía y caminaba por las calles durante horas. No le gustaban los bares pero merodeaba por las estaciones, en busca de personajes perdidos en la bruma que se habían equivocado de país o de siglo. Tenía el don de localizarlos y hablar con ellos. Decía que sus novelas estaban llenas de seres marcados por el fracaso y el dolor de vivir. Leía en sus rostros, como Philippe De leía en las manos; adivinaba sus heridas y su desesperación. A menudo se encontraban con emigrantes sin papeles, sin dinero y sin domicilio. ¿Los ayudaría? Sin duda, discretamente. Más tarde me dio a leer 'Le livre de Zina', el diario de una joven marroquí que, al parecer, se lo había mandado justo antes de darse la muerte.

Era un cuaderno donde estaba apuntado todo, hasta lo más íntimo y doloroso.

Me había pedido que lo leyese con atención, allí, en su mismo escritorio. La letra era fina, pulcra, sin tachaduras. Los hechos estaban fechados y narrados sin adornos. Lo hojeé al azar:

'Miércoles, 29 de octubre'. Acabo de cumplir diecisiete años. No me siento orgullosa ni feliz. Mi madre, una vez más, está encinta. Tiene los ojos tristes. Me gustaría liberarla.

Bastaría con una cuchilla fina que la atravesase el vientre. Pero me horroriza la sangre. Tampoco soporto la mía. Cuando me quito la compresa, cierro los ojos; la envuelvo en papel y la tiro a la basura sin mirarla. ¡Dien que la sangre del cordero es la de la inocencia! ¿Es ése el motivo para aceptarla? El día en que mi padre degüella el cordero de la Pascua del Sacrificio es, para mí, un día de desolación. En fin, cambiemos de tema.

('Sin fecha'). Son las once. Imposible dormir. Mi hermano, el pequeño, ronca a mi lado. Mis dos hermanas parecen despreocupadas. No saben lo que les espera. ¡Ay, si pudiese hablarles, decirles lo que pesa la densidad de una noche sin sueño!

¿No sería mejor ponerse a salvo?

'5 de noviembre'. Mi padre llega tarde a casa. No habla con mi madre. Se queda dormido en el sofá, con el pantalón arrugado. En cuanto se mueve un poco, el sofá chirría. Lo oigo roncar. La casa está llena de tristeza. No ha pasado nada nuevo; pero el tiempo, en cuanto entra aquí, se vuelve espeso y pegajoso.

'Finales de diciembre'. Nuestros vecinos españoles preparan las fiestas. Odio las fiestas de fin de año, en las que todo el mundo debe sentirse feliz. Mi hermano pequeño pide un árbol de Navidad. Le dieron un guantazo como respuesta. Mi padre sigue sin hablar; él zurra. Mi hermano ha dibujado en una hoja grande un árbol y le ha pegado estrellitas. Mi madre hace sus rezos.

'2 de febrero'. Me ha vuelto a acosar. Me esperaba a la salida del liceo. Me repugna. Es tan feo que dan ganas de vomitar. Quise gritar en la calle. Me dio una bofetada y puso a la gente de testigos: ¡le falta el respeto a su padre! Grité: no es mi padre, es un sádico. La gente le dio la razón a él. Pude escapar corriendo.

'5 de febrero'. Ha empezado el chantaje. Un niño me entregó esta mañana a la salida del liceo un sobre grande de color beige. Dentro había una foto con un montaje muy bien logrado: mi cara recortada y pegada sobre el cuerpo de una joven desnuda.

La chica está a gatas. En otra foto -ésta no es un montaje- se nos ve a él y a mí, al lado de una fuente de un parque. Él tiene la mano ligeramente apoyada sobre mi hombro. Fue el día en que lo vi por primera vez. Le había llevado mis poemas para que los leyese y, eventualmente, los publicara en su revista. Yo no sabía que ése era el anzuelo para atrapar a las chicas.

'6 de febrero'. Han colocado en nuestro buzón otra foto, aún más obscena que la anterior, con las palabras siguientes: "Tú sabrás. Esto no es más que una muestra. Tengo otras fotos de la época en que posabas para los alemanes. Ven a verme el 10 de febrero a las 17 horas a la sede de la revista".

'7 de febrero'. Quiero ir a quejarme a la policía. Pero no me atrevo. Tengo miedo, ese hombre es un indeseable y sin escrúpulos. Dicen que hasta podría ser, él mismo, de la policía. No tengo con quién hablar. Tendría que haber desconfiado de él desde el primer día. Hakima, que me lo presentó, dice que no es peligroso:

ha debido de pagar, ella también.

Acabará matándolo.

'8 de febrero'. Mi padre ha pegado a mi madre.

'9 de febrero'. Mi madre ha pegado a mi hermano.

'9 de febrero'. Los vecinos se han enfrentado. Y yo he de enfrentarme sola con un enfermo sádico, un viejo pegajoso. Decido aceptar la cita. ¿Cómo es posible que un pervertido actúe impunemente en una ciudad donde se sabe todo? ¡Qué ingenua que fui!

Nunca debería haber aceptado hacerme a su lado esa foto, supuestamente un recuerdo. Si mi padre se entera, me dará una paliza. Mi madre ya es suficientemente desgraciada como para escucharme. Esta mañana encontré otro sobre que habían deslizado bajo la puerta. Afortunadamente, lo descubrí yo. Esta vez la chica (con mi cabeza) está sentada desnuda en las rodillas de un europeo, también desnudo; él le acaricia el pecho. El montaje es perfecto. Es diabólico. Esto se tiene que acabar. Me sacrificaré, si es preciso. A él, aparentemente, no le pueden pillar en nada. Tengo que describirlo: es flaco como un clavo oxidado. Es miope y lleva unas gafas grises. Tiene la nariz puntiaguda y los labios inexistentes; es un pellejo asqueroso. Es el ser más horroroso de la ciudad. Es la encarnación del Mal. Ahora sé que siempre se ha ensañado con chicas muy jóvenes, pobres y sin recursos. Tiene fotos de ellas colgadas en su despacho. Son sus trofeos de caza. Acostumbra a hacer chantaje hasta que consigue su propósito. Cualquier chica que se le acerque tiene su vida manchada, podrida para siempre. Conmigo, no va a tener esa satisfacción. Dejo este diario como testimonio de mi desgracia: un hombre -un depravado- puede, hoy día, mancillar a una joven inocente sin que nadie le moleste. Os doy su nombre, su dirección. A ti, lector de este diario desesperado, te corresponde denunciarlo a la justicia. Dentro de un momento, voy a la cita con él. Le daré lo que desea a cambio de las fotos. Luego me encerraré en casa y me tragaré la caja de somníferos. Hay que eliminar a ese hombre de la vida. Es un criminal. Tiene dos domicilios, uno en Rabat, otro en Tánger. Ofrezco mi vida, en sacrificio, para que este canalla no pueda perjudicar a nadie más. Si la justicia no cumple con su labor, tú, lector, podrás vengarme. Yo no puedo defenderme, salvar mi honra y proteger mi virtud, más que dándome la muerte aunque mi religión me lo prohíba.

¡Adiós!

23

Hace veinte años que me fui del pueblo. Los he contado. Veinte años y unos cuantos días. La idea de volver me obsesiona desde hace algún tiempo. Pienso en ello y me imagino lo que hubiera podido crecer en esa tierra colorada. Probablemente otras piedras, otras chumberas. Recuerdo un inmenso campo de piedras y de guijarros que se extiende hasta el pie de la montaña. Allí había árboles y un poco de agua. Al lado de cada casa había un montículo de tierra. Nos subíamos encima para ver a lo lejos, para observar a las mujeres trajinar en las azoteas, para esperar el viento. Cuando estaba enfurecido, se le veía levantando la arena hasta formar una bola blanca. Enseguida nos alcanzaba, nos zarandeaba. Yo me quedaba en la colina, con los pies descalzos pegados a la tierra. Me decía: sólo este viento enfurecido y rabioso podrá darme alas. Extendía los brazos, intentando mantenerme en equilibrio. ¡Cuántas veces me caí de espaldas, con las piernas por los aires, la boca llena de polvo, con el pelo manchado de tierra roja y los ojos llenos de granos de arena! Los otros niños se reían. Yo me levantaba y me colocaba de nuevo de pie hasta que pasase el viento. Luego, volvía a casa, triste pero no desilusionada. En invierno, no se veía el viento.

Se oía. Se anunciaba con unos silbidos lejanos. Yo sabía que ese viento no me daría alas. Salía de todas formas, envuelta en una manta roja; subía a una pequeña colina para oírlo pasar y adivinar cómo jugaba con el aire frío; temblaba. Pero me gustaba saludarlo. Casi nunca me perdía ninguna de sus visitas. Por la noche me asustaba salir. Los perros hambrientos aullaban como lobos. Quizá tenían miedo del viento. Desde el fondo de la habitación hablaba con él, le contaba cómo había pasado el día, le decía mi vida. Cerraba los ojos y lo veía dar vueltas alrededor de la casa.

Le decía: "¿Cuándo harás que me crezcan alas en la espalda o en los brazos para irme de aquí? Ya lo sé; vendrás un día y me llevarás contigo, soplarás en el sentido adecuado y volaré sin esfuerzos; iré donde tú quieras, donde ya no tenga que esperar. Me dejarás en la rama más alta del eucalipto. Me quedaré allí algún tiempo observando a los hombres y a las mujeres, y luego, cuando tenga hambre y sed, bajaré... Habrá un jardín y, en medio, un arroyo. Las mujeres trabajarán la tierra cantando. Los hombres irán sobre sus mulas al mercado. Yo no guardaré las vacas.

Ya no me aburriré contando las piedras blancas de la tierra roja. Mi cuerpo frágil será invisible. Nadie se dará cuenta de mi presencia. Cuando me mueva, dirán: "¡Mirad, se mueve el viento!" Iré rápido sin pisar los tomates y las flores. Comeré poco y beberé mucha agua. Zambulliré la cabeza en la fuente y me beberé el agua. Necesitamos tanto el agua, aquí, que mi sueño más dulce es que me depositen en una fuente. Nadaré, bailaré, cantaré, rezaré hasta convertirme en muchas gotitas de agua.

Me convertiré en un brazo del arroyo y me deslizaré hasta regar mi pueblo.

Sin ti, si no me ayudas, si no me empujas, nunca conseguiré realizar mi sueño. Es mucho pedir; pero, yo sé, porque me lo dijo mi abuela, que oyes los ruegos de los niños. ¿Sabías que hay que cavar hasta sesenta metros para encontrar agua? Así que nadie cava. Todo el mundo espera la lluvia para llenar las escasas reservas. A veces, un camión nos trae agua en una cisterna. Viene de Imiltanut, donde el agua corre por las tuberías. No siempre sirve para beber. Madre la hierve desde que el hijo del tendero se murió después de beber agua de la cisterna. El enfermero de Imiltanut

nos lo dijo. Es buena persona. Cura a todos con las mismas pastillas blancas. A menudo nos dice: _"Yo no sé nada; no soy más que un pobre enfermero_". Por eso tienes que venir. Te espero. Te esperaré todo el tiempo que quieras. Mi tío trajo el otro día una cajita que hace música. Es una radio. La gente habla dentro. Te oí soplar a ti también, con unos silbidos agudos. Debes de estar contrariado por un viento más fuerte que tú, que viene en otra dirección. Cuando os encontráis, se arma mucho ruido y polvo. Los gatos maúllan de una forma extraña cuando os acercáis al pueblo.

Entonces, se recogen los niños en las casas, por lo de la enfermedad de los ojos; todos tenemos los ojos malos; el enfermero lo llama trakuma. Es una enfermedad traída por un mal viento.

Tú nunca serás un mal viento, puesto que me vas a liberar de estas piedras y de estos largos días en los que no ocurre nada. En la huerta donde mi padre ha plantado una higuera y un olivo, la tierra se ha derretido.

Serpientes y escorpiones se guarecen en ella. ¿Por qué no espantas a estos bichos de aquí, de un escobazo? Sé cómo jugar con ellos para que no me piquen. Pero ya no me gustan. Ya no me divierten. Incluso para jugar te necesito. Mi tío ha colgado una cuerda de los maderos de una carreta boca abajo. En un extremo ha hecho un nudo. Nos pasamos el nudo por la cabeza y nos deslizamos hasta encajarnos.

Con las dos manos agarramos la cuerda; así hacemos un columpio. Cuando estoy sola, te espero para que me mezas. Los niños no saben empujar. Son o violentos o demasiado endebles.

Contigo, me despego con un movimiento acompasado, cierro los ojos y sueño.

El columpio nos hace pasar el tiempo.

El día en que mi tío necesita la carreta tenemos que inventarnos otros juegos. Así es cómo he aprendido a jugar con las serpientes y los escorpiones. Es muy delicado. Los gestos deben ser precisos y no hay que tenerles miedo. El truco está en impedir al escorpión que pique, desarmándolo.

Cuando conseguimos cansarlo, lo metemos en un cuenco de agua y observamos cómo se ahoga. Con las serpientes el juego es menos delicado. Se las agarra con una caña con el extremo afilado y se mueve ésta hasta que se mareen. A veces se les corta la cabeza; siguen contoneándose y luego las tiramos. Los perros se la tragan a toda velocidad. A veces se pelean por una infeliz serpiente, que no tiene nada de apetitosa. El hambre, es eso: luchar con todas las fuerzas por nada".

Vuelvo a ver aquel trozo de cuerda transformado en columpio. Ni siquiera es una cuerda, sino un trozo de tela resistente, aprovechado de alguna sábana vieja. Mi padre solía colgar de la higuera un viejo neumático entre dos cuerdas y nos pasábamos el día columpiándonos. Nos subíamos dos en la rueda y otro nos empujaba. De costumbre, yo me las arreglaba para estar con Brahim, mi primo de ojos claros.

Era guapo y lo llamábamos "rumi" porque con esos ojos grises parecía un extranjero, un francés. Yo, entonces, no había visto nunca a un extranjero, pero me decía que los rumis debían de ser guapos. Me los imaginaba todos con ojos claros y dulzura en la mirada. Calificábamos de "rumi" todo lo que era bello: un pollo, una chaqueta, una manta ligera... Brahim tenía dos años más que yo.

Me lo habían asignado, o, más bien, lo lógica y la naturaleza de las cosas nos destinaban a ambos al matrimonio.

Nada estaba dicho. Todo estaba escrito en un cielo límpido e inmutable. De vez en cuando nuestras madres bromeaban y, para que no hubiese ambigüedad, los días de fiesta nos vestían de manera especial. Los dos

éramos guapos y no sabíamos si era un juego o si la vida empezaba para nosotros.

Nos íbamos a pasear cogidos de la mano. Solíamos recorrer las azoteas, pasando de una casa a otra por escaleras tambaleantes. Era divertido; intentábamos ajustar el pie de la escalera con un pedrusco. Brahim agarraba la escalera mientras yo subía.

Él cerraba los ojos para que yo no me azorase; no había nada que ver bajo el vestido; yo llevaba zaragüelles. Nos reíamos. Luego escalaba él y corríamos por la azotea. Sorprendíamos a los perros pegados uno a otro y nos reíamos a carcajadas. Sabíamos lo que hacían pero eso no nos apuraba. Los animales no tenían por qué esconderse para eso. Pero el día que vimos a Rahu correr detrás de la cabra para hacerle como el perro a la perra, no tuvimos ganas de reír. Nos asustamos.

Brahim me puso la mano en los ojos para impedir que viese esa escena horrible. Me cogió en sus brazos y me dijo: "¡Tú eres todo para mí; eres mi prima, mi hermana, la luz de mis ojos, mi novia y la mujer de mi vida!" Hablaba con naturalidad y le gustaba emplear imágenes. Al llegar la noche, no supimos cómo volver a nuestra azotea. Estaba oscuro y el cielo cubierto. Nos habíamos perdido. Oíamos de lejos cómo nos llamaban y llegaba, en el silencio de la noche, el eco de nuestros nombres. No nos atrevíamos a responder, por miedo a despertar a los dueños de la casa. Nos habrían confundido con ladrones y nos habrían pegado. Cómo podían adivinar, en la oscuridad, que éramos unos chiquillos extraviados en vez de ladrones. Así pues, no nos movimos. Y me quedé dormida recostada en el hombro de Brahim. Recuerdo haber tenido un sueño muy bonito, lleno de colores y de luz:

una manzana roja encima de una mesa de color azul, una rama de olivo enjalbegada; y, afuera, chumberas de todos los colores, brillando de lejos. Iba vestida con hojas doradas y mi galán llevaba un sombrero de paja en el que un pájaro había hecho su nido. De la manzana roja salió, de pronto, un polluelo amarillo. Gorjeaba. La mesa se volvió blanca y grande. Se movía, avanzaba, bailaba. Las higueras se abrían y despedían un perfume muy fuerte. Me mareaba. Me levanté y me caí. Brahim estaba encima de la mesa y dibujaba cosas en el aire. Con el dedo, que había empapado en un bote de pintura verde, dibujaba una paloma que, una vez terminada, se echaba a volar. Con el dedo iba trazando ondas y yo veía el mar. Fue la primera vez que vi el mar. No era ni azul ni verde, sino rojo, como la tierra de nuestro pueblo; las olas eran blancas como las piedras sembradas en nuestra tierra. El mar se acercaba a nosotros, empujado por un viento fuerte.

Tuve frío. Me apreté contra Brahim.

Nos sumergió una ola. En ese instante me desperté. Vi a un hombre que se disponía a taparnos con una manta de lana. Abrí los ojos y grité. Brahim se sobresaltó. El hombre nos dijo:

"¡No tengáis miedo! Vuestros padres os están buscando. Ya saben que estáis aquí. Seguid durmiendo".

Ya había amanecido; acababa de salir el sol. Hacía frío. Me puse a llorar. Brahim me limpió las lágrimas. "No tienes nada que temer -me dijo-, yo estoy aquí, estoy contigo, tú eres mi mujer y yo soy tu marido. Eso es lo que voy a decirles..."

Fue mi tío el que se encargó de darme golpes con una vara en las plantas de los pies, no mi padre; él no estaba, de todas formas. Debía de haberse ido a la ciudad, a Agadir o a Marrakech, a recoger sus papeles para el pasaporte.

Mi tío siempre tuvo una mirada de malo. Se dejaba crecer la barba, más por pereza de lavarse que porque le favoreciera. La barba, tupida y espesa, la llevaba sucia; se le llenaba del polvo rojo de la tierra. En

la cabeza siempre llevaba la misma "taguía". Dormía con ella puesta y, como se lavaba poco, nunca se la quitaba. Era un hombre envidioso y triste. Mi padre decía que "aquel hermano había sido un error", sobre todo desde su casamiento con aquella extranjera; no una cristiana, sino una mujer de otro pueblo. Fue ella la que sembró la discordia en la familia al no respetar a las personas mayores ni las costumbres de la cábila. Estoy segura de que fue ella la que le instigó a pegarme. No intento disculparlo, pero él no hacía nada sin el consentimiento de su mujer, que le reprochaba su carácter débil. A falta de temperamento, tenía maldad. Decían de él que tenía un corazón negro, y su mujer una lengua de bicha. Quizá por eso nunca tuvieron hijos. Mi abuelo les había echado una maldición en su lecho de muerte. Había dicho: "Me voy con el corazón encogido, no porque la muerte me asuste, sino porque dejo tras de mí un hijo indigno, un hombre sin coraje, sin bondad, sometido por completo a una mujer, esa extranjera que ni siquiera es capaz de darle un hijo; ella ha despreciado nuestra tierra y nuestros bienes. No es que tengamos muchos, pero es lo bastante para vivir. En cuanto llegó, no hizo más que hablar de miseria y de pobreza; con ella llegaron los problemas. Fue la sequía la que nos la trajo al pueblo.

En lugar de repudiarla y devolverla a su lugar de origen, el lerdo de mi hijo se ha aferrado a ella y se ha tragado todas las pociones de brujería que trajo consigo. La brujería está en contra de la religión. Mi hijo ha traicionado a su familia y a su religión. Me voy entristecido, deseando que se reúna lo antes posible conmigo esta pareja, en este viernes en el que el cielo nos escucha".

Murió durante la noche, durante el sueño. Algunos días después, un hombre del pueblo trajo a mi padre una convocatoria para presentarse en Imiltanut a una revisión médica. Era la señal de que habían aprobado su expediente para irse al extranjero.

En una semana los papeles estuvieron listos. Mi padre obtuvo un pasaporte y un contrato de trabajo. Nos enseñó la libreta verde, largamente esperada, y una hoja gris con su foto. Estaba emocionado e intranquilo. Yo subí a la colina y miré a mi alrededor: no había nada sobre la tierra, sólo piedras y algunas matas de mala hierba.

La sequía era una maldición. A lo lejos veía las montañas yermas sin nieve; al menos, al pie de ellas, había algo de verde. Los más afortunados conseguían llevar allí sus bestias. Nosotros nos contentábamos en el heno que almacenábamos. No había nada que añorar de esta tierra maldita donde no crece nada. El cielo lo sabía, pero seguía indiferente a nuestra desgracia.

24

Han pasado veinte años y ahí están la misma tierra, el mismo horizonte, las mismas preguntas. La tierra, que se extiende hasta perderse de vista, no ofrece ninguna ambigüedad. Es llana; seca y yerma. Un camino surcado por las carretas la atraviesa por el centro y se pierde en el infinito, en el cielo. El camino es el punto de mira de los niños que esperan a la camioneta del tendero ambulante que anuncia su llegada con una nube de polvo; o al taxi que trae a algún padre del extranjero.

Conozco este camino como si lo hubiese trazado yo misma. He pasado días enteros observándolo desde lo alto de nuestra azotea. Era la época en que mi tío me maltrataba. No tenía con quién hablar, a quién quejarme.

Mi madre ya era bastante desgraciada como para contarle a mi padre lo que su hermano hacía. Ella también pasaba el tiempo esperando a mi padre.

Había ante todo que evitar enfrentamientos con el hermano de su marido, y con la extranjera. Yo, pues, dirigía mis quejas al camino, que, a mis ojos, se convertía en una carretera ancha y bella. La luz allí creaba espejismos, lunas donde se miraba el sol, caravanas que avanzaban sin llegar jamás a nuestro aduar, coches que producían música al deslizarse por la carretera a toda velocidad; también veía un mar, un puerto y unos barcos. Aquel camino era más que una carretera, más que un sendero pedregoso; era mi pasión; enclave de abordaje de mis sueños.

Para mi madre era una herida y también un desahogo. Ella no miraba el camino, por miedo a las ilusiones.

Sin embargo, una tarde la sorprendí mirándolo fijamente y hablándole, como si fuera una puerta, la puerta de un morabito, la puerta de una esperanza.

Le decía: "Tú que te abriste al paso de mi hombre, tú que te lo llevaste lejos de mí y de mis hijos, ¿cuándo me lo devolverás? ¿Cuándo veré la hermosa nube de polvo que anuncia una visita? ¿Cuándo llegará a liberarnos de este infierno chato donde nada se mueve? Soy joven y estoy sola. Mis hijos no saben ya qué inventar para llenar sus días. Ahora juegan con escorpiones y serpientes; y es peligroso. La vida está inmóvil. El cielo está inmóvil. La montaña del fondo está inmóvil. Sólo el viento azota de vez en cuando mis insomnios y me da alas para volar. ¡Hombre mío!

Intento ir a tu encuentro, allí donde estés, y me pierdo por los caminos. Te veo en mi mente en el país donde trabajas sin conocerlo. Te veo bajo un sol apagado. Te escucho, aunque no distingo tus palabras. ¡Vuelve, vuelve pronto!"

—¿Con quién hablas?

—Hablo sola... Rezaba...

—¿Crees que volverá pronto?

—No antes del verano. Vámonos ya a dormir.

Aquella noche no dormí. Estaba demasiado alterada y sabía que algo iba a suceder. Por la mañana temprano me puse a observar el camino. Fui la primera que vio la nube de polvo acercarse a casa. Desperté a mi madre. Algunos niños habían subido a lo alto de la colina y esperaban. No era un espejismo. No podía ser la camioneta del tendero, no era ni el día ni la hora en que solía venir. Abríamos desmesuradamente los ojos para ver mejor. La nube aumentaba de tamaño y no conseguíamos distinguir si era una bicicleta o un coche. Era una carreta que avanzaba lentamente. Mi padre venía siempre en taxi; jamás en una carreta. De pronto, vimos a mi tío salir de la casa y hacer gestos con un bastón gritando: "Aquí, el pedido es aquí". El conductor no contestó nada y continuó el camino hasta

detenerse delante de la casa; lo rodearon los chiquillos. Mi tío los alejó amenazándolos con el bastón. El viejo conductor pidió una garrafa de agua antes de descargar las dos cajas.

—¡Cuidado, me han dicho que es frágil! He ido esquivando, como he podido, los pedruscos y los baches.

Hay bastante por aquí. Dios se olvidó de vosotros; se diría.

En la parte superior de la caja, a un lado, había pintada una flecha vertical, y en el otro un cuadro blanco.

Mi tío cogió el preciado objeto en sus brazos y lo trasladó a su cuarto. Su mujer empujaba la puerta para impedir que los curiosos vieses lo que contenía el cartón. En otra caja había una bombona de butano, idéntica a la que teníamos para alumbrarnos por la noche. Mi tío se pasó el día en el tejado instalando alrededor de una estaca lo que debía de ser una antena.

Él y su mujer estuvieron tres días sin salir de su cuarto; debían de estar sentados delante de la caja mágica, a la que sólo llegaban imágenes de noche. Más tarde supimos que miraban la pantalla incluso cuando no había imagen. Al cabo de una semana decidieron invitarnos a mirar.

Pasaban imágenes, unas detrás de otras. Algunas hablaban en árabe, otras en francés, ninguna en nuestro idioma. Nos mirábamos, sin comprender nada de lo que pasaba en la pantalla.

Mi abuela fue la única que se atrevió a hacer la pregunta en la que todos pensábamos.

—¿Cuánto cuesta?

Hubo un gran silencio, luego, su hijo, sin mirarla, dijo:

—No es caro; no mucho...

Luego, se dirigió a su mujer, tartamudeando.

—Es verdad, no es nueva, así que no salió muy cara...

Mi abuela se levantó y dijo, sin levantar la voz:

—Cuesta una vaca..., la vaca que tenías que haber comprado... nada menos.

Mi tío cerró el gas y las imágenes se desvanecieron.

Mi tío ha envejecido. Tiene la cara marcada. La mirada vidriosa. Es la cara de un hombre disgustado. Su mujer va siempre muy maquillada.

Tiene toda la pinta de una "xija", de esas que bailan y cantan para distraer a los hombres. Siempre parece que está dispuesta a pelearse; con las manos en jarras y las piernas abiertas. A mí me asusta pero no con el miedo del niño perseguido por el monstruo; es un miedo sosegado, que se parece al asco. Cuando me mira, sé que la desgracia no anda lejos. Ella y su marido viven en nuestra casa. La huerta está descuidada. La cuadra sucia. Ya no es nuestra casa. Mi padre no va a echar a su hermano a la calle. Mis padres sólo vienen en verano y se quedan pocos días. Con el calor se apaña todo el mundo. Dormimos al aire libre, en la azotea o en la colina.

He decidido quedarme algún tiempo aquí. Viviré en casa de mi otra tía.

Es una buena mujer. Tiene mi edad y ¡ya va por el quinto hijo! Era una joven bellísima. La casaron a los quince años; no es infeliz; tiene unos hijos hermosos y sanos. Trabaja sin descanso; ni tiempo para pensar. La veo ir y venir en el patio de la casa.

Siempre sonriente. Tiene un lindo rostro y unos dientes de oro. Es una costumbre aquí. Los dientes de oro y el aroma a clavo. Con el calor, este olor que me recuerda mi niñez me mareo. En estos momentos, el enemigo no es tanto el calor como la nube de moscas. Son negras y pequeñas. Pican como los mosquitos. Me atacan por todos lados. Ignoraba que pudieran ser tan temibles. Los críos no las espantan. Las dejan deslizarse por sus caras sucias y sus pies descalzos.

Los adultos tampoco les hacen mucho caso. Todos me miran cuando

gesticulado, espantándolas, como una loca. Los niños se ríen y me dicen: "¡Si no es nada, sólo son moscas!" Están por todos lados. Las veo por todos lados.

Ni el pan ni la carne se libran de ellas. Parecería que fuesen inmortales. No proceden de ningún sitio y acuden para colmar este espacio yermo e infundir agobio a la vida.

Desde aquí me llega un recuerdo de silencio. Inmenso y natural. Como la bruma de la mañana, desciende de la montaña. Llega para arropar la noche, luego, despacio, se acomoda entre los pocos objetos que andan rodando por el patio: una jarra de agua, una mesa baja, una bombona de butano, una carretilla llena de paja, un cartón con cáscaras de naranja puestas a secar, un trozo de espejo colocado en el alféizar de la ventana. El silencio vino a tropezar contra este trocito de luz antes de reinar, apacible, sobre la extensión infinita. Él trae la noche, cuando las bestias dejan de moverse; duermen de pie, con los ojos abiertos. Se dice que cae la noche cuando se ve las luces de la ciudad encenderse. Aquí, ni rastro de luz.

La noche llega y a veces dejamos que se aposente con toda su espesura, sin encender una vela. Yo también mantengo los ojos abiertos. No tengo sueño.

No quiero perderme nada, quiero verlo todo, observarlo todo. Miro el cielo, cuento las estrellas, cuento las palabras pronunciadas durante el día; las mezclo, hago con ellas frases sin sentido o un rezo tan sencillo como una lágrima.

De este lugar, olvidado de Dios y de los hombres, parten los rezos; llegan, como mucho, al pie de la montaña, luego regresan con el polvo y el viento. ¡Cuántas veces, decía mi padre, los hombres se reunían e imploraban al cielo un poco de lluvia, un poco de clemencia! Han terminado comprendiendo que no servía para nada, que nadie los escuchaba y el cielo menos todavía.

Mi abuela, a la que ya nada asombra, me dice: "Así que has vuelto; yo te esperaba. Los demás también esperaban, pero no podían saber que por ti llegaría la salvación. Dame la mano, deja que te mire. Habrá que protegerla, la cubriremos de alheña y no diremos nada a nadie".

Me tomó la mano, la miró largamente, la acarició y luego la besó como a un objeto sagrado. Yo estaba en cuclillas. Me temblaban las piernas y los ojos se me llenaban de lágrimas, retenidas entre las pestañas. Sentí la niñez volver a mí, como una vieja amiga llegada de lejos y recuperada con el azar de la vida. Lo que me envolvía no eran los días sombríos, poblados de ratas y odio. Era el sueño de la infancia, el deseo de una infancia feliz con una inmensa cometa, allá en lo alto de la blancura de la luz, como una nube coloreada por unos niños. A través de las lágrimas contenidas todo brillaba, hasta unas cuantas nubes extraviadas en el cielo.

Hasta las moscas se convertían en estrellitas y en remolinos, algo alocadas, atrapadas por la luz de este día excepcional.

Yo, niña y mujer, frente a la madre de mi madre empezaba a tener certidumbres: esta tierra donde nací es el lugar más bello del mundo. En ningún lado se encuentra tal belleza. Esta tierra yerma despojada de todo, seca y sin esperanza, estas casas bajas donde la luz se hace violenta y la extensión del guijaral y de los espejismos no han hecho mala a la gente. Su humanidad está en sus miradas, en su corazón discreto, en las arrugas profundas y en la armonía de unos rostros que siempre han vivido aquí y nunca han visto otra cosa más que erguirse al fondo esas montañas improbables en el horizonte movedizo. Esta belleza es un milagro surgido de la esterilidad de las cosas, de los silencios de

los largos días en donde no pasa nada, en donde nadie entra en los patios de las casas para anunciar un nacimiento, una boda o una muerte; todos la saben por instinto. No hace falta un pregonero.

Todos están enterados de todo, y se callan. Eso es el pudor.

Y la muerte. Pero ella nunca se entretiene demasiado en estos lugares.

Se lleva un niño o un anciano. A los demás los deja en paz, sin hacerles una señal, sin murmurarles una pequeña música chirriante. Se recoge el cuerpo, lavado, envuelto en una sábana blanca y se deposita en la misma tierra, entre rezos. Todo ocurre rápido.

La visita funesta se olvida y se continúa como si la vida estuviese llena de sorpresas. Todo está en su sitio.

La muerte no es una ofensa. Es una de las certidumbres escritas en el Libro. Mi abuela no sabe leer, pero se sabe de carrerilla suras enteras del Corán. Las recita lentamente, aprendidas de su padre y repetidas millares de veces. Tantos rezos y no han conseguido traer el agua corriente y la electricidad a este desierto de piedras; ni médico tampoco, ni camioneta sanitaria. A diez, veinte kilómetros a la redonda, el mismo cansancio del cielo, las mismas casas de adobe, bajas, aplastadas por el sol y cubiertas de soledad, de escorpiones vaciados por la sequía, con escarabajos en la espalda, una serpiente roída por las hormigas, guijarros, trozos de botellas de plástico que los niños rescatan para montar una caravana en el desierto, una bola de heno llegada del este, un caparazón de pollo entre dos perros hambrientos; y el día, que se alarga y se extiende como un paño pesado e infinito.

Y mi abuela sigue creyendo en el tesoro enterrado al pie de la montaña o en una de las casas del pueblo. Se cree también que yo soy la niña que designó nuestro antepasado para encontrar el tesoro, gracias a las líneas de mi mano derecha, líneas que indican un camino y un destino. Me dice que mi tío, al que llama "corazón negro", ha cavado por todas partes, hasta en el cementerio, en búsqueda de monedas de oro, ayudado por una mujer con el apodo de "corazón de piedra".

Dice también que los dos corazones están hechos para entenderse pero que la sangre que corre por ellos no es humana; se ha ennegrecido con el odio y la envidia. "Dame tu manita tan preciada; es tan delicada, tan fina y bonita; déjala abierta, la alheña está caliente, te voy a dibujar un ojo dentro de un pez, dentro de otra mano con los cinco dedos que se distingan bien, y, alrededor, unas estrellas para que el cielo sea clemente, para que la luna llena nos inunde con su luz y guíe tus manos; cruzaremos anchos espacios a pie, caminaremos durante la noche y descansaremos durante el día. Que Dios te bendiga, nietecita mía, madre de todos nosotros".

Habla alzando los ojos al techo.

Las moscas han invadido la habitación y al menos una docena se ha ahogado en el cuenco de alheña. Miro cómo se defienden, y se hunden luego en el fondo del tazón, pegadas a una muerte espesa y caliente.

Con la mano tendida, ofrecida, yo no decía nada cuando se cruzaban nuestras miradas; me hizo una señal para que bajase los ojos porque el instante era solemne y había que vivirlo con comedimiento y pudor. Por el suelo, unas hormigas arrastraban a un escarabajo muerto. Avanzaban en fila, de dos en dos. Ya estaba el ojo ahí, en la palma de la mano, mal dibujado. Dejé de ver a las hormigas.

Todo lo que estaba cerca aparecía borroso. Yo pensaba en aquel sueño de una cábila entera, heredado de madre a hija, de padre a hijo. Quizás existe el tesoro; forma parte de la memoria de todos. Para algunos está en la montaña, a dos días y dos noches de marcha. Para otros, sólo puede estar en la tumba del santo Sidi Seltan, al final del camino que conduce hacia Sebt M.zuda. Recuerdo la época en que mi madre me llevaba a Sidi

Seltan donde un hombre se había encadenado tras haber descuartizado a un zorro y dispersado sus trozos alrededor del morabito. El hombre lloraba. Decían que el zorro era su hermano y que sus hijos no eran sus hijos. Se decían muchas cosas. Nos las creíamos, simulábamos creérnoslas. De todos modos, no teníamos nada que hacer; había que entretenerse de algún modo, inventarse historias y creer en ellas, sobre todo cuando el crepúsculo rodeaba la llanura y convertía cualquier encuentro en sospechoso.

Había un viejo, muy alto, con el cráneo y la barba afeitados, que conocía todas las palabras, todos los nombres de las ciudades y de los países, todos los sueños y todos los cuentos y callaba. Se sentaba en el umbral del morabito y veía pasar a la gente. Mi madre me dijo que explicaba los sueños; hacía dibujos en la arena roja con la punta de un bastón y decía algunas palabras clave que convertían el sueño en límpido o turbio. A veces era sorprendente. A casi todos les decía, después de largos silencios:

“Estos sueños son tan viejos como el mundo; han debido cruzar tantas noches que, al llegar a mí, contados por vosotros, están maltrechos. Debo recomponerlos, sobre todo que vosotros los contáis de cualquier modo; adivino el principio y el final, lo imagino, lo invento y rara vez me equivoco”.

No aceptaba que le pagasen. La gente depositaba a sus pies fruta o pollos vivos. Él decía: “No os molestéis, me bastan con creces vuestros sueños. Cuando me cuentan un sueño bonito, una bella historia, soy feliz.

Me ayuda a vivir el resto de los días de la semana. No me deis dinero; contadme historias bonitas; eso me basta”.

Algunos decían que el viejo estaba sentado encima de un tesoro. Una noche, una pareja vino a cavar en ese sitio. Los sorprendió el guardián del morabito; emprendieron la huida y nunca se supo quiénes habían sido.

Me temblaba la mano; cansancio o falta de fe; aunque yo, un poco, sí creía, pero no quería escandalizar a mi abuela y decirle: “No hay tal tesoro, nunca hubo tesoro; es una historia que se parece al hueso que se tira a los perros para que lo mordisqueen”.

No, no podía hablar de ese modo a una anciana. ¿Con qué derecho hacerlo? ¿Quién soy yo para destruir una montaña de ilusiones? Así que la dejé.

Ella me decía: “Dentro de tres noches será luna llena, nos iremos todos allá, nosotros te seguiremos y tú seguirás las líneas de tu mano, ellas te guiarán. Eso es lo que venimos escuchando desde niños. ¿Para qué, si no, has vuelto? Te han enviado para enseñarnos el camino y el lugar secreto, ¿verdad?”

¿Cómo decirle que había vuelto por curiosidad, para comprobar ciertos recuerdos que se habían convertido en imágenes fijas en un sueño blanco, donde había que adivinar las cosas, las lentas imágenes casi imperceptibles, pero que me provocaban sudores fríos, porque iban acompañadas del ruido de una respiración entrecortada, como la de un niño que se está ahogando sin poder gritar, pedir auxilio; imágenes envueltas en una sábana blanca, una mortaja sin duda, una niebla, un trocito de cielo? ¿Cómo decirle que ahora soy otra, una extranjera que ha venido a hacer fotos, a observar lo que ha cambiado, comprobar que tierra, piedras, adobe e higueras no corresponden ni siquiera a los recuerdos de la niñez que me persigue? Me turba ahora la lentitud de sus gestos envueltos en resignación satisfecha de sí misma; pero sigo aquí, con la mano tendida, rodeada de críos con ojos enfermos, con mocos en la nariz y moscas en la cara. Los hombres se fueron a Sebt M.zuda; hoy es día de mercado. Regresarán al ponerse el sol.

Las mujeres cocinarán el cordero al horno, mientras preparan alcuzcuz de

trigo triturado, aderezado con verduras. Es un día de fiesta. ¿Cómo iba yo a saberlo? Mi madre sí me habló de una historia de un tesoro y de una niña designada por el antepasado para guiar a toda la cábila hasta el lugar donde estaba enterrado. Yo creía que era un cuento que se narra a los niños, un cuento para dar esperanza a la gente del pueblo. Y aquí estoy, con este aspecto ridículo, con la máquina de fotos que no me he atrevido a sacar del estuche. Este objeto negro intriga a los críos. Debería de dárselo, decirles lo que es y enseñarles a utilizarlo. Pero no me puedo mover.

Me han envuelto la mano en un pedazo de tela del turbante del tatarabuelo.

Para que se pueda estampar bien en la piel, se cubre la alheña con un paño.

Diríase que tengo la mano escayolada.

Me río sola. Mi abuela está calentando la alheña para la otra mano.

Durante dos días, al menos, no voy a poder utilizar las manos. Me darán de comer como a un bebé. Me lavarán. Me vestirán. Voy a convertirme en un objeto valioso. Desde que tengo las manos envueltas en esta tela blanca, tengo muchas ganas de escribir, de tomar notas. Observo todo y voy grabándolo en la mente. Cualquier detalle me interesa. En el fondo de la habitación hay unos sacos de trigo amontonados; son provisiones para los tiempos difíciles; en la pared hay una grieta grande; en el poyete de la ventana han colocado una tetera, unos vasos y un pan de azúcar, envuelto en papel azul de Mauritania; dicen que es bueno para la jaqueca y los mareos.

En el suelo no hay colchonetas, sino alfombras y pieles de borrego. El suelo, recubierto de una capa de cemento, está frío. Afuera, el aire es caliente. Las moscas se han ido al patio, donde las mujeres están preparando la cena. Los críos se suben a la escalera coja. No temen caerse. Y yo, sentada en el suelo, con las manos apoyadas pesadamente sobre mis piernas extendidas, espero.

Empezaron a llegar muy temprano de mañana. Algunos se habían vestido como si fuesen a una boda. Han traído provisiones y las han colocado en medio del patio para alegría de las moscas. Alguien extendió una sábana sobre todos los obsequios y espantó a los perros a pedradas. Como por azar, el encantador de serpientes llegó al mismo tiempo que unos primos lejanos. Se le encargó que se ocupase de los niños para mantenerles alejados de la casa. Mi abuela decidió que todo transcurriese en calma y apaciblemente. Por el momento, yo miraba a la gente cuyos rostros y nombres había olvidado. Sentía acercarse los primeros síntomas de la jaqueca. Debía de ser el peso de la alheña en mi cabello; me parecía que el pelo se asfixiaría con el tinte. Me costaba respirar. Era sólo una impresión, una especie de locura provocada por lo que veía y sentía. Entre mi cuerpo y mi cábila no había ya armonía. Me tambaleaba aunque estuviese sentada. Si llegaba a desmayarme, ¿quién se daría cuenta? Me acordaba del día de mi boda: estaba apresada entre dos mujeres gruesas, dos profesionales del protocolo. Debían asistirme como si fuese una princesa, y simulaban estar convencidas de ello. Y me decían:

“Gacela, princesa, baja los ojos, no mires de frente, estás cubierta de oro y de diamantes, debes sonrojarte e incluso llorar de felicidad cuando tu hombre se te acerque, no lo mires, mantén los ojos bajos, porque eres una doncella con pudor y virtud. Si te desmayas, aquí estamos nosotras para reanimarte. Está bien visto que una joven se desmaye; significa inocencia y pureza”. Todo me pesaba: la ropa nueva, las joyas alquiladas, el maquillaje en los párpados, la música machacona, la gente curiosa, acudida en manada de todo el barrio; mi marido tenso y triste, las xijats

que bailaban un simulacro de danza, las dos gordas que me apretaban el brazo hasta lastimarme, los invitados incómodos, otros indiferentes, mis padres desbordados y el calor sofocante que acabó por aturdirme y hacer que me cayese al suelo como un trapo sucio, inservible.

Y una de las dos gordas va y me murmura al oído, con el aliento a ajo y a manteca rancia: “Está bien, mi niña, cáete, sólo un poco, no completamente, se ha de notar que estás emocionada, que la boda te conmueve, y te pone nerviosa porque vas a transgredir la regla; tu marido no es de tu cábila; podría ser grave, pero, por el momento, todo va bien; además, aunque todo el mundo esté disgustado, trata de llorar, no porque lo lamente, sino porque no vas a poder vadear el río y te mojarás, chiquilla; tú lo has querido, hay que ir hasta el final; nosotras estamos aquí para eso, para acompañarte hasta que amanezca, para escuchar, para comprobar la satisfacción de tu hombre, quédate como estás, con los ojos bajos, los ojos inundados en lágrimas, las lágrimas de la vergüenza y del pudor. A nosotras nos pagan para exhibir la sábana, ya sabes que eso es lo que importa...” Fue en ese preciso instante cuando me caí al suelo, después de quitarme de encima, con todas mis fuerzas, a las dos gordas. Mi madre acudió rápidamente y lloró, abrazándome. Vi el mundo girar a mi alrededor y yo me ausentaba de él con deleite, desapareciendo de aquella fiesta, donde ni yo ni mi marido ni mis amigos ni mi familia estábamos disfrutando. Me vi transportada por la brisa de la madrugada, sentada sola en la arena con mi precioso vestido de novia, frente al mar, frente a un morabito blanco custodiado por una mujer negra. Ella me dijo: “Ven, aquí está él, te espera; él también se ha escapado, no hace mucho rato que llegó; ¡qué guapo es!; quítate las joyas, las vamos a enterrar aquí; os dejo, ¡que seáis felices!” Mi marido estaba sentado, con la cabeza sobre las rodillas. Dormía o soñaba. Sin despertarlo, me deslicé a su lado; sus brazos me rodearon lentamente. Nuestros cuerpos se entrelazaron y tuvimos un sueño maravilloso en el silencio de una bella luz, en una ribera que humeaba bajo una bruma templada; un dromedario apareció detrás del morabito con los ojos muy brillantes, escupiendo una llama roja y oro. Fue una aurora de colores y cantos; una noche exuberante que me dejó el recuerdo del viento, la sed de un cuerpo y una tierra que se desprende de sus piedras inservibles.

Y aquí estoy, de nuevo, con los pies y las manos envueltos en trapos, encabezando un cortejo de viejos y niños buscadores de un tesoro. Algunos iban provistos de picos y palas, otros llevaban viejas bolsas de plástico de colores azul-blanco-rojo, llamadas “bolsas emigrantes”; otros, por último, iban con las manos vacías pero recitaban el Corán en voz alta. Habríase dicho un entierro.

Me costaba andar; demasiadas piedras por el camino; pero yo no estaba cansada por el esfuerzo realizado sino por la carga que arrastraba tras de mí. Miraba todos aquellos rostros obsesionados por el secreto y la ilusión. Un sentimiento de piedad y vergüenza lastraba y entorpecía mi andar.

Seguía caminando sin embargo, esperando oír una voz sensata elevarse en la noche para devolver este rebaño de pobre gente a sus chabolas.

Al llegar al pueblo donde se celebra el gran zoco de los sábados, nos detuvimos para descansar y organizarnos mejor. Todo un día de viaje y sólo habíamos recorrido la mitad del camino. Nos sirvieron té y pan.

Había que reemprender el camino antes de que cayese la noche. Yo estaba sentada encima de una caja de coca-cola y miraba al cielo y a sus fondos barridos por irrupciones de colores, del rojo pálido al malva y al azul, mezclado a intervalos con amarillo. Prefería detener la mirada en aquel arrebatado de colores furtivos que atender a aquella algarabía montada a mi alrededor. No iba soñando; me ausentaba. Desde niña tuve el don de

sustraerme a un lugar o a una situaciónm. Aquello no duraba mucho tiempo, pero esa ausencia me ayudaba después a soportar a la gente y a sus palabrerías.

Cuando el cielo se inundó de estrellas, alguien se me acercó y me dijo:
—Ya está lista la yegua que te ha de llevar.

25

Ya no pensaba ni en el tesoro ni en la caravana que me seguía. Había venido para ver de nuevo mi pueblo, no para comprobar los cambios ocurridos durante mi ausencia, sino para entender el motivo por el cual no conseguía querer a alguien sin provocar tragedias. H., mi hombre, dice siempre que en mí "la naturaleza puede más que la cultura". "¡Ocurrencias de sociólogo atrasado!", le contestaba yo. Él tenía explicaciones para todo, incluso para lo que no entendía.

Yo necesitaba volver al terruño, como dice él. En lugar de encontrarme en soledad y extrañamiento para reflexionar, para pensar en el porvenir del amor, y, luego, regresar a mi casa con una o varias propuestas de vida sin dramas, heme aquí a lomos de una hermosa yegua, con las manos envueltas en varias capas de tejido, encabezando un cortejo de unos cincuenta hombres y mujeres decididos a cavar hasta descubrir el arcón repleto de monedas de oro.

Era una noche muy bella, tranquila y fresca; con un silencio algo perturbador; precedía a un acontecimiento grandioso, quizá una desilusión, un profundo desengaño.

Aparece ante mí el rostro delgado de mi hombre diciéndome: "El amor con poquita cosa se tambalea". Nuestra pareja se articulaba sobre un amor extraño; se tambaleaba la mayoría de las veces hacia la irritación, la crisis de nervios, las palabras peligrosas que se anticipan a la razón, los desafíos y el equilibrio de fuerzas, más que hacia la ternura, los silencios apacibles, las palabras escogidas para ser murmuradas. Hay que reconocer que nuestras discrepancias eran irreconciliables. Nunca veíamos la misma cosa al mismo tiempo. No sólo nuestras miradas discrepaban, sino nuestras ideas también se oponían en todo. Empezaban por una cosilla de nada, como por ejemplo un tintero que yo olvidaba cerrar y, como por azar, se derramaba en uno de sus cuadernos; o, si no, pasábamos sin transición a disquisiciones metafísicas graves y solemnes. No compartíamos las angustias. Él, obsesionado por la muerte y el tiempo que pasa; yo, despreocupada, con tendencia a desdramatizar todo, incluso, y principalmente, la muerte.

A él le hubiera gustado contagiarme sus malestares, propios más bien del hombre occidental, para el que todo es cuestión de principio, de ley y de derecho. Yo tengo el don de poner nerviosa a la gente que encarrila su vida afectiva como si fuese una liga de los derechos del hombre. Me gusta bromear, llegar tarde a una cita o a una cena, correr por el 'hall' de un aeropuerto para llegar al avión por los pelos. Él, cuando viajamos, está en la estación o en el aeropuerto dos horas antes. Teme perder el tren o el avión. A mí me gusta desafiar el tiempo y sus prisas. La primera cosa de la que me habló cuando lo conocí fue del insomnio. Le cuesta dormirse. Nunca he comprendido cómo el sueño vence a algunos sin dificultad y cómo desafía a otros durante un tramo largo de la noche. Yo me quedo dormida en cualquier sitio, cuando quiero y durante el tiempo que quiero. Es cierto, no tenemos las mismas angustias, para ser exacta, uno tiene angustias y el otro no. Como le decía yo: "¡Tú tienes angustias por ti y por mí!"

¿Será acaso amar saber todo del otro y aceptarlo? ¿O, al contrario, tener la ilusión de saber todo del otro y querer modificarlo? Él pretende que yo no le quiero, porque no le comprendo. Yo me paso el tiempo contrariándolo; por eso no puede dormir a pierna suelta. Al llevarle la contraria, zarandeo sus años de soledad y egoísmo. Lamentablemente, él reacciona mal; se enfada, insulta, grita, dice palabras groseras, toma

calmantes por la noche, escribe cartas de ruptura, se queja y gruñe permanentemente.

Me venía bien la cadencia que llevaba la yegua, para reflexionar.

Entre la noche y la situación extraña en la que me hallaba, mis pensamientos se iban acumulando, al tiempo que se aclaraban.

Tengo la sensación de haberle tendido una trampa a mi hombre, no a propósito. Él, que siempre ha hablado del derecho a la diferencia, defendiéndolo; él, que ha militado para que la mujer árabe, bereber, musulmana no sea maltratada por la ley de los hombres; él, que concede tanta importancia a los principios, se ha encontrado frente a una mujer que no deja de cultivar su diferencia de clase, de raza, de cultura; que reivindica una situación de igualdad con el hombre, en todos los planos, y que además no reconoce como principios más que los que ella se inventa para sobrevivir y hacerse un huequecillo al lado de él, que reina en su vida prestando más atención a sus propias angustias que al deseo de evasión de una mujer viva, y a veces cruel.

Si el ser pudiese cambiar, ¿estaría yo hoy a la cabeza de una cuadrilla de bobos que creen en milagros y en tesoros? No; pese a que se digan las palabras de mil maneras distintas, no cambian a nadie. Es una pérfida ilusión. Mi pretensión también es pérfida: hacer de este hombre angustiado y excéntrico un ser eternamente enamorado. Quizá tenga razón cuando me dice:

“¡Tú no entiendes nada de amor!”

¿Qué es lo que debo entender? ¿El sufrimiento? ¿Aprender a vivir la ausencia, la carencia y la espera? ¿Y por qué tengo que pasar por todo esto?

Yo no vivo, ni mucho menos, con un analfabeto, como esta gente que, supuestamente, estoy conduciendo hacia el tesoro escondido. Sé lo que él quiere, me lo dijo claramente un día; me quiere con los ojos bajos, como cuando la palabra del hombre descendía del cielo para posarse sobre la mujer, con la cabeza y los ojos bajos, sin pronunciar otra palabra más que “¡Sí, mi señor!” Él lo llama pudor; yo digo que es bajeza, hipocresía e indignidad. El pudor es mirar al hombre de frente y confrontar sus deseos con nuestras exigencias. Si aquí todavía el hombre es el que monta sobre el mulo, mientras la mujer, al lado, lo sigue a pie y si la gente lo sigue considerando natural, yo no. Esta noche me callo, porque decidí complacer a una anciana, a mi abuela. Ella cree o finge creer en la historia del tesoro. ¿Qué consigo quitándole brutalmente esa ilusión? Después de todo, cuando se vive en estos pueblos yermos, abandonados de todos, comprendo que se pueda soñar hasta creer en leyendas dignas de figurar en un libro de cuentos infantiles.

¿Cuántas mujeres no habrán hablado de esa noche de luna llena, en que una niña elegida por el tiempo y la cábila conduciría, a lomos de un caballo blanco, a todo el pueblo al lugar secreto! He aquí esa niña; ella dormita y piensa en su hombre, que ha dejado tras ella, lejos, herido por el amor, cautivo de sus angustias y sus interrogantes machaconas sobre la libertad, el derecho, los principios, la historia, las raíces, la identidad, la responsabilidad, la enfermedad, la muerte..., en fin, el sentido trágico de la vida.

¿Cómo habría reaccionado él si estuviera, no en mi lugar, sino a mi lado, en esta expedición nocturna e incierta? Habría invocado el derecho a soñar de las gentes humilladas por la pobreza y que sólo tienen la religión y las supersticiones para compensar tanta carencia. Habría estado incómodo, haciendo comentarios sobre la higiene, la abundancia de moscas, el olor fuerte a clavo y la pasividad secular como anestesia general destinada a eternizarse indignamente. No habría soportado toda esta tramoya y lo habría manifestado con mal humor y jaqueca. A pesar de

todo, yo me encuentro a gusto aquí, con mi gente que no enarbola ninguna teoría; gente sencilla, que vive sencillamente y que muere con la misma sencillez. Nunca he estado enfrentada a mis raíces.

Las recupero con naturalidad y las respeto; las acepto. Eso mismo le hubiera gustado a él que ocurriese en nuestra relación. A él le hubiera gustado ser mis raíces, y que en él yo me sintiese tan bien como cuando rozo con mis pies esta tierra roja y yerma, sin plantearme preguntas. Él tiene razón cuando dice que reacciono, a menudo, como un animal, con las tripas, con los nervios, jamás con la cabeza.

¿Se puede amar sin tener nada en común? Me estaba planteando esta pregunta por centésima vez, cuando un hombre con una antorcha encendida en la mano se adelantó a mi yegua y gritó: "¡Al-lah Akbar!" La yegua se detuvo y no quiso avanzar más. Mi abuela vino hacia mí y me dijo: "Ya basta, hemos llegado. Ahora te toca a ti guiarnos. Si la yegua no quiere avanzar es señal de que no estamos lejos del lugar donde está enterrado el tesoro. Baja de la yegua, te vamos a quitar la tela que te cubre las manos; ellas nos indicarán el camino que debemos seguir según la posición de la luna. ¡Mira qué hermosa está, redonda, llena, brillante! ¡La luna está con nosotros!"

26

Se amaban nuestros cuerpos y nuestras mentes se ignoraban o se enfrentaban; nuestras edades diferían, pero a mí no me molestaba. Yo pensaba que el amor, el grande, el verdadero, estaba ya ahí, en su mirada, en sus gestos, en su impaciencia. No sabía que había que crearlo, construirlo como si fuera una casa, una obra de arte. Yo estaba ahí y esperaba que el hombre que había elegido me trajese la llama para alumbrar mi alma. Cuando no sucedían las cosas como yo quería exactamente, me sentía decepcionada y desgraciada. Él tenía la culpa. Él tenía que adivinar mis expectativas y colmarlas como en una novela. Sin embargo, un día me dijo: "La vida no es una novela, es algo más y mejor que una novela; es más imprevisible, más loca y menos tierna que una historia narrada en un libro. Una novela traiciona a la vida, porque cualquiera puede abrirla y empezar a leer por el último capítulo". En la vida existe, para cada cual, un último capítulo, se sabe cómo acaba la historia, se sabe el desenlace final, pero nadie puede decir cuándo, dónde y en qué condiciones se desarrolla el final; aunque para un musulmán todo esté escrito en el cielo. A menudo, yo me sorprendía mirando el cielo esperando leer en él unos fragmentos de nuestra historia.

Esta noche también todos los ojos están alzados hacia el cielo. Esperan una señal de una estrella o de la luna. El hombre de la antorcha me alumbra mientras mi abuela me desenvuelve de la mano la tira de tela. Ha llegado una tía mía con incienso. Da vueltas a nuestro alrededor meciendo el incensario de derecha a izquierda, balbuciendo algunos rezos. La yegua está atada a un árbol y bebe en un cubo de plástico. Los demás han hecho un corro, sentados en el suelo. Tengo, por fin, las manos libres. Los dedos están anquilosados, los nuevo.

Siento que mis manos se vuelven ligeras, como alas. Pienso de nuevo en la época en que soñaba con volar. La antorcha da una luz difusa. La piel ha absorbido toda la alheña. Sobre toda la palma de la mano una mancha negra hace ilegibles las líneas. Parecería que la alheña se hubiese transformado en alquitrán. Mi abuela soltó una exclamación de estupor y se puso a gritar:

—Dios mío, Dios mío, haz que desaparezca esta negrura de estas manos inocentes, concédenos tu misericordia y tu bendición. Nosotros te adoramos, creemos en ti y decimos que Sidna Mohamed es tu profeta... Se unieron a ella algunos hombres viejos que decidieron degollar una vieja camella y colocar la cabeza en el umbral del morabito. Siempre me ha indisputado ver sangre. Me miraba las manos completamente negras y reía por lo bajo. Para salvar a la pobre camella, levanté la mano y les prohibí que la tocaran:

—No añadamos otra desgracia a nuestro desasosiego. La sangre de la camella no va a hacer que las líneas de la mano se hagan visibles, aunque las moje en su sangre caliente. Hay que esperar que se vaya la alheña. Esta noche hay un velo de tinieblas que ha sido enviado para desorientarnos y hacer nuestra búsqueda más difícil. Para conseguir un tesoro, hay que merecerlo. Habéis esperado montones de años sin hacer nada. Vuestra tierra se ha empobrecido. Brotan piedras en lugar de hierba. Miro mi mano derecha y consigo leer en ella todo lo que os digo. Las líneas del destino, las líneas de la vida y de la fortuna se han confundido. Ya no significan nada. Es la señal de esta noche extraordinaria que nos une. La luna refleja su luz en mis manos y ha absorbido las líneas que debían indicar el lugar secreto del tesoro.

Mientras hablaba, unos hombres se pusieron a excavar en diferentes lugares alrededor del morabito. Cavaban con energía y violencia. Algunos lloraban, otros gritaban el nombre de Al-lah, todos estaban sumidos en un gran frenesí. Se habían vuelto locos.

Se peleaban entre sí. Algunos se desmayaban, a otros les daban crisis de epilepsia. Sólo las mujeres mantenían la calma, rodeándome. Oía llorar en silencio a algunas. Yo seguía hablando y sentía convulsiones en el cuerpo. Se hubiese dicho que temblaba la tierra. Estaba cansada. Tenía sed. Ya no quedaba agua. Los lamentos de los hombres, los llantos de las mujeres, los gritos de la camella, el ruido de las palas sobre las piedras me daban mareos. Me levanté e intenté caminar. Tenía los pies doloridos.

La alheña también los había ennegrecido. Quería tomar un poco de aire, escapar a ese viento de histeria colectiva, irme lejos, muy lejos, a Australia, por ejemplo. Sonreí. Es una expresión de mi hombre. Cuando quiere desaparecer, esconderse en un territorio inmenso y muy alejado de Marruecos y de Francia, evoca Australia. Le gusta este nombre, pero nunca ha viajado allí. Si algún día aplicase lo que dice, si se hubiese escondido efectivamente en Australia, quizá yo lo hubiese tomado en serio definitivamente.

El hombre de la antorcha me cogió de la muñeca y me arrastró violentamente hacia un grupo de hombres que excavaban con los dedos. Algunos tenían las manos ensangrentadas y seguían excavando. Cuando me vieron se detuvieron. Uno de ellos me ordenó que le mostrase la mano. La examinó, frotó la palma con tierra, escupió encima y gritó:

—Nos está tomando el pelo. Esta muchacha no sabe nada, es indigna, la gente de allá la ha pervertido, hace más de veinte años que se ha ido, le ha dado tiempo de olvidarse de todo.

Estoy seguro de que ha vendido a un cristiano los planos del tesoro... Nos ha traicionado... Una mujer que se va del pueblo es una mujer perdida para nosotros. Aunque regrese, ya no es la misma.

Me dolía la muñeca. El hombre gritaba. Tenía la mano llena de tierra mezclada con sus escupitajos y con la sangre de los dedos malheridos. Otro hombre, con los ojos cerrados por una especie de moho congénito, me tendió las dos manos sucias y se puso a palparme la mejilla, el hombro. Me solté lanzando un grito.

—Es lo que me suponía. No se puede esperar nada bueno de una mujer flaca. Le han debido enseñar allí que cuanto más flaca, más eficiente es el veneno que le sale de la nariz. Porque tiene la nariz afilada. Una nariz moldeada por el veneno.

Yo ya no oía lo que decían. Me encerré en mí misma, encorvando la espalda y con un pequeño esfuerzo de concentración conseguí no oír nada más. Mi hombre me ha reprochado muchas veces mi delgadez. No decía "flaca" sino "delgada". Decía que eso es lo que explicaba mi agresividad.

Yo no me daba cuenta de ello. Lo que él llama agresividad es la manera un poco brusca que tengo de decir la verdad. También es cierto que con mi hombre no me ando con chiquitas. En el amor no hay lugar para la hipocresía. Hay que decir la verdad aunque hiera. Yo en mi fuero interno no creía que le estuviese hiriendo. Por amor, por exigencia, le arrojaba en plena cara todo lo que se me ocurría, sin reflexionar, sin contenerme. Hoy lo reconozco; más de una vez he exagerado y no recuerdo haberle pedido disculpas. Él le daba mucha importancia a las disculpas. Yo le contestaba:

"Eso es un formalismo incompatible con el amor y con la verdad". Ahora lo echo mucho de menos. Sobre todo en este momento en el que habría podido venir a liberarme de esos hombres y mujeres desenfrenados. Me han atado

al árbol y se han puesto todos a cavar. Estoy, pues, prisionera. Ya no gritan. Deben de estar cansados. Busco con la mirada a mi abuela. No la encuentro. Está quizá del otro lado del morabito. La llamo. Nadie me responde. Llamo a mi hombre. Ninguna voz me responde. Intento desatarme. Grito. Nadie se da la vuelta o se levanta para liberarme. Recuerdo el día en que mi hombre, después de una discusión agitada, cogió su cartera y desapareció durante una semana. Yo me pregunté: ¿cómo es posible amar a alguien con tanta violencia, hasta la destrucción? ¿Acaso es posible seguir desgarrándose en nombre del amor que ni él ni yo conseguimos definir? Él decía: "Admito mis errores". Yo replicaba: "Si nuestro amor es un error, más vale acabar de una vez". Yo no comprendía: ¿cómo se consigue admitir los propios errores? Debe de existir una fórmula para ello, una especie de poción mágica que introduce en el organismo un producto que allana las diferencias y hace que reine la calma para soportar lo insoportable. Esta poción la descubrí un día. Creí que era una medicina, un calmante; porque a menudo veía que él se tomaba unos comprimidos antes de dormir. Sólo era un remedio para salir del paso. Su auténtica poción era su creación. Escribía poesía. Sólo poesía. A menudo hermética y complicada. Al principio me la daba a leer. Yo no entendía demasiado pero al mismo tiempo sentía que era la expresión de un sufrimiento. Yo no decía nada o si acaso decía: "Está bien"; eso y nada era lo mismo. Me decía: si algún día me dejase, no será porque somos muy diferentes, sino porque yo no entro en su ciudadela. Me hubiera gustado que me iniciasen en la poesía, pero que no fuese él; la poesía que me emociona es la de la vida, la de la naturaleza. No está en las palabras. Cuando era niña me llenaba la mente de imágenes. Ése es mi modo de hacer poesía. Apoyada en el árbol, con la cabeza inclinada, me había quedado dormida. Me pareció ver a mi hombre cavar con los demás, con el mismo frenesí y la misma locura. Él solo ha hecho una gran fosa, y ha tirado dentro a los que me habían atado y cubierto de tierra. Los ha enterrado vivos por amor hacia mí. Eso es una prueba de amor. Es lo que estaba esperando desde hacía tiempo. Una prueba extraordinaria. Un gesto excepcional. Al moverme un poco, la soga que me ataba las muñecas se soltó. Ya estaba libre. Me miraba las manos. Ya no quedaba alheña en ellas. Ninguna huella. Las palmas de las manos las tenía limpias y con las líneas de la mano en su sitio. Me hubiese gustado enseñarlas en ese momento preciso a mi profesor, a Monsieur Philippe De. Él me hubiese contado seguramente lo que había ocurrido esta noche. Anduve lentamente en busca de los picos y las palas. El morabito estaba cerrado; empujé la puerta. Estaba a oscuras. Dije: "¿Hay alguien?" Un hombre o una mujer, arropado con una sábana blanca -quizá un sudario- se levantó y empezó a dispararme ráfagas de 'flash' de una máquina de fotos. Se me cegaron los ojos. No veía bien. Él saltaba de un lado a otro con agilidad. Sentí miedo. Al retroceder para salir tropecé con él. Estaba detrás de mí y seguía sacando fotos. Grité. Sonó el eco de mi grito. De nuevo estaba prisionera. Me hablaba en bereber, en árabe y también en francés. Yo estaba sorprendida porque me parecía reconocer la voz. No, no era la de mi hombre. Él estaba lejos, en un encuentro de escritores en San Francisco. No, esta voz sólo podía ser la de Victor:

"Y los sapos de todas las ciudades danzaron sobre mi vientre. Los más

gruesos me aplastaban el pecho para impedirme respirar y los menudos me tapaban la nariz y la boca. Luego, se pusieron a bailar durante toda la noche, y yo, atado, con el cuerpo sumergido en el agua sucia de un lago, cerraba los ojos pensando que estaba durmiendo y que se trataba de una pesadilla. Cuando los abría, veía todas aquellas patas cortas brincándose sobre el pecho y el vientre. Desde entonces he aprendido a saltar. Basta con doblar bien las piernas y lanzarse sin pensar en nada.

Desgraciadamente, yo pienso. Pienso demasiado y esto es lo que acabará por precipitar mi pérdida. Creí que me había llegado la hora, que la noche de los sapos iba a ser eterna. Afortunadamente, vinieron a rescatarme de milagro unos hombres y mujeres que regresaban de mañana después de haber pasado la tarde y la noche cavando. ¡Qué ánimo! Sé que volverán esta tarde. Están decididos a cavar hasta que brote el agua del pozo; las mujeres trazan los surcos por los que pasará el agua para llegar al pueblo y al aljibe. Han estado esperando años a que el gobierno les traiga el agua. Las instalaciones no están lejos, apenas a una docena de kilómetros del pueblo. Ahora saben que si quieren agua, han de ir a buscarla. Cavarán hasta el fin de los tiempos si es preciso. Luego se pelearán para preservarla, para que ningún sinvergüenza venga con sus máquinas a desviarla y regar sus tierras en plena impunidad. Si ganan la batalla del agua, habrán ganado la vida, la de ellos y la de sus hijos. Y yo, encadenado en medio del barro, daba puntapiés y forcejeaba con los sapos, en el lugar donde tú me abandonaste. Yo te seguí. Luego alguien me detuvo, no lejos de la aldea, y me tiró en un charco de agua después de atarme. Era alguien que venía en tu nombre. Menos mal que esa buena gente me liberó.

Mientras tanto, tú te paseabas con la máquina de fotos como una turista. ¡Qué descaro! Ahora tienes que salir del letargo en el que estás, dejar de pensar que siempre tienes razón, dejar de tomar tus sueños como realidad, incluso si la realidad de este país es más fuerte, más loca y más imprevisible que todas las ensoñaciones del mundo. Deja que tus pies se impregnen durante un tiempo de la belleza y de la gravedad de esta tierra que no deja de trabajar y de asombrarnos. Los antepasados tenían razón; habían previsto que un día la tierra de esta aldea correría el riesgo de morir con la sequedad del cielo y de los hombres. Ellos sabían que existían pozos, no debajo de vuestras barracas, sino algo más lejos. Por eso hablaron de tesoro. Todos pensaban en el oro y la plata. Nadie pensó en algo mucho más valioso, el agua, simplemente el agua. Al cavar es cuando se dieron cuenta. Cuanto más piedras desenterraban, más húmeda se volvía la tierra. Volverán todas las noches hasta que un agua profunda, fría y pura les salpique. El oro es el que tiene la pureza del agua, y no lo contrario.

Ahora me siento útil. Ya no soy una quimera, un personaje de tus fantasías, un ser de papel. Me voy a poner al servicio de la gente. Voy a cavar con ellos. Mi sitio está aquí, cerca de ellos. Son gente sencilla y sin pretensiones. No es culpa de ellos si han alimentado algunas ilusiones. En lo que a ti respecta, haz lo que quieras. Por ejemplo, vuelve a coger tu máquina de fotos, petrifica a tu cábila en imágenes. No te lo reprocharán; tienen otras cosas en que pensar. Más vale que te vuelvas allá: no sé si tu hombre te espera. Sé que te has servido de él. ¿Acaso habrá tenido el valor de marcharse? Lo ignoro.

Ya sabes la historia del ingenuo que cocinó un plato muy refinado con jengibre y se lo dio a su burro que se lo tragó como si fuese un puñado de heno; de ahí viene el dicho: _"¿Qué sabrá el borrico sobre el jengibre?"_ ¡El tesoro, el tuyo, lo has tenido entre las manos y lo has destrozado! Hoy, tu hombre ya no es un poeta. Es un escribiente, todo se ha apagado en él, tanto su alma como la luz de sus ojos.

Es un héroe: ha desafiado a todo el mundo y ha querido conciliar lo inconciliable. No es el primero que ha querido reunir dos universos hechos para oponerse. Es un poeta y un narrador de cuentos. Su locura es lo que más me ha acercado a él. Su locura es su dolor. Adiós, niña que se ha hecho mayor antes de tiempo y que se ha comportado como una cría cuando había que ser mujer. Adiós, yo te quería mucho. ¡Me gustaba tu valor, tu obstinación, tu imaginación y tus sueños! A partir de ahora dedica el tiempo a pensar y a actuar".

27

—Toma, cómete estas almendras amargas.

El niño que me tendía la mano llena de almendras frescas tenía los ojos enfermos. Cogí un pañuelo limpio y las restregué ligeramente con él.

—Si no encontramos agua, ¿me llevarás contigo?

—¿Adónde quieres ir? —le pregunté.

—Adonde tú vayas.

—¿Y la escuela?

Me recitó la primera sura del Corán, y enlazó con la siguiente. Como a él no le parecía que me había convencido lo suficiente, quiso sorprenderme y la recitó al revés, empezando por el último versículo. Le dije que eso era una blasfemia; él me respondió:

—No; lo que es blasfemia es quedarse aquí, haciendo concursos para ver quién recita más rápido el Corán.

El largo discurso de Victor me había dejado completamente atontada.

Me sentía aturdida, sin comprender dónde estaba ni lo que me estaba pasando. Me puse, pues, a comer almendras. Algunas estaban amargas. Necesitaba un café. Aquí no se bebe más que té. Buscaba con la mirada al hombre que se había dirigido a mí y se hacía pasar por Victor. No daba con él. Pregunté al niño:

—¿Has visto a un hombre bajito, cubierto con una sábana blanca?

—Yo quiero que me hagas una foto, pero no yo solo, una foto contigo... y entonces te lo diré.

No había nadie alrededor para hacernos la foto. Colgué la máquina de una chumbera y me puse al lado del crío. El sistema automático se puso en marcha y el niño, feliz, me cogió de la mano.

—¿Cuándo me darás la foto?

—Ya te la enviaré, te lo prometo.

—Me la enviarás si el agua no brota de debajo de la tierra. Sin agua, no vamos a tener más remedio que irnos, como tú, como tus padres.

—Bueno, qué me dices del hombrecillo ése, ¿lo has visto?

—En realidad, no existe tal hombrecillo. En el morabito no había nadie.

Al amanecer dejaron de cavar y se fueron al pueblo a dormir. Tú te quedaste dormida debajo de un árbol.

Yo vi cómo una vieja intentaba despertarte, pero seguías durmiendo. Te dejó y me pidió que yo te cuidase; y me dio las almendras para ti. Ésa es toda la verdad. Bueno, ¿qué? ¿Nos vamos?

—Sí, vámonos.

—Tenemos que darnos prisa, porque dentro de nada no habrá quien aguante este sol.

Yo caminaba mirando el suelo, tratando de acordarme de lo sucedido la víspera, durante la noche. El niño me apretaba la mano. Me devolvía al redil y se sentía muy orgulloso de ello.

Yo creía haberme desembarazado de Victor. Pero ahí estaba de nuevo, saliendo a la superficie y atormentándome. La vuelta a mi terruño no me había curado por completo. Todavía estaba apresada por sombras que me perseguían. Un día, después de una discusión, en la que yo me había enfadado mucho, mi hombre me dijo, con tranquilidad, y tras haber reflexionado: “¡Querida mía, no tienes super-yo!” Lo decía con una ligera satisfacción, como si, de pronto, por un milagro, todo lo que estaba oscuro se hubiese aclarado, todo lo complicado se hubiese vuelto evidente. Por fin había encontrado la clave de nuestras desavenencias, de mi conducta irritante y mis arrebatos de ira. Se le veía contento de su descubrimiento. Ya podía encasillarme y encontrar explicación a todo a

partir de esto. Le resultaba cómodo. Lo del “super-yo” lo había calmado. Ya no reaccionaba violentamente como antes. Yo sentía que me convertía para él en un objeto de análisis, un caso digno de ser estudiado. Me expuso la teoría del desarraigo, de la falta de puntos de referencia. Yo lo escuchaba, sonriendo. “Después de todo –le dije–, si esto sirve para arreglar nuestros desacuerdos, admitamos que yo no tenga super-yo; que a mi madre se le haya olvidado transmitírmelo con la leche, y que tú, ahora, vas a reparar las carencias de mi educación”. Le decía esto para provocarle. Se enfadó y todo volvió a empezar de nuevo. Desde entonces, no hemos vuelto a hablar de ello.

Al llegar al pueblo ya había salido el sol. Los niños jugaban con un gatito muerto. Se lo lanzaban entre sí como una pelota blanda. Esto les divertía. Una nube de moscas iba siguiendo al animalillo. Me detuve sobre un montículo y vi el lugar por primera vez tal como era: un lugar de desolación absoluta donde un gato muerto servía de alegría a unos niños con ojos enfermos. Aparentemente, los hombres y las mujeres dormían. En una esquina, yacían los picos y palas. Mi acompañante se había unido al grupo de niños y daba puntapiés al gatito en el vientre. Por un momento, me pareció oír gritar al animal, como si aún estuviese vivo. A pesar del sol que caía con fuerza, me senté y me puse a llorar. Tenía unas ganas enormes de bajar a mezclarme con esos chiquillos sucios. Yo también quería agarrar al gato por el rabo y lanzarlo por los aires. Lloraba porque había comprendido que mi infancia volvía a mí como una calentura repentina, pero familiar. Aprovechando unos segundos de inadvertencia, dos gatos negros recogieron a su cría y se alejaron, desapareciendo por la llanura. Los niños, desprevenidos, se miraron extrañados sin entender por qué los habían privado de su pelota. Cada vez me salían más lágrimas; uno de los niños se abalanzó hacia mí y me arrancó la máquina de fotos. Se la pasaron de mano en mano y la desmontaron. Cada uno se llevó una pieza. Yo los dejé y no dije nada. “¡Ojalá encuentren agua, o si no se volverán locos, rabiosos, locos y rabiosos; bajarán hacia Marraquech o Agadir y lo destrozarán todo, ojalá encuentre agua...” Me fui del pueblo sin darme la vuelta. Apretaba contra mí el bolso con el pasaporte, el billete de avión y un poco de dinero. Caminaba deprisa. Ya no sabía si lo que inundaba mi cara eran lágrimas o sudor. Estaba sudando.

Apresuré el paso y luego eché a correr. Había que irse lo antes posible de este territorio maldito. Necesitaba ver a mi hombre, acurrucarme en sus brazos y llorar en silencio. Veía nuestra casa de París, la nieve sobre el Sena, el rostro cariñoso de mi hombre. Me repetía para mis adentros:

“Ojalá que encuentren agua... Ojalá que él me espere... Ojalá que encuentren agua... Ojalá que esté en casa... Si no, nos volveremos todos locos... La historia del tesoro escondido al pie de la montaña es auténtica. No es una leyenda”.

Tras dos horas de marcha llegué a la carretera que conduce a Imiltanut, y luego a Marraquech. El autocar salía a las cinco de la tarde. Tenía que esperar todo el día. Me senté a la entrada de una tienda que vendía de todo: comestibles, abono, guardapolvos, máquinas agrícolas, bombonas de gas butano, televisores, cuerdas, carbón... Buscaba con la mirada algo que faltaba allí: ya no había ni picos ni palas. Dos hombres, viejos, jugaban a las damas con chapas de coca-cola y de gaseosa La Cigogne. Se hablaban mientras fijaban la mirada en la partida:

–Sabes que están pidiendo voluntarios...

–Sí, el almocadén vino a comentármelo esta mañana.

–Ojalá que encuentren agua..., si no nos invadirán.

–Hace años que ya no llueve allá.

–Es un pueblo maldito. Ha engendrado demonios. Por eso se van todos.

—Así son los tiempos.

—Así es la vida.

—Unos están saciados; otros, hambrientos.

—Así lo ha querido Dios.

—Dios y los hombres...

—¡Cuidado, no mezclemos! Dios no da hambre. Los hombres son los que hacen padecer el hambre unos a otros.

¡Venga, mueve ya, no nos vamos a quedar todo el día en la misma partida!

—Sí, tienes razón, ojalá que brote el agua... Y nuestros recuerdos se vayan con el humo de la mañana.

—Subirán al cielo...

—¡Pues sí que llevamos tiempo intercambiando recuerdos! Dios prolonga nuestra vida hasta que se agoten. ¿Sabes? El día en que no tengamos recuerdos que contarnos estoy seguro que, ese día, el ángel Gabriel se inclinará sobre nosotros y nos llevará con él.

—A menos que nos los inventemos...

—¡Pero sí es lo que venimos haciendo desde siempre! ¿Tú crees que nuestras vidas han estado tan llenas como para tener recuerdos?

—Más vale contarnos historias que darnos por vencidos.

—Y aunque nos diésemos por vencidos, ¿quién se iba a enterar? ¿Quién se iba a interesar por nuestra suerte?

No aspiramos a nada del otro mundo; hemos vivido simplemente, quiero decir, pobremente, y lo más apropiado es que nos vayamos de este mundo con la misma modestia.

—¡Ésta será nuestra noche!

—¡Dios lo quiera!

—¡Pues claro que lo querrá! Nosotros también excavaremos. Lo más probable es que nos abandone el cuerpo antes de que brote el agua.

—Será una muerte hermosa.

El autocar llegó en un estado lamentable, con una hora de retraso. Al detenerse, el ayudante del chófer tiró por la puerta unas cuantas gallinas y gallos, muertos por el calor. También salió una mujer corriendo con un bebé deshidratado. Era la canícula hecha de polvo, ruido y viento seco. Todo contribuía a despedirme fuera de este país. Me sentía como una extranjera.

Volví a mirar por última vez a los dos ancianos que cargaban la mula para irse a excavar al lugar donde el tesoro estaba enterrado. Casi sentí envidia de ellos, por haber vivido y haberse preparado con serenidad a morir haciéndose útiles. Tenía deseos de ir hacia ellos y besarles la mano como hacía con mi bisabuelo cuando era niña.

Subí al autocar y cerré los ojos para dejar de ver esta tierra que ya no era la mía. Desde esa mañana fui tomando conciencia de que un país es algo más que una tierra y unas casas.

Un país son unas casas, unos pies afianzados en la tierra, unos recuerdos, unos perfumes de infancia, una pradera de sueños, un destino al final el cual hay un tesoro escondido al pie de la montaña.

¿Dónde encontrar ese país? Me gustaría tanto decir y creer que

Mi patria es un rostro un resplandor de savia una fuente de manantial vivo

Es una mano turbada que espera el crepúsculo para ponerse sobre mi hombro...

Pero sentía llegar la hora de la incertidumbre y del sueño rebelde.

Ninguna brisa acudió para hacer de esta noche una cabaña abandonada a la orilla de una playa o de un lago con una puerta entreabierta para acoger a un alma cansada. Ningún resplandor apareció para sosegar una conciencia turbada. Ninguna mano se puso sobre mi hombro. Yo había llegado

despreocupada como una turista; y regreso cambiada. El descubrimiento de las raíces es una dura prueba. ¿Cómo sospechar que fuese tan grave? He crecido. Ya no soy una cría deslumbrada por la vida. Estoy segura de que mi hombre se ha ido. Me lo advirtió. Yo no lo creía. Él me alentó a realizar este peregrinaje. Debía de saber que esta conmoción me haría reflexionar mejor que cualquiera de sus discursos. Descubro el fracaso y mi llanto es inútil.

EPÍLOGO

Ésta es, pues, la historia del tesoro escondido al pie de la montaña y cuyo secreto lo guardaba en el alma una niña que crecería sorteando el tiempo, decidida a luchar y a vencer porque no le habían enseñado otra cosa.

Al regresar a París se encontró la casa tal como la había dejado. Nada se había movido. Su hombre se había ido, llevándose sólo una maleta. Al lado del teléfono una carta.

Amor mío: (siempre se dirigía a ella de ese modo, incluso en los peores momentos).

Como dice el filósofo, viendo vivir a los hombres se te parte el corazón, o se te vuelve de bronce. El mío no está totalmente partido y nunca llegará a adquirir la dureza del bronce; el mío está cansado. Así que me voy.

Por fin te dejo contigo misma.

Aprende el pudor y la humildad. Sé que esta historia de los ojos bajos te hace reír. Tu vida, como me la has contado, me emocionó. Tu lucha de hija de emigrantes me gustó. Pensaba que estabas entre dos culturas, entre dos mundos; de hecho, tú estás en un tercer lugar que no es ni tu tierra natal ni tu tierra adoptiva. Tuve el atrevimiento de pensar que yo sería una patria para ti. Fue un error. No sabes evitar la vergüenza a los otros.

Zina se mató porque tenía vergüenza de sí misma, porque la había mancillado un canalla. Te di el diario para que lo leyese sin ninguna intención precisa. Quizás aprendas en él que para ciertas personas hay virtudes sin las cuales la vida no tiene ya sentido, no tiene ya dignidad. De tanto oponernos y desgarrarnos, ibas a vencer como un animal. Tu victoria va a ser triste y tus lágrimas, por una vez, serán auténticas y amargas. Ahora ya tienes todo el tiempo para llorar y quizás aprendas a vivir. Adiós, amor mío. Yo hice lo que pude y fracasé.

Algunos días más tarde recibió una carta de Marruecos:

Amor mío:

Te escribo sentado debajo del árbol que está frente al pozo. Acaban de terminar de construirlo. El agua es profunda. El pueblo entero está en fiestas. Las mujeres trabajan más que los hombres; son hermosas y dignas. Me pareció verte esta mañana llevando dos cubos de agua. Podrías haber sido esa mujer joven, sencilla y dichosa que, al verme, bajó los ojos. Está cambiando la vida en el pueblo. Las autoridades han venido a felicitar a los que excavaron. Prometieron traerles la electricidad. El pueblo se salvará. Ocurrió el milagro. El tesoro encontrado ennoblece a la tierra de donde van a ser desenterradas las piedras. Esta mañana me lavé con esa agua, fría y pura. Los hombres hicieron sus abluciones con el agua del pozo y rezaron en silencio. Fue bonito y emocionante. Ahora, el pozo congrega a su alrededor a la gente más que el morabito; el santo debe de estar contento. Me quedará aquí algunos días para descansar y quizás escriba. La gente de tu familia no entiende por qué te fuiste. Creen que no soportaste el calor. Me dijeron que estaban orgullosos de ti, aunque piensen que has cambiado mucho. Los últimos días observaron que llorabas y no sabían por qué. Después de los festejos, el trabajo duro va a empezar. Son gente muy humana. ¿Qué has hecho tú con esas virtudes tan hermosas y nobles? Has querido, como dices, afirmarte e imponerte, como si vivieses con un hombre que te hubiese encerrado en una jaula. Ahora, el tiempo transcurre suavemente entre tú y yo. Estoy aquí para curarme y vivir; contigo o sin ti.

Esta historia acaba donde empieza otra. Cuando se levanta el sol, cada vez tropieza menos contra el guijarral blanco y los zarzales grises. Unas manos afortunadas han revuelto la tierra; vencieron a las leyendas. El reparto de las aguas es el futuro de este destino atado a los pies descalzos de aquellos que, por fin, se han hecho labradores de una tierra. Los viejos seguirán intercambiando recuerdos y descubriendo los arreboles del cielo en los ojos de las jóvenes que cantan.

‘Tánger y otros lugares, agosto de 1987–octubre de 1990’.

Fin